

La novela transcurre en la ciudad de Kai-feng, centro de los núcleos judíos establecidos en China. En torno a la atractiva figura de la protagonista, Peonía, vinculada a la casa de Ezra ben Israel, se teje una apasionante trama argumental, a través de la cual la autora describe con su habitual maestría las extrañas y misteriosas costumbres de los pueblos orientales.

Como en tantas otras novelas suyas, Pearl S. Buck ha sabido captar y reproducir con exactitud el escenario y el ambiente histórico que sirve de marco a la acción.

Pearl S. Buck

Peonía

Título original: *Peony*

Pearl S. Buck, 1948

Traducción: Elvira Martín

En varias épocas de la historia, han ido colonias de judíos a China y han vivido allí. La ciudad de Kai-feng, de la provincia de Honán, era un centro de ellos. En China nunca fueron perseguidos, y si padecieron penalidades fueron solamente las penalidades de la comunidad en que habitaban.

En su base, por lo tanto, puede decirse que esta novela es históricamente verídica, aunque los caracteres, con excepciones de poca importancia, son creaciones de mi imaginación.

La acción transcurre hace cerca de un siglo, en el período en que los chinos habían aceptado a los judíos, y cuando realmente la mayoría de éstos habían llegado a considerarse como chinos. Hoy, hasta el recuerdo de su origen ha desaparecido. Son chinos.

I

Era primavera en la ciudad de Kai-feng, una primavera tardía en la provincia china de Honán. Tras las altas murallas de la ciudad, los durazneros plantados en los patios florecían más temprano que los de las granjas extendidas por las llanuras que rodeaban el ribazo. Sin embargo, aun con tal protección, las flores de los duraznos eran todavía capullos rosados en Pascua.

Dentro de los patios de la casa de Ezra ben Israel, estas flores habían sido cortadas varios días antes y las habían forzado a florecer a tiempo para la fiesta. Cada primavera, Peonía, la sirvienta china, consideraba cosa suya cuidar así, de antemano, las ramas de las flores que se colocaban arrimadas a las paredes del gran salón. Todos los años Ezra, su amo, y *madame* Ezra, su señora, se fijaban en su obra. Sabiendo lo fría que había sido la primavera aquel año y cuánto tiempo habían soplado sobre la ciudad los vientos, cargados de polvo, del noroeste, le dedicaron elogios especiales cuando entraron en el gran salón aquella noche, para la fiesta.

—Mira que magia ha realizado nuestra Peonía esta Pascua —había dicho Ezra, señalando las flores con un ademán de su mano regordeta.

Madame Ezra se había detenido un momento para observar. Su violenta mirada se hizo más amable.

—Muy lindo, hija mía —le había dicho a Peonía.

Peonía se había quedado correctamente silenciosa, con las manitas

cruzadas sobre las floridas mangas. Encontró los ojos de David y los evitó, mientras él sonreía; pero la afectuosa sonrisa de Leah la aceptó, respondiendo a ella con un ligero temblor en los labios. El viejo rabino no había hecho gesto alguno: era ciego y no vio nada. En cuanto a Aarón, su hijo, Peonía ni lo miró.

Tomaron asiento ante la amplia mesa redonda, que había sido colocada en el centro del salón, y Peonía empezó a dirigir el servicio de la comida con su porte silencioso y lleno de gracia. Cuatro criados obedecían sus órdenes, y Wang Ma, la más vieja de ellos, servía el té.

Desde que tenía uso de razón, Peonía había contemplado aquella noche de fiesta, a principios de la primavera, en casa de Ezra. Dirigía ella la colocación de cada plato y utensilio sobre la mesa, y los criados la obedecían porque ella sabía, tan bien como si hubiera sido una hija de la casa, exactamente dónde había que buscar y colocar cada plato. Los platos eran guardados, sin usar, todo el año, excepto en aquella noche, víspera de Pascua. Las cucharas de plata y los palillos para comer, los grandes candelabros de siete brazos, resplandecían a la luz de las linternas que colgaban de las altas vigas rojas. Sobre una gran bandeja de plata había colocado ella personalmente los símbolos que no comprendía, pero que preparaba cada año; un huevo duro, hierbas, manzanas, nueces y vino. Eran curiosidades de una religión extraña.

El día entero era extraño en una negligente ciudad china. Aunque Peonía conocía los ritos, cada primavera la sorprendían de nuevo. Ezra, el amo, había andado husmeando por la mañana, como lo hacía siempre, riéndose mientras ella iba descuidadamente de un lugar a otro preguntándole a Peonía si nada faltaba. *Madame* Ezra solía ocultar siempre los trozos de pan con levadura para que él los buscara, pero ya hacía varios años que se lo dejaba hacer a Peonía, y Ezra le había mandado contar los trozos para saber cuándo había terminado. Lo tomaba a broma, como si estuviera un poco avergonzado delante de las

sirvientas. Cuando Peonía y David eran niños, se habían reído sin moderación ante la búsqueda y se habían unido a ella con júbilo, señalando cada mendrugo de pan olvidado. Por entonces no sabía ella que solamente era una esclava.

Pero ya sí lo sabía. Permanecía de pie, sosegada y vigilante, mientras seguía la fiesta. A todas las personas que estaban en la fiesta las conocía de algún modo. A David lo conocía mejor que a nadie. Por culpa de David la habían comprado a ella en un año de hambres, cuando el río Amarillo había roto los diques y arrasado las tierras bajas. Era ella entonces demasiado niña para recordar aquella venta. Esforzándose todo lo posible, no podía recordar rostro alguno antes de la cara de David. Él era su primer recuerdo, un muchacho alegre, dos años mayor que ella, siempre mucho más alto, mucho más fuerte; así es que instintivamente se volvía hacia él y de él dependía; en aquellos tiempos ella le confiaba sus pensamientos y sus pequeñas penas, y ése había sido un hábito difícil de quebrar. Sin embargo, su propia prudencia le había enseñado que aquello debía romperse. No era cuerdo creer que el lazo entre dos niños podría continuar más allá de la infancia, cuando uno era el amo y ella la sierva.

No se quejaba, sabiéndose afortunada de poder servir en el seno de la bondadosa familia judía. Ezra ben Israel, jefe de la casa, era un mercader cordial y robusto. Si se hubiese cortado su cerrada barba, pensaba Peonía con frecuencia, habría parecido chino, porque su madre era china. Esto constituía un pesar para *madame* Ezra, así es que nadie hablaba del asunto. Se consoló con el conocimiento de que su hijo David se parecía más a ella que a su padre, y le gustaba declarar, sin duda alguna, que David se parecía más al abuelo materno, cuyo nombre había recibido. Toda la casa temía un poco a *madame* Ezra, aun cuando todos le debían algún beneficio particular, porque su gran bondad fácilmente quedaba anulada por algún arrebatado de genio. Era una mujer que se acercaba a los cincuenta años de edad, alta y hermosa,

si a uno no le desagradaba la nariz grande o el color subido. Con toda su cordialidad, tenía también ciertas rigideces inmovibles en materia de creencias y hábitos. Así, como era habitual en las fiestas de Pascua, *madame* Ezra había invitado al rabino y a sus dos hijos, Aarón y Leah. Aarón era un joven pálido y misterioso, de diecisiete años, a quien despreciaba Peonía por su cara pálida llena de manchas y por su corrupción. Si su familia o la casa de Ezra conocían sus malas acciones, no lo sabía, y le parecía una bajeza hacer averiguaciones. Quizá ninguno de los siete sobrenombres ni las ocho familias, como se llamaba a los judíos en Kai-feng, supieran todo lo que hacía el hijo del rabino, y los chinos eran demasiado bondadosos para decírselo.

Leah era diferente. Leah era buena, una de esas raras criaturas que nacen buenas y bellas a la vez. Desde su lugar de observación, próximo a la mesa, Peonía observaba a Leah con una triste complacencia que no permitía que se convirtiera en envidia. Aquella noche, con su túnica de color rojo vino, ceñida a la cintura por una banda dorada, Leah estaba hermosísima, excepto quizá por ser demasiado alta. A los chinos no les gustan las mujeres altas. Sin embargo, contra este defecto, tenía Leah una piel lechosa y grandes ojos oscuros, resplandecientes bajo las largas y rizadas pestañas, y sus labios eran rojos y llenos. La nariz también era demasiado grande para una belleza china, aunque no tan larga como la de *madame* Ezra.

Leah era más hermosa. Estaba dotada de cierto espíritu, una elevada cualidad que Peonía admiraba y no comprendía. Los chinos decían de ella: «Es celestial». Querían decir con eso que su bondad era natural y que manaba de una fuente que llevaba dentro. Sentada al lado de su padre, presta a ayudarlo cuando él movía la cabeza, iluminaba la fiesta con su alegría, aun cuando hablaba raras veces.

Algo de eso quizá le venía de su padre, el rabino. Hombre de gran estatura y figura descarnada, estaba envuelto en santidad como en una

túnica de luz. Años antes había cogido una enfermedad de los ojos, de la que padecían muchos chinos, y puesto que no se conocía cura, había quedado ciego. Siendo extranjero carecía de inmunidad, y cayó sobre él la ceguera rápidamente. No había visto la cara de su esposa, fallecida a poco de cumplir los treinta, y a Leah y Aarón los había visto solamente de niños. Puede que, incapaz de ver aquellas caras humanas, se viera obligado a mirar sólo el rostro de Dios, o acaso, debido a su bondad natural, parecía ser todo espíritu y no carne. Su cabello, que se había vuelto blanco poco después de quedarse él ciego, enmarcaba la cara, blanca y hermosa. Sobre la barba blanca, su gran nariz y los ojos hundidos estaban llenos de tranquilidad y orgullo.

Así estaban sentados ellos ante la mesa de la fiesta, y Peonía observaba todos sus movimientos y sonrisas. Veía a David mirar a Leah a través de la mesa y apartar luego la vista, y reprimió la angustia que esto le producía. Él era igual a Leah en estatura, y a Peonía le parecía aún más hermoso. A los diecinueve años, David ben Ezra estaba llegando a la plenitud de su virilidad juvenil. Sus prendas de ropa judía le sentaban muy bien. Peonía tenía que reconocerlo, aunque a ella no le gustaba, porque se lo hacían extraño. Los días no festivos llevaba trajes chinos, porque decía que eran más cómodos. Pero aquella noche llevaba una túnica azul y oro, y, en la cabeza, la gorra judía de seda azul, apretada sobre sus rizos oscuros.

No pudo evitar mirarlo, y entonces él comprendió su mirada y le sonrió. Instantáneamente inclinó ella la cabeza y la volvió para ordenar al viejo Wang, el más antiguo de los sirvientes, que fuera a buscar la jarra de vino de Pascua.

—Désela usted al amo —le ordenó.

—Ya sé —cuchicheó él—. No necesitas decírmelo después de tantos años. ¡Eres tan mala como mi vieja!

Conforme él hablaba, Wang Ma, su esposa, entró con más servidores que llevaban jofainas, jarros de agua y toallas dispuestas para la ceremonia del lavatorio de manos. Pero Ezra, en lugar de bendecir el vino, se levantó de los cojines acumulados sobre su silla y llenó el vaso de vino.

— Bendigamos el vino, padre — dijo.

El rabino se levantó, elevó su vaso y bendijo el vino, y todos se levantaron y bebieron. Cuando estuvieron sentados de nuevo, Wang Ma dirigió a los sirvientes, que vertieron agua en las jofainas de plata, y cada persona de la mesa se lavó y secó las manos. Entonces tomó cada uno una hierba amarga, la hundió en sal y la comió. Todo era conocido por los servidores chinos, y, sin embargo, extraño. Estaban en pie en torno a la habitación, silenciosos sus oscuros ojos observando, fascinados, con admiración y respeto.

Bajo su mirada, Ezra no se sentía enteramente a gusto mientras cumplía con los ritos.

— David, hijo mío, Leah es más joven que tú, así que ella hará las cuatro preguntas esta vez — le dijo.

Y Leah, sonrojándose un poco, hizo las preguntas cuatro veces, con su voz profunda y dulce, que todavía era un poco infantil.

— ¿En qué se distingue esta noche de las demás noches?

Cuatro veces preguntó ella, y cuatro veces se oyeron las respuestas de los presentes, la gran voz solemne del rabino, más alta que las demás.

— En todas las demás noches podemos comer pan con levadura, pero esta noche sólo pan sin levadura.

—En todas las demás noches podemos comer cualquier clase de hierbas, pero esta noche sólo hierbas amargas.

—En todas las demás noches no tenemos que mojar las hierbas, pero esta noche las mojamos dos veces.

—En todas las demás noches podemos sentarnos derechos, pero ésta debemos reclinarnos.

Cuando las cuatro preguntas fueron hechas y respondidas, dijo Ezra:

—Refiéranos la historia del Haggadah, padre.

Pero aquí *madame* Ezra hizo un reproche.

—¡Oh, Ezra, eres tú, el padre de nuestra familia, quien debería referir la historia! Yo creo que la has olvidado pues ningún año quieres contarla. Si al menos leyeras hebreo, podrías leérsela.

—No me atrevería en presencia del rabino —dijo Ezra, riéndose.

Así es que el anciano rabino contó la antigua historia de cómo una vez su pueblo era esclavo en una tierra extranjera, y cómo uno de ellos, llamado Moisés, se alzó para libertarlos, y cómo mandó a su pueblo que rápidamente cociera pan sin levadura y mataran un cordero y marcaran sus puertas con sangre, y cómo después de sufrir muchas plagas, la última cayó sobre sus gobernantes y murió el primogénito de cada familia, hasta que por último, el rey de aquel país los mandó marcharse. Así siempre, cada año se celebra en el mismo día la fiesta de su liberación.

—Hasta que —dijo el rabino, alzando la cabeza—, hasta que regresemos a la tierra que nos pertenece, ¡a nuestra propia tierra!

— ¡Qué sea pronto! — exclamó *madame* Ezra, y se enjugó los ojos.

— ¡Qué sea pronto! — dijo Leah, gravemente.

Pero Ezra y David se quedaron en silencio.

Cuatro veces durante la larga historia, Peonía había hecho señas a los criados para que escanciaran vino, y las cuatro veces bebieron todos en recuerdo de lo que ella no conocía; pero sabía que el vino debía ser servido. El significado preciso de la palabra judío no lo conocía ella, ni tampoco ningún chino, aparte de que aquellos extranjeros, que también prosperaban en la ciudad rica, habían llegado, hacía mucho tiempo, de un país lejano: Judea, o como se llamase el país de los judíos. A través de Persia y de la India, habían viajado por mar hasta China. En muchos momentos de la historia, una generación tras otra, habían viajado como mercaderes y traficantes, formando una pequeña corriente constante. Pero, de vez en cuando, llegaba una inesperada multitud de algunos centenares juntos, trayendo sus familias y sacerdotes con ellos. Así habían llegado los antepasados de Ezra, una de las setenta familias, hacía una veintena de años, a través de la India, trayendo consigo fardos de mercaderías de algodón, lo que era un tesoro para los chinos, que sólo sabían fabricar seda. Este donativo, presentado al emperador de aquella temprana dinastía, les había conquistado su favor y aquél le otorgó el nombre chino de familia Chao^[1], sobrenombre por el cual era conocido Ezra en la ciudad de Kai-feng.

Los chinos de la ciudad contemplaban aquellas pequeña invasiones con ojos tolerantes. Eran un pueblo inteligente los judíos, llenos de energía e ingenio, y con frecuencia un chino, indolente por los años de buen vivir, empleaba a un judío para el manejo de sus negocios. Casi con la misma frecuencia, le entregaba una segunda o tercera hija por esposa, pero los judíos nunca daban a sus hijas en correspondencia.

—Rápido, zanahoria —le cuchicheaba ahora Wang Ma al viejo

Wang, mientras el rabino se sentaba —. Busca los huevos.

Wang Ma había sido también sierva de la casa, y, lo mismo que Peonía vigilaba la comida, así lo había hecho ella también en la época en que era joven y bonita. Demasiado vieja ahora para tenerle envidia a Peonía, sin embargo, a veces se atrevía a plantarse frente a la familia.

El viejo Wang corrió a la puerta y gritó y entraron dos sirvientes con cuencos de huevos cocidos y pelados, agua y sal. Cada uno tomó un huevo y se lo comió en silencio.

—Significan nuestras lágrimas y nuestras esperanzas — murmuró el viejo rabino, y su voz profunda halló eco junto a la mesa.

Cuando se sirvieron los huevos, Ezra batió las palmas.

—¡Vamos, vamos — gritó —, celebremos la fiesta!

Wang Ma y el viejo Wang habían salido mientras se comían los huevos, y los demás sirvientes con ellos; en ese momento apartaron las cortinas y entró una procesión de criados llevando platos con toda clase de pescados, aves y carne, excepto de cerdo, y los dejaron sobre la mesa formando un amplio círculo. Tomando sus palillos de comer, Ezra los movió en el aire para animar a todos a que empezaran, y él mismo colocó sobre los cuencos del rabino y de Leah las porciones que le parecían más sabrosas.

Así comieron todos, y Ezra comió y bebió hasta que las venas de su cuello sobresalían rojas, hablando alegre todo el tiempo e insistiendo con todos para que lo imitaran. De todos ellos, el único que estaba pálido y silencioso era Aarón. Sin embargo, comía rápido y voraz, como si durante mucho tiempo no hubiera comido bastante; Leah lo miraba reprochándole su gula, pero él no le prestaba atención. Una vez que se cruzaron sus ojos, le hizo él una mueca; esto lo vio David con

indignación, pero no dijo nada. Buscó con su varita y encontró un trocito de carne tierna en su plato, y lo puso en el plato de Leah. Esto lo observó Peonía.

La fiesta proseguía su curso habitual. Ezra se ponía más alegre conforme bebía y comía, y hasta *madame* Ezra se reía con sus bromas y disparates. El rabino sonreía con opaca sonrisa, Aarón soltaba risotadas, David devolvía broma por broma, y Leah reía con entusiasmo, hasta que David empezó a exagerar sus bromas para que Leah riera más mientras que sus padres lo admiraban. Peonía observaba.

Observaba y no daba muestras de nada. Una dulce sonrisa fija se engastaba en sus labios, y se afanaba en servir, hasta que al fin despidió a los criados. Sola, conservó las copas de vino llenas y proveyó con abundancia de dulces hasta que terminó la fiesta y los invitados se fueron. Entonces corrió delante y dejó dispuesta la cama de David, volviendo las colchas de seda y soltando las bordadas cortinas de pesados ganchos de plata. Pero no se quedó para recibirlo. Se fue a su habitación y se acostó sobre su estrecha cama. Estuvo despierta mucho tiempo, recordando la cara de David cuando se volvió hacia Leah, y recordándolo no podía dormir.

A la mañana siguiente Peonía se despertó temprano; sobre sus párpados estaba todavía el recuerdo de David cuando miraba a Leah la noche anterior. «¡Qué loca soy!», pensó intranquila. Se levantó, se lavó, se vistió y se trenzó de nuevo el pelo, y, habiendo dejado su habitación aseada para el día, se fue al jardín de los durazneros. Reposaba en el silencio de la mañana de primavera. Bajo el sol tempranero, el rocío pendía aún, formando una neblina brillante sobre la hierba; el estanque del centro del jardín estaba lleno hasta el borde de sus paredes de piedra. El agua era clara y los lomos dorados de los peces resplandecían cerca de la superficie.

La gran casona baja que rodeaba el jardín estaba todavía envuelta en el sueño. Los pájaros gorjeaban en sus aleros sin agitación y una perrita pequinuesa dormía en el umbral como una leona chica. Había levantado la cabeza alerta ante el ruido de un panel que se deslizó, y cuando vio a Peonía, se levantó y corrió con aire majestuoso hacia su dueña, esperando en el sendero hasta que Peonía se detuvo y le tocó la cabeza con dedos delicados.

—¡Chist, perrita! —dijo en voz baja—. Todo el mundo está durmiendo.

El animalito recibió la caricia sin humildad y volvió a acostarse, y Peonía permaneció sonriendo y contemplando con deleite todo lo que la rodeaba, como si nunca hubiese visto el jardín antes, aunque había vivido tanto tiempo en aquella casa. Una vez más, como le había sucedido con frecuencia, la opresión de la noche se desvanecía. Las muchas alegrías de su vida aumentaban con nuevo brillo en la mañana. Peonía gozaba con las comodidades, amaba la belleza, y había mucho de todo esto en la casa. Aunque no estuviera ella en la corriente principal de su calor y afecto, la abundancia de ambos desbordaba, sin embargo, hasta alcanzarla. Dejó a un lado sus temores de la noche y luego, andando de puntillas a lo largo del sendero de piedra, se aproximó a un duraznero a punto de florecer y comenzó a cortar una rama con una tijera de hierro que llevaba consigo. Su chaqueta y pantalones de raso eran de la misma tonalidad que los capullos; en medio del rosa pálido y el verde tierno, su negro cabello, peinado en una larga trenza enrollada encima de una oreja, y con un flequillo sobre la frente, los rasgados ojos negros y la piel marfileña hacían su cara tan nítidamente recortada como una talla. Era esbelta pero bajita, y su redonda cara era grave. Los ojos estaban llenos de vida, las negras pupilas eran extraordinariamente grandes, y el blanco muy limpio; su boca era pequeña, llena y roja. Las manos, extendidas por encima de la cabeza, eran diestras, y las mangas, al caer, mostraban unos brazos

redondos y bellos.

Apenas había cortado una rama, cuando oyó pronunciar su nombre:

— ¡Peonía!

Se volvió y vio a David que llegaba de otra parte del jardín; instantáneamente toda su pena desapareció. ¿No lo conocía ella como nadie? Era alto, casi un hombre, pero detrás de aquella estatura veía ella el niño que había conocido siempre. «Su estatura lo denuncia como extranjero —pensó ella—, y también sus redondos ojos azules, su cabello rizado y su color moreno, pero sin el tinte dorado del chino». Aquella mañana llevaba una túnica china de delgada seda azul oscuro, atada a su cuerpo con una banda de seda blanca, y ella lo contemplaba como cosa suya. Su hermosa boca estaba ceñuda y todavía infantil.

— ¿Por qué no me respondiste cuando te llamé? — inquirió él.

Peonía puso un dedo sobre sus labios.

— ¡Oh!... me prometiste que no vendrías al jardín detrás de mí — suspiró —. Joven amo... — añadió.

En voz baja, él interrogó con fiereza:

— Tú nunca me has llamado amo... ¿Por qué has cambiado desde ayer?

Peonía se puso a cuidar las flores de durazno.

— Ayer me dijo tu madre que debía llamarte joven amo. — Su voz era balbuciente y tímida, pero los negros ojos bailaban bajo largas pestañas negras, llenas de picardía —. Ya estamos crecidos ahora, dijo tu madre.

Era verdad que la víspera, por la mañana, *madame* Ezra, dominada por un acceso de mal humor, en medio de los preparativos de la fiesta, había reprimido a Peonía bruscamente.

—¿Dónde va a sentarse David? —había preguntado Peonía con gran indiferencia.

—¡Cómo te atreves a llamar a mi hijo por su nombre! —gritó *madame* Ezra.

—Pero señora, ¿no le he llamado siempre por su nombre? —había preguntado Peonía.

—Que no ocurra eso más —replicó *madame* Ezra—. Deberías haber sido tú la primera en darte cuenta de que ya no sois niños. —Hizo una pausa y luego continuó—: Y ya que hablo aún hay más... No tienes que ir a su habitación por ningún motivo si él está allí..., ni él a la tuya. ¿Me oyes?

—Sí, señora. —Peonía se volvió para ocultar sus lágrimas, y *madame* Ezra se había enternecido.

—Yo no te culpo, hijita, por crecer —declaró—. Pero te advierto esto: suceda lo que suceda, es siempre culpa de la mujer.

—Sí, señora —había dicho otra vez Peonía.

—¡Oh, ya conoces a mi madre! —gruñó David.

Peonía le lanzó una astuta mirada.

—Ella te regañará por llevar la túnica atada de esa manera. Ayer mismo me dijo que debía ayudarte a ser cuidadoso... ¡Es uno de los deberes de la esclava! —dijo.

Colocó en el suelo las ramas de duraznero en flor. Cuidadosamente, mientras hablaba, se acercó a él. Se reía David con una risa de hombre joven, perezosa, amorosa y con deseo de fastidiar, mientras al lado de ella se sometía a sus dedos ligeros. Era tan alto que la ocultaba de la casa, pero dirigió con todo, una rápida mirada sobre su hombro.

— ¿De quién eres esclava tú? — demandó.

Ella levantó sus largas pestañas.

— Tuya — dijo. Luego sus labios hicieron un mohín—. Eso no quiere decir que no valga mucho. Tú sabes lo que costé cuando me compraron para ti...: cien dólares y un equipo de ropa.

— Eso sucedió cuando eras una cosilla flaca de ocho años — le hizo rabiarse él—. Ahora vales..., déjame ver...: diecisiete, bonita, pero muy desobediente y todavía muy poquita cosa. Bueno, tú debes valer diez veces más lo de entonces.

— Estate quieto — le ordenó ella—. Este botón está casi suelto. Ven conmigo y te lo cosaré.

— ¿Vamos a tu cuarto?

— Tu madre me dijo que eso tenía que terminar.

— Ven a mi habitación — insistió él.

Ella meneó la cabeza, vacilante, y oyeron deslizarse un panel. Instantáneamente se escabulló él por la larga senda detrás de una alta roca, y Peonía se detuvo para recoger las ramas de duraznero en flor. No era más que Wang Ma, que iba a barrer el umbral.

— Te vi — le dijo a Peonía.

— ¿Y qué? — replicó ésta con descaro.

Entró en el enorme salón sombrío y empezó a disponer las floridas ramas en dos vasos azules con flores de espino blanco que estaban sobre la mesa arrimada a la pared. Aquella mañana el gran salón era, a los ojos de un observador casual, un salón de familia china. Después de la fiesta de la noche pasada, la mesa redonda había sido retirada y los otros muebles colocados de nuevo, a la convencional manera china, alrededor de la habitación. La mesa larga estaba colocada contra la pared, de cara a la ancha ventana que daba al jardín y contra esta mesa estaba colocada la mesa cuadrada, de la misma pesada madera pulimentada. A cada lado de la mesa cuadrada estaban las dos inmensas butacas de la misma madera. A intervalos, alrededor de la pared, había mesitas, cada una con un par de sillas. De los dinteles de las puertas colgaban cortinas de raso rosa, y no había ventanas excepto del lado que miraba al jardín; estas ventanas tenían colocados paneles corredizos con celosías de madreperlas. A través de las celosías se filtraba el sol iridiscente y pálido sobre las blancas paredes enyesadas y hasta sobre el alto techo de vigas. Hacía mucho tiempo las vigas habían sido barnizadas en rojo de sangre de toro y el color se había vuelto más rico y oscuro con la edad.

Para unos ojos que supieran distinguir, la estancia no era puramente china. Sobre la larga mesa arrimada a la pared, en el lugar de honor, colgaba un enorme tapiz de raso. Sobre su azul apagado, había letras hebreas bordadas en oro. Debajo del tapiz estaban los dos candelabros de siete brazos, de bronce, y en un rincón del cuarto se veía una antigua arca de oraciones judías.

Peonía retrocedió para ver el efecto de las ramas floridas. Con su habilidad acostumbrada, las había dispuesto en vasos, de tal manera que formaban una disposición tan encantadora como una pintura. Sonrió, la cabeza levantada ligeramente hacia un lado. Una mirada de

placer sensual inundó su exquisita cara menuda.

—Cuando los durazneros florecen, es primavera —murmuró, dirigiéndose a Wang Ma—. ¡Qué gracia del cielo es que nuestro festival de primavera venga después de esta triste fiesta extranjera! —Se encogió de hombros, hizo ondular sus manecitas y se sentó en el borde de una de las butacas—. Wang Ma, yo te pregunto a ti, que has estado en esta casa tanto tiempo, por qué ellos amarán tanto la aflicción.

Wang Ma frunció sus gruesos labios.

—Tú sí que te afligirás si entra nuestra señora y te ve sentada en su silla —replicó—. ¡Qué atrevimiento! A mí no se me ha ocurrido nunca sentarme en una de esas sillas. Pero, bueno, yo no he estado aquí más de treinta años.

—No te enojés conmigo, Wang Ma.

La voz de Peonía era suave; se levantó del asiento y abrió la caja de laca roja que estaba encima de la mesa cuadrada. Estaba llena de delicados pastelitos de sésamo. Tomó uno y empezó a comerlo.

—Ni me tomaría yo sus pasteles —dijo Wang Ma.

Peonía siguió comiendo.

—Esas tortas huelen a grasa de cerdo —dijo Wang Ma severamente. Alcanzó una y la olió—. ¡Grasa de cerdo, es cierto! ¡Ya te dije que había que comprar todos los pasteles en la dulcería budista!

—Yo le dije eso a tu viejo Wang también —replicó Peonía—. Los compró él y no yo.

—¡Tú! —gritó Wang Ma—. ¡Decírselo tú a él!

Peonía sonrió sin responder. Abrió el cestillo del té que estaba al lado de la caja de dulces y palpó la tetera. Estaba caliente, echó té en uno de los tazones y lo tomó a sorbitos, con las dos manos ahuecadas en torno a su calor.

—Y yo no he bebido nunca en uno de esos tazones —dijo Wang Ma. Mordisqueó un pastel—. Sí, es grasa de cerdo —murmuró melancólicamente y siguió comiendo.

—¿Por qué no les gusta la grasa de cerdo? —inquirió Peonía—. Es extraño que yo haya vivido en medio de sus supersticiones y todavía no sepa lo que significan.

—Es la religión —dijo Wang Ma. Alcanzó otro pastelillo—. Las personas hacen cosas extrañas cuando son así. Yo tenía una tía vieja que se hizo monja budista cuando su prometido murió, y nunca volvió a comer carne, y se afeitaba la cabeza y dormía en una cama de bambú sin colchón debajo; así que cuando se levantaba por la mañana estaba toda llena de cardenales. ¿Por qué? ¡Quién lo sabe! Pero eso la hacía feliz.

—Sin embargo nuestra ama es razonable —dijo Peonía. Sirvió una taza de té a Wang Ma, que meneó la cabeza. Peonía cogió la taza con ambas manos y se la presentó.

—Bébelo, buena madre —dijo—. Tú te lo mereces, después de tantos años. Además, ellos no lo sabrán nunca.

—¿Quién sabe lo que dirás tú? —dijo Wang Ma, severamente.

—Yo nunca digo nada de lo que sé —dijo Peonía, con gazmoñería.

Wang Ma dejó la taza.

—¿Qué sabes tú? —inquirió.

— Ahora quieres que lo diga — dijo Peonía sonriendo.

— Yo también sé algunas cosas — replicó Wang Ma.

— ¿Qué cosas? — preguntó Peonía. Su inocencia era notoria en la voz y en los alargados ojos negros.

— De ti y de nuestro joven amo — dijo Wang Ma.

— ¡De mí y de nuestro joven amo! No te figurarás que es lo mismo que lo tuyo con el amo viejo — dijo Peonía.

Wang Ma abrió los ojos.

El cuello se le puso rojo.

— ¡Atrévete a decirlo! — gritó.

Peonía encogió sus lindos hombros.

— No soy yo la que dice nada — replicó.

Wang Ma frunció los labios y bajó precipitadamente los párpados.

— ¡P'ei! ¡Deberías morir! — murmuró.

Peonía puso su mano sobre la manga de Wang Ma.

— Si nosotras no somos amigas en esta casa, ¿quién será nuestro amigo? — Hizo una pausa y siguió —: Sin embargo, yo no soy más que una criada. Bueno, ¿y qué? Ha sido mi deber cuidar de él, jugar con él; si estaba intranquilo cantarle; si estaba desvelado, leerle; si estaba hambriento, alimentarle; ser su esclava en todo. Ayer... — volvió a encogerse de hombros.

Wang Ma se acercó más.

— ¿Sabes lo que va a suceder?

Peonía meneó la cabeza. Parecía triste.

— No quiero mentir. Claro que lo sé. Pero él no será nunca feliz con Leah.

— Él tiene que casarse con ella, lo mismo que hizo su padre antes que él: casarse con una de su pueblo — insistió Wang Ma —. Este compromiso se contrajo cuando los niños estaban en la cuna. Yo lo recuerdo..., fue antes de que tú nacieras.

Peonía dijo amablemente:

— ¿Crees que no me lo han dicho? La misma Leah me lo contó cuando éramos niños y jugábamos juntos David, ella y yo... «Yo me voy a casar con David», fue lo que dijo ella. «Leah, no hables más de eso», es lo que decía siempre él.

— Ella tiene dieciocho años ahora, y él diecinueve. — Suspiró Wang Ma —. Es tiempo...

— ¡Chist! — susurró Peonía.

Escucharon. Se aproximaron unos pasos rápidos, medidos y fuertes. Se movieron las dos con celeridad para volver a colocar la tetera, tapar la caja de dulces, sacudir las migajas y sacar los tazones de té. En un instante, Wang Ma estaba de nuevo barriendo el piso con una escoba de mango corto, y Peonía, después de sacar un pañuelo de seda de su seno, estaba limpiando el polvo de la mesa y de las sillas talladas.

La roja cortina de raso al este de la habitación fue corrida por una fuerte mano morena y cubierta de sortijas y *madame* Ezra entró.

Aquella mañana llevaba una extraña combinación de ropas: una

falda y una túnica de seda gris, chinas, y un tocado judío de tafetán rayado, a la cabeza. Las dos mujeres, la joven y la vieja, se pusieron derechas y le dieron los buenos días.

—Señora mayor —murmuraron. Ambas estaban prevenidas, sospechando cierta tendencia de mal humor después de la fiesta.

—Vosotras dos —replicó *madame* Ezra, con voz firme—, daos prisa en vuestra tarea. El padre de mi hijo pronto estará aquí. —Se movió lentamente a través de la sala, ondulante su falda gris de plata, y se sentó en la silla de la izquierda de la mesa cuadrada, de cara al jardín—. Desde luego ya debería estar aquí —siguió—. Pero ¿cuándo llegó él a tiempo nunca?

Wang Ma le sirvió una taza de té y se la entregó a *madame* Ezra con las dos manos.

—A nuestro amo le gusta detenerse en la casa del té a esta hora temprana —dijo ella. Su voz era natural; sus maneras un poco íntimas, como es propio de una anciana sirvienta que ha estado mucho tiempo con la familia—. Además de eso, señora, él espera todos los días noticias sobre la llegada de la caravana.

—¡Esa caravana! —exclamó *madame* Ezra—. Se ha convertido en una excusa para todos.

—Todos nosotros ansiamos su llegada, señora —dijo Wang Ma, riéndose—. Es como un segundo Año Nuevo, trayendo todas esas chucherías de tierra extranjera.

La caravana de que hablaba era una que Ezra enviaba cada año con su fiel socio, Kao Lien. Aunque la ruta por mar desde África y Europa era más rápida que la ruta por tierra hacia el norte, sin embargo, para traer las mercaderías, la ruta por tierra con camellos era menos

costosa y segura. Aquel año, la caravana se había retrasado por razones que, según Kao Lien decía en su carta, no podía explicar hasta que llegase, y había invernado fuera del país. Tan pronto como los días comenzaron a alargarse, se había puesto en marcha. Ahora hacía un mes que Ezra no tenía ningún mensaje de él, y esto le inducía a creer que Kao Lien debía de estar cerca, y con él la caravana más larga y las mercaderías más caras que Ezra había recibido jamás. Distribuir las mercaderías con la mayor ventaja era la más fuerte preocupación de su vida, y había estado desde hacía tiempo en negociaciones con el mercader chino Kung Chen, cuyas tiendas se hallaban extendidas por todas las grandes ciudades de la provincia y que hablaba ahora de abrir una tienda en la misma capital del Norte, bajo los mismos ojos de las damas de palacio.

Madame Ezra no oía a Wang Ma. Levantó la cabeza y olfateó el aire inquisitivamente.

—Me huele... sí, efectivamente. —Se volvió con determinación—. Wang Ma, abre la caja de dulces.

Pero Wang Ma levantó la caja entera y se la entregó a Peonía, que se adelantó para recibirla.

—Vamos, señora mayor —dijo Wang Ma, con firmeza—. En ese mismo momento le había dicho ya a Peonía que había un engaño en estos pasteles. Nosotras los probamos..., ella y yo.

—¡Grasa de cerdo! —exclamó *madame* Ezra.

—Fue ese viejo mío —insistió Wang Ma—. ¡Perezoso..., demasiado perezoso para caminar otra calle hasta la tienda budista! Pero, señora, usted misma me casó con él, a pesar de todas sus faltas. ¡Lo que he tenido que sufrir en silencio todos estos años!

—Pero meterlos en la caja de los dulces... —dijo *madame* Ezra, con aire de reproche—. Quítalos de ahí.

Peonía tomó la caja y se escurrió silenciosamente hacia una puerta, retirándose con gracia y casi imperceptiblemente. Con una dulce sonrisa, desapareció ligera de la vista. Afuera, en el amplio corredor, hizo una pausa y miró detrás de la cortina; encontró al viejo Wang, un hombrecillo de cabello gris, aplastado contra la pared. Puso éste un dedo en los labios y se fue de puntillas detrás de ella, por el pasillo, y entró en la biblioteca. Allí Peonía le entregó la caja de pasteles.

—¿Oíste? —le preguntó.

Él asintió con la cabeza.

—Estaba a punto de entrar y decir que el señor mayor venía de camino, cuando oí que ella me estaba acusando, así que esperé.

—Ya ves los disgustos que nos proporcionas a tu vieja mujer y a mí —dijo Peonía, amablemente, pero los grandes ojos le bailaban y sus labios temblaban con una sonrisa.

Él respondió a esta travesura meneando la cabeza de un lado para el otro.

—Alguien se come siempre los pasteles, el cielo lo sabe. ¿Qué importa quién, en tanto sea un ser humano? —Le presentó la caja, y ella, retirando su manga de raso con delicadeza tomó un pastel.

—Come uno, viejo Wang —ordenó Peonía—. Tú también eres un ser humano.

Comieron los pasteles con una especie de solemnidad, en comunión y cuando ella hubo terminado, sacó un pañuelo de seda de la manga y se limpió los dedos.

—Después de todo, no es pecado para nuestro pueblo comer pasteles hechos con grasa de cerdo —observó—. ¿Por qué estos extranjeros rechazan la buena carne y la buena grasa del cerdo?

—¡Qué sé yo! —replicó el viejo Wang—. El creer en los dioses a veces causa confusiones.

Se abrió una puerta y ambos volvieron la cabeza.

—¡Señor mayor! —exclamó el viejo Wang.

Peonía inclinó graciosamente la cabeza, y entró Ezra. Estaba guapo aquella mañana, a pesar de su mediana edad, y, según Peonía pudo notar por debajo de sus sonrientes pestañas, estaba animado. Ella comprendía esto muy bien. Conforme cada día de fiesta se aproximaba, aumentaban en él el mal humor y la melancolía, y estaba algo descontento mientras duraban todos los ritos en que *madame* Ezra insistía. Pero llegaba el día siguiente de la fiesta, y él estaba de nuevo boyante, impaciente por hallarse en sus prósperos negocios.

—¡Ah, Peonía! —dijo Ezra con agrado. Se tiró de la barba—. Te estás poniendo muy linda, hijita. ¿Has cortado flores frescas esta mañana?

—Están en los floreros, señor mayor —replicó Peonía con voz sumisa—. Las que se hicieron florecer forzadas se marchitaron después de la fiesta.

—¿Y dónde está mi hijo? —siguió Ezra.

—No le he visto, señor mayor —replicó ella.

—Si lo ves, mantenlo alejado... Es un buen hijo —dijo Ezra. Apretó la banda de seda en torno a su sólida cintura y fijó el turbante en la cabeza, como si se preparase para algo que tenía que venir—. No

quiero que nos oiga esta mañana –le dijo a Peonía en voz baja–. Su madre quiere que yo dé mi conformidad a su matrimonio. Y David no quiere casarse, ¿verdad?

–No lo sé, señor mayor –dijo Peonía, con expresión de desaliento.

–¿Ah, no? ¿Por qué habías de saberlo? ¿Cuánto tiempo hace que no ha visto a Leah... hasta ayer?

Peonía levantó los párpados orlados.

–La ve en la sinagoga, señor mayor.

–¿No hablan a solas?

–Desde que ella tenía dieciséis años, no.

–Esto es...

–... hace más de dos años, señor mayor –le recordó Peonía.

–¿Habla siempre de ella?

–Conmigo no, señor mayor.

–¿No hay cartas?

Las miradas de Ezra recayeron sobre la caja de dulces que el viejo Wang, allí de pie, sostenía, escuchando todo lo que se decía.

–¿Qué es eso? ¿Pasteles?

Peonía le explicó:

–El viejo Wang se los lleva...; tienen grasa de cerdo.

—Es una lástima —dijo Ezra distraídamente—. Grasa de cerdo, ¿eh? Yo no soy ningún ortodoxo, desde luego... ¡Hum!... —Tomó un pastel y se lo comió rápidamente—. Muy bueno... ¡Qué lástima! Bueno, sí, no deben estar en esta casa...

Entró presuroso, y Peonía y el viejo Wang se miraron mutuamente y rompieron a reír. Se separaron: el viejo Wang para ir a la cocina, y Peonía para regresar al gran salón. Siguió de cerca a Ezra y su entrada no fue percibida.

—Te he estado esperando —dijo *madame* Era con irritación.

—Yo también he estado esperando por ti, querida mía —replicó Ezra con calma.

Se sentó en la gran butaca opuesta a la de ella y sorbió el té que Wang Ma le ofrecía, y luego le permitió encender su pipa. Tomó ella de un recipiente un fósforo de papel oscuro, sopló el extremo incandescente para producir llama y lo acercó al tabaco. La pipa es un gran recurso en una conversación como la que Ezra sabía que le esperaba. Era necesario llenar y rellenar la cazoleta, prender el tabaco, dar dos o más chupadas, y luego soplar las cenizas y empezar de nuevo. Había abundancia de excusas para las pausas y las repeticiones.

—Cuando digo que estaré aquí entre los refrigerios de la mañana y el mediodía, estoy —dijo *madame* Ezra—. Aún después de un día de fiesta —añadió.

—Nadie lo duda —replicó Ezra tranquilamente.

Era un hombre corpulento de barba oscura y piel olivácea, que llenaba la amplia butaca china. Aquella mañana, una larga túnica china le cubría hasta los pies. Era de raso, de color vino oscuro, con un brocado de círculos, y sobre ella llevaba una chaqueta de terciopelo sin

mangas. Alrededor de la cabeza se había atado un turbante de seda de vivo color, y las cenefas de los extremos se extendían sobre la oreja derecha, donde llevaba un pesado pendiente de oro. La otra estaba desnuda. Los pies estaban desnudos también, con sandalias de cuero tachonados de oro. Los pies y las manos eran grandes, de acuerdo con su corpulencia y las grandes facciones de su cara. Debido a su gran tamaño, se movía de manera soñolienta; sin embargo, no era tan lánguido como indomeñable.

Madame Ezra lo contemplaba con impaciencia creciente. Constituían una buena pareja, y ella lo sabía. Lo quería de todo corazón, pero él podía enojarla más que a nadie en el mundo.

— ¿Has visto a David? — inquirió ella.

— Raras veces lo veo por la mañana — respondió Ezra —. Además, he estado en la casa de té desde que me levanté. Había prometido encontrarme con Kung Chen allí. — Tosió detrás de su mano grande, suave y morena—. ¡Qué comerciante más inteligente! — dijo con admiración—. Él y yo... somos una buena pareja. Nos respetamos mutuamente. Un día el consigue lo mejor de mí, y al día siguiente yo lo mejor de él. Pero ahora nos estamos acercando al fin... Ya estamos casi de acuerdo. Naomí, si llevo a término este contrato, lo que indudablemente sucederá después de que llegue la caravana, tendré salida para todas mis importaciones de marfil, porcelana, pavos reales, chucherías occidentales e instrumentos de música, a través de la casa de Kung; en resumen, para todas las mercaderías extranjeras. A través de sus tiendas, las distribuiré yo.

Las dos siervas, Wang Ma y Peonía, habían ocupado sus lugares de costumbre: Wang Ma de pie, detrás de *madame* Ezra, y Peonía detrás de Ezra. Pasaban tan inadvertidas como si fueran dos piezas del mobiliario, pero ellas tomaban esto como si fuera la cosa más natural. Ezra

se inclinó sobre la mesa.

—Naomí, tengo que proponerte algo. Ten paciencia...

—¿Cómo? —la voz de *madame* Ezra se hizo aguda de impaciencia.

—Kung Chen tiene una hija de dieciséis años que, además, es muy linda...

—¿Cómo lo sabes? —indagó *madame* Ezra.

—Bueno..., vi a la muchacha por casualidad el otro día. Él me había invitado a ir a su casa... Cosa extraordinaria. Pero queríamos hablar reservadamente acerca del contrato. Ella estaba allí, en la sala principal, desde luego. Salió inmediatamente. Pero Kung me dijo que era su hija.

Madame Ezra se contenía con dificultad. Apretaba con fuerza los labios y miraba furiosa a su marido.

—Supongo que estás a punto de sugerir que acepte a esa muchacha como nuera, ¿no es eso? —preguntó mordaz.

Ezra se encogió de hombros y extendió sus grandes manos con las palmas hacia arriba.

—Bueno, querida mía, puedes ver las ventajas; yo soy importador de mercaderías extranjeras; él es un comerciante que tiene tiendas en una docena de grandes ciudades, bien lo sabes. Después de todo, vivimos en China.

—¡Yo no veo nada, excepto que me estás pidiendo algo monstruoso! —gritó ella.

—¿Cómo? —Ezra alzó sus pobladas cejas.

— ¡Tú sabes que David debe casarse con Leah! — La sonora voz de *madame* Ezra amenazaba con lágrimas.

— Vamos, Naomí — empezó Ezra—. ¡No es posible que vayas a insistir en eso después de tantos años!

— ¡Insisto! — replicó *madame* Ezra—. ¡Mucho más después de tantos años!

Ezra habló con amabilidad persuasiva:

— ¡Pero es una promesa estúpida, Naomí, hecha por dos mujeres sentimentales sobre las cunas de sus hijos!

— ¡Una promesa sagrada — declaró *madame* Ezra— hecha ante Jehová para conservar puro nuestro pueblo!

— Pero, Naomí...

— ¡Insisto en ello!

— Es un poco tarde para hablar de pureza. Mi propia madre era china — dijo Ezra.

— ¡No me lo recuerdes! — chilló *madame* Ezra.

Ezra perdió el buen humor de repente y por completo. Su cara se puso roja, y se levantó. Pero Wang Ma fue más rápida. Se plantó delante de él y lo empujó a su silla, las manos sobre los brazos de él.

— Amo, amo... — le reconvino.

Volvióse a hundir en la butaca. Wang Ma le sirvió una taza de té con ambas manos, mientras contemplaba a *madame* Ezra. Ezra, a su vez, tomó la taza y la puso bruscamente delante de su esposa.

– Toma té, Naomí – dijo cortante.

Entonces Wang Ma llenó la taza de Ezra y se la ofreció a él. Peonía sacó de su amplia manga su abanico de seda blanca y empezó a agitarlo suavemente. Él suspiró, se acomodó en su silla y levantándose el turbante, se enjugó la cara y la cabeza con un pañuelo y volvió a colocarse el turbante.

– Quizá sea mejor que mandemos por David – sugirió él.

– Es inútil que mandemos por él mientras tú y yo no estemos de acuerdo – dijo *madame* Ezra.

– Pero quizá nos ayude a llegar a un acuerdo – replicó Ezra.

– Yo no quiero que menciones a esa muchacha china delante de él – replicó *madame* Ezra.

– No, no – dijo Ezra –. ¡Te lo prometo! Pero podemos descubrir que piensa sobre el matrimonio. Eso, al menos...

– ¿Por qué al menos? – le interrumpió *madame* Ezra.

– Eso es lo más importante, no lo menos.

Ezra se golpeó las rodillas.

– Peonía – gritó –. ¡Vete a buscar a mi hijo!

– Sí, señor – murmuró Peonía. Salió de la habitación graciosamente. Wang Ma volvió a llenar los tazones de té.

Madame Ezra prosiguió:

– Yo no admito que David pueda decidir en este asunto.

– Tú no querrás que se case con una mujer a quien deteste, Naomí
– dijo Ezra, más suavemente.

– ¿Quién puede detestar a Leah? – replicó *madame* Ezra –. Es una muchacha hermosa y ¡tan buena!

– Sí, por cierto – convino Ezra.

– ¿Qué habría hecho sin ella nuestro anciano rabino? – dijo *madame* Ezra.

– Su hijo vale muy poco – contestó Ezra, sarcástico.

– Aarón es todavía un niño.

– Sólo un año más joven que Leah.

– Ella parece mucho mayor.

– Sí – admitió Ezra distraídamente. Y guardó silencio.

En realidad le había dicho una mentira a su esposa. No era él quien había visto a la hija de Kung, sino David. Pero ¿cómo podía explicarle él a su mujer que había enviado de propósito a David a casa de Kung? Lo había enviado con un mensaje para Kung Chen a la hora exacta en que las señoritas están ligeras de ropa y andan vagando por los patios por variar y hacer ejercicio. Cuando volvió David, le había dicho él, bromeando:

– ¿Por qué tienes los tan brillantes hijo mío? ¿Qué has visto?

David se había ruborizado, como les sucede a los jóvenes, y meneó la cabeza.

– Aquí está la respuesta, padre – había replicado brevemente, y

dejó la carta de Kung Chen sobre la mesa.

Ahora Ezra cerró los ojos, se arrellanó en su silla e hizo girar los pulgares uno alrededor del otro. Detrás del velo de sus párpados, su cerebro perspicaz e inquieto trabajaba activamente ordenando hilos de sus emociones. No estaba tan confuso como enredado. Por sus venas corría sangre de dos poderosos orígenes. La mitad de su sangre era casi pura, pues su padre había tomado como segunda esposa a una joven china llena de vigor y belleza, y él era hijo suyo. Exteriormente, su madre pareció adoptar todas las costumbres de la casa de su padre. Pero sólo Ezra, su hijo, sabía lo intacto que estaba su corazón. En su cuarto, en lo más recóndito de su ser, se había reído ella de los extranjeros con quienes vivía. Entre tanto, había disfrutado de los placeres propios de un hombre rico y había comido hasta volverse en su vejez inmensamente gorda, sus lindas facciones hundidas en montones de carne rosada; pero no había abandonado ninguna de sus costumbres e incluso había influido en el hombre con quien se casó. El viejo Israel ben Abrahán, conforme pasaban los años, había empezado a descuidar los días de fiesta, y las concesiones habían llegado a ser un hábito en él. Pero cuando murió su esposa china, dejando un hijo, Ezra, de quince años, en un exceso de remordimiento y aflicción de conciencia lo había comprometido con Naomí, hija del jefe de la pequeña colonia de judíos en la ciudad china.

Ezra, en aquella época, indolente y romántico, había accedido. Naomí era bella y había algo fascinador en su fría fortaleza juvenil.

Después del casamiento había descubierto que el hábito de las concesiones que le había enseñado su madre, china, era un arma práctica.

Naomí era demasiado fuerte. Con las concesiones estaba ocupado ahora su cerebro.

Madame Ezra habló de repente:

– Ezra abre los ojos... Pareces un loco.

– Claro que sí, querida mía – replicó él. Y los abrió.

– ¡No tanto, estúpido! – dijo *madame* Ezra con impaciencia.

Aflojó él los párpados y sus labios se abrieron en una sonrisa disimulada. Ella le lanzó una aguda mirada, y él la recogió como si fuera una pelota de vidrio y se la devolvió.

Ella desvió la vista.

– David tarda mucho en venir – observó.

– Puede que estuviera en la calle, señora – se apresuró a replicar Wang Ma.

Todos los sirvientes de la casa se unían para la defensa del joven amo.

Antes de que pudiera haber una respuesta, oyeron sus pasos. Peonía venía detrás y corrió la cortina de raso con dedos delicados. David se quedó allí de pie, alto, moreno, sus ojos impetuosos, investigando en las dos caras vueltas hacia él.

– Me mandasteis a buscar, padre..., madre...

– Ven y siéntate, hijo mío – dijo Ezra bondadosamente.

– ¿Dónde has estado? – preguntó su madre al mismo tiempo.

No respondió a ninguno de los dos. Se sentó cerca de su padre, y Peonía sirvió una taza de té y la puso silenciosamente sobre la mesa que tenía al lado. Luego ocupó su lugar de costumbre detrás de Ezra, y,

volviendo a sacar el abanico de la manga, lo abrió y empezó a moverlo lentamente de aquí para allá. Sus ojos estaban medio ocultos tras los párpados semicerrados, David la miró y volvió a mirarla otra vez. Era imposible discernir en aquella perlina superficie pulida qué pensamientos corrían por debajo.

—David es tiempo... —empezó a decir *madame* Ezra.

El joven giró en redondo sobre su asiento.

—¿Tiempo de qué? —inquirió.

—Tú lo sabes, hijo mío —dijo *madame* Ezra. Se humillaba, ponía voz suplicante sabiendo perfectamente bien lo fácil que era que su amado hijo único se irritara.

—No lo sé, madre —replicó él.

Madame Ezra quiso hablar razonablemente:

—Leah tiene dieciocho años, David, y tú ya eres un hombre. Y yo le prometí a su madre...

—Tus promesas nada tienen que ver conmigo —dijo él secamente.

—Pero tú lo has sabido siempre... —le recordó *madame* Ezra.

—Ahora no lo sé —la interrumpió—. Además, yo no quiero a Leah.

—¡Qué vergüenza! —gritó *madame* Ezra—. La noche pasada estuviste bastante afectuoso con ella.

—Esta mañana recordé que su nariz es demasiado larga —dijo David.

Madame Ezra extendió sus manos y sus ojos pasaron de una cara a otra.

—Es una buena muchacha..., y linda también... e instruida en nuestra fe. Será una luz en esta casa después de que yo haya desaparecido.

—A pesar de todo, su nariz es demasiado larga —insistió David.

Se había convertido en una costumbre oponerse él a su madre, y lo hacía irrazonablemente. Sabía bastante bien que la nariz de Leah era bonita; si su madre hubiera guardado silencio, puede que él hubiera recordado sólo la belleza de Leah. Pero todavía era bastante infantil para querer ser libre a toda costa, y miraba furioso y terco a su madre, y luego se rió:

—No me cases tan joven, madre —gritó alegremente.

Ezra se rió fuerte. Peonía se permitió la más ligera de las sonrisas. La cara de Wang Ma carecía de expresión. *Madame* Ezra se dio cuenta de que no tenía quien la apoyara. Se mordió los labios, suspiró y reunió toda la adoración que sentía por su hijo. Cuando se volvió de nuevo a él, sus grandes ojos negros estaban húmedos y le temblaban los labios.

—David, hijo mío —empezó con el tono más afectuoso y suave— no rompas el corazón de tu madre. No, espera; yo no te pido que pienses en mí, David. ¡Piensa en nuestro pueblo! Tú y Leah, David..., juntos..., vuestros hijos... ¡llevando la sangre de Judá en esta tierra gentil! ¡Una muchacha tan buena, David..., una buena esposa que te amaría siempre a ti y a la casa, educando a los hijos en el conocimiento de Dios! Cuando llegue para nosotros el momento de regresar a nuestro país, a nuestra tierra prometida.

David la interrumpió:

—Pero yo no quiero irme. Es aquí donde he nacido, madre... en esta casa.

Madame Ezra abandonó su tono persuasivo. Una sincera cólera resplandecía en toda su cara.

—¡Atreverse a hablar así a su madre! —gritó—. ¡Qué Dios nos asegure la oportunidad de regresar a la tierra de nuestros padres antes de morir!... ¡Tú, y yo, y tu padre y toda nuestra casa!

Ezra tosió detrás de su mano.

—Yo no podría dejar mis negocios, Naomí.

—¡No estoy hablando de mañana! —gritó *madame* Ezra—. Estoy hablando del buen tiempo de Dios, cuando los profetas nos guíen.

—Yo también puedo hablar —dijo David de repente—. Madre, quiero decirte algo. —Se levantó y sus padres se quedaron mirándolo cuando se puso en pie, alto y hermoso, delante de ellos—. Madre, yo no quiero casarme con Leah porque amo a otra.

La firme boca de *madame* Ezra se abrió de asombro. Ezra levantó su taza de té. Peonía se enderezó, sin quitar los ojos de David. El pequeño abanico de seda quedó inmóvil en su mano. Wang Ma volvió a un lado la cabeza.

—¿Quién es ella? —demandó *madame* Ezra.

David se encaró con su madre. Tenía las mejillas de color escarlata.

—Vi a alguien en la casa de Kung...

—¿Cuándo? —inquirió *madame* Ezra, con pasión. Recuperaba sus

fuerzas.

—Hace dos días —dijo David sencillamente.

Madame Ezra se volvió hacia su marido... Sus negros ojos llameaban al mirarlo.

—Tú dijiste... fuiste tú quien...

Ezra gruñó:

—Querida mía, tú nos obligas a todos a mentirte —observó tristemente. Levantó sus pesados párpados hacia su hijo—. Vamos —ordenó—, ahora que has empezado, ¡termina! Viste a una linda muchacha en la casa Kung. ¿Hablaste con ella?

—No, desde luego —gritó David—. Ella... dijo algo... «¡Oh, oh!», algo así..., y escapó corriendo de la habitación tan velozmente como un...

—¿Cómo un cervatillo? —sugirió Ezra secamente.

David pareció asombrado.

—Padre, ¿cómo lo sabías? ¿La habías visto tú también?

—No —replicó Ezra—. Esta vez no. Pero creo que «cervatillo» es el termino usual.

—¡Qué estupidez! —dijo *madame* Ezra en voz alta—. Ezra estoy escandalizada.

Ezra se levantó bruscamente.

—Lo siento, Naomí. La verdad es que no puedo quedarme más... Kung Chen me está esperando, y no es de esos a los que se puede hacer

esperar, ya lo sabes.

—Sentaos lo dos —dijo *madame* Ezra imperiosamente—. David, vosotros os comprometéis el día diez del octavo mes. Es el aniversario de día en que la madre de Leah y yo hicimos nuestra promesa.

Tropezó con los ojos de su hijo frente a frente y se miraron. Los de él se abrieron.

—Yo no quiero... no quiero —murmuró—. Primero me mataré.
—Dio media vuelta y salió a grandes pasos de la habitación.

—Vete detrás de él, Peonía —le ordenó Ezra.

Peonía no necesitaba la orden. Ya estaba a la mitad del camino hacia la puerta y desaparecía detrás de la cortina de raso.

La revelación que había hecho David la había escuchado con oídos llenos de asombro. ¡Y ella había soñado que conocía todo su corazón! Más de lo que había sufrido la noche pasada por causa de Leah, le dolía ahora que David no le hubiese contado aquello. Corrió por el pasillo y salió a los largos porches que rodeaban los patios. ¿Adónde había ido? Se detuvo y tocose los labios, meditando. Él había querido escapar, ¿y adónde podría escapar sino a la calle? Se volvió veloz y ligera hacia la puerta.

En el silencio del *hall* seguían sentados los dos viejos. Wang Ma suspiraba y volvía a llenar las tazas de té. La cara de Ezra estaba grave, y *madame* Ezra se tocaba los ojos con un pañuelo. Después de un momento habló Ezra, y su voz era muy amable.

—Naomí, nosotros esperamos mucho tiempo por este único hijo.

Pero ella no estaba dispuesta a conmoveerse.

—Yo preferiría que no hubiera nacido nunca, a verlo perdido para nuestro pueblo —dijo con melancolía.

Ezra suspiró, se puso en pie y se preparó para marchar. Pero no pudo salir tan fácilmente. Conocía bien el corazón de su mujer después de tantos años, el gran corazón tozudo y ardiente de una esposa y madre judía.

—¡Ah, Naomí! —dijo tristemente—. ¡Si las mujeres pudieran dejarnos ser como somos!

Ella no replicó. Apartó su cara de él y se llevó el pañuelo a los ojos, y él con un movimiento se la indicó a Wang Ma.

—Cuídala —murmuró, y se fue.

Cuando Ezra hubo salido, *madame* Ezra rompió en sollozos, como si estuviera sola. Como si también fuera una costumbre de años, Wang Ma se acercó a su lado, le tomó la mano y le dio unos golpecitos suaves, frotándole los dedos y las muñecas, pellizcando la firme carne con dulzura. Una y otra mano acarició ella así, y luego apretó las sienes de *madame* Ezra repetidamente entre sus palmas; *madame* Ezra se fue tranquilizando, se reclinó en la butaca y cerró los ojos. Así quedó calmada. Pero bajo sus dedos sentía Wang Ma el agitado cerebro obstinado, trabajando todavía.

—¡Ah, señora —murmuró—, deje seguir a los hombres su camino! ¿Qué nos importa eso a las mujeres? Dormir..., comer..., disfrutar de la vida..., eso es lo mejor.

Eran las palabras peores que podía decir, e instantáneamente se arrepintió de ellas. Los fieros ojos negros de *madame* Ezra se abrieron de pronto. Se irguió y se volvió hacia su servidora:

—¡Oh, las chinas! —Se levantó mientras hablaba, empujó a un lado las manos de Wang Ma y salió de la habitación con impetuosa rapidez.

Wang Ma se quedó en pie, al acecho; luego palpó la tetera y la encontró caliente. Llenó la taza en que había bebido, y tomándola con ambas manos, fue y se sentó en el umbral de la puerta. Allí, calentándose al sol ardiente, continuó sentada, bebiendo el té despacio, contemplando reflexivamente el patio iluminado por el sol.

II

Peonía se encaró con David.

—¡Parece mentira en ti! —gritó con suave ferocidad—. ¡No decírmelo!

Él era más ligero de pies que ella, pero astutamente la dejaba llegar primero a la puerta. Una vez había mirado hacia atrás y la había visto, e instantáneamente pareció abandonar ella la caza y se deslizó por una calleja lateral de aquel inmenso conglomerado de casas. Miró para atrás de nuevo, y al no verla, había sonreído triunfal y había retardado los pasos. Luego, de repente, apareció ella por un pasadizo, y él comprendió que lo había burlado. Se paró muy cerca, cruzose de brazos y bajo la vista ante sus ojos cargados de reproches.

—Yo no soy esclavo tuyo —declaró.

Su carita encantadora se estremeció, sonrojose y se marchitó ante su mirada como una flor tronchada.

—No —dijo ella con débil vocecita—, soy yo solamente tu esclava, y..., y..., tienes mucha razón... No necesitas decirme... nada.

Él sintió remordimiento al instante.

—Vamos, Peonía —adujo—, te lo diré..., pero solamente si nadie me obliga.

—Mía ha sido la falta —admitió ella—. No volveré a hacerlo.

Mira... ¡estás libre!

Cruzó las manos detrás de la espalda. Él extendió sus brazos, pero ella se evadió y se hizo a un lado, y luego se volvió y echó a correr. Ahora era él el perseguidor y ella la que huía... ¡Cómo le entusiasmaba correr! Tenía suerte al ser esclava en aquella casa de extranjeros. Si hubiese estado en una casa china, le habrían vendado los pies para que los tuviera pequeños tan pronto se viese que iba a ser bonita; de manera que si un hijo de la casa llegara a amarla, y la deseara como concubina, no fuera una vergüenza para la familia por tener los pies como los de una sirvienta. Corría ella riéndose ante el ruido que producía él corriendo detrás. Él se reía también, pero ambos apagaron sus carcajadas con el aire secreto de la infancia. Él la cogió como siempre, como ella sabía que la atraparía; Peonía lo empujó y, con un movimiento, se libertó... casi, pero no del todo. Sus brazos eran fuertes. Entonces su agudo oído, rápido para oír pisadas y voces, le advirtió que habían sido vistos.

—Joven amo —gritó—. ¡No debe usted quitarse la vida!

Él soltó los brazos pero era demasiado tarde. *Madame* Ezra los había visto.

—Peonía —dijo incisivamente—. ¡Olvidas tus deberes!

—Yo lo estaba reteniendo para que no se lanzara al pozo —tartamudeó ella.

—¡Tonterías! —replicó *madame* Ezra. Pero vaciló. ¿Mentía la muchacha, o estaba, en realidad, intentando contenerle ante la muerte?

David se rió.

—Está mintiendo, madre —dijo con energía—. Estábamos

jugando.

A *madame* Ezra no le agradó esto.

—Es tiempo de que dejes de jugar con Peonía —dijo fríamente. Le agradaba menos que de costumbre ver cuán hermoso estaba su hijo en aquel momento. El color vivo y el porte audaz, que eran su secreta delicia, la alarmaron. Y Peonía también estaba volviéndose peligrosamente bella.

—Arréglate —dijo secamente a la muchacha—. Tienes que acompañarme a la casa del rabino. Tú, David, deberías estar con tus libros.

Se fue con paso firme, por el pequeño patio, a sus habitaciones. David hizo una mueca y se encogió de hombros, y Peonía respondió elevando las cejas y con un suspiro. Luego su carita hizo el más dulce gesto de halago. Contempló la espalda de *madame* Ezra y se detuvo para poner una manecita, ligera como una flor, en el brazo de David.

—¿Me contarás todo lo de ella?

Sonrió él con entusiasmo, y Peonía le devolvió la sonrisa, una sonrisa tierna, la misma sonrisa, o así le parecía, que había visto con tanta frecuencia en su cara cuando lo miraba.

—Todo —le prometió.

Se separaron, y Peonía se fue a su habitación a prepararse para su obligación de acompañar a *madame* Ezra. Era un cuarto pequeño, embutido en un pequeño patio particular, pero que se abría en el de Wang Ma, el cual, a su vez, daba a un oscuro pasadizo mohoso que comunicaba con las habitaciones de *madame* Ezra. La pequeña habitación en que habitaba Peonía había pertenecido a una concubina,

tres generaciones atrás; un amor secreto, apenas confesado del bisabuelo de Ezra. Allí también había vivido Wang Ma antes de haberla casado el padre de Ezra con el viejo Wang. El cuarto había permanecido vacío mientras Peonía era una niña demasiado joven para estar sola, pero cuando cumplió los quince años, se lo habían dado. Era un lindo cuartito de paredes blanqueadas, y los grises azulejos del piso pulidos y limpios como la plata. Sobre las paredes que daban frente a ambos lados de la cama había colgado Peonía dos rollos de papel pintado con flores de primavera y de verano, las brillantes hojas de otoño y los nevados pinos de invierno. Los había pintado ella misma. Había asistido a la escuela con David y su tutor durante muchos años; su deber era ir a buscarles té caliente, limpiar sus pinceles y preparar tinta, pero ella había aprendido a leer y escribir. Este aprendizaje, añadido a su fino talento, la había capacitado para escribir versos tan bien como David. Así, en el papel de la primavera, había escrito ella en dos largas líneas de recortados brochazos:

Las flores de durazno se abren en los árboles

sin saber si morirán con las heladas.

Sobre las rama de mimosa del rollo que representaba el verano, escribió:

El sol ardiente abrasa; el trueno retumba en el cielo.

Las cigarras, distraídas, cantan al fin...

Bajo las hojas escarlata del arce, escribió:

Caen las hojas coloradas, y todo el patio está en silencio.

Yo piso las hojas y mueren bajo mis pies.

Bajo los pinos cubiertos de nieve, escribió dos líneas más:

La nieve cubre lo vivo y lo muerto;

los verdes pinos, las flores marchitas.

Leía estos cuatro poemas con frecuencia, preguntándose cómo pudo improvisarlos. Si sería capaz de hacerlos mejor alguna vez, no lo sabía. Pero al presente le llegaban al fondo del corazón y le hacían sentir deseos de llorar.

En aquel momento se movía apresurada por ponerse unos sencillos pantalones y chaqueta oscuros, por sacarse del pelo las flores de durazno, y los brazaletes de oro. Se miró en el pequeño espejo antiguo de su tocador, se echó unos polvos de arroz en el rostro y tocó ligeramente sus labios con crema roja. El cabello se lo arreglaba siempre en una larga trenza, como lo llevaban todas las esclavas para significar que no eran hijas de la casa, pero dentro de ésta llevaba la trenza enroscada en un moño sobre la oreja. La soltó y se cepilló el lacio flequillo negro, recortado, sobre las cejas.

Hecho esto, se apresuro a cruzar los pasadizos hasta que llegó al patio de *madame* Ezra. Wang Ma estaba dando el último toque a su traje. Era rico y personal y, a juicio de *madame* Ezra, enteramente judío. No sabía que, durante las generaciones que su familia había vivido en China, los detalles bordados de las mangas y el cuello, los pliegues de la falda, los retorcidos de los botones y pasamanería, se habían deslizado insidiosamente en los trajes de sus abuelas.

Peonía se detuvo un momento en la puerta, tosió ligeramente y preparó una sonrisa. *Madame* Ezra no se volvió. Solía ser conversadora y bondadosa con sus sirvientes, pero los últimos días mientras su imaginación estaba ocupada en las fiestas de Pascua y todo su ser se sentía renovado por la fe de sus antepasados, no parecía agradarle la confianza que existía entre David y Peonía. La verdad es que la chica había sido comprada como compañera y, al mismo tiempo, sirvienta del niño solitario que él había sido, pero los años habían transcurrido demasiado pronto. Se reprochaba por no haber prestado atención a aquello antes de que hubieran sido mayores; ahora su hijo era ya un hombre, y Peonía una mujer. Se sentía inclinada a sentirse molesta y a ser dura con Peonía, la cual por instinto debería haber comprendido el cambio.

Todo esto lo interpretaba Peonía perfectamente, y permanecía silenciosa, con paciente gracia, hasta que *madame* Ezra se decidiera a hablar. Cuando una horquilla de oro se escurrió de entre las manos de Wang Ma, saltó ella a recogerla, tan flexible como una gatita, y la puso personalmente en el pelo de *madame* Ezra. Al hacerlo, cruzó su mirada con la de la señora en el espejo, y sonrió. *Madame* Ezra miró con severa fijeza los alargados ojos negros de la pequeña sierva, y luego, después de uno o dos segundos, devolvió la sonrisa.

—Eres una pícara —dijo—. Estoy muy enojada contigo.

—¿Por qué, señora? —preguntó Peonía con tristeza. Luego, con rápida franqueza, continuó—: No me lo diga... ¡Ya lo sé! Pero está usted completamente equivocada, señora mayor. Conozco mi lugar en esta casa. Y sólo deseo servirla a usted, señora mía. Lo que usted me mande hacer, lo haré. ¿Qué hogar tengo yo a no ser esta casa? ¿Cómo voy a atreverme a desobedecerla?

Estaba tan bella, tan razonable, tan complaciente, que *madame*

Ezra no pudo menos de ablandarse. Era cierto que Peonía dependía enteramente de ella, y, aunque sabía tan bien como siempre que bajo aquella amabilidad y dulzura había algo firme y prudente, sin embargo, razonaba, era difícil que Peonía destruyera su propio bienestar... Si había una atracción juvenil entre la sierva y David, Peonía no cedería a ella si eso significaba la pérdida de todo lo demás... Así sería, se dijo *madame* Ezra para sus adentros. Si llegaba a ver siquiera indicios de que había algo más, entre David y Peonía, de lo que debe haber entre una sirvienta joven y un joven, en tal momento casaría a Peonía con un labrador.

Tan bien como si hubiera hablado, conocía Peonía los pensamientos que había dentro de la bella cabeza de *madame* Ezra. Había adquirido tan por completo el hábito de tal descubrimiento, que le bastaba quedarse en silencio, vaciar su cabeza, esperar y recibir, para que pronto en su cerebro, imperceptiblemente, como las pisadas de un ratoncito, entraran los pensamientos de los demás. Casarse con un labrador era el destino común de las siervas que salían de su hogar. Pero ella tenía aún menos esperanzas que en un hogar chino. Los judíos no toman concubinas, había declarado con frecuencia *madame* Ezra..., al menos los buenos judíos. Su Dios, Jehová, se lo prohíbe.

Como *madame* Ezra no le respondió, se deslizó hacia atrás rápidamente y luego siguió a su señora hacia la puerta. Unos minutos más tarde estaba en su sencilla silla de manos corriendo por la calle detrás de la de *madame* Ezra, provista de cortinas de raso. Miraba a través del cuadrado de vidrio incrustado en las cortinas de enfrente y veía por delante un trozo cuadrado de la calle. La calle era lo que había sido siempre durante toda su vida y a través de siglos, antes de que ella hubiera nacido. Era una calle ancha, pero, por ancha que fuera, estaba siempre atestada de gente. A ambos lados, los edificios bajos de ladrillo y piedra se hallaban abiertos. Eran tiendas de muchas clases, pero detrás de ellas había hogares donde los hombres, las mujeres y sus hijos

vivían juntos, felices o no, pero con seguridad. La calle era sombría y fría, porque los tenderos habían extendido esterillas de caña entretejidas, colocadas en un armazón de bambú, sobre sus umbrales. Los aguadores habían vertido sus cubos de madera al pasar, y las piedras húmedas de la calle rezumaban frescura. Los niños corrían y se arrastraban por todas partes, mezclándose a la gente. Las amas de casa regateaban con los vendedores de legumbres frescas y levantaban los peces vivos, y los hombres seguían su camino hacia las casas de té y los negocios. Por todas partes había vida, vida vulgar y buena, pero ella no tomaba parte en la misma, pensó Peonía con tristeza.

Mientras sus ojos observaban la escena que conocía tan bien, sus pensamientos se consagraban a ella misma. Los años habían pasado demasiado rápidamente para ella también. Habían sido unos años felices y buenos, pero había temido que al llegar a mujer hubiera un cambio. Se había sentido casi una hija de la casa, aunque no del todo, y en los últimos días, durante la fiesta extranjera, se había dado cuenta de lo ajena que era a la familia que la había comprado. Forzando su imaginación todo lo que podía, no conseguía recordar la cara de su madre ni la voz de su padre. Una niña errante, robada quizá de su casa, o vendida, había sido vuelta a vender de nuevo.

—¿Quién me vendió a usted, señora? —le había preguntado una vez a *madame* Ezra.

—Un traficante de niños —le había replicado *madame* Ezra.

—¿Tenía muchos como yo? —preguntó después.

—Tenía veinte niñas y dos chicos —había intervenido Wang Ma—. No comprendo, señora, que no adquiriese usted un niño para nuestro joven amo.

—El padre de mi hijo quiso la niña —había replicado *madame*

Ezra—. Creo que se encaprichó con Peonía porque tenía los ojos tan grandes. Tú eras muy delgadita, hija mía. Recuerdo que comías tanto, que nos dabas miedo.

Al marchar por la calle atestada de gente, en lo alto sobre los hombros de los portadores, consideraba Peonía su suerte. Fuera de la casa de Ezra, no conocía ninguna, no tenía ningún amigo. Todos eran extraños para ella como los que pasaban por la calle. Las lágrimas llenaron sus ojos. ¿Adónde podía ir ella en busca de amigos o de familia? Por lo tanto, debía quedarse donde estaba y apegarse a la única casa que conocía.

«No tengo ninguna», pensó con pena.

Y luego negó esto con la dura sinceridad que había en lo más recóndito de su corazón. Se estaba mintiendo a sí misma. Quería quedarse en casa de Ezra porque no podía soportar la idea de dejar nunca a David. «David» le llamaba en su corazón, siempre le llamaría así, por más que obligase a sus labios a decir «amo».

«Yo lo quiero —pensó—. No deseo irme, así me dieran lo que fuese, a cambio de él».

Eso declaraba a su propio corazón. Con la verdad, una paz clara descendió sobre ella. Sabía lo que quería y lo tendría. Quedaba solamente la cuestión de cómo conseguirlo y conservarlo.

La casa del rabino estaba al lado de la sinagoga de la calle del Tendón Arrancado. Hacía mucho que a la calle la llamaban así a causa del misterioso rito de los judíos de arrancar los tendones de la carne antes de comerla. Los chinos llamaban a la sinagoga el Templo del Dios Extranjero. Pero los judíos la llamaban el Templo de Dios. Una vez, los que pasaban delante se extrañaban del ruido de llanto que salía del interior. El llanto había cesado con el transcurso de los años, y desde

entonces los únicos ruidos que salieron de la sinagoga fueron unos cantos lentos y largos como lamentos, cada siete días. Aun el tono del canto se había vuelto más débil cuantos más años pasaban, y los que ahora cruzaban por delante, tenían que detenerse y escuchar, si querían oír las voces detrás de las pesadas puertas cerradas. El edificio mismo se iba cayendo en lenta rutina. Los tifones de cada verano desgajaban las cornisas y parte de los aleros, y cuando caían las piedras, no eran reemplazadas.

La misma decadencia iba manifestándose dentro de la casa del rabino, que quedaba próxima a la sinagoga. El moho crecía entre las baldosas del patio a través del cual *madame* Ezra y Peonía entraron, mientras que sus sillas de mano esperaban delante de la puerta. El viejo Wang había sido enviado por delante para anunciar la visita de *madame* Ezra, y ahora las recibía a la puerta de la sala de visitas.

—El profesor estaba dormido, señora —explicó—. La señorita, su hija, estaba sola en la cocina, y corrió a peinarse el cabello y a cambiarse de traje. Me pidió que le rogase a usted que se sentase. Ella vendrá en seguida con su padre.

Madame Ezra inclinó la cabeza, atravesó el umbral y entró en la sala de visitas. Se llamaba sala, aunque en la actualidad era sólo una pequeña habitación arreglada con muebles vulgares. Pero estaba limpia, y Leah había puesto algunas perfumadas lilas blancas en un jarro que había sobre la mesa. No se servía té en aquella casa. Porque eso era una costumbre china. *Madame* Ezra se sentó y señaló una banqueta a Peonía.

—Siéntate, hija —dijo—. No tienes por qué estar de pie mientras estemos solas. Y tú, viejo Wang, puedes volver a casa, a tu trabajo.

El viejo Wang hizo una inclinación de cabeza y se fue, y *madame* Ezra esperó en la silenciosa salita. Puesto que ella no hablaba, Peonía no

lo hizo tampoco. La muchachita estaba sentada con gracia, erguida sobre el taburete de madera, sus manecitas cruzadas en el regazo. Sabía perfectamente cómo sentarse cómoda, esperando; su mirada era agradable y complaciente. No había impaciencia ni apuro en su porte. Cuando, a los pocos minutos, oyeron unos pasos inciertos, se levantó y ocupó su puesto detrás de la silla de *madame* Ezra.

Así estaban cuando la cortina de hilo de azul desvaído fue corrida y entró Leah conduciendo a su padre, el viejo rabino. Caminaba éste con un largo cayado en la mano derecha, su brazo izquierdo apoyado en el hombro de Leah. El rabino había sido alto en su juventud, de bastante más altura que el hombre medio, y todavía era alto, a pesar de la inclinación de la edad. Llevaba las ropas de su pueblo aquella mañana, como siempre, y, aunque remendadas, estaban limpias. Blanca como la nieve eran también su barba larga, y su piel era limpia y clara a pesar de las arrugas.

—Hija mía — saludó el rabino a *madame* Ezra.

Se levantó y se adelantó para recibir al anciano, y él le tocó la mano con delicadeza y, después, rápidamente, la cabeza en señal de bendición. Leah lo condujo a la silla que había frente a aquella en que *madame* Ezra se había sentado.

—Siéntate, por favor, tía — dijo Leah, y cuando *madame* Ezra lo hubo hecho, acercó una banqueta alta a su padre. Entonces, vacilante, miró a Peonía —. Usted..., ¿quiere sentarse? — preguntó.

Peonía inclinó dulcemente la cabeza.

—Gracias, señorita; yo debo estar en disposición de ayudar a mi señora — respondió afablemente.

Leah se sentó. Nada podía haber marcado más claramente que

aquello el cambio de su infancia, cuando ella y Peonía eran dos niñas que compartían con David juegos infantiles, y el momento presente, en que una era esclava y la otra joven señora de la casa de su padre.

—Yo debería haber despertado ya hace mucho —dijo el rabino, con una voz que sorprendía por lo fuerte para su edad—. Pero la verdad es, hija, que nuestras fiestas de Pascua excitan recuerdos tristes para mí y paso las noches despierto con pena. Estos pobres ojos... —se tocó los ojos ciegos— todavía pueden llorar, aun cuando ya no pueden ver.

Madame Ezra suspiró.

—¿No lloramos todos nosotros juntos en el exilio?

—Yo me hago viejo —siguió el rabino—, y mi hijo es demasiado joven todavía para ocupar mi lugar. ¿Dónde está Aarón, Leah?

—Salió esta mañana temprano, padre, y no ha vuelto —replicó Leah.

—¿Dijo adónde iba? —preguntó el rabino.

—No, padre.

—Pero deberías habérselo preguntado —insistió el rabino.

—No quiso decírmelo, padre —repuso Leah, afablemente.

Ante la magra figura desvaída del anciano, la belleza de Leah resultaba sobrecogedora. La clara luz del sol de primavera caía sobre el suelo de azulejos, formando un cuadro de pura luz, e iluminaba su belleza dándole vida. Era esbelta pero redondeada, de aspecto fuerte y rica en colorido, y, sin embargo, una vaga timidez comunicaba cierta modestia a su porte, que era casi juvenil. Sus labios, gruesos, estaban

rojos aquella mañana, y los ojos eran casi perfectos en su forma y su color castaño oscuro, las pestañas, largas y curvas, y las cejas oscuras. El cabello también era ondulado, y aquella mañana se lo había apartado de la cara y atado con una cintilla de raso en la nuca. Su vestido era una túnica sencilla de grueso lino, blanca. Le caía hasta los pies y estaba ceñido alrededor de su esbelta cintura por una ancha banda roja, del mismo raso que le ataba el cabello. Las manga eran cortas y sus lechosos brazos estaban desnudos.

Peonía, bajo el amparo de sus pestañas rectas, observaba esta belleza con admiración apreciativa. Su cerebro jugaba en torno a la bella muchacha con interrogaciones y dudosas respuestas. En el caso de que entrara en casa de Ezra como esposa de David, ¿sería ella bastante perspicaz para ver todo lo que pasaba bajo aquella ancha frente? ¿Protestaría, o impondría prohibiciones, o se llevaría a David otra vez lejos, siguiendo los sueños de su pueblo?

—Aarón no debería salir sin decirle a usted dónde va, padre — estaba diciendo *madame* Ezra.

—Es joven — suspiró el rabino.

—No tanto como para no recordar su deber — dijo con firmeza *madame* Ezra —. Es el único para seguirle a usted, padre, y debe recordar su deberes para con su pueblo. Si fracasa, no quedará ninguno para llevarnos a casa cuando llegue el momento.

—¡Oh, quién me otorgara que eso llegase mientras viva! — se lamentó el viejo rabino.

—Pero nosotros debemos estar listos, aun cuando no llegue todavía — dijo *madame* Ezra con fervor —. Hay que reparar la sinagoga, padre, y tenemos que dar vida a lo que queda de nuestro pueblo. Tal como van las cosas, nuestros hombres están olvidando y nuestros hijos

no conocen nuestra herencia. Debería usted imponer a Aarón la tarea de recoger fondos para las reparaciones. Es una buena idea, padre... Yo le prometo quinientas monedas de plata como iniciación.

— ¡Ah, si todo nuestro pueblo fuera como usted! — replicó el viejo rabino —. Pero es una buena idea, ¿eh, Leah? Aarón puede ocuparse de eso, lo que le daría algo que hacer.

— Sí, padre — dijo Leah, dudosa. Miraba la laguna de luz que rodeaba sus pies.

«¡Qué gente extraña era aquel pueblo extranjero!», estaba pensando Peonía. El hermoso anciano, la bella muchacha e incluso *madame* Ezra, guapa y majestuosa, se abrazaban todos por dentro. ¿Y por qué resplandecían sus ojos y sus caras iban adquiriendo una expresión de transporte y sus voces aumentaban en gravedad mientras hablaban? Algún espíritu salía de ellos y los envolvía en una magnífica unidad que la excluía a ella. Sus ojos cayeron sobre las manos de Leah, estrechamente unidas sobre sus rodillas. Eran como las manos de un muchacho, de dedos cuadrados, con las puntas fuertes y toscas. Peonía miró sus manecitas, que reposaban sobre el respaldo de la silla de *madame* Ezra..., manos suaves, estrechas, pequeñas, de dedos afilados, como deben ser los dedos de una chica. Las manos de Leah eran como las de *madame* Ezra, excepto que las de *madame* Ezra no estaban ajadas por el trabajo. Eran suaves y gordezuelas y llevaban sortijas en los índices. Leah no llevaba sortijas.

— Sin embargo, no he venido a hablar de la sinagoga — seguía diciendo *madame* Ezra.

El rabino inclinó su plateada cabeza. Un pequeño bonete negro cubría su coronilla, y el pelo se le rizaba en las puntas.

— ¿De qué, entonces, hija mía? — preguntó cortésmente.

—Yo no sé si Leah debería quedarse o irse mientras hablo —dijo *madame* Ezra, mirando bondadosamente a la muchacha.

Leah se levantó.

—Me iré.

—No —decidió *madame* Ezra bruscamente—. ¿Por qué has de irte? Tú no eres una niña, y nosotros no somos chinos. Es completamente permisible hablar de tu matrimonio delante de ti.

Leah volvió a sentarse vacilante. Peonía la observaba de reojo, por debajo de sus pestañas. Ante la palabra matrimonio, un rojo intenso y rico inundó a Leah desde la nuca y los hombros, se deslizó por sus mejillas y llegó a las raíces de su cabello. Al observarlo, Peonía sintió que la sangre se le escapaba de su cara, y su corazón empezó a latir lenta y pesadamente. La conversación seguía delante de ella como lo más natural, porque ¿quién iba a considerar si una sierva tenía corazón? *Madame* Ezra, con su perspicacia, podía pensar también que era bueno que ella oyera la conversación sobre el casamiento de David. Peonía bajo la cabeza y se quedó como una pequeña imagen de mármol, las manos unidas plegadas sobre el respaldo de la silla de *madame* Ezra.

—El matrimonio —repitió *madame* Ezra—. Es tiempo, padre, de hablar de nuestros hijos. El mío ya no es un niño.

—Leah no tiene más de dieciocho años —dijo el rabino vacilante—. Además, ¿qué haría yo sin ella?

—A los dieciocho años se es mujer —replicó *madame* Ezra—, y usted no puede retenerla para siempre. Podemos tomar una buena judía para ocupar su lugar. Yo me encargaré de eso. Conozco lo que hace falta..., Raquel, la hija de Elí, y esa mujer con quien él se casó...

—Una china — dijo el rabino, todavía más vacilante.

—En parte sólo —dijo con firmeza *madame* Ezra—. Es difícil encontrar ahora sirvientas que sean solamente de nuestro pueblo. Yo mismo utilizo sólo chinas. Es mejor no mezclarlas. Pero, para ocupar el lugar de Leah aquí desde luego deberemos tener una mujer que comprenda los ritos y pueda ayudarle. Raquel sabe bastante de eso. Y su marido ha muerto.

—Era chino — dijo el rabino quejumbroso.

—Todo lo que podemos conseguir en esta época es que nuestros hijos se casen con mujeres de nuestro pueblo —replicó *madame* Ezra—. Por eso es por lo que quiero que se case mi hijo ahora. ¡Leah tú debes ayudarme!

Una mirada de inquietud pasó por los profundos ojos de Leah.

—¿Cómo puedo ayudarla? — murmuró.

—Debes venir a visitarme — dijo *madame* Ezra—. Es natural y justo que a tu edad, cuando estás empezando a ser mujer, vayas a visitar a la amiga de tu madre. Ella y yo éramos como hermanas y hace mucho que tengo metido en la cabeza que tú deberías venir conmigo.

Fueron interrumpidos por un ruido en la puerta. Aarón entró impetuosamente, pero se detuvo confundido ante la inesperada visita.

Hizo un gesto de azoramiento.

—¡Aarón! — murmuró Leah, angustiada.

—¡Hijo mío! —grito el rabino—. ¡Qué suerte! Ahora podemos hablar contigo. Aarón, siéntate, hijo mío, cerca de mí.

El rabino buscó una silla a tuestas, pero Aarón no se acercó a él. Se sacó el turbante y se enjugó la frente. Fue Leah la que se levantó y movió la silla, poniéndola cerca de su padre, y se la señaló a su hermano. Éste se sentó, tratando de dominar su agitada respiración.

— ¿Por qué has corrido? — preguntó el rabino.

— Porque quise — respondió Aarón de mal humor.

Era un joven pálido y menudo, de ojos pequeños y negros, muy juntos a cada lado de una estrecha nariz ganchuda. Su rizado cabello asomaba, desaliñado, por debajo del turbante.

Madame Ezra lo contempló con desagrado.

— No tienes el aspecto que debe tener el hijo de un rabino — dijo majestuosamente —. Pareces tan vulgar como un hijo de cualquiera.

Aarón no respondió. En lugar de eso, le dirigió una impertinente mirada, hiriente por su hostilidad.

— ¡Aarón! — volvió a murmurar Leah.

— ¡Cállate! — ordenó brutalmente, en voz baja.

— Hijo mío, ¿no saludas a nuestros visitantes? — preguntó el rabino.

— Prosigamos con nuestra conversación — dijo *madame* Ezra.

— Sí, sí — murmuró el rabino —. Aarón, *madame* Ezra quiere que Leah vaya a pasar una temporada con ella.

— ¿Y quién nos va a cuidar a nosotros? — inquirió rudamente Aarón.

– Vendrá Raquel – replicó *madame* Ezra.

– ¿Te molesta que vaya, Aarón? – preguntó Leah, algo tímidamente.

– ¿Por qué ha de molestarme? Haz lo que quieras – replicó él. Sus ojos giraron por la sala, cayeron sobre la silenciosa Peonía, y allí se fijaron. Sintió ella su grosera mirada, y no levantó los párpados.

Entonces *madame* Ezra lo vio, y se sintió enojada. Se levantó, interponiéndose entre los dos.

– Decidámoslo así, padre. Leah puede venir mañana. Yo enviaré una silla de mano para ella, y Raquel vendrá a una hora temprana. Leah, tú puedes decirle todo lo que haya que hacer. Y no fijes día para tu regreso. Puedo tenerte una larga temporada.

Madame Ezra sonrió y le hizo un saludo con la mano a Leah, que se había puesto de pie cuando ella se levantó. Luego se inclinó para decirle adiós al rabino y dejó la sala sin prestar atención a Aarón. El rabino se levantó también y, apoyándose en el brazo de Aarón, siguió a *madame* Ezra hasta la puerta. Leah marchaba al otro lado, y Peonía iba delante para preparar a los portadores de sillas.

Así regresó *madame* Ezra a su casa. No se sentía muy complacida con sus propios pensamientos; Peonía podía verlo. Estaba muy silenciosa cuando llegó a sus habitaciones y dio unas órdenes breves para la preparación del pequeño patio del Este para Leah. Peonía se quedó para recibir órdenes y cuando las hubo oído se volvió y salió para cumplirlas, pero oyó que *madame* la llamaba desde la puerta del patio.

– Las jóvenes tienen instintos naturales – le dijo *madame* Ezra a Peonía –. Prepara esas dos habitaciones como puedas imaginar que le

gustaría a Leah, con los papeles pintados y los floreros, las flores y los perfumes que más le satisfagan.

—Pero *madame*, ¿cómo puedo saber yo lo que más puede satisfacer a una dama extranjera? —inquirió Peonía. Afrontó la fija mirada de *madame* Ezra con una mirada inocente y abierta.

—Trata de imaginarlo —dijo secamente *madame* Ezra, y la mirada inocente vaciló y se desvaneció.

Fuera, en el húmedo corredor, Peonía se quedó quieta durante un minuto. Luego se movió con decisión. Fue a su habitación y con rapidez se quitó las sombrías ropas de calle y se puso la chaqueta y los pantalones de seda de suave color rosa. Se lavó las manos y la cara con agua perfumada, recogió la trenza de nuevo sobre una oreja y clavó un enjorado alfiler en su moño. De la otra oreja se colgó un pendiente con una perla negra. Se tocó los labios y las mejillas con bermellón, y se empolvó la cara con finos polvos de arroz. Luego se deslizó a través de los pasadizos secretos de la casa antigua, que iban a abrirse dentro de los patios donde vivía David, cerca de su padre.

La casa había sido construida hacía cientos de años por una familia china numerosa y rica, y varias generaciones le habían añadido patios y pasadizos para servir sus necesidades y sus amores. Muchos de éstos estaban cerrados y no se utilizaban ya; pero Peonía, en sus exploraciones con David, los había descubierto, hasta que, conforme los años de su infancia pasaban, les fueron siendo familiares. Estos caminos quedaban debajo de las superficies superiores de la casa, como una norma secreta para una vida también secreta. La casa era el mundo de Peonía, donde vivía con la familia a la cual pertenecía, y sin embargo, donde sentía con más frecuencia que vivía sola era cuando pasaba horas seguidas en algún patio olvidado, cubierto de maleza, soñando y meditando. Pero sabía que hasta entonces no había permanecido

realmente sola, pues David estaba con ella.

Conforme seguía su camino secreto, el miedo hacía presa de ella. Bien sabía —siempre lo había sabido— que algún día le sería dada a él una esposa. Pero no había pensado que tal esposa pudiera separarlos. Continuarían su intimidad de hombre y mujer apenas observada, apenas percibida en medio de la familia. Pero si traían a Leah, ¿permitiría ella esto? ¿Podría ocultarse algo a los ojos extranjeros de la muchacha? ¿No lo exigiría ella todo de David: cuerpo, cerebro y espíritu? Moldearía la conciencia de él a su propia imagen, le enseñaría a adorar al Dios de sus padres; David se uniría a Leah exclusivamente y no habría lugar para otro corazón. Peonía, sin duda alguna, temía a Leah, porque sabía que Leah era una mujer bastante fuerte para conquistar a un hombre por completo y retenerlo. Sus ojos se inundaron de lágrimas. Tenía que ver inmediatamente a David, volver a ganárselo, renovar cada plazo. Impetuosamente, osando desobedecer incluso a *madame* Ezra, a pesar de su temor, corrió silenciosamente sobre sus pies calzados de raso y entró en la biblioteca, donde solía estar David a esas horas con sus libros.

Lo encontró ante la mesa de escribir, los libros apartados a un lado. Cuando se paró en el umbral, estaba mirando con atención una hoja de papel, apuntando a sus labios con el pincel de pelo de camello. No la vio, y ella esperó, sonrosada y sonriente, preparada para que él levantara los ojos. Como no se diera cuenta, se rió suavemente y entonces David levantó la vista, la mirada pensativa y distante. Fue entonces hacia él, y, sacando su pañuelo de seda de la manga, se inclinó y le limpió los labios manchados de tinta.

— ¡Oh, qué labios! — murmuró —. ¡Mira!

Le mostró la mancha en el pañuelo, pero él estaba abstraído todavía.

– Dime una consonante de lirio – le ordenó.

– Martirio – replicó ella con toda travesura.

– ¡Qué tonta eres! – replicó David. Pero dejó el pincel.

– ¿Qué estás escribiendo? – inquirió Peonía.

– Un poema – replicó él.

Ella le arrebató el papel, él se lo arrebató a su vez, y entre ambos lo desgarraron en dos.

– ¡Mira lo que has hecho! – gritó él, furioso –. ¡Es la quinta vez que lo he copiado!

– Supongo que es para tu mentor – gritó Peonía, y empezó a leer el poema desgarrado, con voz alta y dulce.

*Sorprendí, de repente, un jardín descuidado,
un espacio aromado por las flores,
pero todas las flores se abatieron ante un lirio.*

– ¿Qué lirio? – inquirió Peonía –. Yo creía que habías dicho que ella parecía un cervatillo. La misma muchacha no puede parecer un lirio y un cervatillo.

– No es exactamente como un lirio..., es demasiado pequeña. Yo quería decir orquídea, una pequeña orquídea dorada, pero no hay nada que rime con orquídea.

Peonía arrugo el papel en la mano.

—No sirve para nada que le escribas poemas, sea ella lo que fuese — declaró.

—¡Eres una pícara perversa! —gritó él. Le agarró la mano y la obligó a soltar el papel y lo alisó. Luego la miró, recordando sus palabras—. ¿Qué quieres decir con eso? —exigió.

Ella hizo una pausa y luego contestó con firmeza:

—Viene Leah.

—¿Aquí?

Le alegraba el horror que veía en sus ojos, e hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Viene mañana, y es realmente muy hermosa. Nunca me fijé antes en lo hermosa que es... ¿Por qué no conservas el poema? A ella le iría bien lo de lirio.

—¿A qué viene? —preguntó David, mordiéndose el labio inferior.

—Ya lo sabes..., ya lo sabes —respondió ella—. Viene para casarse contigo.

—Deja de fastidiarme —le ordenó. Se puso de pie y la asió por las muñecas, reteniéndola con firmeza—. Cuéntame, ¿mi madre le dijo eso a ella?

Peonía asintió con la cabeza.

—Yo fui con tu madre a casa del rabino y lo oí todo. Van a reconstruir el templo de vuestro Dios extranjero... Y Leah va a venir aquí.

—Si mi madre cree... —empezó a decir David.

—¡Ah, ella hará lo que quiera! —declaró Peonía—. Es más fuerte que tú. ¡Te hará casar con Leah!

—No puede..., yo no quiero... Mi padre me ayudará...

—Tu padre no es tan fuerte como ella.

—¡Pero nosotros dos juntos!...

—¡Ah! Por suerte, ellas también son dos —le recordó con aire de triunfo—. Leah y tu madre... Ellas son más fuertes que tu padre y tú.

Sentía un extraño deseo de herirlo, de hacerlo sufrir, para que le tuviera que pedir ayuda. Entonces lo ayudaría. Levantó la vista hasta sus ojos y vio la duda deslizarse en ellos.

—¡Peonía, tienes que ayudarme! —murmuró.

—Leah es hermosa —dijo ella tozudamente.

—Peonía —le rogó—, yo amo a otra. ¡Tú lo sabes!

—A la hija de Kung Chen. ¿Cuál es su nombre?

—Ni si quiera sé su nombre —gruñó él.

—Pero yo sí —dijo Peonía.

Ahora lo tenía en su poder. Le soltó las muñecas.

—¿Cuál es su nombre? —demandó.

—Tú casi estabas en lo cierto... al quererla llamar orquídea —dijo ella con gazmoñería—. Su nombre es Kueilan.

–Orquídea Preciosa – repitió él–. ¡Ah, mi instinto me lo decía!

–Si tú lo deseas, yo misma le llevaré el poema... cuando lo hayas terminado –dijo Peonía, dulcemente.

Él abrió el cajón de la mesa y sacó una hoja nueva de papel.

–Ahora ayúdame rápidamente a hacer la última línea –le ordenó.

–No pongamos flores –sugirió Peonía–. ¡Las flores son muy vulgares!

–Flores, no –dijo él con vehemencia–. ¿Qué le gustaría a ella en lugar de eso?

–Si fuera yo –dijo Peonía–, me gustaría recordar a alguien..., al que yo amara..., una fragancia... cogida en los vientos de la noche... el rocío a la salida del sol...

–El rocío a la salida del sol –decidió él.

Colocó David su papel y el pincel, y ella le tocó la mejilla con su palma.

–Mientras tú escribes –dijo con ternura–, voy a hacer algo que ordenó tu madre.

No la oía, ni supo que lo había dejado. En la puerta miró ella hacia atrás. Cuando lo vio absorto, sus rojos labios cobraron más firmeza y sus ojos brillaron como negras joyas, y se fue a cumplir la tarea de preparar las habitaciones de Leah.

Deseaba con todo su corazón dejar aquellas habitaciones como estaban, limpias pero desnudas. ¿Por qué había de poner su mano en

nada más? Luego suspiró. Se sabía demasiado clemente para culpar a Leah, que era buena. Se levantó de mala gana, y fue por otras habitaciones de la casa, y escogió en una y en otra cosas bellas: un par de vasos multifloridos, una caja laqueada, un par de papeles pintados, cada uno con su verso debajo de los árboles en flor, y una banquetta hecha de bambú dorado, un tiesto de bulbos florecientes, y llevó estas cosas a las habitaciones de Leah y las colocó adecuadamente.

Cuando todo estuvo listo, se quedó de pie mirando alrededor: entonces sintiendo su deber cumplido, cerró las puertas. Luego se detuvo en el patio y meditó. David debía de tener ya terminado su poema. ¡Volvería junto a él para conocer su voluntad! Se fue otra vez con los pies silenciosos, a través de los patios, hasta la sala de estudios de David, y miró dentro. No estaba allí.

— ¿David? — llamó suavemente, pero no hubo respuesta. Dio unos golpecitos con los dedos en el escritorio.

En la hoja de papel había escrito él sólo una línea:

Dentro del capullo de loto, la gota de rocío esperaba...

Entonces había soltado el pincel. Palpó la punta... ¡El pelo de camello estaba seco! ¿Adónde habría ido, dónde habría estado durante tantas horas?

Miró la habitación vacía, cubierta de hileras de libros, y toda percepción, demasiado sensitiva, husmeó el aire. Confusión... ¿Qué confusión había hecho presa de él? Ansiaba correr, buscarlo, encontrarlo. Pero su vida la había adiestrado en la paciencia. Se quedó dominada y quieta. Entonces tomó el pincel, le puso su funda de cobre y lo dejó en la caja; tapó también la caja de tinta y colocó la madera de la

tinta seca en su lugar. Hecho esto, se quedó un segundo más, tomó el papel con el poema inconcluso, lo dobló delicadamente, lo metió en un bolsillo de su túnica, regresó a su habitación y cogió su bordado. Allí cosió la tarde entera y no se le acercó a nadie, ni siquiera para preguntarle si tenía hambre o sed.

III

Cuando *madame* Ezra se hubo ido, el rabino y sus hijos se quedaron en el pequeño patio sin flores. Leah se volvió a su padre, implorante la cara. Pero estaba ciego y no podía verla. Se volvió a su hermano.

– Aarón – dijo, trémula.

Pero él estaba contemplando las losas de piedra rotas debajo de sus pies.

– ¡Qué suerte tienes! – murmuró –. ¡Salir de esto!

El rabino escuchaba atentamente, pero su oído no era bastante agudo para coger las palabras.

– ¿Qué dijiste, hijo mío? – inquirió ansioso.

– Dije que echaremos mucho de menos a Leah – replicó Aarón, levantando la voz.

– ¡Ah! ¿Cómo vamos a vivir sin ella? – dijo el rabino. Alzó sus ciegos ojos a la luz del sol, que se derramaba cálida en el patio –. A no ser porque hacemos la voluntad del Señor... – continuó. Le alargó su mano a Leah, y ella la tomó entre las suyas –. Lo mismo que Esther, la reina, salió para servir a su pueblo, así deberás tú, hija mía, entrar en la casa de Ezra.

– Pero ellos pertenecen a nuestro pueblo, padre, mientras que

Esther iba donde los gentiles – dijo Leah.

–Solamente aquí, cerca de la sinagoga, es donde siento la seguridad de la tierra sagrada – respondió el rabino. Suspiró y elevó la cara al sol – . ¡Oh si yo pudiera ver!

– ¡Déjame quedarme contigo! – imploró Leah, y asió su brazo y lo colocó sobre sus hombros.

–No, no – dijo el rabino rápidamente– . Yo no me quejo. Dios nos guía. El tiene que realizar su voluntad en la casa de Ezra, y te ha elegido a ti, hija mía, para ser su instrumento. Vamos, llévame a mi habitación y déjame orar hasta que descubra su intención.

El rabino la llevaba consigo al caminar. Pero era él quien conducía por el terreno familiar, no Leah. Ella inclinaba la cabeza sobre su hombro. Detrás, Aarón seguía mirándolos, y luego salió disparado por la puerta. El rabino buscó a tientas el alto escalón de la entrada y levantó el pie sobre él.

–Hijos míos – empezó.

Leah volvió la cabeza y vio que su hermano se había ido.

–Aarón no está aquí, padre – dijo afablemente.

En otra ocasión, no le habría dicho que Aarón se había ido. Era ella la que mantenía la paz entre los dos, haciendo recordar al anciano padre que el hijo era joven todavía. Pero ahora necesitaba decir la verdad.

– ¡Se fue! – gritó el anciano– . Pero si estaba aquí hace un momento.

–Ya ves por qué no quiero dejarte – dijo Leah– . Cuando yo no

esté aquí, él andará siempre lejos, y tú te quedarás solo con una sirvienta.

–Yo debo tratar con él ante Jehová –dijo el rabino, y su cara se conmovió de pena.

–Padre, déjame quedarme contigo..., para cuidar de los dos
–suplicó Leah.

Pero el rabino apartó de sí sus manos. Estaba de pie en el centro del sitio y golpeó su báculo contra las piedras a sus pies.

–Yo no soy quien te ha ocultado la verdad, hija mía –se lamentó–. Soy yo el que ha sido débil. Sé lo que es mi hijo. No; debes irte. Yo cumpliré con mi deber.

–Padre, Aarón es joven... ¿Qué puedes hacer?

–Puedo maldecir a mi hijo, lo mismo que Isaac maldijo a Esaú
–dijo el rabino con extraña energía–. ¡Puedo arrojarlo de la casa del Señor para siempre!

Leah cruzó sus manos sobre el hombro de él.

–¡Oh!, ¿cómo puedo irme? –se lamentó.

Dominose el padre. Vaciló, se volvió, buscó a tientas su silla y se sentó. Estaba temblando y había un fino sudor sobre su elevada frente pálida.

–Vamos, vamos –dijo–. Escúchame: no soy tu padre terrenal cuando pronuncio estas palabras. Soy tu rabino. ¡Te lo ordeno!

Leah se quedó vacilante, esperando, mordiéndose los labios, las manos fuertemente asidas a sus costados. Sus ojos estaban muy abiertos

y entonces el rabino se levantó, inclinado sobre su cayado, y habló con una voz profunda y ultraterrena:

— Esto dice el Señor, a Leah, su servidora: Sal, recordando quién eres tú, ¡ah, Leah! ¡Reclama la casa de Ezra para mí! Haz que recuerden, padre e hijo, que son míos, descendientes de aquellos a quienes yo conduje, por la mano de Moisés, fuera de la tierra de Egipto, hasta la tierra prometida. Allí mi pueblo pecó. Tomaron para ellos mujeres de entre gentiles y adoraron a dioses falsos, y yo los he arrojado de nuevo hasta que vuelvan arrepentidos. Pero no lo he olvidado. Vendrán a *Mí* y yo los salvaré, y los llevaré de nuevo a su tierra. ¿Y cómo haré esto a no ser por medio de las manos de aquellos que no me han olvidado?

La cara del rabino estaba iluminada cuando pronunciaba estas palabras. El bastón cayó al suelo y él extendió sus manos. Leah escuchaba, la cabeza levantada, y cuando su padre guardó silencio, inclinó la cabeza.

— Te obedeceré — murmuró —. Lo haré lo mejor que pueda, padre.

Él vaciló. Se le escapaban las fuerzas, y se hundió en el asiento del cual se había levantado.

— Hágase la voluntad del Señor — dijo tristemente —. Ve, hija mía, y prepárate.

Ella salió sin decir más y todo aquel día estuvo ocupada en silencio. La casita continua a la sinagoga estaba siempre tan aseada y limpia como ella sabía ponerla. Pero la limpió de nuevo y preparó la comida del mediodía para los tres. Aarón no fue a casa, pero le guardó su ración, y la dejó a un lado en un lugar fresco. En la mesa, ella y el rabino almorzaron casi en silencio. Suspiró cuando oyó que su hijo no estaba allí, y luego le dijo que mandara a Aarón a verlo en seguida que regresara. Después que hubo almorzado, se durmió, y, mientras

dormía, Leah reunió sus ropas en su pequeño baúl de cuero. Luego se bañó y lavó su espeso cabello rizado. Apenas había hecho esto, cuando oyó llamar con los nudillos a la puerta. Abrió. Allí estaban Raquel, la sirvienta, y un hombre con una caja de madera que contenía sus cosas.

—*Madame* Ezra me mandó venir — dijo sencillamente.

—La esperábamos, Raquel — respondió Leah. Condujo a la mujer a su propia habitación—. Aquí es donde vivirá usted — continuó—. Queda cerca de mi padre. ¿Ha comido usted?

—Sí — dijo Raquel—. Vine bastante temprano para que usted me diga todo antes de preparar la comida de la noche, porque *madame* Ezra me dijo que ustedes se iban a acostar temprano esta noche, para estar listos por la mañana, poco después de la salida del sol. Usted dormirá en su cama esta última noche, y yo en la cocina.

Había algo de tranquilizador en aquella mujer robusta y fuerte, de cara morena, y Leah se sentó con ella sobre la cama y le dijo todo lo que pudo, lo que su padre comía o no, cómo le gustaba que le dejaran sus cosas intactas sobre la mesa, y con cuánta frecuencia debían llevarle agua caliente para que se lavara, y el cuidado de su cabello y su barba. Entonces le explicó a Raquel la limpieza de la sinagoga y cómo quitar el polvo de las tablillas, el arca y las cortinas de terciopelo, que eran viejas y había que tratarlas con cuidado. Luego, al final de todo, le habló de Aarón.

—No es buen hijo — dijo tristemente—. Mejor es que se lo diga, así no le apoyará usted.

—¡Déjemelo a mí! — repuso Raquel con firmeza.

—Usted será mejor para él de lo que yo he sido — dijo Leah.

—Yo soy más vieja —replicó Raquel. Entonces se inclinó hacia delante, las manos regordetas sobre las rodillas—. ¡Pobre oveja que va al matadero! —exclamó y meneó la cabeza.

Leah la miró sin comprender.

—Pero es una casa agradable —replicó—. Solía ir allí con mucha frecuencia cuando David y yo éramos niños. —Su blanca piel se sonrojó, a su pesar, y se rió—. No puedo hacer otra cosa, estando mi padre y *madame* Ezra de acuerdo para ordenármelo.

—Ella habla por el hombre y él por Dios —dijo Raquel humorísticamente. Luego volvió a ponerse grave—. Pero nunca te cases con un hombre a quien no puedas amar —añadió—. Es demasiado duro en una casa como la de Ezra, donde no se permiten concubinas. El matrimonio no es una carga tan grande en una casa china... Si no le gusta a una su marido, puede adquirir una concubina para él, sin perder su lugar en la familia. Pero tener que ser la esposa de un hombre odiado..., ¡qué espantoso!

—Nadie podría detestar a David —dijo Leah amablemente. Su sonrojo se hizo más patente.

Raquel la miró y sonrió.

—¡Ah, en ese caso!... —dijo—. Mejor será que mire lo que hay en la casa para cenar.

Aquella última noche en la piecita cuadrada, cercana a la de su padre, Leah no pudo dormir. En el lado opuesto del patio estaba el cuarto de Aarón. No había asistido tampoco a la comida, y pasaba de medianoche cuando Leah vio vacilar la llama de una vela contra la celosía de la ventana. Los pálidos rayos se vislumbraban sobre las blancas cortinas de su cama; se levantó, miró por la ventana y vio a

Aarón moverse como una sombra por su habitación. Ordinariamente habría ido junto a él para preguntarle si tenía hambre o enterarse dónde había estado. Pero aquella noche ya se sentía separada de él. Su vida en la casa había terminado y al día siguiente comenzaría en otra. Se volvió a la cama y se acostó sosegadamente, las manos cruzadas debajo de la cabeza.

Trató durante un rato de pensar en lo que había dicho su padre que iba a ser ella el instrumento de Dios, pero dudaba de poder serlo, por más que ansiara que fuera verdad. Había estado demasiado atareada desde la muerte de su madre para leer la Tora todo lo que debiera. Hacía mucho que ella los había dejado, tanto que no podía recordar la cara de su madre, a no ser que sacara todo lo demás de su imaginación. Entonces, en la cortina gris del pasado, creía poder ver su pálida cara; sus ojos, muy grandes y negros, y su boca fina y triste. Pero podía recordar muy bien la única cosa que su madre le había dicho cuando la llamó en la última noche de su vida:

– Cuida de tu padre..., y de Aarón.

– Sí, madre – había sollozado ella.

– ¡Oh, hija! – respondió convulsa su madre, de repente –, piensa en ti..., porque nadie más lo hará.

Ésas fueron las últimas palabras de su madre, y Leah no sabía lo que significaban ni entonces ni ahora. ¿Cómo podría cuidar a los demás si pensaba en sí misma? Suspiró y dejó de lado esta pregunta que nunca se había respondido, y empezó, en cambio, a pensar en David.

Su cerebro divagaba, retrocediendo en sus recuerdos al momento en que, quizás una vez al mes iba Wang Ma por ella y la llevaba con *madame* Ezra, la cual le daba dulces y fruta y la dejaba jugar en los patios con David, el muchachito hermoso, siempre tan ricamente

vestido, tan alegre, tan encantador. Su imagen de él era una risa tan continua que, dondequiera que fuese, el aire mismo resplandecía con su presencia. Su propio hogar había sido siempre triste, su padre absorto en escritura y oraciones, y Aarón, quejumbroso y medio enfermo, sometido a ella y cruel al mismo tiempo. Eran pobres, siempre pobres, y ella había tenido que remendar y zurcir y ahorrar, y aprender lo mejor que pudo a cocinar y limpiar. Habían tenido una sirvienta en su infancia, pero se había ido cuando Leah no tenía más de doce años, y desde entonces había estado sola, pues sólo había un viejo chino que iba al mercado y cultivaba una pequeña huerta en el patio de atrás y sacaba el polvo y la basura de la casa. Era sordomudo y vivía sus días en silencio.

La casa de Ezra era, por lo tanto, el único lugar feliz de su infancia, y no podía menos que estar contenta de que fuera la voluntad de Dios y la de su padre que regresara ahora a ella. «Pero yo vendré a casa con frecuencia – pensó – y lo pondré todo aquí mucho mejor de lo que ha estado siempre. Y si realmente me caso con David...». Aquí sus pensamientos se hicieron tímidos y humildes. Si lo hacía, si ese don le fuera concedido, daría gracias a Dios toda su vida, y sería tan buena que Él no se arrepentiría nunca. Movería el corazón de David para reconstruir la sinagoga y cumplir todos los sueños de su padre. El remanente de su pueblo, que estaba tan esparcido, sería reunido otra vez en torno a la nueva sinagoga, y David sería el jefe de ellos; cuidarían de Aarón y lo ayudarían, y quizá llegaría a ser mejor de lo que ella temía; todo iría bien... para todo el mundo, pensaba Leah con fervor.

En algún rincón, al borde de sus sueños, estaba la sombra de una joven china, la muchachita que había jugado cerca de David, una linda china, con grandes ojos almendrados y una boquita roja. Esta niña se convertía, poco a poco, en una esbelta muchacha, todavía más linda, que les servía el té a David y a ella y los convidaba con pasteles y estaba

siempre cerca. Peonía... ¡Peonía! Pero Peonía, recordó Leah, no era más que una esclava.

Y así, cerca del amanecer, concilió el sueño, una mejilla sobre sus manos cruzadas. Cuando Raquel entró a hurtadillas, no tuvo corazón para despertarla. La buena mujer fue a la cocina, encendió el fogón de leña, calentó agua y puso a hervir el arroz para el desayuno; luego vació tres huevos en la cazuela.

No despertó a Leah, desde luego, hasta que oyó que alguien llamaba a la puerta; cuando la abrió, vio a Wang Ma, y, detrás de ella, los portadores, que transportaban una silla de manos vacía.

—Entre, hermana mayor —dijo Raquel—. Nadie hay despierto aquí todavía.

Wang Ma entró. Tenía casi el aspecto de una dueña de casa. Vestía una chaqueta azul y pantalones de seda hilada en casa y llevaba pendientes de oro en las orejas y anillos de oro en sus dedos. Su aceitado pelo estaba pulido, formando sobre el cuello un moño redondo, sostenido por una fina redecilla negra; se había depilado y ennegrecido las cejas, y frotado tanto sus mejillas tan limpias, que estaban todavía muy rojas.

—¡No están despiertos! —dijo como un eco. Conocía ella a Raquel y eran buenas amigas, con esa solidez de las mujeres que son respetadas en cualquiera de las casas en que sirven. Ambas obedecían a *madame* Ezra por encima de todas las demás; Raquel, porque *madame* Ezra le había dado dinero a veces cuando su marido estaba enfermo o parado, y Wang Ma, porque sabía que *madame* Ezra gobernaba la casa Ezra.

—El rabino es anciano —dijo Raquel— y el joven ni vino hasta después de medianoche, y Leah, sin duda, la pobrecita...

Las cejas de Wang Ma se elevaron.

—¿Por qué pobrecita? —demandó—. Es afortunada al venir a nuestra casa.

—Desde luego..., desde luego —dijo Raquel apaciguadora.

—Yo la despertaré —dijo Wang Ma con firmeza—. Atienda usted a los dos hombres. Será mejor que nos demos prisa, no sea que la caravana llegue hoy. El guardián de la puerta me dijo, cuando pasé, que un enviado llegó a nuestra casa la segunda hora después de medianoche para decir que la caravana había llegado a la Villa de las Tres Campanas. Pero no le diga nada a la señorita. Nuestra ama no desea que la distraigan.

—¿Ha venido la caravana? ¿De verdad? —exclamó Raquel—. ¡Qué suerte tiene usted, hermana mayor, de estar en casa!

—Así es en algunos aspectos —replicó Wang Ma—. En otros... ¡Bueno, vamos a cumplir con nuestro deber!

Se encogió de hombros.

Raquel asintió en un movimiento de cabeza y la condujo a la habitación de Leah.

Así sucedió que cuando Leah abrió los ojos, cayeron primero sobre la hermosa cara rosada de Wang Ma. Estaba medio atontada con sus sueños, y murmuró:

—Cómo, cómo, pero ¿todavía estoy en casa?

—Arriba, señorita —dijo Wang Ma alegremente—. Me envían a buscarla.

—¡Oh, oh... —murmuró con disgusto—, precisamente hoy quedarme dormida!

—No se preocupe —dijo Wang Ma—. Póngase cualquier cosa y venga. Nuestra ama tiene vestidos nuevos dispuestos para usted. No necesita llevar nada.

—¡Ah, pero tengo el baúl hecho! ¡Estoy lista! —exclamó Leah.

Diciendo esto, salió rápidamente de la cama. Luego miró avergonzada a Wang Ma. Nunca se había cambiado de ropa delante de nadie, y no podía hacerlo ahora. Pero Wang Ma no estaba para timideces.

—¡Vamos, vamos —dijo—, déjese de tonterías, señorita! Si se ha de quedar usted en nuestra casa, yo tendré a mi cuidado el lavarla y atenderla, por lo menos hasta que Peonía aprenda. Nada tiene usted que una vieja como yo no pueda ver.

Así, con la espalda vuelta hacia Wang Ma, se desnudó Leah y se lavó en una palangana, con Wang Ma diciéndole que se diere prisa.

—No necesita hacerlo con tanto cuidado —le apremiaba Wang Ma—. Yo la lavaré a usted otra vez y la perfumaré antes de ponerse los vestidos nuevos.

Entonces Raquel hirvió una taza de sopa de arroz caliente, y así Leah estuvo lista. Pero faltaban las despedidas. Nadie podía ayudarla con ellas. Se fue de puntillas al cuarto de Aarón, que estaba todavía dormido. Se quedó mirándolo, las lágrimas agolpándosele bajo los párpados caídos. Su hermano, acostado, en su presencia, mostraba toda su debilidad y su demasiado esbelta juventud; su fea cara conmovió su corazón. ¿Quién amaría a aquel hermano suyo? No tenía nada para que se le amase.

Su magnánimo corazón, siempre dispuesto a desbordarse ante la vista de cualquier necesitado y débil, resurgió; se inclinó y lo besó en una mejilla. Tenía mal aliento y su pelo olía a no haberse lavado.

—¡Oh, Aarón! —murmuró—. ¿Qué podría hacer yo por ti?

Abrió él sus ojillos, la reconoció y le hizo una mueca.

—No me despiertes —murmuró.

—Pero si me voy, querido —dijo ella.

Acostado, comprendiendo a medias, la contemplaba.

—Cuida del padre, Aarón —le suplicó—. Serás bueno, ¿verdad, querido Aarón?

—Volverás —dijo él profundamente.

—Con mucha frecuencia, si me lo permiten —prometió—. Raquel está ya aquí.

—Bueno, entonces —replicó él, y se volvió y se acurrucó en la cama de nuevo.

Así lo dejó Leah, cerrando la puerta suavemente, y fue luego al dormitorio de su padre. El rabino se había levantado y vestido solo, y estaba cumpliendo sus oraciones.

—Padre —dijo ella, y él se volvió—. Han venido por mí, padre.

—¿Tan temprano? —respondió él—. Bueno, así sea, hija. ¿Estás dispuesta?

Ella se le había acercado, y él le tocó la cabeza, la cara, los hombros, el cabello y el vestido; sus delicados dedos decían cómo

estaba ella.

–Sí, estás dispuesta. ¿Has comido?

–Sí, padre, y Raquel lo tiene todo listo para que tú vengas a comer. –Ella vaciló y luego apoyó su cabeza contra el pecho de él—. ¡Oh, padre! –murmuró.

Él le alisó el cabello.

–Pero tú no estarás muy lejos, hija..., volverás casi todos los días, y piensa cuánto mejor será para nosotros.

Así la consoló, y ella levantó la cabeza y limpió las lágrimas de sus ojos y le sonrió.

–No venga a la puerta conmigo, padre. Permítame dejarlo aquí, y Raquel vendrá a buscarlo.

Así lo dejó. No miró hacia atrás, y con una última palabra a Raquel salió por la puerta. Sin embargo, cuando las cortinas de la litera se cerraron, le pareció que iba a realizar un largo viaje, del cual tal vez no regresara.

En la casa de Ezra, Peonía esperaba en el patio de fuera. Así se lo había ordenado *madame* Ezra por medio de Wang Ma.

–¿Voy a ser yo la doncella de esa extraña? –había preguntado Peonía cuando le llegó la orden aquella mañana temprano. Abría los ojos, mirando a Wang Ma.

Wang Ma se había acercado bastante para tocar ligeramente la mejilla de Peonía con el índice y el pulgar. Sus afiladas uñas le dejaron una pequeña huella.

—Si tienes alguna sabiduría dentro de tu cabeza, no preguntarás qué vas a hacer y qué no vas a hacer —le aconsejó Wang Ma—. Si yo hubiese hecho tales preguntas, no hubiese estado en esta casa hoy. Obedecer..., obedecer... y hacer lo que quieras. Las dos cosas van juntas si eres inteligente. ¡Y ahora piensa en darte prisa! La caravana está cerca. Nuestro amo saldrá antes del amanecer para recibirla.

—¿La caravana? —gritó Peonía.

—Sí, sí —dijo Wang Ma impaciente, y se fue—. Pero Leah no tiene porque saberlo... Eso me ordena nuestra ama.

Peonía estaba trenzándose el pelo cuando Wang Ma entró y se fue, y terminó la larga trenza. La excitación causada por la llegada de la caravana llenó su imaginación por un momento. Luego la olvidó de repente. ¿Qué había dicho Wang Ma? «Obedecer..., obedecer..., y hacer lo que quieras. Las dos cosas van juntas si eres inteligente». ¡Extrañas palabras llenas de significado! Las meditó, y el significado empezó a hundirse como metal precioso en las profundas aguas de su alma. Se sonrió para sí, de repente, hasta que dos hoyuelos danzaron en sus mejillas.

En lugar de recogerse la trenza sobre la oreja, la dejó colgar por la espalda. Pero en el cordón rojo con que ataba su cabello en la nuca, puso una gardenia del patio. Un viejo arbusto crecía allí, y en aquella estación producía muchas flores cada mañana. Peonía había elegido para ponerse una chaqueta y pantalones de seda azul pálido; tenía un aspecto delicado y modesto, mientras estaba esperando, y fue la suya la primera cara que vio Leah cuando levantaron la cortina de la litera. Desde luego, fue Peonía personalmente la que la levantó, y le sonrió a Leah, mirándola a los ojos.

—Bienvenida, señora —dijo Peonía—. ¿Quiere usted bajar de la silla? —le alargó el brazo para que Leah se apoyara en él, pero Leah

bajo sin su ayuda. Era una cabeza más alta que Peonía, y no habló, aunque correspondió a su sonrisa.

—¿Ha comido usted, señora? —preguntó Peonía, siguiendo un poco detrás de ella.

—Comí —dijo Leah francamente—, pero vuelvo a tener hambre.

—Es la mañana —observó Peonía—. El aire está seco y bueno hoy. Yo le traeré a usted de comer, señora, tan pronto como la haya instalado en sus habitaciones. Las dejé dispuestas para usted ayer, y le traeré algunas gardenias frescas. No se deben arrancar temprano, porque se ponen oscuras por los bordes.

Así las dos jóvenes siguieron juntas, cada una muy consciente de la nueva relación que se establecía entre ellas y de cada intento de llenarla. Wang Ma se había adelantado para comunicar a *madame* Ezra la llegada de Leah, así que dejaron a Peonía que condujera a la joven.

—¿Voy a tener todo este patio entero? —preguntó Leah con sorpresa cuando Peonía hizo una pausa. Las habitaciones eran mucho más hermosas que ninguna de las que ella había usado jamás. De niña recordaba haber visto allí a la abuela de David, una señora anciana que encendía velas a la caída del sol.

—Hay solamente dos habitaciones —dijo Peonía—. Una es para que usted duerma, y la otra para que descanse cuando esté sola.

Guió a Leah dentro de las habitaciones; un hombre, que llevaba un baúl, las seguía. Cuando aquél se hubo ido, Peonía le mostró los vestidos que *madame* Ezra había llevado en su juventud, las túnicas del pueblo judío. Caían rectas, amplias y largas. Las había escarlatas, ribeteadas de oro, azul oscuro adornadas de plata y amarillas con ribetes verde esmeralda.

—Tiene usted que llevar la escarlata hoy —dijo Peonía—. Pero primero tiene que comer y luego ser bañada y perfumada; aquí hay joyas para sus orejas y su pecho. Mi ama dice que no debe usted ocultarse aquí y estar sola, sino que tiene que salir y pasearse por los patios y mezclarse con la familia y disfrutar de la casa.

—¡Qué buena es! —dijo Leah. Entonces se sintió tímida—. Dudo que pueda sentirme tan libre en un día —le dijo a Peonía.

—¿Por qué no? —contestó Peonía, sin darle importancia—. Aquí no hay nadie que pueda molestarla. —Abrió una laqueada caja roja que había en el tocador, mientras hablaba, y Leah vio un montoncito de joyas de oro y plata con piedras preciosas incrustadas.

Leah levantó la vista desde donde estaba sentada al lado de la mesa, y encontró los ojos de Peonía, sonrientes y misteriosos.

—Es casamiento, ¿no? —preguntó Peonía con voz clara y ligera—. Yo creo que nuestra ama se ha formado la idea de que usted tiene que casarse con nuestro joven señor.

La cara de Leah se estremeció.

—Un matrimonio no puede hacerse —replicó rápidamente.

—¿Qué otra cosa, entonces? —inquirió Peonía con dificultad—. ¿No se hacen todos los matrimonios?

—No entre nuestro pueblo —dijo Leah con orgullo.

Parecía distante, y recordó otra vez que aquella linda muchacha china era sólo una esclava. No era del todo adecuado que discutiera con Peonía los sagrados motivos de su matrimonio. Desde luego, eran demasiado sagrados aún para su propio pensamiento, algo tan distante y tan elevado como la voluntad de Dios.

—Tomaré algo de comer ahora, si me hace el favor —dijo Leah, con voz firme y fría—. Después puedo vestirme sola... Estoy acostumbrada a hacerlo así. Dígale, por favor, a Wang Ma que no necesito su ayuda... ni la de usted.

Peonía, al oír esta voz, comprendió perfectamente lo que pasaba por el cerebro de Leah. Inclino la cabeza y sonrió.

—Muy bien, señora —dijo con su modo dócil y dulce, y, volviéndose, dejó la habitación.

Minutos más tarde, una sirvienta trajo la comida, y Leah se sirvió sola. Cuando hubo terminado, la sirvienta se retiró. Leah se cepilló sola el pelo, volvió a lavarse y se puso el vestido escarlata. Pero no se echó perfume ni tomó ninguna de las joyas del cofre. Cuando estuvo lista, se sentó en el cuarto de fuera y esperó.

Peonía se había ido a su habitación y llorado varios minutos, porque Leah era tan hermosa. Se miró en el espejo de su tocador, y le pareció que todos sus encantos eran escasos y pequeños. Ella era una cosilla ligera como un pájaro, y aunque su cara era redonda, carecía de rasgos sobresalientes. Leah era como una princesa, y ella como una niña. Sin embargo, no podía odiar a Leah. Había algo elevado y bueno en aquella joven judía, y Peonía sabía que ella no era elevada ni buena. ¿Cómo podía ser buena, aunque deseara serlo, cuando todo lo que quería tenía que conseguirlo con astucia y trampa?

«Yo no tengo nada ni nadie, excepto yo misma», pensaba tristemente la muchachita china.

Cerró el espejo de su tocador, recostó la cabeza encima y lloró más de corazón todavía, hasta que no hubo más lágrimas. Entonces, su cerebro, refrescado, lavado y limpio por sus lágrimas, empezó a trabajar a gran velocidad.

«No podrás ser jamás una esposa en esta casa —le decía su pequeño y tozudo cerebro—. No te destroces más con sueños e imaginaciones. No puedes siquiera ser una concubina... Sus dioses se lo prohíben. Pero nadie conoce a David tan bien como tú. Tú eres su posesión. No le permitas que lo olvide nunca. Sé su comodidad, su necesidad íntima, su solaz, su risa secreta».

Escuchó estas palabras no pronunciadas, y levantó la cabeza con una sonrisilla que retorcía sus labios. Abrió el espejo, recogió su pelo alrededor de una oreja y examinó todos los aspectos de su cara y sus ojos. Después de un momento de intensa contemplación de sí misma, cambió su vestido azul pálido por los cálidos tonos del durazno rosado y puso una gardenia fresca en su cabello. Entonces, arrancando un puñado de flores para Leah, se presentó de nuevo ante la invitada. Le hizo falta toda su fuerza para no desmayarse ante el radiante aspecto de Leah, ataviada como estaba ahora, con la túnica escarlata. Le sentaba bastante bien, y la dorada faja la envolvía, rodeando su estrecha cintura.

—¡Qué hermosa está usted, señora! —dijo Peonía, sonriéndole a Leah como con entusiasmo, mientras le entregaba las flores—. Son para usted. Voy a decirle a nuestra ama que ya está usted lista.

Se fue corriendo sobre sus piececillos, como si todo lo que había hecho por Leah fuera un puro goce, y al llegar al patio de *madame* Ezra se detuvo ante la puerta y tosió con su delicada tosecilla, tratando de no llorar.

—Entra —dijo la señora.

Madame Era había terminado su desayuno, y se disponía a echar una ojeada a la casa, especialmente por las cocinas, para que todos los sirvientes cumplieran con su deber y nada quedará sin hacer para el sábado, día siguiente, que era día de descanso.

Wang Ma la había despertado con las noticias de que la caravana estaba tan cerca, que incluso podía llegar antes de concluir el día.

— ¡La víspera del sábado! — había exclamado *madame* Ezra. Un momento después añadió —: No se lo diga a Leah..., no quiero que distraiga su atención de lo que tengo que decirle.

— Sí, señora — había murmurado Wang Ma.

Madame Ezra estaba a punto de traspasar el umbral para ver si los sirvientes, excitados con las noticias de la caravana, se descuidaban en los preparativos para el sábado, cuando se acercó Peonía, tragándose sus lágrimas, lo que ponía su cara suave y vacía. *Madame* Ezra volvió a sentarse.

— Entra, entra, hija — dijo con impaciencia.

Peonía entró en la salita que *madame* Ezra reservaba para ella. Era una habitación diferente a todas las demás de la casa. De las paredes colgaban telas rayadas de países extranjeros con inscripciones tejidas en el raso. Los muebles eran extranjeros también, pesados y con tallas, y las sillas, mullidas. El espacio y el vacío que una dama china habría necesitado para la paz de su alma y el orden de su cerebro no los había allí. En medio de las muchas cosas que poseía *madame* Ezra vivía contenta, y Peonía no podía menos de reconocer, aunque íntimamente le desagradaba la habitación, que había belleza en ella. Si hubiera sido más pequeña, indudablemente habría resultado odiosa. Pero era muy grande, porque *madame* Ezra, cuando había llegado allí de novia, había quitado los tabiques y convertido tres habitaciones en una grande.

— Señora, la señorita está lista — anunció Peonía.

— ¿Dónde está mi hijo? — inquirió *madame* Ezra.

—Estaba durmiendo todavía la última vez que miré en su habitación —respondió Peonía.

No había visto a David la noche anterior. Esto fue por culpa suya, porque no había ido al anochecer, como era su deseo, a llevarle té y cuidar que su cama estuviera lista para la noche. En parte se debió a la nueva orden de *madame* Ezra, pero en parte fue para probar a David. Bueno, él no la había mandado llamar, y cuando ella se fue a su cama lloró un rato. Por la mañana se despertó reprochándose a sí misma, y había ido temprano a sus habitaciones para llevarle el té, y, si estaba despierto, preguntarle dónde había estado y por qué no había terminado el poema que había empezado. Pero él estaba dormido y no se había despertado, aun cuando ella separó las cortinas de la cama y lo miró. Estaba acostado, sumido en profundo sueño, el brazo derecho caído sobre su cabeza. Peonía lo contempló un momento, con el corazón lleno de ternura, y luego se fue de nuevo.

—Dile a Wang Ma que lo despierte —le ordenó *madame* Ezra—. ¿Y dónde está el padre de mi hijo?

—No lo he visto —replicó Peonía—, pero oí que Wang Ma dijo que él espera hoy la caravana, y, por lo tanto, debe de haber salido temprano a las puertas de la ciudad, para recibirla.

—¡Tenía que llegar hoy la caravana! —exclamó *madame* Ezra—. Ahora David no pensará en ninguna otra cosa.

Peonía parecía triste para complacer a *madame* Ezra.

—¿Quiere que Wang Ma le mande que venga aquí junto a usted antes de que llegue la caravana? —preguntó.

—Sí, que lo haga —dijo *madame* Ezra—. Dejaré para luego la visita a las cocinas, y, entretanto, dile a Leah que venga junto a mí.

Abrió una caja con incrustaciones, sacó algunos bordados, y Peonía la dejó. Fuera de la puerta encontró a Wang Ma, y le dijo, como si *madame* Ezra se lo hubiese mandado:

—Usted tiene que traerle la señorita a nuestra ama, y yo despertaré a nuestro joven señor. ¡Dese prisa, hermana mayor!

Echó a correr, pero no a la habitación de David. Se fue a su cuarto de estudio, vació a aquella hora, y, ante la mesa, cogió con prisa el pincel de escribir, le sacó la cubierta e hizo luego un poco de tinta. Había guardado el poema inconcluso en su seno, y lo sacó. Pensando con rapidez, las cejas juntas, escribió velozmente tres líneas más sobre la hoja vacía.

«Perdóneme, David», murmuró, y volviendo a dejar la tinta y la pluma, se dirigió corriendo a su propia habitación. Al abrir un cajón secreto de su escritorio, sacó una bolsa que contenía dinero, regalos que le daban los invitados y monedas que Ezra le arrojaba a veces cuando estaba complacido con ella. Metiose también esto en su pecho y se deslizó a través de los pasadizos hasta la Puerta de la Escapada Pacífica, en el fondo mismo de la propiedad, la puertecilla secreta que todas las grandes casas tienen para que, en tiempos de ira popular, cuando las multitudes braman a las puertas principales de los ricos, la familia pueda escapar por ella.

A través de esta puerta salió Peonía, siguió por las tranquilas callejuelas y se apartó de las calles, hasta que llegó a otra puertecilla como la que había dejado. Ésta se abría en la propiedad de la familia Kung, y allí llamó ella. Un jardinero retiró la tranca, y ella le dijo:

—Tengo un mensaje para la familia.

Inclinó él la cabeza e hizo una señal con un dedo, sobre su hombro, y Peonía entró.

La casa de Kung era un lugar de ocio donde se rendía culto al placer, y nadie se levantaba de la cama antes de mediodía. Chu Ma, la niñera, estaba empezando a moverse por su habitación, bostezando, rascándose la cabeza con un alfiler de plata, cuando Peonía abrió un poco la puerta.

— ¡Eh, hermana mayor! — susurró Peonía.

Chu Ma abrió la puerta de par en par.

— ¿Tú? — dijo —. ¿Cómo estás aquí?

— Tienes que darte prisa — dijo Peonía —. Nadie sabe que deje la casa, excepto el joven amo, que me mandó traerte esto rápidamente para tu señorita... Que me haga saber si hay alguna respuesta.

Era una casa que ella conocía algo, porque una vez Ezra le había enviado con algún tesoro para Kung Chen, que no se atrevía a confiar a un simple sirviente; allá había conocido a Chu Ma, la sirvienta más vieja; el Año Nuevo, Chu Ma había ido a pagarle sus buenos augurios, y Peonía había vuelto allí a devolverlos, en esa forma fácil y descuidada que se usa entre las casas cuyos mayores tienen algunos negocios en común. Es verdad que *madame* Ezra no tenía amistades allí, pero Ezra y Kung Chen eran muy íntimos en el comercio.

— ¿Qué dice? — preguntó Chu Ma, contemplando el papel.

Allí, de pie en la desarreglada habitación, leyó Peonía en alto el pequeño poema que había escrito.

— «Rocío del alba» — repitió Chu Ma, suspirando—. ¡Es muy lindo!

Era una enorme mujer gorda que, cuando era joven y esbelta, se había empleado como ama seca de la tercera hijita recién nacida, y

había vivido desde entonces como doncella y aya suya. Tenía un corazón grande y bondadoso, dispuesto a la risa o al llanto, y toda su vida estaba ligada a la linda niña que atendía.

—Yo le daré el poema —dijo—. Tu joven señor es tan guapo, que haré lo que no debo. Pero no puedo remediarlo. Yo misma vi al joven... después que mi pequeña vino hasta mí para decirme que lo había visto. Corrí a la puerta y lo vi... Un extranjero, es una lástima, pero después de todo, los extranjeros son seres humanos, como nosotros, y es tan guapo... Un príncipe, le dije a mi niña... ¡Tan fuerte, tan erguido! Y en cuanto a que sea extranjero, ella puede persuadirlo para que se haga chino. ¿La ama mucho?

—Él me pidió que le diera a usted esto. —Sacó de su bolsillo la bolsa de dinero y se la dio a Chu Ma.

—¡Oh, madre mía! —dijo Chu Ma, reconviniéndola y haciendo como que apartaba la bolsa—. Esto no se necesitaba. Me avergonzaría de tomarlo. Lo que hago, lo hago por... —Pero tomó la bolsa cuando Peonía volvió a ponérsela en las manos, y empezó a vestirse con energía—. Yo le entregare el papel personalmente y te diré cómo lo tomó. Vuelve después —le dijo a Peonía.

Con todo esto, Peonía se deslizó de nuevo a través de las callejuelas, y luego se encaminó directamente al cuarto de David. Allí estaba acostado en su cama con dosel, todavía profunda y apaciblemente dormido. Ella le tocó la mejilla que se le veía y luego la otra, con sus dos palmas, para despertarlo con mimos. Sabía que era mejor que despertarlo de repente, porque en sueños el alma vaga sobre la tierra, y si el cuerpo es despertado demasiado rápidamente, el alma queda confundida y no puede volver a encontrar su camino.

—¡Despierta, mi pequeño señor; despierta, mi querido señor!
—murmuraba Peonía, como si estuviera cantando, y pronto David

abrió los ojos. Luego se sentó, estiró sus fuertes brazos y bostezó ampliamente. Peonía se quedó sonriéndole sosegadamente contemplando brillar de nuevo la luz de su alma en sus ojos.

Él la miraba con los ojos de sueño, y ella se preguntaba por qué sería, pero no se atrevió a interrogarlo.

—Vamos, joven amo —dijo amablemente—, su madre lo manda buscar.

—¿Para qué? —preguntó. Estaba saliendo de la cama, y ella se agachó y le puso las zapatillas de seda, primero en un pie y luego en el otro. Él pareció no haberse dado cuenta de que lo había llamado joven amo, y no por su nombre, y había olvidado que Peonía no debería estar allí.

—Leah ya está aquí —dijo sencillamente, sin esforzarse en recordárselo.

Él dio un salto desde su cama.

—¡No! —exclamó.

—Ya te lo dije —replicó ella. Se movió hasta el otro lado del cuarto y en la gran palangana echó agua de un aguamanil de bronce esculpido con delicadas figuras. Buscó una toalla y cierto perfumado jabón extranjero.

—¡A pesar de todo, no obedeceré a mi madre! —exclamó.

Peonía se volvió y se lo quedó contemplando, con sus lindas manos extendidas sobre sus estrechas caderas. Entonces cedió a la tentación que había en lo íntimo de su corazón.

—Tú no puedes decir que no obedecerás —dijo con dulzura—.

Puedes decir, quizá, que tu padre te mandó que te dieras prisa para reunirte con él y esperar la caravana... y que volverás en seguida a casa.

— ¡La caravana! — exclamó él—. Peonía, ¿dices la verdad? ¿Te lo dijo mi padre?

— El guardián de las puertas le dijo a Wang Ma que nuestro amo fue llamado poco después de medianoche, y ella me lo contó — replicó Peonía—. Ahora lávate antes de vestirte. Yo te traeré el desayuno aquí y le llevaré el recado a tu madre.

Se fue con la cabeza modestamente inclinada, y entró en la habitación de *madame* Ezra una vez más.

— ¡Ah, señora! Llegamos demasiado tarde — dijo tristemente—. Cuando Wang Ma fue al cuarto de nuestro joven amo, se había levantado e ido ya. He mandado un hombre a buscarlo, pero no se le encuentra en la casa de té. En las puertas de la ciudad, el guardián dijo que salió hace una hora, diciendo que iba a Las Tres Campanas a recibir la caravana.

— ¡Qué lamentable es esto, la misma víspera del sábado! — exclamó *madame* Ezra—. ¿Y Leah?

— Ahora viene — respondió Peonía. Esperó un instante y luego dijo—: ¿Tiene mi ama algunas órdenes para mí?

— No — replicó *madame* Ezra—, vete a tus labores de costumbre. Yo esperaré a Leah.

— Iré y pondré flores frescas en el gran salón para mañana sábado — dijo Peonía con su linda vocecilla—, y vigilaré la puerta, para cuando entre nuestro amo poder comunicarle sus disposiciones.

Se fue con agilidad, sus pies calzados de raso y silenciosos sobre

las losas del patio.

Cuando Wang Ma fue a buscar a Leah, encontró a la joven tomando su desayuno sola.

—No se apesume —dijo, sentándose en una banqueta, cerca de la puerta, para descansar.

Leah dejó la cuchara que sostenía; parecía alarmada.

—¿Me necesitan, buena madre? —pregunto.

—Sólo cuando haya usted terminado —contestó Wang Ma sosegadamente—. Luego, si usted quiere, venga junto a nuestra ama. Sírvase, señorita.

Leah volvió a levantar la cuchara, pero no pudo comer tan animada como antes.

Wang Ma la miraba. Aunque a Wang Ma no le gustaba la forma de nariz extranjera, y aunque aquella niña era más alta de lo que debe ser una muchacha, bastante delgada, pero demasiado alta; sin embargo, si se excusaban estas faltas era muy hermosa.

—Usted tiene un parecido con nuestra vieja señora mayor cuando vino aquí de novia —dijo Wang Ma.

Bien recordaba ella aquel día, y cómo había llorado la noche anterior a él, pensando que no serviría a su joven amo nunca más. Ezra también había sido guapo, con su tipo medio extranjero, pero no tan guapo como era su hijo ahora; la joven china que había sido Wang Ma quedó desconsolada porque la nueva novia era media cabeza más alta que el joven novio de aquellos días. «Él no amará nunca a una mujer tan grande», había pensado en secreto. Fue aquella media cabeza más de estatura lo que le dio fuerzas para quedarse en la casa y casarse con el

viejo Wang, el portero. Pero *madame* Ezra, aún cuando no tenía más de diecisiete años, cuidó que el joven Ezra fuera a sus habitaciones por la noche y no vagará por los patios. Hasta que ella tuvo cuarenta y su hijo doce años, no le permitió tener su patio independiente. Por aquel tiempo, Wang Ma era gorda y nadie penaba en ella más que como en una esclava. Ella y el viejo Wang habían tenido cuatro hijos, a quienes habían mandado a la aldea tan pronto como pudieron trabajar en la tierra, mientras que ella continuó viviendo en la casa de Ezra. Hacía mucho tiempo que Wang Ma se había dado cuenta de que *madame* Ezra era la dueña de la casa y de que estaba enterada de que ella lo sabía. Ni una palabra se había cruzado nunca entre ambas mujeres durante la larga lucha secreta de tantos años. Pero la lucha había terminado *Madame* Ezra triunfó.

Así, mientras Wang Ma contemplaba a Leah, su cerebro retrocedía en el tiempo.

—Pero tú eres más amable de lo que fue nuestra ama —decía meditabunda—. Tienes los labios más suaves y tu cabello es más vaporoso.

—¡Oh, mi cabello! —dijo Leah, tristemente. Se había atado su cinta de raso alrededor—. Nunca lo puedo tener bastante sujeto.

Wang Ma la miró.

—La cinta debería ser de oro —dijo—. Yo recuerdo que hay una de oro para ese vestido.

Revolvió la caja que *madame* Ezra había mandado poner en la habitación y encontró una rica cinta de oro.

—Cuando haya terminado de comer... —empezó.

—No puedo comer más —dijo Leah rápidamente.

—Entonces, permítame que le coloque esto en el cabello.

Con dedos diestros, puso la cinta de oro en torno a la cabeza de Leah.

—Esto va con el vestido también —declaró más adelante, y abrió la caja de joyas y sacó un collar de oro y pendientes del mismo metal.

Leah se sometió.

—Ahora venga conmigo junto a nuestra ama —le ordenó Wang Ma. Tomó la mano de Leah y, sorprendida de su fuerza, la levantó y la miró—: ¡Cómo, es una mano de muchacho! —exclamó.

—He tenido que trabajar —dijo Leah avergonzada.

Wang Ma volvió la mano que sostenía.

—La palma es suave —siguió—. Los dedos blancos, y la piel todavía es fina. Yo le frotaré las manos por la noche. Después de unas semanas estarán lindas.

Empujó a Leah suavemente, y así llegaron hasta *madame* Ezra, que, mientras esperaba, estaba bordando con puntadas firmes y unidas la pieza de oraciones hebreas.

—Entra, hija mía —le dijo a Leah—. Ven y siéntate conmigo.

Así que Leah entró y se sentó, *madame* Ezra la miró con ojos penetrantes.

—Tienes un hermoso aspecto —le dijo.

—Wang Ma me adornó —dijo Leah—. Yo me había puesto el

vestido, pero no estas cosas. —Y tocó el oro que llevaba.

—Me pareció demasiado sencilla —dijo Wang Ma—. Es tan alta, que puede llevar abundancia de oro.

—No es tan alta como David —contestó *madame* Ezra rápidamente.

—David es muy alto —dijo Leah con timidez.

—Pronto estará aquí para saludarte —replicó *madame* Ezra. Volvió a sumirse en su bordado, y Wang Ma entró en otra habitación.

Sola con *madame* Ezra, Leah, sentada, con las manos ociosas, se sentía extrañamente incómoda. Quería a aquella amiga de su madre y estaba más cerca de ella, en cierto sentido, que de ningún otro ser humano. Sabía que *madame* Ezra ansiaba hacerla su hija. Pero no sabía qué esperaba de ella, así es que no podía hacer nada más que esperar.

Como si fuera capaz de discernir estos pensamientos, *madame* Ezra levantó la vista. El cuarto estaba muy apacible. En la habitación de al lado, Wang Ma se movía realizando su trabajo. Ningún otro ruido llegaba de la gran casa.

—Tú sabes por qué estás aquí, Leah —observó *madame* Ezra.

—No muy bien, querida tía —replicó Leah.

—¿Recuerdas la promesa que te dije que tu madre y yo hicimos sobre tu cuna antes de morir ella?

Leah bajo la vista sin responder. En su regazo, sus manos fuertes y jóvenes se cruzaron estrechamente.

—Yo quiero que David y tú os caséis —dijo *madame* Ezra. Y las

lágrimas le asomaron a los ojos. Levantando el borde de su ancha manga, se las enjugó en la sedosa batista y observó cómo se sonrojaba lentamente la cara de Leah. La muchacha volvió a mirar con ojos honestos y llenos de pena—. ¿Por qué no te he de decir con claridad lo que quiero? —preguntó *madame* Ezra apasionadamente—. Es la única esperanza que tengo. ¡Pero no sólo yo, Leah! —Acercó más su silla a la de Leah—. Hija, tú sabes..., y nadie mejor que tú..., lo que está sucediendo a nuestro pueblo aquí, en esta ciudad china... ¡Cuán pocos de nosotros somos fieles! ¡Leah, nos estamos perdiendo!

—Los chinos siempre han sido amables con nosotros —dijo Leah.

Madame Ezra hizo un ademán de enojo con la mano derecha.

—¡Eso es lo que Ezra está diciendo siempre! Porque los chinos no nos han asesinado, ¿significa que no nos estén destruyendo? Leah, yo te digo que cuando tenía tu edad, la sinagoga estaba llena cada séptimo día. Tú sabes cuán pocos acuden hoy.

—Sin embargo, ésa no es la culpa de los chinos —dijo Leah, vacilante.

—Lo es, lo es —insistió *madame* Ezra—. Ellos quieren hacer ver que les gustamos... Siempre están dispuestos a reírse, a invitarnos a sus fiestas, a hacer negocios con nosotros. Siguen diciéndonos que no hay diferencia entre nuestro pueblo y el suyo. Sin embargo, Leah, tú sabes que hay una diferencia infranqueable entre ellos y nosotros. Nosotros somos hijos del verdadero Dios, y ellos son gentiles. Ellos adoran imágenes de arcilla. ¿Has mirado siquiera un templo chino por dentro?

—Sí —tartamudeo Leah—. Cuando era niña, a veces Aarón y yo íbamos..., sólo para ver...

—Bien, entonces ya lo sabes —respondió Ezra.

—¿Podemos culparlos —Leah se mostraba amablemente terca— sólo por ser bondadosos?

—No son bondadosos por magnanimidad solamente —replicó *madame* Ezra—. No, no, yo te digo que el ser bondadosos es una treta suya. Nos conquistan por medio de estratagemas. Consiguen que sus mujeres engatusan a nuestros hombres. ¡Y fingen ser tolerantes..., y hasta dicen que de buena voluntad adoran a nuestro Jehová lo mismo que a sus ídolos! —La redonda cara de *madame* Ezra estaba roja y hermosa cuando hablaba con tanto fervor a la muchacha.

Leah continuaba escuchando, con las manos todavía cruzadas en el regazo.

—¿Qué quiere usted que haga yo, tía?

—Yo quiero que tú... persuadas a David —dijo *madame* Ezra—. ¡Tú y él juntos, Leah! ¡Piensa como podríamos influir en él!

—Pero David me conoce —dijo Leah, con su modo honrado—. A él le parecería muy extraño si yo fuera diferente... de lo que he sido siempre.

—Tú eres mayor ahora..., tú y él —insistió *madame* Ezra.

—Nosotros hemos sido siempre como hermano y hermana —dijo Leah sencillamente.

Madame Ezra apartó el bordado de su regazo y se levantó. Empezó a caminar arriba y abajo por la habitación.

—¡Eso es precisamente lo que quiero que olvidéis los dos! —exclamó—. Eso estaba bien cuando erais niños, Leah...

Hizo una pausa, y Leah se levantó.

— ¿Qué más, tía?

— Tú sabes lo que quiero decir — dijo *madame* Ezra severamente.

— Lo sé, pero no sé cómo hacerlo — dijo Leah. Las lágrimas acudieron a sus grandes y bellos ojos —. Usted quiere que yo..., yo...

— Que lo atraigas..., que lo atraigas — dijo *madame* Ezra, con la misma voz áspera.

— No puedo — dijo Leah rápidamente —. Sólo conseguiría que él se riera de mí. Y yo me reiría de mi misma. No sería... yo. — Alargó su mano y tomó la de *madame* Ezra y la retuvo entre las suyas —. Tengo que ser yo misma, querida tía, ¿no es cierto? Conozco a David también. — Sintió el corazón enternecido ante la idea de que David y ella se envalentonaran ante aquella señora a quien ella quería y temía, sin embargo —. Quizá yo lo conozco mejor aún que usted. ¡Perdóneme, tía! Comprenda, tenemos casi la misma edad. Y yo pienso algo en él..., algo grande... y bueno. Si yo pudiera hablar directamente a esa parte de él..., que está también en mí...

Se miraron a los ojos una a otra, mientras ella hablaba así. *Madame* Ezra escuchaba latiéndole el corazón. ¡Sí, Leah podía hacer eso!

Entonces, de repente, antes de que *madame* Ezra pudiera replicar, oyeron un gran ruido que llegaba desde los patios de fuera. Voces que gritaban, gongs que retumbaban, Wang Ma que salía apresurada del dormitorio.

— ¡Señora, debe ser la caravana! — exclamó, y salió de prisa a averiguar.

Ante la puerta del patio tropezó con su marido, el viejo Wang.

— ¡La caravana..., la caravana! — chillaba éste —. ¡Señora mayor...,

el amo dice... que haga el favor de venir!... ¡Es la caravana!

Madame Ezra retiró su mano de entre las de Leah.

—Tendremos que ir —dijo—. Mejor que sea hoy y no mañana, sábado.

Pero Leah se sentó tranquila.

—Tía, déjeme esperar aquí... Déjeme pensar... en lo que usted ha dicho que es mi deber.

—Muy bien, hija mía —replicó *madame* Ezra—. Piensa en ello y ven cuando quieras.

—Sí.

La voz de Leah era un suspiro. Un momento después estaba sola; cruzó los brazos sobre la mesa que tenía a su lado y apoyó la cabeza entre ellos. Luego, al cabo de pocos segundos, se levantó y fue a un rincón del cuarto, y de pie, con la cara hacia la pared, empezó a orar con una suave voz sollozante.

La llegada de la caravana era cada año un acontecimiento para toda la ciudad. Las noticias de ella corrían de boca en boca, cuando la larga fila de camellos se acercaba caminando por la polvorienta senda, al lado de las calles empedradas, las puertas de todas las casas y tiendas estaban abiertas y atestadas de gentes.

Sobre un altivo camello blanco, a la cabeza de la caravana, iba sentado Kao Lien, el socio de confianza de la casa Ezra. Detrás de él aparecían guardias armados con espadas y antiguos mosquetes extranjeros, y más atrás se afanaban los cargados camellos. Todos estaban fatigados por las largas jornadas hacia el Oeste, a través del Turquestán, y otra vez la vuelta; de regreso a casa, los hombres se

habían adornado con lo mejor que tenían, y hasta los camellos sostenían las estrechas cabezas en alto y se movían con majestuosidad.

Al final de todos, figuraba Ezra en su coche de mulas. Durante días había apostado hombres a lo largo de las últimas millas de la ruta de la caravana, en acecho y listos para partir a traerle noticias de ella. En las primeras horas de la mañana de aquel día había recibido al mensajero casi sin aliento, y había oído que la caravana estaba viajando a marchas forzadas y que llegaría a la ciudad dentro de pocas horas. Con previsión, el emisario avisó al guardián de la puerta, quien había pedido el coche de mulas, y en él Ezra había salido de prisa, diciendo comer en una posada. Había encontrado a la caravana en una villa, a unas diez millas de la ciudad, y luego de recibir a Kao Lien con un gran abrazo, ambos habían tomado un apresurado desayuno y habían seguido de nuevo hacia la ciudad, yendo tras de la caravana el coche de mulas de Ezra. Había ordenado que levantaran las cortinas de raso azul, y ahora pasaba sonriente a través de las calles expectantes contestando con la mano a todos los saludos.

Ante la puerta dorada de la casa de té que estaba en la calle principal, vio a su amigo Kung Chen, fumando una larga pipa de bambú con punta de cobre; ordenó al mulero que detuviera el vehículo y le dejara bajar para poderle hacer al mercader chino la cortesía de pasar delante de él a pie. Se paró para hacer una reverencia y saludarlo; la caravana hizo un alto mientras tanto.

—Le felicito a usted por haber regresado a salvo a su socio y la caravana —dijo Kung Chen.

—Los camellos están cargados con las más ricas mercaderías —replicó Ezra—. Cuando tenga tiempo, le suplico que venga y vea lo que tenemos, a fin de que pueda escoger lo que usted quiera para sus tiendas. Lo dejaré elegir a usted primero. Sólo lo que quede irá para

otros mercaderes, una vez firmado nuestro trato.

–Gracias, gracias –replicó el cortes chino.

Era un hombre grande y grueso; su túnica de brocado le quedaba un poco más corta por delante a causa de la barriga. Una chaqueta de terciopelo negro, sin mangas, suavizaba las curvas.

Ezra, más afectuoso aún, con amistosa delicadeza, le instó:

–Venga mañana, querido amigo, a servirse una comida modesta conmigo, y después podremos mirar las mercaderías con toda comodidad. ¡No! –se interrumpió–. ¿Qué estoy diciendo? Mañana es nuestro sábado. Otro día, querido amigo.

–Excelente, excelente –replicó Kung Chen con su voz melosa. Hizo una inclinación de cabeza, empujó gentilmente a Ezra hacia su silla, y la caravana continuó su camino.

Poco antes de llegar a la puerta de su casa, Ezra vio a su hijo David, que saltó ágilmente sobre la muralla de ladrillos de su propiedad y corrió al lado del primer camello, saludando a Kao Lien con un movimiento de su brazo derecho. Entonces salió disparado adelante y cruzó las puertas.

Los portadores de la silla se rieron.

–El joven amo despertará a toda la casa –dijeron.

Ezra rió con orgullo como respuesta. Estaban delante de la puerta, y aunque habían pagado ya a los mozos de las mulas, cuando pararon el coche buscó dentro de su ancho cinturón, donde estaba su bolsa de dinero, y sacó unas monedas más para ellos.

–Para vino..., para vino –dijo con voz muy animada.

Ellos sonrieron, sus caras relucientes al sol.

–Muy agradecidos –respondieron, y se llevaron el carruaje vacío.

Uno por uno se arrodillaron los camellos delante de las puertas, suspirando y resoplando por sus flojos labios; rápidamente les quitaron la carga y la transportaron adentro. Luego los cuidadores condujeron a las bestias a sus establos y cerraron las puertas. Tan grande era la curiosidad de las gentes de la calle, que muchos habrían entrado a la fuerza en los patios para ver las mercaderías extranjeras, pero el portero no se lo permitió.

–¡Atrás! –bramaba—. ¿Son ustedes bandidos o ladrones?

Detrás de sus propios muros, Ezra condujo a Kao Lien al gran salón. David, al otro lado, se colgaba con afecto del brazo de éste.

–Quiero oírlo todo, tío mayor –decía.

No había parentesco de sangre entre Ezra y Kao Lien, pero se habían criado juntos, porque el abuelo de Kao Lien era judío, aunque su padre había tomado una esposa china, que era la madre de Kao Lien, éste había sido útil a Ezra en sus negocios con los mercaderes chinos. Kao Lien era un hombre judío con los judíos y chino con los chinos.

Su cara larga y estrecha, parecía fatigada al pasar sobre las piedras llenas de sol en los patios. Una bondadosa sonrisa jugueteaba en sus labios, medio ocultos por su barba algo rala, y sus oscuros ojos eran amables. Tenía la voz baja y profería las palabras lentamente y las formaba con gracia.

–Tengo mucho que contar –dijo.

Frente a ellos estaba *madame* Ezra, delante de la puerta del gran

salón; Kao Lien la vio y la saludó con una inclinación de cabeza.

— ¡Bien venido sea a nuestra casa! — exclamó ella.

— ¡Dios es bueno! — replicó Kao Lien.

Entró cuando retrocedió ella, y le rindió pleitesía, a lo cual respondió ella inclinando la cabeza, con lo que quería significar que no era enteramente su igual. Una chispa de burla pasó por los ojos de Kao Lien, pero estaba acostumbrado a sus maneras y habría sido impropio de su persona preocuparse por el orgullo de ella.

— ¿Dónde extendemos las mercaderías, señora? — preguntó. Siempre le pedía instrucciones a ella si estaba presente, pero sabía (y Ezra comprendía que lo sabía) que para él era el hombre el verdadero cabeza de familia.

— Yo me sentaré aquí, en mi silla — respondió *madame* Ezra —; ustedes pueden abrir los lotes uno a uno delante de mí.

Se sentó y Ezra lo hizo enfrente. Se adelantó Wang Ma y sirvió té, y un criado ofreció dulces en una bandeja de porcelana dividida en dos partes. Todos los sirvientes se habían amontonado silenciosamente dentro de la habitación. Estaban de pie a lo largo de las paredes para observar lo que pasaba.

David tiraba de las cuerdas del primer lote, con mucha prisa por abrirlo.

— Con cuidado, joven amo — dijo Kao Lien —. Hay algo precioso en ese bulto.

Se puso de pie sobre los fardos y cubiertas e intentó deshacer el nudo que David había estado a punto de romper. Quedó deshecho bajo sus dedos, largos y ágiles. Dentro de la basta tela de envolver había una

caja de metal. Abrió la tapa y sacó del paquete interior un gran objeto de oro.

— ¡Un reloj! — gritó David —. ¿Pero dónde se vio semejante reloj?

— No es un reloj ordinario — dijo Kao Lien con orgullo.

Ezra miraba extrañado las áureas figuras de niños desnudos cuyas manos sostenían el reloj.

— Es muy hermoso — dijo —. Esos niños dorados están gorditos y bien hechos. Pero ¿quién querrá esto?

Kao Lien sonrió con cierto aire de triunfo.

— ¿Recuerdas que Kung Chen me pidió que trajera un regalo para el Palacio Imperial? Desea ofrecerlo cuando se abran las tiendas nuevas en la capital del Norte. Yo compré esto para el regalo.

Ezra estaba lleno de asombro.

— ¡Qué cosa! — exclamó —. Ningún hombre vulgar podría usarlo. ¡Pero el Palacio Imperial...! ¡Ah, sí! — Se mesaba la barba, complacido, mientras contemplaba el gran reloj—. Esto cerrará el contrato entre Kung Chen y yo, ¿eh, hermano?

— Me gustaría poder abrir ese reloj por detrás — decía David—. Me gustaría saber de dónde proviene su energía.

— No, no — dijo Ezra presuroso—. Nunca podrías volver a ponerlo en orden después. Ponlo aparte, Kao Lien, hermano..., es demasiado valioso. ¡No me digas lo que costó!

Hubo risas con esto, y los sirvientes, que habían estado contemplando las doradas figuras con admiración, observaron con ojos

reverentes cómo lo ponían aparte, pensando que cuando lo abrieran la próxima vez, sería ante el Trono del Pavo Real. Solamente David vería de mala gana meterlo de nuevo en caja.

—Desearía poder ir al este con Kao Lien la próxima vez, padre —dijo—. Debe de haber en los otros países muchas cosas dignas de admiración que nosotros no tenemos aquí.

—Joven amo, no nos deje —exclamó Wang Ma—. Un hijo único no debe dejar a sus padres hasta que haya un nieto.

Madame Ezra parecía un poco majestuosa ante esta intrusión de Wang Ma.

—Algún día nos iremos todos nosotros —dijo—. Éste no es nuestro país, hijo mío. Tenemos otro.

Ante esto, Ezra a su vez, sintió desagrado. Hizo un movimiento con la mano, dirigido a Kao Lien, y dijo:

—Vamos, vamos, muéstranos qué otras cosas traes.

Kao Lien se dio prisa en obedecer, sabiendo bien que, sobre el asunto de la tierra prometida de sus padres, Ezra y su esposa no podían estar conformes, y ordenó que se abrieran las cargas, hasta que su contenido estuvo extendido y todo el salón resplandecía con telas y chucherías, con cajas de música, figuras que saltaban, muñecas y curiosidades de todas clases, como rasos y terciopelos e incluso pieles del Norte. Todos estaban encantados con lo que veían, y Ezra calculaba sus beneficios en silencio. Cuando fue mostrado todo, cada cosa en su clase, escogió un regalo para cada sirviente y miembro de la familia. Para Peonía apartó un peinecillo de oro; a Wang Ma le dio una pieza de tela fina para ropa interior; a *madame* Ezra, su esposa, le regaló una pieza de terciopelo carmesí, con todos los hilos, trama y urdimbre de

seda.

En cuanto a David, se movía como en sueños de una cosa para otra entre las riquezas extendidas ante sí, con tanto placer, que parecía mudo. Cuanto más veía, más deseaba conocer los países de donde procedían tales maravillas y la gente que era tan inteligente como para hacerlas. Le parecía que debían de ser las mejores gentes del mundo. Concebir esta belleza, tales formas y colores; convertir la belleza en formas sólidas y cosas resplandecientes, en ricos materiales, en máquinas y energía... de seguro que debía de ser obra de pueblos nobles y valientes, de grandes naciones, de civilizaciones poderosas. Ansiaba más que nunca viajar hacia el Oeste y ver por sí mismo a aquellos hombres que podían soñar de un modo tan elevado y crear semejante realidad. Quizás él mismo perteneciera más a aquellos pueblos que al suyo. ¿No habían venido sus antepasados del Oeste de la India?

Ezra miraba intranquilo a su hijo. David estaba en la edad en que todas las curiosidades naturales están despertando, y tenía el corazón impaciente de deseos no cumplidos. Si su madre lograba comunicarle su anhelo constante de dejar el país, que insistía en llamar un lugar de exilio, ¿cómo podría Ezra solo imponerse a los dos? David amaba el placer, y Ezra fomentaba su amistad con otros jóvenes de la ciudad. Pero ¿y si estos placeres se le hacían vulgares y añejos? Conforme observaba a su hijo, le parecía a Ezra que no estaba como había estado otros años. No prorrumplía en exclamaciones ante cada chuchería, objeto y maravilla, complacido con la cosa en sí. Una preocupación más profunda había en los ojos de su hijo, aparente en su cara y sus maneras. David estaba pensando, el corazón se le escapaba.

— ¡Hijo mío! — gritó Ezra.

— ¿Qué, padre? — respondió David, sin oír apenas.

— ¡Escoge lo quieras para ti, hijo mío! — grito Ezra, en voz alta, para volver a David a la realidad.

— ¿Qué puedo escoger yo? — murmuró David —. ¡Lo quiero todo!

Ezra trató de reír de buena gana.

— ¡Vamos, vamos! — exclamó en el mismo tono alto de voz —. ¡Se arruinarían mis negocios!

Todos estaban mirando, para ver lo que escogía David, pero él no quería darse prisa.

— Elige esa linda tela azul — dijo *madame* Ezra —. Haría una buena chaqueta para ti.

— No quiero eso — dijo David, y continuó paseando alrededor, para mirar aquí y allá, tocar esto y aquello.

— Escoge esa lamparita dorada, joven amo — sugirió Wang Ma —. Yo la llenaré de aceite y la pondré sobre su mesa.

— Ya tengo una lámpara — replicó David, y continuó la búsqueda de lo que su corazón podía desear más.

— ¡Vamos, vamos! — gritó Ezra.

— Déjalo que se tome su tiempo — rogó Kao Lien.

Así que todos esperaron, los sirvientes al principio medio riéndose, para descubrir lo que el más querido de la casa escogería para sí.

De repente, David vio algo en que no había reparado antes. Era una espada larga y estrecha, con vaina de plata forjada. La sacó de

debajo de las piezas de seda y la miró.

—Ésta... —empezó.

—Jehová no lo permita —gritó Kao Lien.

—¿Es malo que escoja esto? —preguntó David, sorprendido.

—Fui yo el que hizo mal —declaró Kao Lien. Avanzó y trató de sacar la espada del puño apretado de David. El joven no quería soltarla, pero Kao Lien insistió hasta que tuvo la espada—. Yo no debería haberla traído a esta casa —dijo. Entonces se volvió a Ezra—. Sin embargo, es mi prueba. Me dije que si tú veías esta espada, hermano mayor, creerías...

Pero David había alargado la mano, y Kao Lien sintió que le arrancaba la espada de nuevo. David la retenía otra vez con ambas manos, y más la quería conforme la miraba.

Nunca había visto arma tan poderosa, tan delicada y perfecta.

—Es algo hermoso —murmuró.

—Déjala —dijo su madre, de repente.

Pero David no la atendió.

Kao Lien había estado mirando todo esto con horror creciente en su fisonomía sensitiva y sutil.

—Joven amo... —dijo. Su voz siempre de diapasón bajo, estaba tan cargada de significado, que todos los que había en la habitación se volvieron hacia él.

—¿Qué pasa, hermano? —inquirió Ezra. Estaba asombrado de la

elección de David. ¿Qué necesidad tenía su hijo de un arma?

—Esa espada, joven amo —dijo Kao Lien—, no es para ti. Yo la traje como una muestra de lo que había visto. Cuando haya relatado su maldad destruiré la espada.

—¿Maldad? —repitió David, con los ojos todavía en la espada. Sus padres guardaban silencio. Si los hubiera mirado, habría visto sus caras ponerse de repente atentas y cautas e inmóviles de miedo. Pero él estaba mirando solamente la bella espada.

Kao Lien los miró, y comprendió lo que estaban pensando.

—Antes de cruzar la frontera del Oeste, fui advertido por los rumores —dijo—. Nuestros enemigos están matando a nuestro pueblo de nuevo.

Madame Ezra dio un chillido y se cubrió la cara con las manos. Ezra no habló. Ante el grito de su madre, David levantó la vista.

—¿Matando? —repitió sin comprender.

Kao Lien asintió, inclinando la cabeza de un modo solemne.

—¡Ojalá no sepas tú nunca lo que eso significa, joven amo! Yo seguí adelante, pensando que los occidentales creerían que yo era chino. Sin embargo, si hubiera sabido lo que iba a ver..., ¡me habría apartado un par de millas de mi camino!

Hizo una pausa. Ni una voz le preguntó qué había visto. La cara de Ezra estaba pálida bajo su oscura barba, y apoyó la cabeza entre las manos para ocultar los ojos. *Madame* Ezra no quitó las manos de su cara. David esperaba, con los ojos puestos en Kao Lien, y sintió que el espinazo se le estremecía con desconocido terror. Los sirvientes los contemplaban con las bocas abiertas de asombro.

—Sin embargo, es bueno para ti que sepas lo que yo vi —dijo Kao Lien, y miró a David—. Tú no sabes que, en el Oeste, nuestro pueblo no es libre de vivir donde quiere dentro de una ciudad. Han de vivir solamente donde se les permite, y siempre en las partes más pobres. Pero aún de allí fueron echados. Yo vi sus casas en ruinas, las puertas colgando de sus goznes, las ventanas destrozadas, sus tiendas robadas y arruinadas. Y no sólo esto. Vi a nuestro pueblo huyendo por las carreteras: hombres, mujeres y niños. Y aún más. —Kao Lien hizo una pausa y siguió—: Vi cientos de muertos..., viejos, mujeres y niños jóvenes que habían luchado antes que tratar de escapar... ¡Nuestro pueblo! Habían sido asesinados con espadas y cuchillos, veneno y fuego. Yo recogí esta espada en una calle desviada. Estaba cubierta de sangre...

David soltó la espada, que tintineó al caer al suelo. La miró y se sintió deslumbrado y sin aliento. En aquellos países con cuya belleza había estado soñando —hasta la espada era hermosa— Kao Lien había visto tanto horror.

—Pero ¿por qué? —preguntó.

—¿Quién lo sabe? —preguntó Kao Lien, suspirando. ¿Cómo podía hacer que lo comprendiera el joven David, que había pasado toda su vida en la paz y la seguridad? ¿Qué antigua maldición pesaba sobre su pueblo en todas partes que no tenía valor bajo los cielos de Oriente?

—¿Qué han hecho ellos? —La voz de David vibraba por todo el gran salón. Miró a su padre y a su madre y volvió a mirar a Kao Lien.

—¡Nada! —grito *madame* Ezra, y levantó la cara de entre sus manos.

—Aun cuando hemos pecado —exclamó Kao Lien—, ¿somos nosotros, de entre toda la humanidad, los que nunca van a ser

perdonados?

Pero Ezra guardaba silencio.

Los sirvientes, presintiendo disgusto en el aire, movidos a piedad por lo que habían oído, se adelantaron a servir el té y apartar las mercaderías. Solamente entonces Ezra volvió en sí. Apartó su mano de la cara y bebió una taza de té. Cuando Wang Ma la hubo llenado de nuevo, la sostuvo con ambas manos, como para calentarse.

—Mientras vivamos aquí estamos seguros —dijo al fin—. Kao Lien, toma la espada y fúndela hasta convertirla en su puro metal. Olvidaremos que la hemos visto.

Antes que Kao Lien pudiera moverse para obedecer, David se inclinó y tomó la espada de nuevo para empuñarla.

—¡Yo, sin embargo, escojo la espada! —declaró.

Ezra gruñó, pero habló *madame* Ezra.

—Deja que la conserve —le dijo a Ezra—. Déjala recordar que por ella nuestro pueblo ha muerto.

Ezra dejó la taza, se frotó las manos contra la cabeza y volvió a suspirar.

—¡Naomí, eso es lo que no debería recordar! —exclamó—. ¿Por qué ha de sentir temor nuestro hijo, cuando nadie lo persigue?

—¡Padre, lo recordaré... siempre! —gritó David. Estaba erguido, la espada en la mano, la cabeza en alto, los ojos llenos de pasión.

En aquel momento se sintieron unas pisadas en la puerta y Leah apareció. David la vio vestida de escarlata y oro, el cabello recogido en

la espalda, sus grandes ojos negros ardiendo, los labios rojos entreabiertos.

— ¡Leah! — gritó.

— Oí lo que te dijo Kao Lien. — Su voz era clara y suave —. Oí lo de nuestro pueblo. Yo estaba detrás de la cortina.

— Entra, hija — dijo *madame* Ezra —. Ya iba a enviar por ti.

— Presentí que debía venir — replicó ella, con la misma voz suave —. Lo sentí... aquí.

Cruzó las manos sobre el pecho y miró a David. Él la miró, sorprendido de sí mismo, como si no la hubiera visto nunca antes. En el mismo momento ella llegó ante él, ya una mujer.

Madame Ezra los observaba y se inclinó hacia adelante en el asiento; todos los demás la observaban a ella. Sonreía con ansiedad y ternura a ambos. Ezra la espiaba por debajo de sus cejas, los labios fruncidos y en silencio; Kao Lien la observaba, sonriendo casi tristemente, y Wang Ma la observaba, pero en sus labios había amargura.

Leah solamente veía a David. Estaba de pie, muy alto, y empuñaba la espada con la mano derecha. Era más hermoso a sus ojos que el lucero del alba y más digno de ser deseado que la vida misma. Era la masculinidad para su feminidad; la suya era una sola sangre, y lo olvidó todo, excepto que él estaba allí y que en su cara había ternura y sus ojos se posaban con afecto en ella. Se acercó a él como al sol, vacilando, y sin poder remediar.

Madame Ezra se volvió hacia los chinos.

— Idos... todos vosotros — ordenó en voz baja —. Dejados solos.

Los sirvientes se marcharon. Hasta Wang Ma abandonó su puesto y salió apresurada por una puerta lateral. *Perrita*, dormida al sol sobre el umbral de piedra de la puerta, despertó, levantó la cabeza, se quejó y, levantándose, también se fue.

Leah le sonrió a David.

—Otro David con la espada de Goliah en la mano —dijo. De repente, las lágrimas llenaron sus ojos. Dio un paso hacia delante, parándose, besó la vaina de plata de la espada que él sostenía.

Él la vio inclinada, el rizado cabello oscuro sobre la nuca lechosa. Alrededor de ellos, su padre, su madre y Kao Lien los observaban.

Peonía los observaba también, sin ser vista. Wang Ma había llegado presurosa hasta su puerta, y, encontrándola cerrada había golpeado.

—¡Peonía, tonta, hija de tonta! ¡Abre la puerta! —gritó—. ¿Estás durmiendo?

Peonía abrió la puerta, asustada ante la extraña voz de Wang Ma.

—¡Pronto! —dijo Wang Ma, entre dientes—. Vete al gran salón; entra como si no supieras nada; distráelos con una risa.

Sin decir una palabra, Peonía había volado hasta allí con pies silenciosos. Todavía en silencio, había apartado la cortina y mirado dentro. Allí estaba David sosteniendo una espada, mientras que los mayores observaban, y sobre esta espada Leah apretaba los labios. ¿Qué rito era aquél? ¿Era la forma extranjera de declarar un compromiso matrimonial? No, no, ella no podía hablar..., ¡no podía reír! No osó romper aquel momento. ¿Qué significaba aquello? Soltó la cortina y voló de nuevo a su habitación, con sus dulces ojos oscurecidos

por el terror.

IV

Sola en su habitación, Peonía no lloraba. Se sentó y, por hábito, enjugó sus ojos con el forro de las mangas de seda blanca, aunque sus ojos estaban secos y se sentía en una casa extraña, cuya vida secreta la excluía. Pero se le escaparon ligeros suspiros y lamentos que no trató de sofocar. Entonces entró Wang Ma.

La relación existente entre ellas era compleja. Ambas eran chinas, y, por lo tanto, se sentían unidas entre aquellos que no lo eran. Eran mujeres y, por lo tanto, tenían un lazo de unión entre los hombres. Pero una era vieja y había dejado de ser hermosa, y la otra era joven y muy bella. Cada una conocía la vida de la otra, y, sin embargo, nunca creía necesario decir lo que sabía. Así, Peonía estaba enterada de que Wang Ma en su juventud había sido esclava joven de la casa, lo mismo que ella lo era ahora, y, sin embargo, hasta dónde había sido esclava y hasta dónde algo más, Wang Ma no lo había dicho por prudencia y era dudoso que lo dijera nunca. Además, Peonía no deseaba reconocer que ella y Wang Ma eran semejantes. Wang Ma no sabía leer ni escribir, y aunque era astuta y bastante bondadosa, tenía un espíritu vulgar. Peonía no. Peonía había leído muchos libros; Ezra le había permitido hablar con él algunas veces, y también había escuchado durante varias horas al viejo profesor confucista chino, mientras le daba lecciones a David. Además, sobre todo, hasta entonces había compartido enteramente el pensamiento y la imaginación de David, como Wang Ma jamás podía haberlos compartido con su padre. Peonía había guiado a David en su afición de hacer música y poesía, y habían leído en secreto libros tales como «El sueño de la Cámara Roja», y cuando ella

había llorado por la joven heroína triste, que esparcía pétalos de flores, David había colocado su brazo alrededor de su cintura para que pudiera llorar sobre su hombro.

Hasta entonces se lo había contado todo, y ella había soportado sus humores con delicada ansiedad y agrado. Solamente una cosa sabía: no le había preguntado por qué no había concluido el poema que había empezado a escribir. ¿Lo había echado de menos siquiera cuando lo había cogido? Había tenido miedo de preguntarle, previendo que la obligaría a decir la verdad, a confesar que ella lo había robado, terminado y llevado a la tercera señorita de la casa Kung. Temía su pregunta enojada: «¿Y por qué hiciste eso?».

¿Por qué, en verdad? Nunca podría decírselo. Siempre había sido bastante prudente para no decirle todo cuanto pensaba y sentía, conociendo por cierta intuición femenina que ningún hombre desea saberlo todo de ninguna mujer. El corazón de él estaba concentrado en sí mismo, y así que el de ella debía estar concentrado en él. Por eso nunca le había hecho a David la única pregunta que siempre se había planteado sin ser capaz de responderla. ¿Era la vida triste o alegre? No se refería a su vida ni a ninguna vida determinada, si no a la vida misma... ¿Era triste o alegre? Si al menos tuviera la respuesta a esta primera pregunta, pensaba Peonía, entonces habría tenido un guía. Si la vida podía y debía ser feliz, si estar vivo era en sí una cosa buena, ¿por qué no tratar así, por todos los medios, de que esta felicidad pudiera ser suya? Pero si, aun consiguiéndolo, la vida misma era triste, entonces debería contentarse con lo que tenía. La antigua duda se levantaba con nueva fuerza ante ella, y no encontraba respuesta en su corazón.

—Ya sabía yo que te iba a encontrar apenada —díjole Wang Ma con calma, entrando. Se sentó, y poniendo una mano regordeta en cada rodilla, contempló a Peonía—. Tú y yo —continuó— debemos ayudarnos una a otra.

Peonía levantó sus tristes ojos hasta la cara, redonda y buena, de Wang Ma.

– Hermana mayor... – dijo con voz quejumbrosa.

– Di lo que tienes en la cabeza – replicó Wang Ma.

– Me parece que si pudiera responderme a mí misma a una pregunta, podría arreglar mi vida – dijo Peonía.

– Hazme la pregunta a mí – respondió Wang Ma.

Esto no le resultó fácil a Peonía. Nunca había hablado con Wang Ma sino de cosas tales como las comidas y el té, y si las habitaciones estaban limpias, y qué debería hacerse en la casa y en el patio, y temía por lo menos, que Wang Ma se riera de ella. Pero su corazón estaba dispuesto a abrirse, porque no sabía lo que sucedería si David se casaba con Leah.

– Wang Ma, por favor, no se ría de mí – dijo débilmente.

– No me reiré – replicó Wang Ma.

Peonía cruzó sus manecitas en el regazo.

– La vida... – dijo claramente – , ¿es alegre o triste?

– ¿En el fondo? – inquirió Wang Ma. Su fisonomía estaba muy seria y parecía comprender lo que Peonía quería decir.

– En el fondo – respondió Peonía.

Wang Ma parecía grave, pero no sorprendida ni despistada.

– La vida es triste – dijo Wang Ma con clara determinación.

—¿No podemos esperar felicidad? —preguntó Peonía.

—No, por cierto —dijo Wang Ma con firmeza.

—¿Dice usted eso con tanta resolución! —se lamentó Peonía. Empezó a llorar nuevamente.

—No se puede ser feliz sino cuando se comprende que la vida es triste —declaró Wang Ma—. ¡Mírame a mí, hermana pequeña! ¡Qué sueños he tenido y cuánto esperaba antes de darme cuenta de que la vida es triste! Después que comprendí esta verdad, no forjé más sueños. No esperé más. Ahora soy feliz con frecuencia, porque me suceden algunas cosas buenas. No esperando nada me alegra todo. —Wang Ma escupió con destreza hacia el patio—. ¡Ah, sí —dijo consoladoramente—, la vida es triste! Hazte a esa idea.

—Gracias —dijo Peonía con amabilidad. Y se secó los ojos.

Se sentaron, ambas en reflexivo silencio durante algún tiempo. Entonces Wang Ma empezó a hablar con mucha bondad:

—Tú, Peonía, debes pensar en ti misma, si es tu deseo pasarte la vida en esta casa, e inquirir luego qué mujer va a ser la esposa de nuestro joven amo. La esposa de un hombre es quien lo gobierna, le guste o no. Tiene la fuerza de su lugar en el lecho. Por lo tanto, elige su esposa.

—¿Yo? —preguntó Peonía.

Wang Ma asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Elegió usted a nuestra ama? —preguntó Peonía.

Wang Ma hizo girar en redondo la cabeza sobre su cuello.

— Mi elección fue irme... o quedarme — dijo al fin.

— Y se quedó — comentó Peonía dulcemente.

Wang Ma se levantó.

— Es la hora de que lleve a nuestra ama los dulces de la mañana — dijo bruscamente.

Con eso se fue, y Peonía continuó con sus meditaciones. Sus deberes la esperaban. En aquel momento, a través de la puerta que había dejado abierta, entró *Perrita* en la habitación. Se movía con su silencio habitual, a menos que viera a un extraño, y se acercó a Peonía y la miró, suplicante pero silenciosa.

— Te he olvidado, *Perrita* — murmuró Peonía. Se levantó y buscó un cepillo de bambú, se arrodilló en el suelo y cepilló el largo pelo dorado de *Perrita*. El rígido bambú era agradable a la perra y se quedó inmóvil, sus ojos medio cerrados, mientras Peonía le levantaba cada oreja y la cepillaba con suavidad, limpiando cuidadosamente el pelo alrededor de la resignada nariz negra. Si hubiera sido una gata, habría ronroneado. Siendo perra, solamente podía mover la cola lentamente, de aquí para allá.

Sin embargo, Peonía no cometió la equivocación de considerar a *Perrita* más que una perrita. Cuando hubo terminado su tarea, se levantó de donde estaba arrodillada y se lavó las manos, y, volviendo a sentarse, reanudó sus pensamientos. *Perrita* se echó sobre el umbral de piedra de la puerta, hizo girar sus redondos ojos unas cuantas veces, quiso atrapar una mosca y se echó a dormir.

Peonía la contemplaba pensativamente. En aquella casa *Perrita* también era enteramente feliz y todos aceptaban su existencia. Hasta un perro puede formar parte de la comunidad. Así cavilaba Peonía, y

nadie acudió a llamarla. Otro día, cualquier día, la habrían llamado varias veces; aquel silencio era una nueva advertencia para ella de que algo nuevo y extraño iba a suceder en la casa, algo en lo que ella no tenía participación. Fuera lo que fuese, ella tenía que vivir con aquello, aceptándolo, convirtiéndose en parte suya. Fuera David lo que fuese, adondequiera que marchase, allí estaría ella. Si le hablaba algunas veces, si le permitía que lo sirviera, aunque no hiciera más que extender sus atavíos, debería hacer de esto lo suficiente como una vida para ella.

Así estuvo sentada inmóvil, y fueron tantos los minutos que transcurrieron que al fin las pequeñas criaturas que se ocultaban detrás de los muebles, cortinas y puertas, empezaron a moverse. Un grillo entonó una larga nota aguda desde una grieta del tejado, y en un rayo de la última luz del sol, que caía a través del piso de azulejos, un ratón saltarín salió arrastrándose y, de pie sobre sus patas traseras, empezó una pequeña danza solitaria. Peonía lo observaba y luego, con entusiasmo repentino, rió con fuerza. El animal volvió disparado a su escondrijo, y ella se sentó, sonriente ahora, no grave. ¡Quedaban aún los pequeños placeres! Allí, en aquella casa, las vidas pequeñas proseguían alegremente ocultas de las grandes. ¡Qué su vida fuese una de tantas! Se posesionó de ella cierto espíritu demasiado amable para ser fuerza, demasiado tranquilo para ser energía. No obstante, la revivió. Se levantó, volvió a alisarse el pelo y se miró al espejo; al verse pálida, se dio un toque de rojo en los labios. Luego, después de un momento de contemplación, enrolló su trenza de nuevo alrededor de la oreja y la sujetó con una horquilla de jade. Tenía obligaciones y debía cumplirlas. Era la víspera del sábado, y la comida de costumbre se debía servir a la noche con especial cuidado. Tenía que bruñir los candelabros de plata y el vaso para el vino, y debía colocar las hogazas de pan trenzado sobre la mesa. Pero se sentó de nuevo, y siguió sentada, sabiendo que todo estaba sin hacer; no se movía. Después de un momento, tomó del cajón de la mesa un pincel, la tinta y un poco de papel de arroz blanco

corriente y, rápidamente, escribió las cuatro líneas de un poema. No tenían nada que ver con ella. Eran la respuesta al poema que había llevado a la casa de Kung, y tenían relación con el calor agotador del sol que bebe el rocío que encuentra sobre las flores al amanecer.

Terminado el poema, lo metió en su seno. Sólo entonces procedió a realizar sus tareas del sábado.

Peonía no había sido vista en el gran salón. Los tres mayores, *madame* Ezra, Ezra y Kao Lien, habían contemplado con sentimientos diferentes a David y Leah mientras la hermosa muchacha inclinaba la cabeza para besar la resplandeciente vaina de la espada. Para *madame* Ezra, el acto significaba que Leah se había dedicado a la obra que ella le había encomendado. Kao Lien, con sus alargados ojos fijos en la fisionomía de *madame* Ezra, percibió por su expresión de gozo y devoción que alguna secreta esperanza de su corazón estaba a punto de cumplirse; adivinó fácilmente lo que era y se apenó por David, a quien quería. Que Leah era hermosa podía verlo tan bien como cualquier hombre, pero distinguía en ella esa cualidad de espíritu que con tanta frecuencia había visto en las mujeres judías, y la cual, al menos así opinaba, había conducido e impedido a sus hombres a la división que temía y deploraba.

Ezra era el más perturbado. Más que nunca ansiaba ocultarse con todo lo que le pertenecía en esta tierra rica y tolerante, a la cual habían llegado sus antepasados. Temía a Leah y toda su belleza, y temía que David se rindiera a aquella cualidad espiritual que ella poseía. Que David era más hijo de su madre que suyo, lo sabía bien. David no tenía el consuelo que había tenido él de una rosada y afectuosa madrecita china, dispuesta a reírse de los hombres, y que lo juzgaba todo en la vida por el placer que otorgaba. No; aunque la pequeña criatura estaba oculta en la naturaleza de David, la fuente principal de su ser procedía de su propia madre, y sus austeros ojos amantes habían estado siempre

sobre él.

Ezra se movió de la silla, tosió, se tiró de la barba y en todos sus modales demostró su desagrado.

— ¡Vamos, vamos — exclamó en voz alta —, Leah, querida mía..., esa espada asquerosa! ¿No ha estado en manos de soldados, que son la escoria de toda la nación?

Su práctica voz áspera aterró a Leah. Retrocedió tímidamente y se llevó las manos a las mejillas.

— ¡Oh..., no me di cuenta! — dijo.

— Leah hizo bien en besar la espada — declaró *madame* Ezra —. El Señor la inspiró.

Entonces habló David.

— Yo colgaré esta espada en la pared, detrás de mi escritorio — declaró como sin darle mucha importancia —. Será un bonito adorno.

— Buena idea — dijo Kao Lien—. ¡Ojalá que nunca vuelva a ser manejada contra una vida humana!

Ezra se levantó.

— Haz que reúnan estas cosas y las leven — ordenó a Kao Lien. Tomó el peine que había apartado para Peonía. No hizo caso de Leah a propósito y se volvió hacia *madame* Ezra—. Esposa, tengo hambre. Haz que nos sirvan la comida temprano. — Dicho esto, salió bruscamente de la habitación.

Leah se quedó de pie, entre torpe y avergonzada. David también parecía haberla olvidado. Estaba probando el filo de la hoja de la

espada sobre la tosca envoltura de los fardos. Tan afilado estaba el damasceno metal, que la hoja se hundió a través de la tela.

— ¡Mira esto, Kao Lien! — exclamó con entusiasmo.

Kao Lien, a punto de llamar a los hombres, se detuvo a mirar.

— No la pruebes nunca contra tu mano, por favor — dijo tranquilamente—. Con la mitad de tu fuerza, puede atravesarse un cuerpo humano. Yo lo he visto.

Salió. Leah parecía irresoluta, ora mirando a *madame* Ezra, ora a David. Pero *madame* Ezra miraba en silencio solamente a su hijo, y él, sintiendo la profunda mirada grave, continuaba cortando la tela de buena gana.

— Leah — dijo *madame* Ezra por fin todavía observando a David —, puedes irte a tu habitación.

Antes de que ella pudiera moverse, David levantó la cabeza.

— Yo me iré también, madre, para colgar mi espada — dijo, y rápidamente dejó la habitación por la puerta más próxima.

— ¿Debo irme ahora, tía? — preguntó Leah tímidamente. Tenía vehementes deseos de gritar y preguntar qué cosa mala había hecho, pero no se atrevía, y lo único que pudo hacer fue quedarse quieta, alta y confundida, y esperar las ordenes de *madame* Ezra.

— ¡Vete, vete! — dijo *madame* Ezra, no sin amabilidad, pero como si quisiera estar sola.

¿Qué podía hacer Leah sino irse?

En la mañana del sábado, David estaba sentado sólo en su

habitación. Había despertado tarde, con un extraño agotamiento después del día anterior.

Por primera vez en su vida le parecía que comprendía a su madre, todo lo que ella había tratado de enseñarle y todo lo que la había hecho como era. Estaba acostado sobre la cama, en la sedosa penumbra de las cortinas; en su soledad, se le ocurrió que él no era lo que había supuesto ser, un joven libre para ser él mismo, para vivir como le gustara, para buscar un placer, para ser solamente el hijo de su padre. Formaba parte de un todo, de un pueblo disperso por la tierra, y, sin embargo, eternamente uno e indivisible. Dondequiera que vivía un judío, fuera cual fuese su seguridad y aislamiento, siempre pertenecía a su pueblo.

Esto que su madre le había enseñado desde que había nacido, a lo cual hasta entonces había sido tan impermeable como la piedra y la lluvia, ahora lo comprendía, no con su cerebro, sino con su sangre. ¿Por qué aquel pueblo había de ser asesinado? Una ira perversa se despertó en él. Si el mundo exterior pretendía destruir su casta, entonces, dentro de la seguridad del país donde había nacido, haría todo lo que pudiera para conservarla viva. Empezó a pensar seriamente en adquirir conocimientos sobre su pueblo. Durante dos años se había resistido al deseo de su madre de que tomara lecciones sobre su religión, con el rabino. No tenía tiempo, le había dicho. Había aún muchos libros que deseaba leer, su padre le presionaba para que pasara más horas en el negocio, y él quería viajar. Su madre no le consentiría viajar, lo sabía, hasta que estuviera casado y naciera un hijo. ¡Su hijo! Hasta entonces el niño había sido un mito creado por su madre. Pero percibía en algún lugar recóndito suyo, que no tenía nada que ver con el pensamiento ni con la razón, que debía tener hijos. Si su pueblo estaba siendo asesinado, más debían nacer. Los nacimientos eran un desquite ante la muerte.

Así, por primera vez en su vida llena de placeres, David empezó a

pensar más allá de sí mismo. Sentía sus raíces ocultas a través de su madre y de su padre, pero más fuertemente a través de ella. Veía que mientras le había parecido a él que había estado tratando de dominarlo y de negarle su independencia, ella había estado tratando de conservarlo y de salvarlo.

Y luego, de su madre, sus pensamientos pasaron a Leah. ¡Qué hermosa le había parecido la noche pasada! No habían estado juntos solos, y, sin embargo, se habían sentido en comunión, unidos por los mismos lazos de sangre, corazón y espíritu. Era verdad..., el suyo era un pueblo separado y aparte, un pueblo predestinado, señalado por Jehová, el único Dios verdadero. Sentía, con la profunda culpabilidad de la sangre, que había negado a Dios con su vida alegre y descuidada en un país gentil. Mientras su pueblo padecía él había reído, jugado en casas de té chinas, las ociosas tardes de verano en el lago donde él y sus jóvenes amigos chinos navegaban en botes de recreo, el olor de las flores de loto, la música del violín y la flauta de patio a la luz de la luna llena. Recordaba a Kung Chen, el amigo de su padre y Kueilan volvió a su pensamiento en todo su inocente florecer. Conocía su carita como si la hubiera visto un ciento de veces, las delicadas cejas curvas, los redondos ojos negros, la pequeña boca roja de labios gruesos, la piel pálida y hermosa, la esbeltez de sauce de su figura menuda. Pero la conocía porque Peonía también era menuda, su boca también era roja y los ojos estaban iluminados por la risa. ¡Con cuánta frecuencia habían reído juntos! Reprimió su involuntaria sonrisa. Mientras él disfrutaba de la vida, su pueblo estaba siendo arrojado de sus casas. En otras ciudades, entre otros pueblos, yacían muertos los suyos por las calles. Impulsado por esa sensación de culpabilidad, se levantó y fue al encuentro de su madre para decirle que iría con ella a la sinagoga. Después de lo del día anterior, eso la consolaría.

Cuando se hubo lavado y vestido, su camino lo llevó por el jardín de los durazneros; mientras pasaba ante la Puerta de la Luna Llena, vio

los árboles en su último florecer reflejados en el quieto estanque oval. La mañana era brillante, el aire cálido, y, a pesar de su deseo de tener pena, una oleada de gozo corrió a través de su cuerpo.

— ¡Peonía! — llamó suavemente.

No hubo respuesta. Sin embargo, con frecuencia ella no le respondía cuando estaba en el jardín. Era una cosilla fastidiosa y perversa. Sonrió y dio un paso dentro de la Puerta de la Luna Llena. Era demasiado temprano todavía para ir a la sinagoga y no iría con su madre.

Madame Ezra apenas había dormido de felicidad. Su corazón, con tanta frecuencia solitario en aquella casa, estaba contento. Era Leah se había dicho por la tarde, Leah la que había despertado el espíritu de David aunque sólo fuera por un instante. Despertaría de nuevo..., sí, y el de Ezra también. No; más que Leah era el misterioso camino de Jehová, quien lo había reunido todo en la hora señalada. La caravana había llegado el mismo día que Leah. ¡Qué ciega estaba y qué poca fe había tenido al quejarse de esta coincidencia! Todo había sido dispuesto por Dios: Kao Lien trayendo las noticias de las nuevas persecuciones; Leah entrando en la habitación cuando el corazón de David estaba conmovido de pena, y teniendo fe e ingenio para retorcerlo, convirtiéndolo en arma para estimular su conciencia... ¿Quién sino Dios podría haber hecho todo aquello?

La noche pasada, Ezra, al entrar en su habitación, no se acostó a su lado. En lugar de eso, se había sentado al borde de la cama, reteniéndole la mano, y habían hablado profunda y sensatamente, como un hombre judío con su esposa.

— Naomí — le había dicho Ezra —, quiero que David sea instruido en la ley y en los profetas.

El corazón de ella cantaba alabanzas al Señor cuando él le hablaba. Hacía mucho que el rabino había instruido a David, hasta que el muchacho se había rebelado, y Ezra no la ayudó a dominar su rebelión. En lugar de eso, había dicho que David era ya bastante mayor para ayudar en los negocios y no había tiempo bastante para todos. Triunfante, el muchacho se había ido con su padre, y había hecho sus propios amigos entre los hijos de los mercaderes chinos, y así había ido incluso a casa de Kung, donde había visto a su hija.

—Gracias, Ezra —había replicado ella, haciendo todo lo posible por dominar su alegría.

—No hay nada que podamos hacer nosotros por nuestra casta en el extranjero —había seguido Ezra—. Lo razonable para nosotros es quedarnos aquí, donde al menos estamos seguros.

—Hasta el momento que llegue un profeta para conducirnos a casa —había respondido amablemente *madame* Ezra.

Ezra tosió.

—Bien, querida mía —dijo. Le dio un golpecito en la mano—. Algunas veces me pregunto porque habríamos de dejar la China. Cuatro generaciones hemos vivido aquí, Naomí, y los hijos de David serán la quinta. Los chinos son muy amables con nosotros.

—Temo semejante amabilidad —había replicado ella. Retiró su mano; pero, alarmada de que fuera a arrepentirse de lo que había prometido, la volvió a poner entre las suyas. No habían vuelto a hablar, y después de un momento él había regresado a sus habitaciones.

El sábado había amanecido, un nuevo sábado, admirable para ella, porque todos iban a la sinagoga juntos. La casa estaba silenciosa, nadie trabajaba. Solamente por encima de las murallas llegaban los

ruidos de la calle y las voces de la ciudad gentil. Dios había entrado de nuevo en aquella casa; con pena, era verdad, pero estaba allí. Él siempre estaba más cerca de su pueblo en épocas de penurias.

—¡Desde la muerte clamamos por ti, Jehová! —murmuró ella después de que Ezra se hubo ido. Se preparó para el día, poniéndose sus más ricas vestiduras, un raso con brocado de intenso color de púrpura, con la falda y las mangas ribeteadas en oro.

Y Leah, su hija querida, ¿comprendía lo muy obediente que había sido a la voluntad de Dios? Ni un ápice debía perderse de lo que había hecho el día antes la guía del Señor. *Madame* Ezra se volvió impulsivamente hacia Wang Ma, que estaba allí para ayudarla a vestirse.

—¡Ve a buscar a esa querida niña, a Leah! —dijo—. No puedo esperar más para bendecirla.

Wang Ma le lanzó una astuta mirada, y, sin hablar, se dispuso a obedecer. Entonces *madame* Ezra la detuvo.

—No —dijo—. Yo iré a buscarla personalmente.

Wang Ma encogió sus firmes hombros y se hizo a un lado para dejar paso a su señora.

Así fue como Leah, en aquella mañana de sábado, vio a *madame* Ezra acercarse a su puerta. La muchachita había pasado la noche en saludable sueño, su espíritu en calma. Había obedecido la voluntad del Señor. La víspera, cuando la dejaron sola, se había sentido impulsada a salir y reunirse con los demás. Había atravesado pasadizos y patios; sus pasos eran seguros. Había llegado al gran salón en el mismo momento que el corazón de David estaba conmovido y en su alma resplandecía la ira del Señor. Cuando apartó la cortina en el umbral de la puerta, lo

había visto arrodillarse ante el altar, con una espada de plata cruzando sus rodillas. Él había levantado sus ojos hasta los suyos, y el Señor puso palabras en su boca y ella las había pronunciado. Cuando se despertó por la noche, recordaba la cara de David vuelta hacia ella, con los ojos en los suyos, y volvió a dormirse, sonriendo en sueños. Aquella mañana se repitió cómo estaría su padre, si Aarón se portaría bien y si Raquel podría gobernarlo. Después se preguntó tímidamente si David se acercaría a ella o mandaría a buscarla, quizá, o si *madame* Ezra los reuniría. La noche pasada, en la comida, había estado muy silencioso, pero era natural. Ella había guardado silencio también. Cualquier cosa que fuera a suceder, ya no la temía. Dios estaba con ella.

Llena de tan soñadores pensamientos, por la mañana se había movido de aquí para allá y se había detenido sonriente y mirando al espacio. Paseó por su jardincillo, entró y se sentó, todo con un aire tan feliz y esperanzado, que cuando vio a *madame* Ezra, salió a su encuentro.

— ¡Ah, querida tía! — murmuró Leah.

— ¡Hija querida! — respondió *madame* Ezra, conmovida por su afecto—. Hoy pareces feliz.

— Leah levantó la cabeza.

— Soy más feliz de lo que he sido nunca en mi vida — declaró.

Entraron en la casa de la mano, y cuando *madame* Ezra se hubo sentado, Leah arrastró una banqueta cerca de ella y se sentó; de nuevo enlazaron las manos. Leah miraba con confianza a *madame* Ezra. Esto la conmovió tanto, que la garganta se le cerraba con lágrimas. Sentía desbordarse un éxtasis en el corazón y vaciarse su espíritu.

— Inclina la cabeza, hija mía — murmuró—. Demos las gracias a

Dios.

Inclinó ella la suya y empezó a murmurar las palabras de su salmo, y Leah se le unió. Cuando terminó el salmo, *madame* Ezra se quedó un rato en silencio y luego, levantando la cabeza, abrió los ojos y encontró los de Leah.

—Tenemos la bendición de Jehová —dijo dulcemente—. Lo siento. Ahora solamente debemos seguir, paso a paso, el camino que Dios nos indique. ¡Hija querida, el padre de mi hijo quiere, enteramente por su propia voluntad, pedirle al rabino que instruya a David de nuevo en el Tora! Yo he considerado cómo se podría hacer esto y ahora me viene la inspiración. El rabino debe venir a nuestra casa... Debemos estar todos juntos.

—¡Oh! Pero ¿y Aarón? —preguntó Leah ansiosamente.

—Aarón vendrá también —dijo *madame* Ezra con firmeza—. Pueden vivir en la pequeña ala del Oeste.

—¿Puedo vivir con ellos? —preguntó Leah.

—No, tú te quedarás aquí —replicó *madame* Ezra. Se le acababa de ocurrir esto en los últimos minutos. Pero le vino tan clara la idea, le pareció tan sencilla, que estaba segura de que Dios inspiraba su imaginación—. Le hablaré a tu padre antes de la oración —siguió—, pero tú se lo dirás a David ahora. No, yo misma se lo diré, y tú vendrás conmigo, y luego hablareis ambos. Después de todo, ayer fue ayer, y hoy es hoy, y cada día debe ser dispuesto por separado para que lleguemos a nuestra meta. —*Madame* Ezra apretó la mano de Leah, la soltó y se levantó.

—¿Cuál es la meta, querida tía? —pregunto Leah con cierta timidez.

—El matrimonio de David... contigo —respondió *madame* Ezra serenamente—. Ahora es el momento. Nunca lo vi tan conmovido como ayer.

—¿Ahora, querida tía? —preguntó Leah alarmada.

—Sí, por cierto —replicó *madame* Ezra.

Se acercó a la puerta mientras hablaba. No quería profundizar más en lo que Leah podría o debería hacer. Deja a dos criaturas juntas, y Dios realizará su obra.

En la puerta se detuvo y se volvió para mirar a Leah. La joven no se había movido. Se sentó, con sus grandes manos fuertes, palma con palma, entre sus rodillas y la cara llena de ansiedad.

—Háblale a David de Dios —dijo *madame* Ezra bruscamente y se fue.

Un poco después, aun antes de que Leah hubiera terminado de meditar sobre estas palabras, apareció Wang Ma en la puerta.

—Nuestra señora le manda que venga usted al jardín de los durazneros —dijo, y se quedó esperando que Leah se levantara. Y luego la condujo en dirección al Sur, hacia aquel lugar.

El jardín de los durazneros era el lugar favorito de David, según *madame* Ezra sabía, y allí se había ido ella cuando dejó a Leah. Lo vio de pie bajo un floreciente durazno, solo, con una mirada perpleja en la cara.

—David, hijo mío —había dicho con ternura.

—¿Qué, madre? —Su réplica fue pronto, pero su imaginación estaba muy lejos.

La muerte parecía remota allí en el jardín. El aire del sábado era tranquilo. La alta muralla de la propiedad aislaba incluso los ruidos de la calle. Por lo general, a David le desagradaba el silencio. Al no encontrar allí a Peonía, cualquier otro día se habría dado prisa para salir en busca de amigos o para pasear por las calles viendo qué novedad había ocurrido en la ciudad durante la noche. La ciudad estaba a medio camino entre el norte y el sur y los viajeros se detenían allí para descansar, refrescarse y solazarse en las buenas posadas. Faquires y juglares, con todas las tretas de la India en las puntas de los dedos o grupos de actores ambulantes de Pekín, representaban en los terrenos delante del templo todos los días, o vagabundeaban por las casas de té para engatusar a los huéspedes. Pero aquella mañana no deseaba verlos. Quería quedarse en casa, rodeado por las murallas, cuyas grandes puertas cercadas de hierro se cerraban por la noche. ¡Qué segura era! Imágenes de caras muertas surgían hasta la superficie de su imaginación como hombres ahogados.

— Tu padre y yo hemos decidido que debes empezar el estudio de nuestra Tora, hijo mío — estaba diciéndole a David su madre.

— Estoy dispuesto, madre — dijo él. Interiormente se sintió sorprendido y aun amedrentado ante la coincidencia de su propia voluntad con la de sus padres, pero esto no se lo dijo a su madre.

— Hoy, después que salgamos de la sinagoga, invitaré al rabino a venir aquí y que se quede con nosotros durante algún tiempo — siguió *madame* Ezra —. Eso hará que sea más fácil para ti. Él puede atender sus deberes perfectamente desde aquí. — Levantó la vista hacia los árboles florecientes —. ¡Qué deliciosas son las flores! — exclamó —. A Leah le encantan. La mandaré a buscar.

Estaba a punto de decir que David debía esperar allí, pero no lo hizo. ¡Que Dios los reuniera! Elevó su corazón con las palabras secretas:

«Haz que mi hijo espere aquí, ¡oh, Dios!».

David interpretó el movimiento de su espíritu sin oír sus palabras. Sensitivo y receptor, se sintió impulsado a quedarse donde estaba, bajo los rosados durazneros, y allí permaneció mientras su madre, sonriéndole, se fue; al encontrar a Wang Ma, le ordenó que mandara a Leah ir al jardín de los durazneros. Así David estaba allí todavía, como si sus pies tuvieran raíces en la tierra, cuando llegó Leah con su largo paso ligero hasta la puerta del jardín.

— ¡Leah! — dijo, y se fue hacia ella lentamente.

La mañana renovó la magia de la víspera. Los rayos del sol caían sobre ella; su limpia piel pálida lucía impecable; sus ojos eran oscuros. Se había vestido de blanco aquella mañana, un blanco lino chino que le caía hasta los pies, y su cinturón era de oro, lo mismo que la cinta que rodeaba su cabello. Era hermosa, más bella que cualquier lirio. Ante esta palabra, recordó David el poema inconcluso y se preguntó por qué no lo había terminado.

Leah se acercó a él y le tendió las manos, que él estrechó.

— Pareces la mañana — dijo.

Levantó los ojos hasta él y su corazón voló tan directo como un pájaro de su pecho y anidó en el suyo. Desde ese momento lo amó por completo y sólo a él.

«Dios traiga su corazón a mí», rogó Leah. La oración fue tan poderosa y tan sincera, que cantaba a través de su cuerpo. Toda su figura estaba a tono con ella.

Él vio su amor en los ojos, y, sensitivo y receptor todavía, sintió el corazón de ella penetrar en el suyo como un don abrumador. Aunque

hubiera sido una extraña, se habría sentido conmovido. ¡Y cuánto más lo conmovió, puesto que Leah no era una extraña, sino de su propia sangre y de su casta! Estaban solos en el jardín. Por encima de ellos se extendía el suave cielo de la mañana de primavera y contra él los tiernos colores de las flores de duraznero y las pequeñas y nuevas hojas verdes. Ante el recuerdo de lo que Kao Lien les había inculcado la víspera, el terror de la muerte y la crueldad de la persecución, sentían una especie de lujuria, de seguridad en torno a ellos.

David vaciló, desgarrado entre algún lejano pasado que no conocía y la infancia placentera que había llevado. Pero ya no era niño. El lejano pasado lo había compartido con Leah. Ellos eran uno dentro de los límites de su pueblo. Le soltó las manos y, dominado por el impulso de su sangre, la rodeó con sus brazos y la atrajo.

Ella se reclinó contra él, inclino la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos. «Así responde Dios», pensó con gratitud. David, bajando la vista hasta aquellas largas pestañas curvas, se preguntaba que había hecho él aquel sábado. ¿Habría hecho una elección? En cierto modo, sí, pero no sabía lo que esto significaba.

Entonces, de repente, oyó la voz de su madre que los llamaba:

— ¡Hijos!

Se separaron de un salto, cuando ella apareció por la puerta.

— Vamos a comer antes de ir a la sinagoga, porque es hora. David, tus copas de oración... las he dejado sobre tu cama.

La siguieron en silencio, y, en cierto modo, con asombro de su parte, él estaba contento de que su madre hubiera llegado y contento de que el momento en que tenía a Leah en sus brazos fuera interrumpido. A la mirada interrogativa y sonriente de su madre, respondió con una

sonrisa, y se preguntó por qué se sentía embustero.

En casa de Kung, mientras David se hallaba en la sinagoga, Peonía estaba hablando seriamente con Chu Ma, despertando el orgullo de la anciana niñera, jugando diestramente con los celos y la ira.

Por la noche se había decidido a hacer esta visita. La comida de la víspera del sábado había sido extraña, silenciosa y llena de sentimientos, en los cuales ella no tomaba parte. Incluso Ezra había estado tranquilo, comiendo como si no le importara lo que comía. David y Leah comieron poco, y solamente *madame* Ezra conservaba su apetito. Sin embargo, ella tampoco había dicho casi nada, aunque había mirado con frecuencia a David y luego a Leah.

Peonía, sintiéndose excluida, había dejado temprano la habitación y pasado la tarde rehaciendo y puliendo el nuevo poema. Lo llevaría consigo al día siguiente, como una especie de ofrenda para el intercambio que tenía que hacer en la casa de Kung Chen. Ahora, en el patio de servicio de esta casa, estaba sentada en un taburete, bajo una casia, hablando con Chu Ma.

— Pido perdón — dijo Peonía, graciosamente. Así empezó. Luego se alisó el recto flequillo con sus delicados dedos. Lo había desarreglado la brisa.

Chu Ma, que bordaba una zapatilla de raso, levantó los ojos de su trabajo.

— ¿Qué mal has hecho? — preguntó riendo.

— No volví ayer, como suponía — dijo Peonía — . Pero escuche mis excusas, buena madre, y perdóneme luego.

Así diciendo, procedió a contarle a Chu Ma cómo había llegado la

caravana, las malas noticias de que en los países extranjeros estaban asesinando a los parientes del señor y de la señora, y como se había llenado de duelo la casa, ella temía que fuese mala suerte para la casa de Kung que ella se presentara allí ante semejante duelo.

Peonía parecía triste; dejó caer sus párpados perlinos y prosiguió, dándose cuenta que los astutos ojos de Chu Ma estaban sobre ella.

—Temo haber hablado demasiado pronto ayer —dijo muy suavemente—. Temo no haber leído el corazón de mi joven señor correctamente.

Suspiró. Chu Ma dijo inflexible.

—Joven, no puedo recordar que dijiste.

Peonía sabía que lo recordaba y prosiguió:

—Dije que mi joven señor piensa solamente en su señorita. Yo le di a ella su poema..., ¿recuerda usted? Pero ahora han llevado a casa a la hija del rabino, y temo que hayan empleado hechicerías y logrado que nuestro joven amo olvide incluso su amor.

Chu Ma dio un respingo y se puso en pie. Era muy gruesa, y, mientras luchaba por enderezarse, cayeron de su regazo las tijeras, las sedas y el dedal. Peonía se apresuró a recogerlos.

—Déjalos tirados —dijo Chu Ma con impertinencia—. Mejor será que vengas conmigo y deshagas el daño que has hecho.

Echó a andar y, con un movimiento de la mejilla, indicó a Peonía que la siguiera; así lo hizo ésta, con la sensación de que estaba en un laberinto cuya salida no conocía.

La casa de Kung era grande, más grande que la casa de Ezra, y

estaba llena de generaciones de hombres, mujeres y niños, la vida de todos los cuales arrancaba del mismo origen. Las mujeres observaban a Peonía con el rabillo del ojo, y los niños la miraban, pero ella pasaba a su lado con la cabeza modestamente inclinada. Así llegó al patio donde vivían las señoritas que eran hijas de Kung Chen, cabeza de esta gran familia. Había cuatro hijas, pero dos ya estaban casadas y fuera; Kueilan venía en tercer lugar; después de ella había nacido una hija que no era de la misma madre que ella sino de una joven concubina que tomó Kung Chen, lo que luego lamentó mucho, porque ella se enamoró del criado principal. Después de mucho sufrir, los había despedido a los dos, pero había conservado a su hija.

Kueilan estaba jugando a la «cuna del gato», con su hermanita, cuando entró Chu Ma con Peonía detrás. Peonía no había visto nunca a esta señorita tercera y tenía solamente las referencias de David respecto de cómo era. Pero le bastó con mirar a la damita como lo hizo para saber que todo lo que David había dicho, era demasiado poco y que, desde luego, allí estaba la más bella criatura del sexo femenino que nadie pudiera imaginar. Kueilan tenía aspecto infantil y sólo era un poco más alta que su hermanita, a quien Chu Ma envió a otro lado.

— Ama, ¿por qué mandas salir a Lili? — preguntó Kueilan. Peonía escucho su dulce voz, que aumentaba sus encantos.

Chu Ma no sentía temor ni respeto delante de su amita, así que le preguntó en voz baja, sin esperar respuesta:

— ¿Qué has hecho con la carta que te di ayer?

— Aquí está — respondió Kueilan, y sacó el poema de David de su ancha manga de seda.

Chu Ma miró a Peonía con ojos de reproche:

—¿Ves el daño que has hecho? —declaró—. La niña guarda el poema consigo día y noche. —Se volvió de nuevo a su señora—. Dámelo, nena —le ordenó—. No vale nada. Yo lo tiraré.

El rápido cerebro de Peonía estaba en acción. Vio muy bien que en aquella linda muchachita podía tener una amiga y una aliada para conquistar el corazón de David. No había en ella nada fuerte ni valeroso. No, Kueilan era una criatura como una gatita; su mismo rostro era una carita de gato: los ojos rasgados y fáciles a la admiración y con una chispa de travesura en la boca, siempre dispuesta a la risa. En aquel momento parecía medio asustada ante Chu Ma. Apretó el papel y meneó la cabeza.

—Quiero conservarlo —dijo voluntariosa—. No dejaré que lo tires. No quiero... ¡no quiero!

Chu Ma levantó la vista al cielo, y Peonía vio que se preparaba a enojarse, así es que intervino enseguida.

—Señorita, no se preocupe usted. Yo solamente he venido por su contestación. —Y a Chu Ma le dijo en voz baja—: Yo veo lo que pasa aquí. No se enoje, buena madre. Ya verá como remedio el mal que he hecho.

Chu Ma guardó silencio, continuando sólo enfurruñada, y Peonía se acercó más y le habló zalamera a Kueilan.

—¿Ha escrito usted una respuesta, señorita? —preguntó.

Kueilan bajó la vista y negó con la cabeza.

—¿Quiere usted que yo la ayude? —preguntó Peonía enseguida.

Kueilan pareció sorprendida.

—Muchacha, ¿sabes escribir? —preguntó.

—Sí —dijo Peonía, sonriendo—. Si usted me dice lo que desea expresar, yo se lo escribiré.

—Yo sé escribir..., pero no sé qué decir —balbució Kueilan.

—Nuestra señorita nunca le ha escrito a un hombre —proclamó Chu Ma en un alarde de virtud.

Peonía, sin duda alguna, estaba muy amable.

—No necesita usted temer a mi joven amo —dijo—. Es el más bondadoso y el mejor de los jóvenes. No hace jamás daño a nadie. Yo he sido su esclava toda mi vida, y él no me ha pegado nunca ni ha permitido que otros me peguen.

Kueilan la miró con sorpresa.

—¿Ni aun cuando está enojado?

—Él nunca está enojado —dijo Peonía sonriendo.

—¡Oh! —suspiro Kueilan.

Entonces Peonía sacó de su seno el poema que ella había escrito y lo leyó en alto con una voz dulce y suave:

Dentro del capullo de loto, la gota de rocío esperaba.

De madrugada el sol miró hacia abajo y allí la encontró.

Levantola y la puso en una nube.

—Dámelo —exclamó Kueilan. Su carita estaba iluminada de entusiasmo y siguió las tres líneas con la punta de su índice—. Desearía haberlo escrito yo —dijo seriamente.

—Yo se lo doy, señora —dijo Peonía—; es suyo, como si usted lo hubiera hecho.

—¿No le dirá usted nunca a él que yo no lo escribí? —pregunto la niña mimada.

—Nunca —prometió Peonía—. Pero cópielo usted con su letra señora —le sugirió.

—Chu Ma, busca mi pincel, tinta y papel de seda —le ordenó Kueilan.

Se sentó en silencio, como una pequeña reina, dejando a Peonía de pie. Cuando Chu Ma le hubo dado el pincel, la damita, con mucho trabajo de ceremonia, se dispuso a escribir; escribió rápidamente, su rosada lengua entre los labios, hasta que hubo copiado el poema sobre el papel de seda y lo hubo plegado en forma intrincada. Entonces se lo dio a Peonía.

—Lléveselo a él —dijo, y movió las manos en señal de despedida.

Peonía inclinó la cabeza, cambió miradas con Chu Ma y se fue.

Si hubiese regresado por el mismo camino, podría haber atravesado la casa sin ser vista, excepto por Kueilan y Chu Ma. Pero Peonía tenía tanta curiosidad como ingenio, así que no se fue por donde vino. En lugar de eso, se dijo que ya que estaba allí, vería la famosa casa y, sobre todo el gran estanque de los lotos, que se decía que estaba en el patio central. Allí se dirigió, detenida solamente de vez en cuando por un sirviente que le preguntaba que hacía. Respondió fríamente que

había llevado un mensaje para la señorita y que estaba buscando la salida principal.

– Este lugar es tan enorme que estoy perdida – decía riéndose.

Así siguió hasta que vio una puerta de luna llena^[2]; adivinó que detrás estaba el patio central. Llegó de puntillas hasta la puerta, miró hacia dentro y vio un hermoso jardín. Estaba pavimentado de azulejos verdes, y en el centro había un estanque grande, y en este estanque las hojas de loto empujaban sus capullos puntiagudos. Alrededor de los muros, había durazneros y ciruelos, y las flores escarlata de los granados estaban en plena florecencia. Entre ellos ondulaban las hojas de los bambúes y los pajarillos volaban de aquí para allí. Al mirar hacia arriba, vio en lo alto, sobre los elevados muros, una fina red tendida para retener a los pájaros. Se olvidó de todo, atravesó la puerta, caminó suavemente hasta el estanque y miró a su interior. El agua era transparente entre las plantas de loto, y los peces plateados jugueteaban entre ellas. En medio de su placer, oyó la voz de un hombre.

– Hermanita, ¿de dónde has venido?

Peonía se quedó sobresaltada y levantó la vista: allí estaba el dueño de la casa, el propio Kung Chen. Tenía que explicarle porque estaba allí. Se sonrió lo bastante como para que aparecieran dos hoyuelos en sus mejillas, y dijo:

– Me enviaron de la casa de Ezra a buscar un modelo de bordado, y luego, como soy traviesa, no pude resistir la tentación de venir a ver este patio, del cual he oído hablar con bastante frecuencia. Desde luego, todo el mundo ha oído hablar de él. Perdóneme, por favor, señor.

Kung Chen se dio un golpecito en la mejilla y sonrió. Su cara era redonda y bondadosa y sus ojillos agradables. Tenía plácidos labios gruesos y una ancha nariz chata. En aquel día de primavera, vestía una

túnica de brocado de seda gris y, para estar cómodo en su casa, no llevaba chaqueta ni sombrero. Sus pies calzaban calcetines de seda blanca y zapatos de terciopelo negro. En sus dos pulgares lucía pesadas sortijas de jade y en la mano derecha llevaba una pipa de plata. Sus cejas eran espesas y diseminadas; la cara afeitada, y esta lisura daba a su rostro lleno un aspecto franco y suave.

—No hay nada que perdonar —dijo bondadosamente—. Disfruta del jardín y del estanque todo el tiempo que quieras. Yo vengo aquí todos los días a esta hora, después de comer, para mirar los peces.

Señaló el agua con la cabeza de su pipa, y ella miró las claras profundidades donde un pez nadaba, sereno y alegre.

—¡Qué felices son! —dijo con aire quejumbroso—. Aquí, en su casa, hasta ellos están seguros y bien alimentados.

—¿Tienen peces en la mansión de tu amo? —preguntó.

Parecía una pregunta ociosa, pero Peonía la tomó como lo que era, el comienzo de otras.

—¡Oh, sí! —respondió enseguida—. Nosotros tenemos estanque y peces y los alimentamos. Tenemos también una perrita.

Kung Chen llenó su pipa y dio dos chupadas.

—Los pájaros son lo mejor —murmuró—. Son hermosos, es agradable escucharlos, y cuando uno los coge en el bosquecillo de bambúes, atraen a otros pájaros. Todas las tardes, a la puesta del sol, traigo mi zorzal cantor a los bambúes; después que le he dado comida fresca, canta, y otros pájaros se reúnen en la red. Yo estoy sentado tan inmóvil, que ellos creen que soy una piedra.

—¡Qué agradable! —dijo Peonía.

—En tales momentos es cuando se vive lo mejor de la vida
—respondió él sencillamente.

Peonía esperó. Entre ellos había toda la distancia de su diferencia de sexo, edad y condición, pero no había embarazo. Notaba ella su simplicidad sin edad, su completa y difícil sabiduría. De repente tuvo confianza, y dijo, mirando todavía al estanque:

—No le dije a usted la verdad, honorable señor.

Los ojillos de él chispearon de risa, pero no se rió en alto.

—Ya lo sé —replicó.

Ella le dirigió una mirada a hurtadillas y se rió con él.

—Dímela ahora —le sugirió Kung Chen—. Después de todo..., ¿no somos chinos nosotros?

Ella no pudo captar la verdad directamente.

—Señor, ¿tiene usted odio a los extranjeros?

Abrió él los ojos.

—¿Por qué habría de odiar a nadie? —preguntó con sorpresa. Hizo una pausa y siguió luego amablemente—: Odiar a otro ser humano es meter un gusano en nuestro centro vital. Eso consume la vida.

—Quiero hacerle otra pregunta —dijo Peonía.

—¿Por qué no? —preguntó Kung Chen, muy amablemente todavía.

—¿Daría usted su hijo a una casa extranjera? —preguntó.

— ¡Ah! — dijo Kung Chen. Dio dos chupadas más en su pipa—. ¿Por qué no? — volvió a preguntar. Sacudió la ceniza de su pipa—. Ahora déjame proseguir contigo — dijo—. Tu casa tiene un joven señor, y yo tengo abundancia de hijas. Creo que mi pequeña tercera es casi de su edad. Yo tengo buenos negocios con tu señor mayor. Él me trae mercaderías del extranjero que no pueden traer otros. Pronto tendré un contrato en exclusiva..., por el cual pagaré mucho dinero, es verdad. Si estuviésemos emparentados, aunque fuera políticamente, por medio de mi hija, sería un buen negocio. Pero... yo no soy un hombre que sacrifique a su hija por los negocios. Por lo tanto, hablemos con rectitud y filosofía. Cuando los extranjeros vienen a una nación, lo mejor es dejar que dejen de ser extranjeros. Es decir, casemos a nuestros jóvenes y dejemos que tengan hijos. La guerra es costosa; el amor, barato.

Peonía prescindió de toda modestia. Admiraba mucho a Kung Chen y se sentía orgullosa de pensar que era su compatriota. Lo que él había dicho era sabio y bueno. Así que ella prosiguió:

— Mi joven amo vio a la señorita tercera hace unos cuantos días y no ha sido capaz de comer ni dormir desde entonces.

— Bueno — replicó Kung Chen, desenvuelto.

— Él le ha escrito un poema — siguió Peonía.

— Naturalmente — dijo Kung Chen.

— Ella también le ha escrito un poema a él — dijo Peonía.

Ante esto Kung Chen pareció asombrado.

— Mi pequeña tercera no puede escribir poemas — declaró—. Cuando yo le mande a su preceptor que le enseñara a escribir poemas con las demás, él se quejó de que su cerebro no era mayor que el de una

mariposa.

Peonía se sonrojó.

—Yo la ayudé —confesó.

Kung Chen se rió.

—¡Ajá! —exclamó—. ¿Tienes ahí el poema?

Después de esto, Peonía sacó el poema, y él lo extendió sobre su gruesa palma suave y lo leyó en alto, con una voz cantarina.

—Muy bueno... para su propósito —declaró—. Pero veo que no has puesto la radical debida sobre la palabra nube.

Indicó la palabra con el humo de la pipa.

—Discúlpeme —dijo Peonía, afablemente.

—Déjalo —le ordenó Kung Chen—. Si está demasiado perfecto él sospechará. Ahora, mejor será que lo remitas a su destinatario. El amor debe ser tomado con la pleamar, antes de que decrezca.

Peonía recogió el poema, hizo una ligera inclinación de cabeza y se fue.

Se sentía mucho más feliz que antes y se preguntó el porqué de ello: encontró que era porque Kung Chen, en cierto modo, la había hecho sentirse identificada con él y con todos los que eran chinos. No estaba solitaria ni sola. En el gran mar de su pueblo, era solamente una, pero pertenecía al mar, y su vida no estaba separada de todos los que la rodeaban.

«¡Oh, qué David se una a nosotros!», pensó. Su cerebro se

esclarecía. Ella lo apartaría del pueblo tenebroso y afligido del que había nacido y lo traería a la agradable luz del sol en que vivía el suyo. Él olvidaría la muerte y aprendería a amar la vida.

Así, con el corazón aliviado, regreso a casa y a sus obligaciones. Ezra y David volvían de la sinagoga, y pronto llegaron también *madame* Ezra y Leah; el sábado prosiguió con los ritos que Peonía conocía tan bien, y en los cuales no participaba. Pero su papel era servir, y lo mismo que la noche anterior había colocado los grandes candelabros delante de *madame* Ezra para que ella los encendiera y anunciara la entrada de sagrado día, así ahora, cuando estaban reunidos para la comida del sábado, Peonía sirvió vino a Ezra y se quedó de pie mientras él lo bendecía y pronunciaba la oración del sábado. Dirigió el lavado de manos y el servicio de la comida. Cuando un sirviente recién contratado estaba a punto de llevarle a Ezra su pipa, ella meneó la cabeza y frunció el ceño, sabedora de que ningún fuego debía encenderse en aquel día. A solas en su habitación, Ezra podía disfrutar del consuelo de su pipa, pero no aquí.

Así transcurrió el día. Peonía no quiso permitirse ver con cuánta frecuencia David le hablaba a Leah y que, aun cuando no le hablaba, la miraba larga y pensativamente. Al llegar la noche, fue Leah quien llevó a David al patio para descubrir las primeras estrellas de la noche, y él le mandó declarar a Leah que el sábado había terminado.

Peonía corrió a encender las linternas, y nunca estuvo tan contenta como entonces de oír sus saluciones para otro día, un buen día decía, agradable día común perteneciente a los humanos y no a un Dios extranjero. Ella no había hablado palabra con David durante todo aquel largo sábado, pero no estaba apesadumbrada. Podía esperar.

V

Después que Peonía lo hubo dejado, Kung Chen se quedó solo en su jardín. Por hábito trabajaba mucho, y con regularidad, en la gran sala de su tienda principal; iba allá temprano y volvía tarde a casa. Su fortuna crecía bajo sus manos y ya era un hombre rico. Gozaba su riqueza, pero no estaba corrompido. Cuando notaba que de su imaginación se apoderaba demasiado insistentemente la idea de la persecución del dinero, hacía un alto y durante un día entero no se acercaba a sus tiendas. En lugar de hacerlo, se quedaba en su jardín privado, sin hacer nada, y dejaba vagar sus pensamientos.

En uno de esos días, había encontrado a Peonía en su jardín; después que ella se hubo ido, se sentó en un gran asiento de porcelana a observar los peces. Siempre se sentaba allí, nadie le molestaba. Varias veces miraba alguno por la puerta, dudaba y se quitaba de delante. En medio de su casa atestada de gente, la vida de Kung Chen estaba llena de cuidados y responsabilidades, pero aquél era un sitio de paz. Estaba reconciliado con todo lo que tenía, y se consideraba, como sin duda lo era, un hombre feliz. Para él la felicidad era razonable y posible obtenerla. En la tierra deseaba riquezas, el respeto de sus asociados, satisfacción con las mujeres y bastantes hijos para no estar preocupado con el temor de que murieran uno o dos. Todo esto lo tenía.

Del cielo no pedía nada. Aunque estaba contento con no creer en ningún dios, sabía que no se sorprendería ante nada que, después de su muerte, pudiera descubrir que era verdad. Así, no veía la necesidad de la inmortalidad de su ser; pero si descubría que la inmortalidad era la suerte del alma humana, afrontaría el porvenir como afrontaba el

presente, con la sonriente certeza de que él, como hombre bueno, no necesitaba temer ni a Dios ni al diablo, si es que existían. Ezra lo había interrogado una vez acerca de su fe en Dios, y Kung Chen le había respondido con calma:

–Si hay Dios y es el que usted dice, será lo bastante sensato como para no pedirme que crea en lo que no he visto.

Hacer el bien, amar la justicia, convenir en que todos los hombres tienen su derecho igual a la vida agradable, eran cosas que creía Kung Chen, y, como creía, hacía todo lo que podía para cumplir con sus creencias.

Pues bien, solo en su jardín, gozando en grande con la belleza de la mañana, la transparencia del estanque y los colores de los flamantes peces, dejaba su cerebro vacío y descansaba. Pero aquel día el vacío fue invadido por la necesidad de decidir acerca de la vida de su hija tercera. Si era verdad que ella había comenzado a pensar en el joven hijo de la casa Ezra, no podía haber muchas dilaciones. Lo primero que debía decidir era si le agradaba tal unión. No era una decisión carente de importancia para un hombre dar a su hija a una familia entre los cien nombres de la antigüedad. Pero, conocedor de la historia de su pueblo, Kung Chen recordaba que otros antes que él habían hecho estas cosas, creyendo que solamente así podría convertirse toda sangre en una, y comprendía que esto era justo. No obstante, era un padre amante de sus hijas y no deseaba hacer demasiado pesada la carga de la vida a su pequeña tercera.

Mientras meditaba profundamente, algo bello sucedía en el estanque ante sus ojos. Un día o dos antes, había observado que la hembra de una especie de peces siameses estaba cargada de huevos. Había dispuesto, por lo tanto, que compraran un macho en el mercado de peces de adorno, y el día antes lo habían hecho. Ahora veía nadar al

nuevo pez orgullosamente en el estanque. Era un ejemplar hermoso, y cuando nadaba iba rodeado de una nube de flotantes aletas iridiscentes. Nadaba cerca de la superficie, y la luz del sol se reflejaba en sus aletas como en una pequeña red. En aquel momento la hembra lo vio y se lanzó como una flecha hacia él, llena de alegría.

Kung Chen sabía lo que estaba a punto de suceder. Observaba, sonriendo con cierta ternura, la pequeña escena de amor que se desenvolvía ante sus ojos. El pez macho sopló cuando vio a la hembra, formando un nido de burbujas que se elevaron hasta la superficie del estanque. La hembra se le acercó, y él la recibió y la retorció con su cuerpo alrededor del suyo. En su abrazo la volvió gentilmente y la cubrió con sus aletas doradas. Hubo un instante de éxtasis, luego se separaron y la hembrita esparció sus huevos. El macho cogió cada huevo en su boca, conforme se sumergía, y remontándose los introdujo uno a uno en el nido de burbujas. Una y otra vez, el pez la encontraba, se apareaba, y se separaba, hasta que la hembrita no pudo soportar más semejante ardor. Pero el macho se enojaba cada vez más cuando ella se evadía, y la perseguía para forzarla. Cuando Kung Chen vio su apuro, se rió en silencio; deslizó su mano suave dentro del agua, levantó a la hembra en su palma y la metió dentro de un jarro de porcelana que había cerca para colocar a los peces cuando empezaban a luchar en el estanque. Cuando el pez macho la buscó sin poder encontrarla, Kung Chen volvió a reírse.

—No te enojas, hombrecito... ¡Ya has tenido bastante!

Volvió a sentarse, y los separados amantes siguieron sus caminos aparte. Pero el jueguito había puesto su imaginación en movimiento. Recordó la linda cara de Peonía y pensó en ella dentro de la casa de Ezra, su amigo extranjero, y se dijo que debía ser un lugar extraño para una muchacha joven y hermosa. Entonces recordó al hijo de Ezra y sonrió. Pero luego pensó en su pequeña tercera y volvió a ponerse

grave. No habría considerado siquiera semejante matrimonio si ella hubiera sido su única hija, o, si se hubiera tratado de Lili, su pequeña cuarta. Lili era su favorita, porque era la hija de la mujer que había amado. La herida que esta mujer le había hecho, había curado ya, como suele ocurrir, pero la cicatriz quedaría siempre. Kung Chen no era hombre lujurioso. No había andado detrás de muchas mujeres. Había aceptado la esposa que le dieron sus padres en su juventud y vivió con ella bastante tiempo, pero sin gran felicidad, a no ser por los hijos que ella le había dado, cuatro varones y tres niñas. Después hacía unos cuantos años, se había enamorado de repente de una muchacha que había visto en una casa de placer y la había traído a su hogar, con el consentimiento de su esposa, y entonces le había parecido que su vida personal estaba completa.

Hacia un año había descubierto a la muchacha con su mayordomo. Cuando agotó la rabia y sondeó todo el alcance de su pena, comprendió que ésta también es parte del amor. Al principio había pensado en dar un castigo a los que lo habían traicionado; pero luego, comprendió que con el castigo no se puede recuperar el amor de una mujer ni la lealtad de un hombre y que, por lo tanto, aquello no podía ser más que un abandono a sus bajas pasiones. Mas como no se lo iba a consentir, había hecho comparecer a los dos ante sí; con cara sonriente y bondadosas palabras, les había dicho que se fueran y formaran su propia familia, les dio dinero y los despidió, conservando solamente a su hija. Cuando la hermosa mujer reflexionó con ansiedad en lo que habría de ser fuera, después de haber elegido al criado en lugar del amo, el rostro de Kung Chen permaneció inexorable, a pesar de su intranquilidad, y ella se dio cuenta que lo que había abandonado estaba perdido irremisiblemente y no le quedaba sino marcharse.

Aunque Kung Chen ya había cesado de pensar en el amor, el pequeño idilio del pez volvió a traerle a la imaginación, por un momento, un sueño olvidado, y suspiró. El amor pasa veloz y ningún

hombre puede diferir su fin, aunque el matrimonio no tiene nada que ver con el amor. Si su hija se encaprichaba del joven extranjero, y si la familia la recibía bien, como de seguro cualquier familia recibiría a una hija suya, entonces lo que quedaba era un asunto de negocios. Si él le negaba su hija al hijo de Ezra, sería molesto hacer negocios con él después. El contrato pendiente entre ellos podía no firmarse nunca. Ezra se lo llevaría a otro comerciante cualquiera, y buenos comercios había en abundancia en la ciudad, aunque ninguno tan rico como él. Sería fastidioso ver beneficiarse a uno de ellos con las mercaderías extranjeras de Ezra. Sí, el matrimonio podría ser un buen nexo con la casa de Ezra. Su sociedad sería algo más que negocios. Todos los negocios deben tener sus conexiones humanas. Cuanto más humana pudiera ser cada relación, más sana era, más duradera. Kung Chen no confiaba en sí mismo. Donde entraban en juego grandes sumas de dinero, ningún hombre puede estar seguro de otro. Pero si Ezra y él vertían sus sangres separadas en una sola, entonces sería uno y la deshonestidad resultaría absurda.

—No le llames más que perspicacia —le murmuró al pez.

Bien, su pequeña tercera sería más feliz en la casa extranjera si Peonía, una joven china, estaba allí para ser su compañera. Debía hablar con su pequeña tercera si se había de concertar el matrimonio.

Pero antes debería hablar con su madre.

Después de esto, Kung Chen se levantó de mala gana; se fue remoloneando hacia el patio de su esposa y batió palmas ante su puerta. Una sirvienta se acercó corriendo y, al verlo, lo invitó a entrar.

—¿Está desocupada la madre de mi hija? —inquirió.

—Mi señora está sentada al sol sin hacer nada —le dijo la doncella.

Kung Chen entró y encontró a su gruesa mujer, de mediana edad, sentada en una gran butaca de mimbre. Un gato de color concha de tortuga estaba delante de ella, haciendo sufrir a un ratón que había cazado. Levantó la vista cuando entró él, la cara deshecha en sonrisas.

—¡Mira que gato más inteligente! —exclamó—. Ha cazado dos ratones hoy.

—Creí que eras budista —dijo él en broma.

—Yo no cazo ratones —replicó la señora.

—Tú no eres una gata —dijo él.

—No —convino ella.

—Ni el gato es budista —siguió él.

A esta chanza no contestó ella, sino que continuó mirando al gato. Pero a Kung Chen no le importaba. Hacía mucho que había comprendido que el cerebro de ella era pequeño y agradable, no más profundo que una tacilla, y que no debía llenarlo demasiado. Lo había medido exactamente y no se peleaban nunca. Sentose de manera que ella no pudiera ver al gato, que estaba quebrantando con delicadeza los huesos del ratón.

—He venido a solicitar tu consejo respecto a nuestra pequeña tercera —empezó.

La esposa hizo un ademán de impaciencia con su mano gordezuela llena de sortijas de oro.

—¡Esa pícara! —exclamó—. No quiere hacer su bordado y estoy segura de que lo hace Chu Ma.

—La pequeña tercera es como yo... Nunca me gustó bordar —dijo Kung Chen. Tenía la cara seria, pero le chispeaban los ojos.

Su esposa levantó la vista hasta él con sencilla sorpresa.

—¡A ti nunca te enseñaron a bordar! —exclamó.

—No —convino él—. Pero si me hubieran enseñado, lo habría odiado. Ella es hija mía..., ¡perdóname!

Madame Kung sonrió dándose cuenta que él estaba bromeando otra vez, y guardó silencio, gozando con el gato. Sus manos regordetas reposaban en el regazo de su túnica de raso gris perla, como flores de loto amarillo a medio abrir. Había sido tan linda cuando joven, que le había costado varios años a Kung Chen descubrir que era estúpida.

—¿Y qué? —preguntó ella, después de haber permanecido largo tiempo en silencio.

—Estoy a punto de recibir otra proposición para nuestra pequeña tercera —dijo Kung Chen.

—¿Quién la quiere ahora? —preguntó *madame* Kung. Había recibido muchas proposiciones para cada una de sus hijas. Cualquier familia rica con un hijo pensaba en primer lugar en una hija de Kung.

—El extranjero Ezra está pensando en ella para su hijo David —dijo Kung Chen.

Madame Kung lo miró indignada.

—¿Y nosotros vamos a hacerle caso? —preguntó.

Kung Chen respondió con una indulgente sonrisa.

—Eso creo. Son muy ricos, y Ezra y yo tenemos en proyecto un nuevo contrato. No tienen más que un solo hijo, y la pequeña tercera no tendrá que contender con las esposas de otros hijos.

—¡Pero es un extranjero! —objetó ella.

—¿Lo has visto alguna vez? —preguntó Kung Chen.

Madame Kung lo miró indignada.

—He oído hablar de ellos —dijo—. Tienen las narices prominentes y ojos grandes. Yo no quiero un nieto con ojos y narices grandes.

—La nariz de la pequeña tercera es casi demasiado chica —dijo Kung Chen tolerante—. Además, tú sabes que nuestra sangre china siempre suaviza los extremos. A la generación siguiente, los hijos parecerán chinos.

—He oído que los extranjeros son muy fieros —objetó *madame* Kung.

—¿Fieros? —repitió Kung Chen.

—Tienen la fiebre religiosa —dijo *madame* Kung—. No quieren comer esto o aquello, rezan todos los días y no tienen ningún dios que pueda ser visto, pero le temen mucho y dicen que nuestros dioses son falsos. Todo esto es desagradable. Nuestra pequeña tercera incluso podría tener que adorar a un dios extraño.

—La pequeña tercera no ha hecho nunca nada que no quisiera hacer —dijo Kung Chen, sonriendo.

—Con tantos jóvenes como la esperan. ¿Por qué tenemos que escoger un marido extranjero para ella? —preguntó *madame* Kung.

El gato había devorado al ratón, excepto la cabeza, y tomó ésta y la piso cuidadosamente detrás de la puerta. *Madame* Kung estaba tan divertida, que se rió y olvidó lo que estaban hablando.

—Aparte de los negocios —dijo Kung Chen, con paciencia—, no creo en la separación de los pueblos en diferentes razas. Todos los seres humanos tienen nariz, brazos, piernas, corazón, estómago, y, hasta donde me ha sido dado a conocer, todos nos reproducimos de la misma manera.

Madame Kung se interesó al mencionar la reproducción.

—He oído que los extranjeros se abren el estómago y sacan los hijos de un agujero que tienen allí —dijo.

—No es verdad —replicó Kung Chen.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Mi amigo Ezra y yo frecuentamos la casa de baños, y él está hecho de lo mismo que yo, excepto que tiene mucho pelo en el cuerpo.

Madame Kung mostró un interés más vivo todavía.

—He oído que esta vellosidad es porque los extranjeros están más cerca del mono que nosotros. —Entonces pareció inquietarse—. Supón que a nuestra pequeña tercera no le guste un hombre peludo...

Habían llegado al momento crucial del asunto, y Kung Chen le planteó una pregunta a ella:

—¿Qué? —lo interrumpió *madame* Kung.

—Cuando yo reciba la proposición —se corrigió él—, ¿debo aceptarla?

Era una afirmación parcial, y ella asintió con la cabeza, indiferente. Era más fácil con él ceder que no hacerlo.

—Tenemos tantas hijas —murmuró, y bostezó, y él vio que estaba dispuesta a pensar en otras cosas, así que se fue.

Desde la puerta del patio miró hacia atrás. Se había acomodado para dormir y tenía los ojos cerrados.

Durante un momento se quedó medio enojado. Tenía pensado ver a su hija y hablar con ella, ya que su madre se cuidaba tan poco de lo que hacía. Pero entonces decidió lo contrario. Era demasiado pronto. Mejor sería esperar hasta que tuviera la proposición en su mano. Mejor sería considerarla entonces un poco más detenidamente... Su pequeña tercera era muy joven aún. No obstante, se sentía tan inquieto, que se dio cuenta que su día de reposo había concluido. Volvió sobre sus pasos y, con lento porte majestuoso, se dirigió hacia la gran puerta que daba a la calle. Su coche de mulas con cortinas de raso esperaba, siempre dispuesto, su llegada. El portero dio un grito y el mozo de mulas saltó sobre sus pies. Kung Chen entró en el coche.

—Lléveme a mi escritorio —ordenó.

El cochero hizo restallar el látigo y Kung Chen emprendió su camino.

Aquel sábado, en la sinagoga, *madame* Ezra, hacía proyectos mientras oraba. Su atareado cerebro iba de aquí para allá en torno a su plan. Deliberadamente no le había dicho a Ezra que invitaría al rabino como huésped durante un tiempo. ¿Por cuánto? ¿Quién lo sabía? Quizás una semana, acaso un mes..., por lo menos hasta que David manifestara su voluntad de tomar a Leah por esposa. Si se lo hubiera dicho a Ezra, éste habría exclamado que no se debía forzar a David. Sin embargo, no era forzarlo lo que ella proyectaba..., era cumplir la

voluntad de Dios.

La voluntad de Dios... La dulce paz de estas palabras llenó su espíritu. Pero la sinagoga era un lugar de paz. Su ruina no era demasiado evidente... todavía. Las cortinas estaban viejas, pero aún servían gracias a las mujeres que las remendaban cuidadosamente. La mayoría de los judíos eran pobres, y sus hogares estaban apiñados en torno a la sinagoga. *Madame* Ezra tenía a veces un sentimiento de culpabilidad por no compartir la pobreza de la pequeña comunidad, todo lo que quedaba de que una vez había sido grande.

¿Dónde habían ido los judíos? Era un asunto como para intrigarlos a todos. Sin persecuciones ni ninguna clase de desafecto por parte de los chinos, habían desaparecido, y cada generación era más escasa en número que la anterior. *Madame* Ezra se incomodaba cuando pensaba en esto. Desde luego, era más fácil sumirse convirtiéndose en chino, más fácil dejarse ir por los amables caminos sin Dios, que seguir siendo judío. Razón de más, por lo tanto, para que ella viviera de un modo estricto, a pesar de su riqueza..., quizá, sin duda, a causa de ésta. Un judío podía verse constreñido y elegir entre Dios y el dinero. Ella no tenía que sufrir semejante compulsión. Con parecidos pensamientos renovaba su firmeza. Tan pronto como finalizara el culto, se quedaría atrás para saludar al rabino. Cuando su proyecto estuviera asegurado, se lo comunicaría a Ezra. No fue difícil quedarse atrás, porque en la sinagoga un elevado tabique de madera tallada separaba a los hombres de las mujeres, y ella tenía costumbre de acudir al culto separada de Ezra. Leah estaba a su lado, y David con su padre. Mandaría a Leah para casa con Wang Ma, mientras ella hablaba con el rabino.

La paz descendía sobre ella conforme veía claro su camino; levantó los ojos para mirar al rabino mientras aquél se quedaba de pie al lado de la silla de Moisés, sobre la cual estaba colocado el sagrado Tora. Llevaba largas túnicas negras y en torno a su cabeza con gorro

negro tenía envuelta una fina tela blanca que le caía sobre la espalda. Estaba rezando en alto, mientras Aarón, vestido en la misma forma, excepto el gorro que era azul, volvía las páginas. El rabino parecía leer, pero recitaba de memoria página tras página. Si vacilaba, lo que ocurría raras veces, Aarón le apuntaba en voz alta.

Cuando terminó el servicio, *madame* Ezra descubrió que el rabino no iría fácilmente a la casa de Ezra. Cuando le explicó, cuando le rogó que fuera enseguida, meneó su cabeza barbuda.

—Deja que tu hijo venga a mí para aprender la Tora —dijo con firmeza.

Madame Ezra gimió al oír esto.

—Padre, ¿por qué he de ocultarle a usted nada? ¿Y si no viene? Ahora, precisamente, tiene muchas ansias, impulsado por lo que le contó Kao Lien del asesinato de nuestro pueblo. Pero es joven. Habrá días en que no querrá venir. Pretextará un juego, el sueño, o que se entretuvo con los pájaros o el perro, o escribiendo un poema..., ¡cualquier cosa! Pero si usted está en casa, no podrá escapar.

El rabino meditó sobre esto.

—Yo soy un servidor del Señor —declaró por último—. Es a Él a quien debo interrogar.

Madame Ezra, mujer de temperamento impetuoso, se sintió obligada a añadir algo más. La voluntad de dios estaba clara para ella y debía aclarársela igualmente a aquel buen viejo tozudo.

—Usted sabe, padre, y lo digo sin ninguna vanidad, que la nuestra es la principal familia judía —le dijo. Vio cierta sonrisa revolotear en torno a la boca del rabino y se apresuró a proseguir —: Sí,

sí, yo sé que Ezra es un hombre con el corazón dividido, y puedo, en verdad, decirle a usted que he llorado muchas noches a causa de su inclinación a una vida de placeres. Pero he hecho todo lo posible, padre, para cumplir con los deberes de ambos, y usted sabe que es verdad.

—Lo sé —dijo el rabino amablemente.

—Sin embargo, yo no he de vivir siempre —prosiguió *madame* Ezra—, y debo ver a mi único hijo colocado a la manera de sus padres. Si él se casa con Leah...

El rabino pareció sorprendido.

—¿No va a casarse con ella? —preguntó.

—Claro que sí —dijo *madame* Ezra, con cierta impaciencia—. Pero no podemos decir que esté casado con ella hasta que el acto se haya realizado. Uno no entiende a los jóvenes y a las mujeres de hoy en día, padre. Yo le aseguro a usted que David, si lo dejan, sería el mejor de los hijos, pero las muchachas chinas lo miran constantemente. No estaré segura hasta que...

—¿Las mira David a ellas? —interrumpió el rabino.

Madame Ezra eludió la pregunta.

—Esté usted seguro que él no mirará a nadie hasta después que se haya casado con Leah.

—¿Por qué no se casa con Leah enseguida? —preguntó inocentemente el rabino.

Madame Ezra suspiró.

—Padre, hablando francamente, David debe desear primero

casarse con ella.

Al oír esto, el rabino asumió un aspecto grave.

– ¿No quiere casarse con ella? – preguntó.

– Es frecuente que un joven no sepa lo que quiere hasta que se lo indican – replicó *madame* Ezra.

El rabino consideró estas palabras durante un momento, sentado con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre su báculo. Luego levantó la cabeza como si pudiera ver.

– ¿Qué tengo yo que ver con esto? – preguntó.

– Nada – dijo rápidamente *madame* Ezra—. Es enteramente mi deber... y Leah me ayudará. Pero lo que debe usted hacer, padre, es guiar a David por el camino de Jehová. Instruirlo, padre, enseñarle el Tora, inclinar su corazón al Señor... Nosotros haremos el resto.

El rabino meditó sobre esto.

Luego dijo:

– Sin embargo, iré ante Jehová para inquirir de él. Déjame, hija mía.

Madame Ezra se levantó de su asiento con vigor.

– Le obedeceré, padre. – En su melodiosa voz había enojo—. ¡Ojalá venga pronto con nosotros!

Volvió ella a su casa y el rabino regresó a la sinagoga a través de un pasadizo cubierto que comunicaba con su casa. Conocía cada paso de este camino y sus pies se adaptaban a los huecos ligeramente

gastados de las piedras del piso. Habían pasado muchos años desde que ya no podía ver la sinagoga con los ojos, pero tenía otros sentidos. Así podía oler el moho de las colgaduras, al tocar las puertas, la mesa y el altar, sentía el polvo como arena entre las puntas demasiado sensitivas de sus dedos. Con las suelas de sus zapatos conocía que no se había barrido ni siquiera para el sábado. Pero le pareció que alguien estaba allí y escuchó. Sí, oía una respiración lenta y profunda.

— ¿Quién está dormido en la casa del Señor? — preguntó en voz alta.

La respiración terminó en un resoplido. Una voz medio estrangulada respondió, saliendo del sueño:

— ¿Eh? Soy yo, maestro..., el viejo Elí. Me quede dormido. ¿Terminó el culto?

Era el marido de Raquel, y su obligación era conservar la sinagoga limpia.

— No debería usted dormir aquí — dijo el rabino —. El culto hace mucho que terminó.

— ¡Esto está tan tranquilo! — dijo Elí, como disculpa —. Excepto los días santos, no hay aquí nadie, a no ser usted, maestro, y no es ésta su hora.

— Venga aquí — le ordenó el rabino de repente. Esperó hasta que oyó acercarse los pies vacilantes del hombre. Entonces dijo —: Dígame..., ¿dónde están los vasos de plata?

El viejo Elí tosió con la tosecilla de los viejos.

— Aquellos vasos... — murmuró —. Bueno...

— ¡Hable! — dijo el rabino incisivamente.

— Ahora son de peltre — dijo Elí.

— Ya noté la diferencia — murmuró el rabino—. Me di cuenta cuando los tuve en la mano esta mañana. — Levantó la cabeza; en su cara había una pena indecible.

— ¿Por qué se disgusta maestro? — preguntó Elí con lástima—. Los sacerdotes jóvenes son siempre... — se interrumpió.

El rabino empezó a temblar.

— Dígame lo que ha hecho mi hijo — le ordenó.

El viejo Elí tosió; se retardaba y se empujaba la cabeza y cara con la manga, pero no podía desobedecer. Se rió tristemente para demostrar que la cosa no valía la pena y luego dijo, tratando de consolarlo:

— Los vasos de peltre tienen un baño de plata y exactamente el mismo aspecto que los antiguos. Usted sabe que los artífices chinos que trabajan el peltre son inteligentes. Cuando el joven maestro les dijo...

— ¡Mi hijo ha vendido los vasos de plata de la sinagoga! — murmuró el rabino.

— Pero que no se entere él de que yo se lo he dicho — dijo el viejo Elí, con su vocecilla.

— ¡Y yo solo me di cuenta de la diferencia! — murmuró el viejo rabino—. Los que asisten al culto...

— No asisten muchos ahora, maestro — dijo—. Venga y descanse. Es usted demasiado viejo para apesadumbrarse. Los viejos debemos ser felices, como los niños. Ahora es momento de dormir y sentarse al sol,

tomar una buena comida y dejar que nosotros lo sirvamos.

– Habla usted como un chino – dijo el rabino.

– ¡Ah, sí!... ¡Pero si de siete partes mías, seis son chinas!... Fuera de la sinagoga me llaman viejo Li. Y yo respondo al nombre.

Mientras hablaba, conducía al rabino con ternura fuera de la sinagoga y volvió a llevarlo a su casa; allí lo sentó y se tomó toda clase de trabajos para ponerlo cómodo. Fue a la cocina y le mandó a Raquel que le sirviera una taza de caldo; el rabino le dejó hacer todo lo que quiso. Estaba como aquel que se halla aturdido porque le ha caído una piedra en la cabeza. Habló solamente una vez mientras sorbía su caldo, y fue para decir con voz de corazón roto:

– Usted es más bueno conmigo que mi propio hijo.

– Vamos, vamos – dijo el viejo Elí –, los sacerdotes jóvenes... Es difícil para ellos...

Después de que Elí se hubo ido, el rabino medito en sus palabras, que le daban vueltas en la cabeza.

– Sí – murmuró después de un rato largo – : Sí, es difícil para mi hijo. ¡Oh, Jehová! Si otro va a ocupar su lugar, hágase tu voluntad. Yo iré a la casa de Ezra.

Así fue como el rabino descubrió la voluntad de Dios. Al día siguiente de aquel sábado, llevando a Aarón con él, se fue a la casa de Ezra. Pero le mando a Raquel que se quedara en su casa y la tuviera lista para su regreso. A Aarón, su hijo, no le dijo nada, ni con reproche ni con pena.

Durante tres semanas conservó Peonía en su cajón el poema que Kueilan le había mandado para David, esperando el momento

oportuno para dárselo. Pero el momento no llegaba. Porque después del sábado, él se retiró pasando mucho tiempo con su padre en el escritorio. Estaba poco en casa, sin duda, y cuando volvía por la noche, evitaba a todas las mujeres y se sentaba solo en sus habitaciones a leer. Peonía esperaba que pasaría aquel estado de ánimo, sabiendo que era inútil obligar a salir su corazón de la ermita. Luego, antes de que ella pudiera encontrar el momento que buscaba, llegó el rabino con su hijo, y fueron instalados en el patio contiguo al de Ezra.

David se apartaba de ella sin duda alguna. Peonía le servía en la forma de costumbre, pero más sosegadamente que antes, y sus ojos estaban pensativos. Él parecía no verla. Pasaba las mañanas con el rabino; el viejo le ordenó a Aarón que se quedara también con ellos. Éste, un poco asustado en aquella gran casa donde todo estaba ante la mirada de *madame* Ezra, no se rebeló. Peonía tuvo buen cuidado de ser la única que llevaba a veces té caliente a aquella habitación, para poder ver cómo le iba a David; lo veía atento a los libros abiertos expuestos sobre la mesa que tenía delante, mientras Aarón se movía impaciente, y siempre dispuesto a mirar por encima y fuera de la puerta. Había aprendido a ser silencioso en todo cuanto hacía, de manera que su ciego padre no podía saber si sus ojos vagaban ni si bostezaba. Después de unos cuantos días, acudió Leah también a leer los libros. Esto fue porque David le había dicho a su madre lo molesto que era Aarón. *Madame* Ezra se alarmó temiendo que Aarón enojara a David. Así, mandó a Leah que estuviera presente, y si Aarón desobedecía, declaró, iría ella misma. Esto tenía que decírselo Leah a Aarón para atemorizarlo, y así lo hizo.

Cuando Peonía vio que Leah acompañaba a David, se dio cuenta de que no podía esperar un momento oportuno. Una noche, al llevar la última tetera caliente a la salita de David, cómo solía hacerlo hasta que ocurrió el cambio de la casa, se detuvo y tosió. Estaba en su dormitorio, pero cierta delicadeza nueva le impedía entrar ahora libremente como

antes lo hacía.

David se acercó en seguida a la puerta para averiguar qué quería. Se había quitado la túnica y llevaba su ropa blanca interior de seda y pantalones; claros los ojos, las mejillas rojas, al verlo, el bien dispuesto corazón de Peonía se consumió de amor.

— Te traje el té — le dijo suavemente.

— ¿Por qué me lo dices? — preguntó él con sorpresa—. ¿Por qué no lo dejas dentro, como haces siempre?

Entró, entonces, ella, y, después de haber dispuesto el té, metió su mano en el bolsillo, sacó el papel doblado y se lo presentó.

— He esperado algún tiempo para darte esto — dijo —, pero no es fácil encontrar un buen momento, porque tú estás siempre muy ocupado.

Lo tomó él y se sentó, Peonía se quedó allí mientras leía el poema. Él levantó la vista y la vio de pie.

— Siéntate — le ordenó. Cuando ella se sentó, volvió a leer el poema otra vez. Entonces levantó los ojos y la miró de frente—. Es muy bonito — dijo—. ¿Lo escribió ella?

— Con su propio pincel, y yo se lo vi escribir — respondió Peonía. Entonces le confesó—: Yo le lleve tu poema..., el inconcluso.

— ¿Tú la viste? — repitió él, al parecer sin preocuparse por lo que Peonía había hecho.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

David se inclinó sobre la mesa.

— ¿Qué aspecto tenía? — preguntó.

Peonía meneó la cabeza:

— Es mejor no hablar de ella.

— ¿Y por qué? — preguntó.

Su ojos, en aquellos momentos, eran inescrutables; continuaba con el poema en la mano.

Peonía parecía apenada.

— Ella es amable, joven, linda... y tan suave... No se la debe destrozar.

David se sonrojó un poco.

— No sé qué quieres decir — adujo.

El semblante de Peonía adquirió entonces gravedad juiciosa.

— ¡Ah, sí, lo sabes! — replicó — . Habiéndote visto, está dispuesta a amarte, pobre pequeñita, y cuando ella sepa... se detuvo.

— ¿Sepa qué? — Tiró el poema sobre la mesa — . Vamos, Peonía, te ordeno que me expliques lo que quieres decir. Si hay una cosa que yo odie más que nada, es una mujer que insinúa esto o lo otro y da vueltas alrededor de algo que tiene en la cabeza y no quiere acabar de decirlo.

Peonía se enojó también; entonces, lo miró de lleno a los ojos, y habló apasionadamente:

— ¡Que no debes verla..., eso quiero decir! ¡Ella está empezando a pensar en ti, y no debe hacerlo!

—¡Eso no eres tú quien debe decidirlo! —replicó él—. ¿Por qué quieres separarme de ella?

Íntimamente, David estaba aterrado de su propia alevosía. ¿No le había permitido creer a Leah que la amaba? El recuerdo de aquel momento en el jardín de los durazneros cuando Leah había estado en sus brazos, volvió a él como le había ocurrido muchas veces en pocos días. La recibía bien y mal. A veces su sangre fría corría más veloz con el recuerdo de ella. Cuando veía su cara encantadora llena de fervor, inclinada sobre el Tora, o la mirada elevada en devoción hacia su padre, sentíase conmovido. Y, sin embargo, David estaba llegando a comprender que su matrimonio no sería un compromiso ordinario. Cuando eligiera, sería por algo más que por sí mismo. Por más que deseara ser como los demás hombres, sabía que no lo era.

—No estoy pensando en ti —dijo Peonía—; estoy pensando en Kueilan.

Él, de repente, se sintió molesto con Peonía.

—¡Solías pensar en mí! —gritó.

—¿Por qué he de seguir haciéndolo? —preguntó ella.

Su voz sonaba con una aspereza que él no le había oído antes, y su cara estaba fría y en calma. Se sintió ofendido.

—¡Peonía! —dijo—. ¿Qué te ha sucedido?

Ella inclinó la cabeza.

—No me ha sucedido nada —dijo—. Eres tú...

—Pero yo soy el mismo —insistió él.

Ella meneó la cabeza.

– Ahora no.

Él extendió sus manos a través de la mesa y cogió las suyas. Peonía trató de retirarlas con fuerza.

– ¡Déjame ir! – gritó.

– ¡No! – gritó él, a su vez –. ¡Sólo cuando me hayas dicho que aspecto tenía ella! – dijo para disimular su confusión.

Hizo una larga pausa. Él retenía sus manos estrechando sus dedos entre los suyos. Peonía apenas podía evitar que le temblaran. Quería retirar sus manos y deseaba que las retuviera. Estaba a punto de llorar, y el corazón le latía con fuerza dentro del pecho. Entonces, dijo con una vocecilla débil, sin mirarlo:

– Llevaba... un traje... verde helecho...

– La cara – ordenó él.

– Bien sabes que es muy linda – dijo.

– Dime cómo es de linda – le ordenó.

Empezó de nuevo.

– Bueno..., bueno..., tiene la boca pequeña, el labio inferior un poco más grueso que el superior, rojo como una granada...; unos dientes blancos, pequeñitos...; una lengua chiquitita... Cuando escribí el poema pude ver su lengua, como la de un gatito, tocándole el labio.

Hizo una pausa.

– Tiene ojos... muy negros... y en forma de albaricoques...; las

cejas, como hojas de sauce, ya lo sabes..., y la cara más larga que redonda, quizá... pequeñas orejas, pálidas... Tenía una rosa en el cabello.

—Sigue —le ordenó David.

—Me incline sobre ella mientras escribía...; su aliento era tan dulce como una flor..., y su manecita... aún más pequeña que la mía.

Le miró las manos.

—Tienes una mano pequeña —dijo.

Peonía lo miró.

—No te hagas querer por ella —dijo en su defensa.

Entonces le soltó sus manos, y ella las dejó estar sobre la mesa.

—¿Cómo sabes que ella piensa en mí? —preguntó.

Peonía retiró sus manos y las cruzó dentro de sus anchas mangas.

—Lo sé —dijo en voz baja y agachó la cabeza.

—¡Cuéntame!

—No puedo. Lo adivino nada más.

Cayó el silencio sobre ellos. David se levantó y fue hacia los estantes de libros y se quedó mirándolos. No estaba pensando en ellos, ella lo sabía.

—Deseó verla personalmente otra vez —dijo, sin volverse.

Peonía ocultó su sonrisa detrás de las mangas.

–No –dijo.

Se acercó él a la mesa a grandes zancadas y dio un golpe con la palma de la mano.

–¡Sí! –gritó.

–Eres muy perverso –declaró ella.

–¿Cómo puedo saber lo que debo hacer a no ser que la vea de nuevo? –preguntó.

Ella meditó sobre esto.

–Si yo lo arreglo, ¿me prometes que no le escribirás más, ni solicitarás verla más, ni harás nada que destroce su corazón?

Sus ojos parpadearon y sonrió:

–Te prometo esto: después que la haya visto, determinaré si quiero escribirle o verla alguna vez más.

Sus ojos se encontraron de lleno un largo instante. Entonces ella se levantó con su graciosa manera.

–Que ésta sea una promesa entre nosotros –dijo con firmeza. Puso la mano en la tetera, y sintiéndola caliente todavía, le dio las buenas noches y se fue, muy complacida consigo misma.

En medio de todo lo que ocurría en su casa, Ezra permanecía en un silencio poco habitual. Había quedado demasiado conmovido por la historia de Kao Lien para permanecer indiferente, aun cuando el ajeteo y la animación de sus días embotaban el filo de su memoria. En un extraño sentido, su esposa era su conciencia, y, por más que se revelara siempre temía que ella por lo menos pudiera tener razón en alguna

forma que no podía discernir. En cuanto se refería a los negocios todo era claro para él. Con respecto a lo que concernía a Dios, se sentía en aguas más profundas que su alma. Naomí le hacía recordar a su padre judío, a quien amaba y temía: un hombre triste, amable en todo sentido, pero incurablemente afligido por razones que jamás pudo comprender bien. Cuando él era niño, la tristeza de su padre hacía sentir a Ezra una sensación de culpabilidad y, sin embargo, de algún modo aquello no era culpa suya, sino de su madre china, pero él la compartía. Sin embargo, jamás oyó la palabra culpa; su madre, por cierto, no tenía la menor sensación del pecado ni tristeza alguna, según comprendía Ezra cuando estaba con ella.

Después que su madre murió, la antigua sensación de culpabilidad recayó sobre él solo, y en parte a causa de esto había accedido de buena voluntad a cumplir el deseo de su padre de casarse con la joven Naomí. Se comportó con mucha gravedad durante algún tiempo después de su matrimonio, ansioso de complacer a la hermosa novia; luego, sintiendo que, hiciese lo que hiciese, no podría complacerla bastante, empezó a vivir como antes y volvió a sentirse animoso de nuevo. Animoso lo era, a no ser que la oscura charca de la antigua culpabilidad inextricable que había en su alma fuera removida, y Kao Lien la había removido cuando contó lo de los judíos asesinados.

Parte de lo que sucedía en su casa lo veía; el resto se lo contaban sus criados. Él guardaba silencio, comprendiéndolo todo porque estaba dividido dentro de sí. Así supo, a través de los ojos perspicaces de Wang Ma, que el rabino estaba elaborando un gran sueño, que consistía en que si su hijo Aarón fracasaba como conductor de los judíos, David pudiera ocupar su lugar. Esto, sin duda, era verdad. El viejo no podía soportar a David, pero después que le hubo enseñado durante muchos días, dijo de pronto:

— Ven aquí, hijo mío; déjame conocer tu rostro.

David se había acercado.

—Hijo mío, arrodíllate —y el rabino tocó su cara joven con las puntas de sus diez dedos, cada uno tan sabio, tan experimentado, que David sentía como si una luz jugara sobre él. Entonces el rabino palpó sus fuertes hombros, su ancho pecho, su esbelta cintura, sus estrechas caderas, y mandando poner de pie al joven palpó sus rectas rodillas y sus firmes tobillos y los bien unidos pies. Tomó una de las manos de David y luego la otra y palpó su forma y contenido. Entonces se puso de pie y tocó la parte de su cabeza.

—De pie eres más alto que yo, hijo mío —dijo en tono admirativo.

Mientras estaba sucediendo esto, Aarón, sentado, observaba estúpidamente.

—¡Ah! Si tú fueras mi verdadero hijo —murmuró el rabino, dirigiéndose a David—, entonces alabaría al Señor.

Entonces David sintió compasión por el pálido muchacho feo que los miraba ceñudo, y dijo:

—Un hombre no es lo que parece, creo..., al menos así me lo ha enseñado mi confuciano preceptor.

—¿Todavía lo es ese hombre? —pregunto celoso el rabino.

David vació y luego replicó:

—Mi madre lo despidió cuando vino usted.

Madame Ezra había hecho esto sin consultar a nadie, pero David vaciló porque no quería decirle al rabino que aún veía al confuciano. Pero Ezra lo sabía, porque Wang Ma le había contado eso también, una noche, con cierta risita mientras se lo decía.

—El joven señor, su hijo, se ve con su antiguo profesor a última hora de la tarde en su casa de la calle de la Viuda Fiel —le dijo a Ezra. Tenía la costumbre de llevarle todas las noches, antes de que se durmiera, una taza de caldo de arroz, que él bebía lentamente, para que ella pudiera contarle chismes. De esta manera se enteraba de muchas cosas que nadie imaginaba que él conocía. Como se quedara un poco serio cuando Wang Ma le contó esto, ella se dio prisa en añadir —: ¿No debe su hijo aprender de nuestros profesores también?

Ezra cavilaba mientras bebía el fragante arroz caliente, con la taza entre las manos.

—No puedo decirlo —dijo al fin—. Creo que, en honor de su madre, no debería hacerlo; no sea que el confuciano deshaga todo lo que hace el rabino.

—¿Por qué es usted tan minucioso? —exclamó Wang Ma ásperamente. Hacía mucho que la intimidación de su juventud le daba más libertad con Ezra que la que tenía con ningún otro.

—Nuestro Dios es un dios celoso —replicó Ezra.

—Los dioses falsos son lo que los hombres los hacen —replicó Wang Ma.

Ezra sonrió de repente.

Su sonrisa resultaba tan fresca y franca en medio de su negra barba, que Wang Ma, recordando al joven que había sido una vez, le sonrió a su vez. Entonces se inclinó hacia él y empezó a murmurar:

—No deje que su hermoso hijo sea desgraciado —dijo—. Sí, sí, usted es judío, ya lo sé... Ustedes tienen que ser... Pero, dígame... No, no necesita usted decirlo..., yo lo sé. Cuando usted recuerda que su

padre era judío es usted desgraciado y triste, y cuando recuerda que su madre era china, es feliz y la vida le parece buena.

Ezra no podía admitir todo esto, de pronto.

—Quizá me sienta desgraciado por no ser un buen judío — dijo.

Wang Ma rió.

—Usted es feliz cuando recuerda que es un hombre bueno, un hombre rico, un hombre inteligente —declaró—. ¿Y qué otra cosa importa? —Se acercó más—. Vamos, aquí, en esta ciudad, todo el mundo lo respeta a usted por lo que es. ¿Quién se preocupa de lo que era su padre?

Ella podía conmooverlo siempre con sus afectuosas y exuberantes palabras. La aprobación que su esposa no le concedía jamás, se la otorgaba aquella mujer china de todo corazón, como se la había otorgado desde que eran jóvenes. Le gustaba sentirse feliz, y ella lo lograba porque le hacía comprender su propio valor.

—Vamos a ver —discutía ella—, ¿no debería usted hacer negocios de nuevo con Kung Chen? Desde que llegó la caravana, ha estado triste. Está usted demasiado en casa. Los hombres no deben consumirse dando vueltas por la casa. Deje eso a las mujeres y a los sacerdotes. Kung Chen estará impaciente por poner las mercaderías nuevas en sus mostradores.

—Tienes razón —declaró Ezra—. Mañana por la mañana, temprano, iré a su escritorio.

Se levantó y empezó a desnudarse para irse a la cama, y ella se llevó el tazón. En la puerta la llamó, y Wang Ma se detuvo.

—¿Qué? —preguntó.

—Deja que David visite a su profesor —ordenó Ezra.

—¿Por qué no? —respondió amablemente, y así se separaron.

De manera que David continuo haciendo en secreto lo que había comenzado a hacer un día en que el rabino le había ordenado que aprendiese de memoria las meditaciones que Jehová puso en boca de los profetas contra los gentiles:

Has de matarlo; tu mano caerá primero sobre él para apedrearlo con piedras, y morirá, por cuanto procuró apartarte de Jehová, tu Dios.

Tales palabras aprendió David, y las detestó, aún cuando sabía que eran palabras de Jehová. No se atrevía a hablar de su odio, y encontraba consuelo yendo a la casita del profesor y sentándose con el apacible anciano en su patio tranquilo. Allí escuchaba otras palabras que el amable chino leía todo el día:

Pagar mal con bien es prueba de ser buen hombre; el hombre superior se culpa a sí mismo; el hombre vulgar culpa a los demás.

Nosotros ni siquiera servimos al hombre como debiéramos; ¿de qué modo, entonces, podemos saber cómo servir a Dios?

Hay una palabra que puede ser guía de nuestra vida...: es la palabra reciprocidad. No hagas a los otros lo que no te gustaría que hicieran contigo.

Mientras que el rabino tornaba más severa el alma de David, estas palabras consolaban su corazón, y por la noche lograba dormir.

A la mañana siguiente, después de haber hablado con Wang Ma,

Ezra se despertó con nueva energía y celo por su vida. Le gustaba negociar en amable y viva conversación, después de un banquete; tomó, entonces, la resolución de invitar a Kung Chen a una comida delicada en la casa de té del Puente de Piedra, que era la mejor de la ciudad. Kao Lien también debía asistir, y los tres hablarían, reunidos, de nuevos y mejores negocios. Los tiempos eran buenos, No había hambre casi en una década, tuvieron un buen gobernador y los impuestos eran bajos, de modo que la gente tenía dinero con que comprar buenas mercaderías. Era el momento para el comercio.

Salió aquella mañana sin ver a nadie de su familia. Wang Ma y el viejo Wang le sirvieron juntos y no hubo necesidad de hablar. Wang Ma, complacida con lo que había hecho la noche anterior, era toda sonrisa y calma, y el viejo Wang estaba lleno de su celo habitual por complacer a su amo: el portero estaba despierto, aseado y en su lugar, y el coche de mulas de Ezra esperaba fuera. Era una brillante y animada mañana de verano, y por la calle la gente parecía llena de vida, bien alimentada y dispuesta a divertirse. Pasando en coche entre ellos, Ezra se decía que era estúpido, sin duda, adherirse al sueño de aquella estrecha tierra estéril de sus antepasados. Era una buena cosa que la hubieran dejado, se decía Ezra. Era bastante instruido para saber que Palestina era un pequeñito lugar seco y que hacía cientos de años que la poseían nómadas y gentiles. «Si volviéramos – meditó –, ¿nos dejarían entrar? ¡Qué locura no quedarse aquí, donde somos tan bien acogidos!».

Se preguntaba si allí podría haber siquiera odio contra él, y no podía imaginárselo. Jamás habían matado a nadie en China a causa de su casta. Es verdad, los chinos podían ser bastante crueles con un hombre que odiaban, pero a causa de lo que éste hiciera, no por su stirpe. Una vez, cuando niño, había visto a un hombre de Portugal destrozado por la gente enfurecida, en la calle, porque había puesto sus manos en una muchacha que había llegado con su padre a la ciudad a vender repollos de su huerta. Ezra había corrido para contemplar el

espectáculo, pero todo lo que quedaba del hombre era la cabeza, arrancada del cuello. El resto era carne mutilada. La cabeza era bastante vulgar, una cosa grande con crespa cabellera negra; ojos grandes, negros, todavía abiertos, y labios groseros que habían sido rojos, engastados en una espesa barba oscura. Pero la muerte del hombre había sido culpa suya y sentía que sólo se había hecho justicia. Si él hubiera sido cortés, como debe ser un extranjero en una ciudad, todos le habrían recibido bien y nadie le habría hecho daño, fuera de contemplarlo por curiosidad y quizá con un poco de risa por su mata de pelo.

Ezra ya había enviado aviso de su llegada a Kung Chen, por lo que el mercader chino estaba preparado para recibirlo. Se sentó en el gran salón del despacho que era el lugar de sus negocios. La habitación estaba amueblada con las más caras mercaderías: piso de azulejos de alfarería pulimentados; escritorios, mesas y sillas de ébano, delicadamente tallado, pero sin exceso y con incrustaciones de mármol de Yünnan; sillas de mullidos asientos con cojines de raso rojo; en las ventanas había persianas de bambú picado, tejido con cordón de seda escarlata. Indudablemente, todo estaba ideado para la comodidad, pero Ezra conocía de antiguo que todo servía, además, para los negocios, inteligentemente ocultos, pero presentes.

Kung Chen se levantó al entrar Ezra e hizo una inclinación por demás amistosa.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? —dijo amablemente—. Mandé a mi criado a preguntarle a su portero si estaba usted enfermo, pero, fuera de eso, no quise molestarlo.

—Tengo que pedirle indulgencia —respondió Ezra.

Ambos tomaron asiento; se abrió una puerta y un criado sirvió té y una bandeja de dulces y luego se ausentó de nuevo.

—Espero que no haya habido alguna desgracia en su casa —dijo Kung Chen, después que hubieron sorbido el té y tomado pasteles.

—No —dijo Ezra y vaciló. ¿Cómo podría explicarle a aquel hombre, bueno y sencillo, lo que había pasado en su casa? Pero, de repente, decidió que trataría de explicárselo para ver lo que diría su amigo. ¿Podría ser que los judíos estuvieran mal conceptuados ante los ojos de todos, excepto los propios? Quizás aquel buen hombre le ayudara a comprender por qué eran odiados en tantas tierras y si los judíos eran malos, ¿por qué, entonces, no los odiaban allí también?

De manera que Ezra empezó a hablar, con su modo sencillo y brusco, el único que conocía.

—Mire, amigo mío —dijo—, yo le preguntaría a usted algo, pero no sé si podré siquiera hacerle comprender de qué se trata.

—Pruebe a hacerlo —dijo Kung Chen.

Parecía tan prudente, tan comprensivo, mientras estaba allí sentado con su hermosa túnica de raso azul oscuro, su cara suave, sonriente, y los ojos alegres, que el corazón de Ezra se le entregaba como si se tratase de un hermano.

—Mi padre viene de un pueblo extraño, hermano mayor —dijo—. Yo mismo no los entiendo del todo. Sin embargo, en parte los comprendo. Usted debe conocer nuestra historia...

—Cuéntemela —dijo Kung Chen, cortésmente.

—Fuimos un pequeño pueblo, unos pocos entre muchos —explicó Ezra—. Estuvimos esclavizados en Egipto...

—¿Cómo llegaron a ser esclavos? —inquirió Kung Chen.

— ¡Qué sé yo! — replicó Ezra —. La tradición dice que enfurecimos a Jehová..., no sé por qué.

— ¿Jehová?

— El dios de los judíos.

Una sombra de risa amable pasó por la cara de Kung Chen, pero habló cortésmente y con respeto.

— ¿Es ése el dios de la tribu de vuestro pueblo? — preguntó.

Vaciló Ezra.

— Mi padre lo consideraba el dios del universo..., el único dios verdadero.

— Nosotros no hemos oído hablar nunca de él aquí — dijo Kung Chen —; pero siga, hermano mayor.

— El pueblo de mi padre fue liberado de la esclavitud por uno de nuestros conductores. Él nos prometió, es decir, nos lo prometió Dios, que si le obedecíamos fielmente, podríamos regresar a la tierra de nuestros padres.

— ¿Y regresó su padre? — preguntó Kung Chen con interés.

— No, pero otros sí — dijo Ezra, vacilando.

— ¿Cómo es, entonces, que están ustedes dispersos de nuevo? — inquirió Kung Chen.

— Nuestro pueblo desobedeció a Dios..., se mezcló con los gentiles... — Ezra encontraba difícil de explicar todo esto ante los despejados y tolerantes ojos chinos. Desistió. Era imposible. No parecía

razonable.

—Pero ¿qué tiene todo esto que ver ahora con usted, amigo mío?
—preguntó Kung Chen, cuando Ezra se quedó callado.

—Yo diría que nada tiene que ver conmigo —replicó Ezra— si no fuera porque Kao Lien trajo malas noticias de que nuestro pueblo está siendo asesinado, miles de ellos, del otro lado de las montañas.

—¿Qué daño hizo vuestro pueblo en aquellas tierras? —preguntó Kung Chen.

—Eso es lo que me gustaría preguntarle a usted —dijo Ezra—. Juzgue por los que estamos aquí.

Kung Chen meneó la cabeza.

—No tengo una respuesta —replicó—. No he oído jamás una cosa semejante. Me gustaría interrogar personalmente a Kao Lien.

Aquella era la oportunidad que Ezra buscaba.

—Estaba a punto de invitarlo conmigo esta noche —dijo—. Me acompañará Kao Lien.

—Gracias por su amabilidad —respondió Kung Chen.

—¿En el Puente de Piedra? —sugirió Ezra.

—Es el mejor lugar —replicó Kung Chen.

—¿A la salida de la luna? —volvió a decir Ezra.

—Muy buen tiempo —replicó Kung Chen—. Pero hágame un favor más; permítame ser el anfitrión.

Tras algunos argumentos corteses, Ezra accedió, y puesto que no se debe discutir de negocios antes de un banquete, después de charlar un poco más se levantó, hizo una inclinación de cabeza y ambos amigos se separaron, prometiendo reunirse de nuevo al anochecer.

Cada uno pasó el día a su manera, pero Kung Chen mandó buscar a algunos de los hombres de su escritorio en quienes tenía confianza y les planteó ciertas cuestiones concernientes a la pequeña colonia judía establecida en la ciudad desde hacía tiempo. Dos de los hombres eran mayores que él, y uno era socio de la época de su padre: tenía ya bastante más de setenta años y continuaba en su escritorio sólo porque sentía dejarlo. Su amor por el trabajo avergonzaba mucho a sus hijos, pero no podían hacer nada, y así, a mediodía, su hijo mayor, silencioso y con aire de censura, lo acompañaba al escritorio, y antes de la puesta de sol volvía a buscarlo, para demostrar que, por tozudo que fuera su padre, los dos hijos cumplían con sus deberes filiales.

Era un anciano llamado Yang por sobrenombre y Anwei de nombre y Kung habló con él y por él se informó sobre los judíos.

Yang Anwei le dijo:

—Estas gentes, del país de los judíos, de tiempo en tiempo han hallado refugio en nuestro país, y especialmente en nuestra ciudad, porque está cerca del gran río. Recuerdo que mi bisabuelo decía que una o dos veces vinieron cientos de ellos a esta ciudad y nuestros mayores se reunieron en el templo confucionista para decidir si se les iba a permitir quedarse en un número tal. Tantos, pensaban nuestros mayores, podían alterar nuestras costumbres. Pero algunos de estos judíos hablaban nuestra lengua, porque habían estado aquí antes como traficantes y les dijeron a nuestros antepasados que su pueblo no pedía nada más que vivir aquí tranquilamente y de acuerdo con sus leyes y tradiciones. Tenían un dios propio, pero no pedían a los demás que

creyeran en él, sino solamente que se les permitiera continuar con sus leyes y tradiciones.

—¿Por qué dejaron su país? —preguntó Kung Chen, con vivo interés.

A esto, Yang Anwei replicó:

—Por lo que yo puedo recordar, y he pensado en estas cosas durante muchos años, fue porque una nación salvaje y guerrera los atacó. Algunos resistieron pero otros transigieron. —El anciano hizo aquí una pausa y meneó la cabeza—. No puedo recordar más —dijo.

—Una pregunta más —lo instó Kung Chen—. ¿Fueron los que transigieron o los tenaces los que vinieron a nuestra ciudad?

Yang Anwei no pudo responder enseguida. Sin embargo, después de un rato, dijo con su sonrisa llena de arrugas:

—Me atrevería a decir que fueron los transigentes. ¡Porque vea cómo se han instalado en nuestro pueblo! No tiene usted más que mirar su templo arruinado. ¿Quién va allí ahora a celebrar el culto en su día santo, excepto un puñado de ellos?

—Están asesinando a los judíos otra vez en los países al oeste de las montañas —dijo Kung Chen.

La vieja mandíbula de Yang Anwei cayó de asombro.

—Y ahora, ¿por qué? —preguntó.

—Eso es lo que yo preguntó, y nadie me lo puede explicar —replicó Kung Chen. Luego siguió con voz diferente—: Nada de esto me incumbe, a no ser porque estoy meditando si debo permitir que mi pequeña tercera se una a la familia Ezra. Si hay algo extraño en la

sangre judía, debo meditar unos cuantos meses antes de decidir.

El viejo Yang Anwei puso atención.

—Hay algo extraño en ellos —declaró—. No en todos, pero sí en algunos. Ezra mismo es un hombre como nosotros y, desde luego, lleva nuestra sangre. Pero hay otros que son diferentes.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Kung Chen.

El viejo vaciló y luego dijo con astucia:

—Si adoran a su dios, son extraños; si no lo adoran son como los demás hombres. Durante mi larga vida en esta ciudad, he visto que la adoración de un dios especial hace un pueblo especial.

Kung Chen escuchaba en silencio y con el mayor respeto. Había una profunda sabiduría en aquel anciano, arrugado y seco por la edad, hasta llegar a ser su cuerpo como una fruta en conserva. Pero su cabeza estaba despejada, y, desde luego, se había vuelto todo cerebro.

—Entonces, lo que haremos —declaró Kung Chen— es apartarlos de su dios, para que lleguen a ser como nosotros...

Yang Anwei se rió con una risa antigua sin ruido...

—... o destruir su dios —replicó.

—¿Cómo podremos hacerlo? —preguntó Kung Chen—. A ese dios no se le puede ver; no es de piedra ni yeso, como los dioses de nuestra gente del pueblo. Es un dios sutil que vive en sus mentes.

—Entonces destruiremos ese dios en sus mentes —dijo Yang Anwei.

Los dos chinos se miraron.

—No es difícil destruir ese dios —siguió Yang Anwei—. Seamos bondadosos con Ezra, accedamos a sus deseos, carguémosle de favores, ayudémosle a aumentar su riqueza, quitémosle sus temores, instémosle a que se dé cuenta de que por mal que traten a los judíos en otra parte, aquí no habrá nunca más que bondad para él y para su pueblo.

—¡Qué sabiduría! —exclamó Kung Chen, con admiración—. Le ruego, hermano mayor, que no deje nunca de visitar nuestra casa.

—Se lo agradezco —respondió Yang Anwei, modestamente, y levantándose, se despidió y regresó a su escritorio, donde, a la luz de una pequeña ventana con persianas, pasaba los días copiando las entradas de las mercaderías en el gran libro mayor. Sus caracteres, que pintaba lentamente, uno a uno, eran exquisitos por su perfección. Este trabajo le exigía casi la décima parte de su cerebro, y con las nueve décimas restantes pensaba en todas las cosas de que había oído hablar alguna vez en su larga vida.

Kung Chen, al quedar solo, sentado e inmóvil como un león de piedra, consideró durante mucho tiempo lo que le había dicho el viejo. Todavía deseaba saber por qué mataban a los judíos, pues no quería poner a la pequeña tercera en peligro de quedar viuda. Pero aún más que eso, quería saber si había algo odioso en aquel pueblo, algo que él no veía. Pensaba en Ezra, y no podía descubrir nada en aquel mercader amigoso, de buen natural e inteligente, que pudiera despertar odio. Era algo grosero quizá, no muy instruido, la risa demasiado alta; pero, por otra parte, Ezra era un hombre tan corriente como cualquier otro y tan fácil de entender.

Pero ¿era Ezra como su pueblo? ¿Y su mujer y su hijo? ¿Y el extraño anciano rabino ciego, que, sin embargo, era capaz según se chismorreaba en el pueblo de ver con los ojos del espíritu? El viejo y su

mal hijo vivían dentro de la casa de Ezra. ¿Qué dirían al hijo de éste? Algunos judíos, sin duda, eran extraños, había dicho Yang Anwei.

Y luego Kung Chen cayó en uno de sus transportes de meditación receptiva. ¿Cómo era un hombre al que se llamaba extraño? Un animal extraño entre otros animales es temido y odiado a causa de su comportamiento. Es una cosa aparte, un ser marcado de algún modo como diferente a los demás. ¿Era verdad esto con respecto a los judíos?

Tomó la resolución de que, antes de decidirse a casar a su hija con el hijo de Ezra, debía saber cómo era un judío extraño, el anciano rabino y su hijo, y que hablaría personalmente con David. Hasta entonces mantendría a su pequeña tercera en la seguridad de su casa. Él no la casaría para hacer mejor su negocio.

Aquella noche, Kung Chen, Ezra y Kao Lien se reunieron en la casa de té del Puente de Piedra. La luna se levantaba sobre el canal, y aunque las aguas eran sucias, su luz las volvía puras y hermosas cuando corrían bajo el antiguo puente de mármol blanco. La casa de té estaba tan llena de parroquianos, que era imposible hablar; Kung Chen llamó al propietario y le pidió una habitación reservada que tuviera vista sobre el canal. El hombre dijo que todas las habitaciones estaban ocupadas, pero cuando Kung Chen puso una suma de dinero en su mano, se fue y despidió a unos parroquianos de la mejor sala, diciendo que otros que la habían pedido antes se habían retrasado y que ya estaban allí.

Así los tres hombres se encontraron solos en una habitación pequeña, pero agradable y fresca, precisamente sobre el borde del canal. La mesa estaba colocada delante de una ventana abierta de par en par, y podían mirar a lo largo del canal y verlo retroceder abriéndose camino entre las casas suspendidas.

—¿Quieren ustedes unas muchachas que canten para que los

distraigan? –preguntó el propietario. Era éste un hombre grueso, que sudaba y jadeaba, chillando aquí y allá, y en todas partes a la vez.

–No, porque tenemos que hablar de negocios importantes –dijo Kung Chen. Entonces, al ver la mirada de pesadumbre del propietario, recordó que aquellas salitas agradables eran usadas para estar con muchachas, y dijo–: pero puede escoger usted tres que canten bien, hacer que se sienten en un botecillo debajo de la ventana y que canten; pagaremos por su comida y el vino la misma suma que si estuvieran aquí con nosotros.

El propietario le dio las gracias y se fue, y el camarero sirvió los platos que Kung Chen había ordenado unas horas antes, primero los platos de fiambre y luego los platos calientes, y así, por orden, hasta el arroz caliente al final.

A Ezra le encantaba todo esto. En su casa, bajo la mirada de su esposa, era escrupuloso con la comida, pero cuando estaba solo y libre comía todo lo que era alabado por su anfitrión; aquella noche su complaciente estómago estaba animado y aguardaba.

Kung Chen era demasiado sabio para comenzar la noche con conversaciones serias. Hablaba de la comida, alababa o juzgaba el aroma de los platos, discutía el vino, y cuando el sonido de las voces de las muchachas, muy dulces y cristalinas, se elevó bajo la ventana, levantó su mano sonriendo, y los tres hombres escucharon.

Kung Chen observaba la cara de sus invitados sin dar muestras de que lo hacía. La redonda cara de Ezra era regordeta y blanca, sus ojos estaban llenos de desbordante placer y sus gruesos labios sonreían. Pero la larga y estrecha cara de Kao Lien no cambiaba. Estaba sentado derecho, su alta figura estática, y se servía con parquedad de la comida que Kung Chen ponía en su plato. No se mezclaba en la conversación, y, con orgulloso reconocimiento de que no era enteramente igual a los

otros dos, había ocupado la silla más baja frente a la ventana. Pero en su cara la luz de la luna brillaba más clara, porque Kung Chen le había ordenado al camarero que pusiera velas en un rincón, de manera que no estropeará la luna.

Así transcurría la velada conforme las series de platos iban y venían. Kung Chen dirigía diestramente la conversación. Cada vez que flotaban las canciones subiendo del canal, guardaba silencio y escuchaba. Ezra, después de cada canción, se sentía más asequible y más dispuesto a una cordial amistad, pero Kao Lien permanecía inalterado.

Al fin, cuando el banquete estaba casi terminado y habían servido de nuevo el vino caliente, una jarrita de peltre para cada uno, Kung Chen le ordenó al mozo que las muchachas guardaran silencio durante un rato, pero que a medianoche podían subir a la habitación y cantar su última canción como gentileza. Le dio dinero al mozo para que bebieran vino las muchachas; luego fue cerrada la puerta y quedó la habitación en silencio.

Kung Chen se volvió enseguida hacia Kao Lien.

—En sus viajes, hermano mayor, según oí, presencié usted una guerra en algunas partes del Oeste.

Kao Lien respondió de buena gana, con voz suave y compuesta:

—Guerra, no; solamente la persecución de mi pueblo.

—¿Puede usted decirme por qué fue eso? —preguntó Kung Chen.

Kao Lien dirigió una ojeada a Ezra, y éste, animado con la buena comida y los vinos delicados, y embriagado con las canciones, exclamó:

—¡Díselo todo, hermano! Este buen hermano chino es nuestro

amigo sincero.

Kao Lien dijo:

–Yo no puedo explicarle a usted por qué una y otra vez, a través de distintos países, se mata a los judíos, mi pueblo. Hay algo extraño en torno a nosotros.

¡Algo extraño! Éstas habían sido las palabras de Yang Anwei.

–¿Puede usted descubrirme esa extrañeza? –inquirió Kung Chen.

Kao Lien negó con la cabeza:

–Yo soy traficante y no un hombre instruido. Somos un pueblo poco consciente en Dios.

–¿Puede describir usted a su Dios? –volvió a preguntar Kung Chen.

–A veces me preguntó dónde está –le interrumpió Ezra—. No puede ser visto, no puede ser oído...

–Entonces, ¿por qué piensan ustedes que existe? –preguntó Kung Chen.

–Nuestro anciano rabino así nos lo predica –dijo Ezra violentamente.

–¡Hermano mayor! –dijo Kao Lien, reconviniéndole en voz baja.

Ezra estaba un poco borracho.

–¡Déjame hablar, hermano! –exclamó—. Éste es mi mejor amigo, sí, aunque es chino... ¡Ah, porque es chino! Cuando estoy con él me

siento feliz y no tengo miedo... Le diré a usted: la esposa de un hombre puede hacerlo sentir siempre pecador. Pecado, pecado..., ¿qué es el pecado, hermano mayor? —El vino se le había subido a Ezra a la cabeza y sus ojos estaban comenzando a vidriarse cuando se volvió hacia Kung Chen para interrogarle.

El chino se rió con su indulgente risa entrecortada.

—Nosotros no tenemos esa palabra —replicó.

Kao Lien dijo:

—Para nosotros, pecado es olvidar a nuestro Dios y nuestra ley.

—¡Dejadme ser como los demás hombres! —gritó Ezra. Empezó a llorar—. Yo siempre he querido ser como son los demás —balbució—. Cuando era un niño pequeño, se reían de mí... los chicos..., porque decían que yo era un extraño. Y yo no soy un extraño.

—Claro que no lo es usted —dijo Kung Chen, consolándolo. Se daba cuenta de que la conversación de negocios sería imposible, y se volvió a Kao Lien—. Consolemos a nuestro hermano. Usted ve cómo el vino nos ha revelado la aflicción de su corazón. ¿Hacemos entrar a las muchachas cantoras?

—Véalo —dijo Kao Lien. Miraron y vieron que Ezra, siempre versátil y dispuesto a cambiar, se disponía a dormir, la cabeza inclinada sobre un hombro. Había un canapé en la habitación; Kung Chen se levantó y Kao Lien también, y entre los dos acostaron a Ezra sobre el canapé. Allí se quedó rápidamente dormido.

—Ahora —dijo Kung Chen—, hablemos los dos, usted y yo.

—Nada de lo que yo diga debe tomarse como un compromiso —dijo Kao Lien, algo confuso.

— Eso se sobrentiende — contestó Kung Chen.

Poco a poco, diestramente, fue conduciendo a Kao Lien, hasta que éste se lo contó todo, y hacia medianoche comprendía ya exactamente lo que Kao Lien había visto, lo cruel que era la condición de los judíos, y cómo, en casa de Ezra, había una división entre el rabino, Leah y *madame* Ezra, de su parte, y Ezra de la otra. Entre estos dos extremos estaba David indeciso, y en la sombra se encontraba el débil e inútil Aarón.

— No son estos dos puntos desconocidos para nuestro pueblo — dijo Kao Lien, reflexivamente—. Los encuentro por todas partes, el judío de la alianza y el judío que sólo desea ser humano, como cualquier otro hombre.

— ¿Qué alianza es ésa? — preguntó Kung Chen.

— Es la alianza que hicimos con Dios en un comienzo — dijo Kao Lien, casi tristemente—. Un convenio de que nosotros seríamos su pueblo si Él quería ser nuestro Dios.

— ¿Cree usted en semejante superstición? — preguntó Kung Chen.

Kao Lien parecía pedir disculpas.

— Creo y no creo — confesó—. Fui instruido en la ley y los profetas, y es difícil olvidarlo. Lo niego con frecuencia y a veces durante años seguidos. Pero lo recuerdo, y sé que moriré como judío. — Suspiró—. Que vengan las muchachas cantoras — dijo bruscamente—. Es cerca de medianoche.

Entraron las muchachas, las bellas, las amables e instruidas en el arte de agradar. Ezra despertó cuando empezó la música, pero siguió recostado, la cabeza apoyada entre las manos, escuchando y mirando.

Cuando terminó el canto, vacilaron las muchachas, sin saber si se las necesitaba aún, pero Kung Chen meneó la cabeza.

—Nada más —dijo riéndose—. Nosotros somos unos viejos de hogar y tenemos que irnos a casa, junto a nuestras esposas.

Puso dinero en cada pequeña palma y las muchachas se marcharon riendo, y Ezra se levantó suspirando, y así se fue cada uno a su casa.

Kung Chen no durmió bien aquella noche ni varias noches después.

Al final de su insomnio, decidió que no debería entregar a su pequeña tercera a la casa de Ezra, y decidió llamarla para ver si le importaba a ella cuando se lo dijera.

Una mañana, pues, después de haber tomado su desayuno, envió a un sirviente para que la invitara a subir y ella le mandó decir que lo haría inmediatamente, tan pronto como se hubiera cepillado el cabello.

Al oír esto, se acomodó para esperar una hora o dos; hacía mediodía llegó Kueilan conducida por Chu Ma. Sabía que esta pequeña hija suya era bonita, pero cuando no la veía durante algún tiempo, se olvidaba de cuán linda era. La contempló con tal placer, que ella se ruborizó, viendo en sus ojos la admiración de todos hombres, aun cuando se trataba de su padre.

—¡Padre mío! —gritó saludando desde la puerta.

—Entra, mi pequeña —dijo, y ella se sentó en una silla cerca de él, mientras Chu Ma se quedaba de pie detrás de la joven.

Kung Chen le hizo las preguntas paternas de costumbre, cómo estaba ella y qué hacía; admiró sus vestidos de seda y le preguntó si

había leído algunos libros; cómo estaban sus pájaros favoritos que le habían regalado, y otras preguntillas por el estilo. Kueilan respondía con su bella voz tímida y sonriente, niña y mujer a la vez, y él se decía que aquella criatura debía casarse sólo y exclusivamente para entrar en el más seguro y afable de los hogares.

Así vino a parar en lo que quería decir.

—Mi pequeña tercera —empezó—, ha llegado el momento de hablar de matrimonio. Hay que pensar en Lili, tu hermana menor, y debo procurar que tú te comprometas primero. Lo habría hecho antes si hubiera sido un buen padre, pero me desagradan los compromisos matrimoniales prematuros. ¿Quién sabe cómo será un muchacho cuando llegue a mayor? Así que yo he comprometido a todas mis hijas tarde, para poder ver hombres a mis yernos. Ahora llega tu turno.

Al oír esto, Kueilan se puso encarnada, sacó de la manga el pañuelo y se lo llevó a la cara e inclino la cabeza contra su niñera para que su padre no pudiera verla. Esto era lo que debía hacer.

—¡Amo, la avergüenza usted! —exclamó Chu Ma—. Esas cosas no deben mencionarse siquiera delante de una señorita.

—Soy muy atolondrado, lo sé —dijo Kung Chen, sonriendo—, pero prefiero descubrir lo que sienten mis hijas. —Luego continuó—: Dime, nena, que clase de marido quieres que te busque. Hay un joven muy agradable en la casa de Wei, precisamente un año mayor que tú. Oí cosas buenas de él.

—No —dijo Kueilan desmayadamente.

—¿No? —preguntó Kung Chen con aparente sorpresa—. Bueno entonces he oído que el hijo más joven de la familia Hu es hermoso.

— ¡No, no! — dijo con más fuerza.

— ¡Esta señorita es difícil de comprender! — exclamó Kung Chen, dirigiéndose a Chu Ma. Siguió con un poco más de gravedad —: Espero que habrá cumplido usted con su deber. Supongo que no le habrá permitido que viera a ningún joven.

Kueilan empezó a sollozar de repente, y Chu Ma parecía aterrada.

— ¡Ah!, ¿qué es eso? — preguntó con autoridad Kung Chen, haciéndose el enojado.

Chu Ma cayó de rodillas delante de él, dio con la cabeza en el suelo y empezó a balbucir:

— ¿Cómo podía yo evitarlo? El joven la vio en esta casa. Ella iba a salir para el templo con nuestra señora, su madre, y mandó a buscarle un pañuelo.

— ¡Era mi abanico, estúpida! — gimió Kueilan.

— Su abanico — balbució Chu Ma —. Y cuando me había ido entró en la sala el hijo del extranjero Ezra.

— ¡Pero yo no me quede! — gritó Kueilan.

— Juro por mis antepasados que ella no se quedó — dijo Chu Ma.

— Levántate — dijo Kung Chen severamente, dirigiéndose a Chu Ma. Se levantó ella y quedó enjugándose los ojos —. ¿Qué más ha sucedido? — exigió.

— Nada — dijo Chu Ma. Entonces los ojos de él la aterrorizaron, sacándole la verdad —. Bueno, solamente un poema o dos.

Volvióse él hacia su hija.

—¿Cómo te atreves tú a pensar en un joven? —le preguntó.

Kueilan tuvo un arranque de genio muy suyo; era su manera de ser: llorar primero y enojarse después. Así que golpeó con el pie en el suelo y dijo:

—Yo me atrevo a todo.

—No te dejaré casarte con un extranjero —dijo Kung Chen.

—¡Oh, chist, chist! —gimió Chu Ma.

Kung Chen encendió su pipa.

—Dices eso porque estás enfadada —le habló a su hija—. Pero cuando hayas considerado lo que significa, no querrás casarte en esa casa. Son una gente extraña, no como la nuestra. Un pueblo melancólico, y adoran a un dios cruel.

Kueilan se enfurruñó.

—Yo no tengo miedo —declaró.

Kung Chen no respondió a su voluntariosa hija. Había descubierto lo que quería saber.

—Te ordenó que me obedezcas en esa sola cosa —dijo después de un largo silencio. Durante este silencio el enojo de Kueilan se había enfriado, dejando paso al temor, y Chu Ma estaba pálida del susto—. Tienes que esperar hasta que haya visto por mi mismo a ese joven —le dijo a su hija—. Cuando me haya decidido, ya te diré cuál es mi voluntad. —Se volvió a Chu Ma—. Y tú, mujer, si le permites que me desobedezca, saldrás de esta casa y no volverás a ella mientras vivas.

Chu Ma temblaba.

—Estaré a su lado día y noche —prometió, y tomó a Kueilan de la mano y se la llevo.

VI

En la casa de Ezra el rabino vivía en un ciego éxtasis. Nunca lo habría reconocido, y, sin embargo, era verdad que la comodidad apacible de la casa, la abundante comida, el espacio y la quietud de los patios lo confortaban, acercándolo a los linderos del placer.

Como él estaba allí, *madame* Ezra cuidaba de que todos los ritos del sábado y del día de fiesta fueran celebrados. Tenía bien cuidado, además, de aproximarse cuando David estaba con el rabino y averiguar si cada rito se celebraba de acuerdo con el Tora. Porqué, a través de tantos años y generaciones en aquella tierra gentil, declaraba, hasta ella misma se había vuelto ignorante. Así, los ritos de Pascua y del Purim se habían mezclado con el festival chino de la primavera, y la fiesta de los primeros frutos con la fiesta de la luna de verano, y los diez días sagrados de penitencia ante Yom Kippur coincidían con frecuencia con el año de la luna nueva, de modo que hasta David escapaba demasiado fácil de la penitencia al placer.

El rabino respondía a todas las preguntas de ella con celo y cuidado. Imposibilitado de ver a los seres humanos, los percibía solamente a través de la niebla de sus propios sentimientos y anhelos. Así le parecía, conforme un día seguía a otro, que David estaba viviendo su éxtasis con él, caminando con él cerca de Dios, conforme le exponía el significado del Tora. En verdad, sentía en torno suyo una atmósfera algo ardiente y fuerte, la presencia de un espíritu que apenas lograba entender. ¿Qué podría ser, excepto el meditabundo espíritu del Señor? No podía comprender que el conflicto que percibía en el aire que lo rodeaba, cuando enseñaba el Tora a David, Leah y Aarón, era su

propio conflicto. El rabino, acostumbrado a la ceguera de sus ojos, tenía otras formas de percepción. Así sabía que cuando los tres no estaban cerca de él la habitación en que se hallaba parecía vacía y llena de paz; pero cuando llegaban ellos, ya fuera silenciosamente o riendo a carcajadas, la paz desaparecía.

Se decía a sí mismo que de Jehová y su palabra no esperaba paz.

—Ante Jehová, nuestro Dios, no puede haber modorra ni sueño —le decía a David—. Seremos un pueblo inquieto hasta que todos sepan quién es Jehová, el único dios verdadero. Somos residentes temporales, transeúntes entre la tierra y el cielo. —Hacía una pausa y luego elevaba mucho la cabeza y mantenía sus manos cruzadas sobre ella—. ¡Escucha, oh Israel! ¡El señor, nuestro Dios, es el Señor único!

Las sonoras palabras familiares del «Shema»^[3], que salían de los labios del anciano ciego, acosaban el alma de David. Él mismo, con frecuencia, se hallaba dividido entre el cielo y la tierra, y su alma se desgarraba en dos. Era imposible responder al rabino. Solamente podía escuchar, y escuchando recibir dentro de sí el significado de la fe del pueblo. Estaba empezando a comprenderla. Lo que su madre expresaba de manera práctica con su cuidadosa observancia de los días de fiesta y los dedicados al culto, en ritos y rituales; con su negativa a aceptar el nombre chino de Chao aun en aquella comunidad, donde casi todos los judíos eran coronados también por nombres chinos..., todo esto eran manifestaciones exteriores del ardiente espíritu del rabino. Ambos creían que su pueblo era un pueblo especial puesto aparte por Dios para cumplir su destino en el mundo. A su pueblo, creían su madre y el rabino, le había confiado el Señor una misión, la sagrada misión de perseguir las almas de los seres humanos hasta que regresaran a Dios.

Ahora bien, el conflicto entre los tres, David, Leah y Aarón, tendía a ser más o menos éste: como el rabino notaba que David crecía en

comprensión, involuntariamente dejaba a Aarón, su propio hijo, de lado. Al principio preguntaba todas las mañanas si Aarón estaba en su cuarto, pero ya no lo hacía. Cuando entraba David, el rabino se volvía solamente a él, y extendía sus manos, inquietas y temblonas, hasta que sentía el apretón de manos de David y palpaba su cabeza, mejillas y cejas. Quería tener siempre a David sentado bastante cerca de él para tocarlo. Aarón se volvía cada vez más sombrío, a medida que se sentía olvidado, y puesto que no se atrevía a quejarse a su padre, daba salida a su mal humor con Leah.

—Estáis conspirando contra mí —declaraba cuando se encontraban solos—. Tu proyecto es elevar a David a rabino en lugar mío cuando muera nuestro padre y que él sea la cabeza de nuestro pueblo. Pero tú serás la verdadera cabeza, porque tú gobernarás a David, como esa vieja Ezra gobierna a Ezra.

Leah era tan blanda de corazón, tan puramente buena, que no era capaz de responder a esta perversidad de su hermano. Cuando Aarón profería sus cargos contra ella, mientras su padre les enseñaba el Tora, sus grandes ojos se llenaban de lágrimas, pero no hablaba. Aarón tenía cuidado, o creía que lo tenía, de disimular su persecución, pero David era demasiado perspicaz para no verlo. Detestaba a Aarón y no le prestaba más atención de la que habría concedido a un perro en la casa. Cuando Aarón le adulaba y pretendía con lisonjas salir con él y sus amigos a compartir sus placeres, David hacía como que no oía ni entendía lo que quería decir. Aarón retrocedía desairado, y con toda la fuerza de la naturaleza odiaba a David por su orgullo y por el aire de libertad de su porte.

En cuanto David se dio cuenta de que Aarón estaba oprimiendo a su hermana de algún modo secreto, detuvo a Leah, una mañana que se encontraba ceca del umbral de la puerta, y le dijo:

– Cuando Aarón te hace muecas tontas, ¿por qué lloras?

– Porque sé en lo que está pensando – replicó Leah.

Se pararon a la luz del sol, y David vio lo suave que era su piel de sano color, y cómo brillaba su cabello oscuro. No había renovado él nunca sus señales de amor desde aquel día en el jardín de los durazneros, porque su alma estaba más confusa cada día a partir de entonces. Los ojos afectuosos y amantes de ella, puestos en él, acrecentaban su confusión, y solamente pudo tartamudear:

– ¿Qué es lo que piensa Aarón?

– Me da vergüenza decírtelo – contestó Leah honradamente.

David vio bien claro que debería pedirle que le explicara lo que quería decir, pero tenía miedo de presionarla, temeroso de que le dijera que Aarón la fastidiaba por causa precisamente de su amor.

– Aarón es un estúpido – dijo bruscamente.

En aquel mismo momento llegaba Aarón haraganeando por la puerta; David entró y lo siguió Leah.

Incluso a Leah la olvidaba el rabino. Todas las mañanas entraba ella silenciosamente, y si el rabino no la sentía, ella lo saludaba y él respondía como si apenas la oyera. Indudablemente, el rabino sólo pensaba en David. Pasaba las horas de la noche en oración y despertaba de su breve sueño febril y con ansiedad. Se decía que no podría dormir hasta que David se inclinase por el Señor. Sentía una enorme impaciencia, y, sin embargo, no se atrevía a plantear directamente la cuestión a David. No obstante, después de dos o tres horas de explicar el Tora, la pregunta todavía pendía en sus labios: «David, ¿quieres ser rabino después de mí? ¡Escucha la palabra del Señor, oh hijo David!».

Podía verse ordenando a su hijo, y, sin embargo, determinó que no hablaría mientras no oyera el mandato de Dios sonar en sus oídos.

Hubo un día, a fines de verano, en que le pareció al rabino que hasta que le llegara aquella orden no podría irse. Era el octavo mes, el mes de las tormentas, y la mañana era tranquila y cálida. El aire estaba pesado y oprimía al ciego con la húmeda pesadez de la niebla. Estaba demasiado intranquilo. Sus viejos huesos se estremecían y corría la sangre por sus venas con tal rapidez que sentía vértigos.

David llegó temprano aquella mañana, y solo. Leah había enviado recado de que estaba enferma; Aarón no envió recado, pero no fue. El rabino, solo con David, sintió estremecerse su corazón. ¿No sería aquel día? Empezó a explicar el libro con cuidado y ternura, presionando de cerca al joven con su celo. David estaba demasiado inquieto con el calor, y no podía soportar el olor a ancianidad y decadencia que se adhería al viejo. Mientras seguía la lección, el rabino lo sentía levantarse, moverse de un lado a otro y suspirar, y su terror aumentó. ¿Por qué no hablaba el Señor? Levantó la cabeza para escuchar, pero hasta el mismo aire estaba silencioso. En su temor, hizo un poderoso esfuerzo por calmarse.

—Hijo mío — dijo el rabino, cuando se dio cuenta de que David no lo escuchaba —, entremos en la casa del Señor. El día está extrañamente cálido, pero en las sombras de la sinagoga el aire estará fresco.

—Como usted desee, padre — replicó David.

—Déjame poner mi mano en tu brazo — dijo el rabino —. Iremos a pie.

La sinagoga no se hallaba lejos. Las casas de los judíos estaban apiñadas alrededor, y tuvieron que caminar sólo unas pocas calles para llegar a aquella estrecha que los chinos llamaban la calle de los Tendones Arrancados. El camino era bastante conocido por David,

como también la sinagoga, y, sin embargo, sentía de un modo extraño que le parecía la primera vez que iba a entrar en ella.

Hasta entonces había sido un templo en el que entraba frecuentemente de mala gana, apartado de sus juegos por orden de su madre. Ahora entraba por su propia y libre voluntad...; sí, era su voluntad encontrarse cara a cara con Dios. Había estado difiriendo su decisión, pero no debía demorarla más. Lentamente medía sus pasos para emparejarlos con el largo paso lento del rabino. Si sentía la llamada de Jehová, eligiéndolo, ordenándole reintegrar el remanente de su pueblo, respondería con firmeza, sí o no, de acuerdo con lo que su corazón dijera cuando oyese la voz.

— ¿Te has puesto la gorra? — murmuró el rabino.

— Sí — dijo David —. Me la pongo cuando vengo junto a usted todas las mañanas.

— Ya lo sé — dijo el rabino —. ¿Por qué lo pregunto? Tú eres fiel a los mandatos del Señor.

No obstante, estiró su brazo y tocó la gorra azul en la cabeza de David.

— ¿Duda usted de mí? — preguntó David sonriendo.

— No, no — dijo el rabino rápidamente.

Entraban ahora por la puerta de los patios exteriores de la sinagoga. Cuando el rabino estaba solo, iba en seguida a los patios interiores de la parte posterior de los edificios, cerca de los cuales quedaba su casa, pero aquel día quería conducir a David a través de la gran puerta principal, que había abierto para ellos un viejo que pertenecía al clan judío de Ai. La puerta daba al Este, e inmediatamente

detrás había un pórtico grande y hermoso. Más allá había otro corredor y, al fin de éste, otro pórtico. A cada lado se erigían dos bloques de piedra, cada uno sobre una base de piedra tallada semejando hojas de loto, y sobre los bloques, estampada en letras antiguas, la historia de los judíos, y cómo habían sido arrojados de su tierra. Más allá de éstos había una plataforma inmensa sobre la cual se elevaba la gran tienda en la fiesta de los tabernáculos^[4]; todavía más distante se encontraba el arca santa en la parte más sagrada e interna de la sinagoga.

Todo esto lo conocía David, y sin embargo, aquel día lo observaba con ojos que veían por primera vez el significado del lugar, instalado como palacio de Dios en la poblada ciudad pagana y entre muchos templos consagrados a otros dioses. El aire era allí más fresco que en ninguna otra parte, y él sentía su frescura en la carne. El lugar estaba vacío, pero lleno de elevado espíritu celestial. «El templo de la pureza y la paz». Tal era sin duda.

Entraron ambos lentamente, paso a paso, el rabino murmurando las escrituras, hasta David se paró delante de un gran bloque de piedra.

— ¿Cómo es que las letras que veo talladas sobre muchos de estos bloques de piedra son letras chinas y no hebreas? — preguntó David de repente.

El rabino suspiró.

— ¡Ah, nuestro pueblo ha olvidado la lengua de nuestros padres! Cuando yo muera, no quedará nadie que pueda leer la palabra del Señor.

Hizo una pausa, esperando que David hablara para ofrecerse. El rabino había esperado cada día que David le pidiera que le enseñase la lengua hebrea, pero no se lo había pedido y tampoco lo hizo ahora.

—Sin embargo, la historia de nuestro pueblo está muy clara sobre esta piedra —dijo, en cambio, David. Y empezó a leer en alto las letras chinas:

Abrahán, el patriarca que fundó la religión de Israel, era de la generación decimonovena después de Panku Adán.

—Ya lo ves —interrumpió el rabino—. Panku es el primer hombre chino. Sin embargo, los que grabaron estas tablillas pusieron su nombre con el de Adán.

David sonrió y siguió leyendo:

Desde la creación del cielo y de la tierra, los patriarcas se transmitieron la tradición que habían recibido. No fabricaron imágenes, no adoraron espíritus ni fantasmas, ni creían en supersticiones. En lugar de esto, creyeron que ni los espíritus ni los fantasmas podían ayudar al hombre, ni los ídolos protegerlos, y que las supersticiones son vanas. Así, Abrahán meditaba solamente sobre el cielo.

La voz fuerte y joven de David calló y guardó silencio. ¡Pero meditar sobre el cielo era lo que su preceptor chino le había enseñado también! Hacía ya algunas semanas que no había visitado al confuciano; la última vez había sido para la fiesta nocturna de mediados de verano. El firmamento estaba lleno de estrellas, y el viejo, levantando su cara hacia ellas, había murmurado: «Podemos meditar sobre el cielo, pero no podemos conocerlo».

—La sinagoga ha sido arrasada dos veces por la inundación del río Amarillo —decía el anciano rabino, sin conocer los pensamientos de David—. Sin embargo, estas grandes piedras han sido preservadas.

Dios no permite que perezca el nombre de su pueblo.

Caminaba lentamente. El cielo se había oscurecido, y, al mirar hacia arriba, vio David volando sobre las murallas unas nubes negras ribeteadas de plata.

– Va a llover; entonces el aire estará más fresco en todas partes
– dijo.

El rabino no prestó atención.

– Ven y entra conmigo en el santísimo santuario. Quiero ponerte el Tora en las manos, hijo mío.

Se detuvieron en el alto umbral, entraron en la oscura y más recóndita cámara de la sinagoga y, cruzando los pálidos azulejos del piso, fueron hacia el arca. Delante de ésta había una mesa y sobre ella una triple arcada, sobre la cual estaba escrito:

Bendito sea el Señor,

el Dios de los dioses,

el Señor de los señores,

el Dios grande, poderoso y terrible.

Estas palabras las pronunció el rabino en alto y con voz profunda, y de repente, como un eco del cielo, el trueno retumbó por la sinagoga. El rabino se quedó silencioso, levantando la cara hasta que su barba apuntó a lo alto. Entonces, en el silencio que siguió al trueno, separó las cortinas, y David vio las cajas que contenían el Tora. Eran de laca dorada, con bisagras doradas y una perilla dorada también en forma de

llama sobre cada tapa.

—Éstos son los libros sagrados de Moisés —dijo el rabino con su voz grave—; son doce, uno por cada una de las tribus de nuestro pueblo; el decimotercero corresponde a Moisés.

Así diciendo, abrió la caja número trece, que, como las demás, tenía la forma de un largo cilindro, y la colocó sobre una alta silla tallada, la silla de Moisés. Entonces abrió el cilindro y sacó el libro.

—Extiende tus manos —le ordenó a David.

Así lo hizo éste, y el rabino colocó sobre ellas el antiguo libro, que tenía la forma de un rollo de papel grueso.

—Ábrelo —ordenó, y David lo abrió.

—¿Puedes leerlo? —preguntó el rabino.

—No —dijo David—. Usted sabe que las letras son hebreas.

—Yo te las enseñaré —declaró el rabino—. A ti, mi verdadero hijo, te enseñaré los misterios de la lengua en que Dios dio la ley a Moisés, nuestro antepasado, quien trajo la ley desde la montaña a nuestro pueblo, que lo esperaba en el valle.

El trueno retumbaba de nuevo por la sinagoga, y el rabino inclinó la cabeza. Cuando hubo silencio, siguió hablando:

—Eres tú quien hablara a nuestro pueblo en las palabras de la ley, un segundo Moisés, ¡oh, hijo mío!

Luego, levantando la cabeza y elevando las manos por encima de ella, profirió el rabino las palabras que solía usar el pueblo cuando celebraba el culto en la sinagoga:

— ¡Escucha, oh Israel! ¡El Señor, nuestro Dios, el Señor es único!
 — Su potente voz arrastró la palabra «único» como un largo lamento; de nuevo retumbó el trueno.

¿Quién podría decir como aquel trueno, haciendo eco a la voz del rabino, podía haber sellado el alma de David, el hijo de Ezra? Pero aun cuando su alma temblaba, mientras esperaba que la silenciosa voz de Dios surgiera de la tormenta, sus ojos cayeron sobre una inscripción en una tablilla. Había muchas inscripciones grabadas en tablillas, donativos de judíos que a través de cientos de años habían querido dejar algo suyo en la sinagoga. Esta tablilla era menor que ninguna otra, un empolvado trozo de mármol sin ornamentos; pero, sobre su superficie, un judío ya muerto y olvidado había dejado parte de sí mismo en estas palabras que cayeron bajo los ojos de David:

*Celebrar el culto es honrar al Cielo, y es justo seguir a los antepasados.
 Pero el cerebro humano ha existido siempre antes del culto y de la justicia.*

La malignidad de estas últimas palabras sacudió el alma de David como si hubiera oído una carcajada en aquel sagrado lugar. Algún viejo judío, cuya sangre estaba mezclada con demasiada fuerza a la grosera sangre china, había escrito aquellas palabras y había ordenado que las grabaran sobre piedra y las colocaran en la sinagoga. David se rió en alto, pues no fue capaz de reprimir la carcajada.

El rabino lo oyó y se sintió ofendido.

— ¿Por qué te ríes? — inquirió, y su voz era incisiva.

— Padre — dijo David, honestamente —, veo algo que me hace reír.

— ¡Devuélveme el Tora! — dijo el rabino, enojado.

—Perdóneme —dijo David.

—¡Que el Señor te perdone! —replicó el rabino. Retiró el Tora de manos de David, lo aseguró en su caja y la colocó en un lugar dentro del arca. Se sentía confuso y ofendido. Todo su éxtasis quedó en suspenso, y el vértigo se apoderó de él y se apoyó sobre la silla.

—Déjame —dijo secamente a David—. Voy a orar un rato.

—¿No quiere que lo espere? —pregunto David, avergonzado, pero sonriente todavía.

—Encontraré solo el camino —dijo el rabino; tan severos eran su voz y su aspecto, que David lo dejó.

Un suave viento frío, que David aspiró, barría la sinagoga cuando se fue. Estaba deslumbrado por el cambio repentino producido en el aire y en su persona, y apenas comprendía que había sucedido. «El cerebro humano ha existido siempre antes del culto y de la justicia»... ¡El cerebro humano, su cerebro! Se paró a la puerta de la sinagoga, en el peldaño superior, y su espíritu, mantenido en tensión e inspirado durante días, aflojó de repente, como una piedra en una honda. La tormenta había pasado sobre la ciudad y el aire estaba fresco y transparente, el sol resplandecía sobre los tejados húmedos y las húmedas piedras de las calles, y la gente parecía alegre, animada y activa.

En aquel momento, cuando el sol se vertía en las calles después de la tormenta, vio por casualidad a Kung Chen. El comerciante había sido retenido en la casa del té, a causa de la lluvia, más tarde de la hora acostumbrada para tomar su té de media mañana, e iba eligiendo su camino, sobre los mojados guijarros, hacia su despacho. Conservaba su calma y autosatisfacción; con el aire fresco, su túnica de verano, de seda de color cremoso, refulgía y sus zapatos de seda negra no tenían

manchas. Llevaba plegado un abanico negro; su oscuro cabello estaba peinado liso hacia atrás, desde la frente afeitada, y entrelazado, formando una trenza con un cordón de borlitas de seda negra. No se podía encontrar en la ciudad un hombre más guapo de su edad, ni de aspecto más agradable a la vista. Sus ojos, que lo veían todo, se posaron sobre David y se paró para llamarlo por su nombre.

—¿Cómo está mi hermano mayor, su padre? —inquirió Kung Chen.

—No he visto esta mañana a mi padre, señor —replicó David. Corrió escalera abajo arrastrado por Kung Chen, de un modo tan inevitable como un niño es arrastrado por un adulto sonriente y agradable. Indudablemente, era consolador permitirse a sí mismo sentirse joven y aun infantil ante aquel hombre poderoso, y, sin embargo, amable. Durante los días de tanta intimidad con el rabino, había estado en tensión y elevado por encima de sus fuerzas.

—¿Ha estado usted adorando a su Dios? —preguntó Kung Chen con la misma voz que podía haber empleado para preguntarle a David si había estado en el teatro.

—El rabino ha estado instruyéndome —respondió David.

Kung Chen vaciló.

Luego dijo con voz llena de curiosidad:

—Yo siempre he tenido deseos de ver vuestro templo por dentro, pero supongo que no está permitido.

—¿Por qué no? —replicó David—. Si usted lo desea, podemos entrar ahora.

No deseaba volver a entrar a la sinagoga, y, sin embargo, se

alegraba de tener una razón para quedarse con Kung Chen, y así, casi orgullosamente, indicole el camino, volviendo a subir la escalera; el viejo portero, con aire de duda, abrió las grandes puertas y los dejó pasar.

¡Cuán diferente parecía la sinagoga! El sol entraba a borbotones en ella desde un cielo resplandeciente; Kung Chen no sentía temor ni reverencia, sino solamente cortesía. Lo miraba todo con ojos vivaces y leía las inscripciones en voz alta y animada, aprobándolo todo.

Así leyó en voz alta, en sus tablillas verticales, unas líneas como éstas:

Reconociendo el cielo, la tierra, el Príncipe, el Padre y el Maestro, no están lejos del camino recto de la razón y de la virtud.

Cuando levanto la vista en la contemplación de lo que el cielo ha creado, no me atrevo a negar mi reverencia y mi temor.

Cuando miro hacia abajo, en adoración de nuestro Señor sempiterno, debo ser puro de cuerpo y mente.

Estas sentencias estaban colgadas en los pilares de la puerta central del gran vestíbulo del frente, Kung Chen las admiró mucho. Se volvió a David y dijo con sorpresa y agrado:

— ¡Cómo, joven señor, vuestro pueblo y el mío creen en las mismas doctrinas! ¿Cuál es la diferencia entre nosotros?

Y antes de que David pudiera responder, leyó en alta voz otra inscripción que decía:

Desde los tiempos de Abrahán, cuando nuestra fe fue establecida, y

siempre de ahí en adelante, nosotros, los judíos de China, hemos difundido el conocimiento de Dios y, en cambio, hemos recibido conocimiento de Confucio, Buda y Lao.

Kung Chen meneó ligeramente su gran cabeza lisa con aire de aprobación, y así siguió de una tablilla a la otra, aumentando su aprobación ante cada una. Pero lo que le gustó más fue la que decía:

Ante el Gran Vacío, quedamos en incienso fragante, olvidando eternamente su nombre y su forma.

Uno al lado del otro, David y el gran chino atravesaron la sinagoga, y cada uno dentro de su corazón contrapesaba sus deseos. Kung Chen se decía que no tenía porque temer dar a su hija a una casa cuya sabiduría estaba tan cerca de la de los sabios, y David sentía que el peso que había descendido sobre él el día que Kao Lien regresó del Oeste, había desaparecido sin saber cómo. La presencia misma de Kung Chen era alegre y estimulante, y las fuerzas que rodeaban el espíritu de David iban cediendo. Seguramente aquel buen hombre no debía estar por completo equivocado, y quizás el rabino no estuviera enteramente en lo justo. Pequeños destellos de esperanza y consuelo empezaron a arrastrarse por las grietas de su ser. Y David, después de todos estos días sin placer, volvía a ansiarlo. De repente deseó con vehemencia salir a las calles iluminadas por el sol, donde el polvo estaba abatido por la lluvia, y vagas sin rumbo según su pueril costumbre de antes. Sentía como si hubiera estado lejos, de viaje, muy lejos, en una tierra oscura, y se encontrase en casa de nuevo. Y sabía que era Kung Chen quien le producía esta sensación, con su amplia figura bondadosa, de movimientos lentos, que tenía a su lado.

Mientras caminaban, Kung Chen admiraba todo lo que veía: monumentos de piedra y arcos conmemorativos, los grandes pilares de piedra en forma de loto colocados en los patios, la casa de baños y el matadero. Averiguó por David el sentido de éstos, admirándose de que se encontraran en un templo. Cuando oyó que los judíos creían que debían purificarse el cuerpo antes de observar los ritos, asintió con un movimiento aprobatorio de cabeza; pero se admiró cuando David le dijo que su fe exigía que se arrancaran los tendones de un animal muerto para el sacrificio, y le preguntó a qué era debido esto. Cuando oyó la historia de Jacob, que luchó con un ángel, sonrió con su incrédula sonrisa.

— En cuanto a mí — dijo —, me inclino contra el hecho de quitar la vida ni siquiera para la adoración. — Entonces se rió fuerte —. Eso digo, y, sin embargo, cuando ponen un delicado plato de cerdo delante de mí. ¡Lo como con tanta ansia como cualquiera! Todos somos humanos.

En aquel momento David estaba comenzando a preocuparse, temeroso de que el rabino no hubiera salido de la cámara interna. ¿Y si estuviera allí y se enojara porque volvía con un chino? Caminaba lentamente y se paraba en todos los lugares posibles, pero por último se sintió impulsado a llegar a la puerta del santísimo santuario, y allí vio de pronto al rabino en oración ante el arca. Para vergüenza suya, se alegró de que el hombre estuviera ciego, de manera que si levantaba la cabeza no pudiera verlos. Kung Chen se detuvo en el umbral y miró a David.

— ¡El anciano maestro! — murmuró.

— Está orando — cuchicheó David en respuesta.

Estaba a punto de retirarse, cuando el rabino levantó la cabeza. Su oído era muy agudo y había sentido las pisadas de ambos y el murmullo de sus voces.

– David, hijo mío – lo llamó en voz baja – ; ¡has vuelto!

El rabino se había arrepentido de su enojo y había permanecido ante el Señor, rogando para que David volviera, y creía que su oración había sido escuchada. Fue hacia la puerta, con las manos extendidas. David había retrocedido, pero la disposición misericordiosa de Kung Chen se manifestó y dio un paso hacia delante:

– Viejo maestro, tenga cuidado, por favor – dijo.

El rabino se detuvo y sus manos cayeron.

– ¿Quién está aquí? – preguntó con autoridad.

Kung Chen no se sentía culpable de nada, así es que respondió al punto:

– Soy yo, Kung Chen, el comerciante. Vi al hijo de mi amigo Ezra en la puerta, y como curioso, le pedí que me introdujera en vuestro templo.

El rabino fue dominado de repente por la ira y le gritó a David:

– ¿Cómo puedes traer a un extranjero a este lugar?

Kung Chen pudo haber considerado esto como una superstición de sacerdote anciano, pero le pareció justo defender a David, y, así, dijo con voz amable:

– Cállese, anciano maestro. No fue él quien me invitó a venir. Cúlpeme a mí.

– Usted es un hijo de Adán – dijo el rabino con severidad –, pero él es un hijo de Dios. La culpa recae sobre él.

Kung Chen se quedó muy sorprendido.

—Yo no soy hijo de Adán —declaró—. Desde luego no hay tal nombre entre mis antepasados.

—Los pueblos gentiles son todos hijos de Adán —declaró el anciano.

Entonces Kung Chen sintió surgir su cólera.

—No deseo que me llame hijo de un hombre de quien no he oído hablar jamás —declaró. Su voz era moderada, porque habría considerado impropio de un hombre superior mostrar su enojo, sobre todo con un anciano. Pero hervía en su interior, y le producía mucha incomodidad ocultarlo, y prosiguió—: Además, no me gusta oír hablar de estos asuntos.

—Hay solamente un Dios verdadero, y Jehová es su nombre —declaró el rabino, temblando de arriba a abajo cuando hablaba.

—Eso mismo declaran los partidarios de Mahoma en nuestra ciudad —dijo Kung Chen—, pero le llaman Alá. ¿Es el mismo que vuestro Jehová?

—No hay dios ante nuestro Dios —dijo el rabino en voz alta—. ¡Es el único Dios verdadero!

Kung Chen lo contempló con interés. Luego se volvió a David.

—Este anciano está loco —observó—. Debemos compadecerlo. Eso sucede con frecuencia cuando los hombres piensan demasiado en dioses, hadas, espíritus y seres imaginarios por el estilo. No podemos saber nada más allá de esta tierra.

Pero el rabino no quería su compasión.

—Por esto es por lo que Dios ha elegido a mi pueblo, para que podamos recordarles eternamente al género humano que Él reina solo. Nosotros somos tábanos para el alma del hombre. No podemos descansar hasta que el género humano crea en el verdadero Dios.

Todo el enojo se desvaneció de corazón de Kung Chen, y dijo con la más amable de las voces:

—No debería haber un hombre colocado por encima de otro hombre, ni un pueblo por encima de otro pueblo. Bajo el cielo todos somos una familia.

Cuando el rabino oyó esto, no pudo soportarlo. Elevó su cabeza y oró, dirigiéndose a su Dios:

—¡Oh, Dios, escucha esta blasfemia de este gentil!

David había permanecido con la cabeza inclinada y las manos cruzadas mientras los dos mayores discutían, y no dijo nada. Su alma estaba pendiente de los dos.

Kung Chen se volvió hacia él.

—Deje que ore así el anciano maestro si eso le alivia. Que ustedes lo pasen bien.

Se dirigió con gran dignidad hacia la puerta y luego, en dirección este, hacia la cancela. David fluctuaba entre la piedra y la vergüenza; corrió detrás de Kung Chen y lo alcanzó en la puerta.

—Le pido a usted mil perdones.

Kung Chen volvió su cara bondadosa hacia el joven. No había trazas de enojo en ella. Habló con gravedad:

—No me siento agraviado en modo alguno, así es que no hay nada que perdonar. Sin embargo, en beneficio suyo, quiero decirle algo: nadie en la tierra puede amar a aquellos que declaran que sólo ellos son los hijos de Dios.

Dichas estas palabras, Kung Chen prosiguió su camino. David vaciló en el umbral; las palabras le quemaban el cerebro. No podía evitar volver junto al rabino. Sin embargo, su deseo de placeres sencillos había desaparecido también. El peso de su pueblo volvió a caer sobre él con el lastre de los siglos. Sintió que le subía un sollozo a la garganta y, volviendo a la sinagoga, se ocultó en el interior de una bóveda y lloró con amargura.

En aquella mañana sofocante de verano, Peonía vio salir a David con el rabino y corrió a espiar por la ventana para ver si Leah iba con ellos. Pero Leah estaba sentada trabajando en su bordado, por lo que Peonía volvió a desaparecer. A última hora del día regresó David a casa, y ella se le acercó para preguntarle si quería algo, pero él la despidió. Quería estar solo.

«Todo el mundo en esta casa quiere estar solo», pensó, medio incomodada. Sentía que una extraña impaciencia la iba dominando. Desde que le dio el poema, David no había vuelto a hablarle, no había mandado a buscarla ni una sola vez, ni había escrito ningún poema. Lo único que sabía era esto: el poema que él creyó escrito por Kueilan estaba en el cajón y lo veía allí, bajo un pisapapeles de jade. No podía hacer otra cosa que esperar que pasara aquel día.

Peonía tenía una rara habilidad en los dedos para disipar cualquier dolor de su corazón o sus músculos. Wang Ma le había enseñado esto; también le había enseñado los centros del dolor en el cuerpo y las largas líneas de los nervios y las venas. Unas veces Peonía mitigaba un dolor de *madame* Ezra y otras lo hacía a David. Con

sorpresa de su parte, aquel día caluroso, aunque el aire había refrescado, Ezra mandó por ella para que le apretara las sienes y calmara el dolor de sus pies. Nunca hasta entonces había sabido ella que aquel fuerte y animado amo suyo sufriera dolor alguno. Pero cuando entró en su habitación, Ezra estaba sentado en una silla; y cuando se colocó detrás de él para empezar su tratamiento, sintió la plenitud de la sangre en sus sienes y el duro nudo de dolor en la base de su cráneo.

—Su espíritu está angustiado, señor —murmuró Peonía. Podía discernir las clases de dolor que había en un cuerpo humano; unos eran dolores de la carne, otros dolores del espíritu y todavía había otros: los del cerebro.

—Estoy disgustado —respondió Ezra. Inclino la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y dejó que ella hiciera su trabajo.

Peonía no volvió a hablar, durante largo rato tampoco lo hizo él, mientras ella le frotaba, suavemente los nervios y presionaba las venas de la cabeza y excitaba la sangre.

Entonces dijo él de repente:

—¿Qué suave fuerza hay en tus manos! ¿Quién te enseñó esta sabiduría?

—Wang Ma me enseñó parte, pero otra parte la sé por mi misma —replicó Peonía.

—¿Cómo? —preguntó Ezra, con los ojos cerrados todavía, pero una ligera sonrisa en los labios.

—A veces también estoy afligida —dijo ella con su vocecilla animosa.

—Vamos, vamos —dijo él, bromeando—. ¿Aquí, en esta casa, donde todos somos bondadosos contigo?

—Ustedes son bondadosos —dijo ella—, pero bien comprendo que no pertenezco a la casa. No he nacido aquí ni soy de su sangre.

—Pero yo te compre, Peonía —dijo Ezra amablemente.

—Sí, usted pagó dinero por mí —respondió ella—, pero con eso no soy suya. Una criatura no se puede comprar por entero.

Él parecía meditar en esto mientras ella frotaba con suavidad los tres músculos de su cuello. Luego dejó la tarea, le sacó los zapatos y empezó a lavar los pies. Se incorporó, refrescado; mientras la dejaba hacer, le dijo:

—Sin embargo, tú eres como mi propia hija. Mira, si yo hiciese lo que se debe, no te permitiría que curaras mis pies. A tu gente le parecería extraño esto, pero entre los míos una hija puede hacer lo que tú haces. Sí, y en la India también, vi esta cura de los pies.

—Los pies soportan la carga del cuerpo, la cabeza la del cerebro, y el corazón la carga del espíritu —respondió Peonía dulcemente—. Y no importa lo que diga mi pueblo. ¿Qué dirán? Solamente que es una costumbre extranjera. Usted sabe qué bondadosas son mis gentes. Lo permiten todo.

—Ya lo sé —dijo Ezra—. Es el pueblo más bondadoso del mundo, y para nosotros el mejor.

Suspiró tan profundamente, que Peonía adivino sus pensamientos. No obstante, preguntó:

—¿Por qué suspira usted, amo?

— Porque no sé qué es lo justo — respondió Ezra.

Se rió ella suavemente al oír esto.

— Ustedes siempre están hablando de lo justo y lo malo — dijo. Le estaba apretando las plantas de los pies. Eran duras y anchas, pero flexibles. Ella siguió con su jovialidad acostumbrada—. Sin embargo, ¿qué es lo justo sino lo que procura felicidad, y qué es lo malo sino lo que ocasiona pena?

— Tú hablas así porque no estás confundida entre el cielo y la tierra — dijo él.

— Sé que pertenezco a la tierra — contestó ella sencillamente.

— ¡Ah! Pero nosotros pertenecemos al cielo — replicó él.

Había terminado su tarea y volvió a calzarle los zapatos.

— Usted y yo hablamos del cielo y de la tierra — dijo ella, pero estamos pensando en otra cosa.

— ¿En qué? — preguntó él, pero lo sabía.

Peonía volvió a sentarse sobre sus talones y lo miró.

— Estamos pensando en David — dijo suavemente.

— Tú piensas en él también — dijo Ezra.

— Siempre estoy pensando en él — respondió Peonía. Entonces, poniéndose de rodillas y mirándolo, decidió que debía decírsele todo—. Sé que es una locura de mi parte, amo, pero lo quiero — dijo sencillamente.

— Claro que lo quieres — dijo Ezra, con su afable voz de

costumbre — . Habéis crecido como hermano y hermana.

—Sí, pero no somos hermano y hermana — dijo — . No es así como lo quiero yo.

Ezra, desde luego, parecía sentirse incomodo. Si se hubiese tomado la molestia de observar, habría comprendido que una linda muchacha, joven y dulce, no podía vivir con David y servirlo sin amor. Recordó su propia juventud, cuando se sintió encaprichado por Wang Ma. Lo hacía ruborizarse pensar ya en ello. ¡Hacía tanto tiempo que ella no era más que una sirvienta! Pero podía recordarla muy bien cuando él tenía unos dieciséis años y ella la misma edad; entonces lo bastante hermosa para que él le declarase a su padre que no tendría ninguna otra mujer. Flor de Jade era su nombre. ¡Flor de jade! Cuando recordaba este nombre, algo muerto hacía mucho se animaba de nuevo en él. Había sido más linda que Peonía, su piel más clara, el cuerpo más alto, la nariz más recta y los labios más delicados.

Su padre se había echado a reír.

—¡Pero esa muchacha es una esclava! — gritó — . ¡Mi hijo no puede casarse con una sirvienta!

—No será una sirvienta si la hago mi esposa — había dicho el joven Ezra calurosamente.

Su padre, de repente, había dejado de reír.

—No seas loco —le ordenó a su hijo—. Lo que hagas con una esclava no es asunto mío si no oigo hablar de ello. Pero tu esposa será Naomí, la hija de Judah ben Isaac.

Quedó sobrecogido. Naomí era conocida entonces entre los jóvenes de su comunidad como la judía más bella de la ciudad. Y él

había sido lo bastante vano para imaginarse la envidia de sus amigos cuando se lo dijera. Judah ben Isaac pertenecía a una familia tan rica, que con su riqueza se había reconstruido la sinagoga después de la inundación del siglo anterior. En verdad, ellos habían tomado el sobrenombre chino Shih. Pero Judah decía que eso era solamente para los negocios.

Ezra se dirigió a Peonía, que todavía seguía de rodillas, la vista levantada hacia él.

—Guarda el secreto de tu amor, hija mía, no permitas que haya perturbaciones en la casa. Cada cosa a su tiempo, pido yo a Dios.

Así, a su manera, repetía lo que su padre le había dicho en su juventud. Con Peonía hubiera sido estúpido usar la palabra concubina, porque *madame* Ezra nunca le habría permitido una concubina a su hijo. Pero Peonía comprendió todo su significado y se quedó tan quieta como una pequeña imagen, mirándolo con sus ojos despejados, que podían ser tan alegres y que tan tristes estaban ahora.

—David será desgraciado si se casa con Leah —dijo con su vocecilla débil.

Ezra encogió sus pesados hombros y extendió las manos.

—Me volverás a producir dolor de cabeza —se quejó—. Vete, buena niña, y déjame solo.

Ella comprendió que no diría más. Aunque sería siempre generoso e indulgente como amo, rehusaría recordar que ella era más que una esclava, una agradable comodidad de su casa. El corazón se le endureció. Levantose e hizo una inclinación de cabeza; estaba a punto de irse cuando el buen corazón de Ezra se sintió conmovido.

— Espera hija. Tengo un regalito para ti que ha traído la caravana. La casa ha estado convertida en un torbellino tal, que me he olvidado de dártelo. Abre esa caja y mira lo que hay dentro.

Con un movimiento de cabeza indicó una caja de laca sobre la mesa. Peonía se dirigió a ella y levantó la tapa de la caja. Dentro había colocada una peineta de oro.

— ¿Para mí? — preguntó abriendo los ojos coquetamente.

— Para ti — contesto Ezra sonriente — . Póntela en el pelo.

— ¿Sin espejo? — exclamó Peonía haciendo como que se desmayaba.

Ezra se rió.

— Bueno, bueno, llévatela y se feliz.

— Gracias, señor mayor — dijo Peonía — . Muchas, muchísimas gracias.

— No me lo agradezcas — replicó Ezra, pero ella vio que se había tranquilizado. Le encantaba dar regalos, y quería que todo el mundo fuera feliz. Le agradaba ver sonreír a Peonía, y ella tuvo el cuidado de mostrarse entusiasmada. Era una linda peineta, desde luego, y hartos le gustaban a ella todas las cosas bellas. Pero, ya no era una niña, y un juguete no podía contentarla. Se fue, y su corazón continuó duro.

Después que Peonía se hubo ido, Ezra se sintió abrumado por fastidiosos pensamientos. Suspiró varias veces, triste e inquieto. Había sido lo bastante estúpido como para hacer una o dos bromas significativas a Kung Chen acerca de su hija tercera y David. Sin cometer la descortesía de mencionar su nombre, había dicho:

—Su casa y la mía, ¿eh, hermano mayor? ¿Qué es un contrato comercial comparado con los hijos y los nietos creciendo de dobles raíces?

Kung Chen se había sonreído, meneando la cabeza, asintiendo sin hablar. Pero después todo era confuso, se decía Ezra. Con frecuencia se preguntaba por qué, siendo él un hombre dispuesto solamente a la felicidad de todos, incluso la propia, había de verse con tanta frecuencia en circunstancias que no podían proporcionarle felicidad a nadie, mucho menos a sí mismo. Por eso encontraba desagradable tener al rabino viviendo en su casa..., un buen hombre, desde luego, pero que no pensaba en otra cosa fuera de los caminos del Tora. El Tora era de la incumbencia del rabino, pero producía confusión en una casa. Nadie podría sentirse a gusto si él estaba recordando siempre el pasado. Incluso Ezra en su propia casa, se sentía incomodo cuando encontraba al ciego buscando el camino a través de los corredores. Lo esquivaba, y si encontraba al rabino solo, prefería quedarse silencioso y no hablar, aprovechándose así de la ceguera del anciano.

Luego pensó en Leah un instante. Era más hermosa y más modesta de lo que había sido Naomí. Apenas había hablado siquiera con Leah; pero a veces, por las tardes, ella iba al jardín de los durazneros. La veía paseando bajo los árboles; de vez en cuando, levantaba una mano y arrancaba una fruta. Los duraznos eran buenos aquel año. No se imponía por su sola presencia, como lo había hecho Naomí cuando muchacha. Quizá David pudiera ser feliz con ella. David era más fuerte de lo que había sido él cuando joven, y más capaz para luchar con mujeres testarudas. Ezra recordó en seguida que veía muy poco a David últimamente. Mientras el rabino instruía a su hijo, había dejado pasar los días sin más que un saludo a las horas de comer. Se puso en pie con su impetuosidad acostumbrada y decidió ir al cuarto de su hijo, a pesar de que era tarde.

Peonía había ido directamente al jardín de los durazneros. Era imposible dormir después de lo que había dicho a su amo. ¿Estaba decidido a que David se casara con Leah? ¿Era por eso por lo que David estaba triste? Si su padre lo había aceptado, entonces no quedaba nadie por convencer. *Madame* Ezra había ganado.

Sintió pánico en el corazón. ¿Le permitiría Leah quedarse en la casa cuando fuera la joven señora? *Madame* Ezra podía gobernar durante su vida, pero Leah sería la reina. Ella le hablaría a David, y David mandaría a su madre. Sí, *madame* Ezra permitiría todo a su hijo si éste cedía en su única exigencia al casarse con la que le había elegido.

— ¡Oh — se lamentaba dulcemente Peonía —, madre mía, te piedad de mí!

Lloraba invocando a la madre que no podía recordar. Entonces se le ocurrió que su misma madre la había vendido. ¿Podría oírla, viva o muerta?

«No tengo a nadie más que a mí misma — pensó Peonía —. Lloraré por mi misma». Y lloró dulcemente, a medias riéndose, a medias con el corazón destrozado. «¡Ayúdame, Peonía..., ayúdame a ti misma, pobrecita!... haz todo lo que puedas por ti».

Entonces salió al jardín de los durazneros, y allí vio a Leah sentada en el banco debajo de los árboles. Llevaba una larga túnica blanca, ceñida a la cintura con oro, y su oscuro cabello suelto estaba recogido atrás con una banda de oro. La luz de la luna brillaba sobre ella; Peonía vio con humildad que no tenía belleza para competir con la hermosura de Leah.

— ¿Está usted aquí, señora? — dijo con la más infantil de las voces.

— No puedo dormir — respondió Leah.

—La luna me despertó a mí también —replicó Peonía. Se acercó a Leah y la miró, a través de los árboles, a plena luna. Entonces apuntó con su pequeño índice—. ¿Ve al viejo Chang allá arriba, en la luna?

—¿Al viejo Chang? —repitió Leah, levantando la vista.

—Vive en la luna y concede sueños dulces —prosiguió Peonía con la misma voz alegre—. ¿Qué sueños le pediría usted, señora?

Leah se puso de pie, alta, sobrepasándola en estatura, y Peonía levantó la vista hasta su cara, pura y exquisita, con triste placer. Era una criatura demasiado generosa para odiar a Leah por su belleza, pero sentía ganas de volver a llorar.

—Sólo Dios puede concederme el sueño —dijo Leah. Su voz era profunda y grave.

Peonía se rió.

—¡Entonces veremos quién es más fuerte, si el viejo Chang o vuestro Dios!

Y con la travesura cayó sobre sus rodillas e inclinó la frente hasta tocar tierra y luego levantó la cabeza y le gritó a la luna:

—¡Concédeme el sueño, viejo Chang!

Cuando se levantó, Leah permanecía observándola gravemente.

—Contémonos nuestros sueños —propuso Peonía, con descaro.

Leah meneó la cabeza.

—No —replicó—. No puedo contarle el mío... a nadie. Pero cuando me sea concedido se lo diré.

Se miraron en silencio una y otra. Peonía deseaba con vehemencia gritar: «Yo conozco su sueño... ¡Es ser la esposa de David!». Hubiera deseado hablar de esto entre ellas, decirle a Leah que ella también amaba a David y que trabajaría a su modo para conquistarlo, incluso en beneficio de él... ¡Ah, qué alivio habría sido para su corazón! Pero guardó silencio. Saber una cosa y no decirla era convertirla en una baza.

– Buenas noches, señora – dijo después de un momento.

– Buenas noches – respondió Leah.

Se separaron y, mirándola de nuevo desde la puerta, Peonía vio a Leah paseando de aquí para allá, bajo los durazneros.

Cuando aquella mañana David salió de la sinagoga sin el rabino, estuvo llorando durante unos minutos. Entonces miró alrededor. No había nadie cerca y nadie lo había visto llorar. El breve abandono le había hecho bien. No se le había encomendado ninguna cosa nueva... Dios no le había hablado. Era el que siempre había sido, y esto le parecía bien. No quería ver ni al chino ni al rabino, sino solamente estar solo; dobló la gorra, la guardó en el pecho entre su túnica, y siguió solo por las calles, vagando de un lado para otro, mirándolo todo sin importarle nada, pero dándose cuenta, sin embargo, de que su serenidad se iba restableciendo poco a poco. Así llegó al patio del templo confuciano, donde se reunían los espectáculos más raros y curiosos, los prestidigitadores y los juglares, los osos bailarines y los pájaros habladores; pero todas las cosas que usualmente lo alegraban, no le producían entonces ningún efecto. Miraba y no se reía. Vio cosas de comer delicadas y calientes en los puestecillos de los vendedores; compró algunas y las probó; pero como no tenía apetito dio a los mendigos lo que había comprado. No quería amigos y estaba solo. Sin embargo, en la soledad y apacible tristeza se sentía mejor.

Así meditando en los que conocía, y sin deseo de ver a nadie, a

media tarde pensó de repente en Kao Lien, con cierto anhelo de verlo y hablar con él. Debía de estar en la tienda de su padre, pero éste probablemente no estaría allí, porque Ezra tenía la costumbre de ir a la tienda por la mañana temprano y salir también temprano, mientras que Kao Lien no le gustaba levantarse sino a mediodía, de modo que se quedaba hasta más tarde. Por lo tanto, David se dirigía allá.

La tienda de su padre era muy grande. Se abría de plano sobre la calle, y de lo alto de las puertas colgaban banderolas de seda que el viento mecía. En ellas había letras chinas anunciando que dentro se vendían mercaderías extranjeras de todas clases, tanto por mayor como por menor. Cuando Kung Chen y Ezra hicieran el contacto que éste esperaba, entonces las banderolas anunciarían los nombres de ambos. De momento sólo había el nombre de «Ezra e hijo».

Cuando David entró, todos los empleados lo conocieron e inclinaron la cabeza; él preguntó por Kao Lien, e inmediatamente lo condujeron al fondo de la tienda. Allí estaba Kao Lien, en una habitación grande y fresca que le pertenecía, detrás de un alto escritorio, pintando caracteres chinos en el libro mayor. Se levantó al ver a David, y como éste nunca se había presentado solo, no pudo ocultar su sorpresa y cierto temor.

—¿Tú padre no está bien? —inquirió—. Lo vi no hace aún una hora.

—Yo no le visto hoy —respondió David—. Tengo que hablar con usted, por favor tío.

—Siéntate —dijo Kao Lien gravemente. Así que se sentaron, Kao Lien miró a David y esperó en tal silencio, que todas las cosas que llevaba dentro le surgieron enseguida.

—Desde que me contó que están asesinando a nuestro pueblo, me

siento muy desgraciado – declaró David –. Tengo la sensación de que debo hacer algo..., ser una especie de hombre que no soy. Comprendo, sencillamente, que no tengo derecho a ser feliz aquí, sólo gozando de la vida.

– ¿Crees que deberías ser un miserable? – inquirió Kao Lien, con una torcida sonrisa.

– Sé que eso sería inútil – dijo David honestamente –. Pero encuentro malo vivir como si nuestro pueblo no estuviera muriendo como usted nos contó.

– El rabino, además, te ha estado instruyendo – dijo Kao Lien tranquilamente –, y tu madre te ha predicado que debes casarte con Leah.

– Entonces, recuerdo que llegó usted y nos contó esas malas noticias – dijo David –, y eso me hace comprender que debo obedecer al rabino y a mi madre.

– ¿Y puedes tú con semejante obediencia expiar la muerte de nuestro pueblo? – preguntó Kao Lien.

– No, no – respondió David. Entonces se golpeó el pecho con los puños apretados –. ¡Pero puedo aliviar lo que siento aquí!

– ¡Aquí! – observo Kao Lien –. Luego es por ti por lo que obedecerás al rabino y te casaras con Leah. ¿Por qué dudas entonces?

– ¡Porque no estoy seguro de querer hacer eso tampoco! – gritó David –. Quiero ser como antes..., cuando no sabía lo de nuestro pueblo.

Estaba sentado en una mullida banqueta baja, más baja que la silla en que se sentaba Kao Lien; cuando éste bajo la vista hasta su cara

joven, sintió afligido el corazón.

— ¡Ah, pero lo sabes — dijo —, y debes saberlo! ¿Quién de nosotros puede liberarse sin saber la verdad?

— ¿Cuál es la verdad? — preguntó David.

Kao Lien conocía muy bien la casa en que el joven se había criado. Conocía al afectuoso padre, de tierno corazón y amante del placer que era Ezra, en cuya sangre había mezcla de una estirpe china, lo mismo que en sus propias venas. Conocía a la madre, *madame* Ezra, orgullosa de su sangre pura, conservando todas las antiguas tradiciones de su pueblo libre, una vez poderoso, que en cierto tiempo tuvo su propia patria, pero que ya no era libre, y estaba vinculado a cada nación en que estaban dispersos, sin tierra ni hogar propio. En su hijo vertía *madame* Ezra todo su orgullo y se sentía preocupada por su alma.

— La verdad es ésta — dijo Kao Lien —: tú solo debes averiguar lo que eres y tú mismo debes decidir lo que serás. Tu madre contempla al mundo entero desde el centro de sí misma.

— Pero ella solamente quiere de mí que aprenda el Tora con el rabino — lo interrumpió David.

Kao Lien siguió:

— Entonces contemplaras al mundo entero y toda la humanidad a través de su estrecha ventana.

David se movió intranquilo.

— ¡Kao Lien, también usted es judío!

— A medias — dijo Kao Lien secamente. Había una mirada divertida en su larga cara. Luego volvió a ponerse grave —. Es verdad

que sentí un escalofrió en la médula cuando vi los cadáveres en las calles de aquellas ciudades del Oeste. Pero fue porque vi muertos, no sólo porque fueran judíos. Y me dije: «¿Por qué tienen estos hombres u otros cualesquiera que morir así? ¿Por qué son tan odiados?».

—Sí..., ¿por qué? —repitió David—. Eso es lo que me he estado preguntando. Si lo supiera, creo que lo comprendería todo.

Los ojitos de Kao Lien se hicieron más penetrantes.

—Yo te diré lo que no me atrevo a decir a otra alma viviente —declaró—. Pero tú eres joven..., tú tienes derecho a saber. Son odiados porque se separaron del resto del género humano. Se llamaban a sí mismos los elegidos de Dios. ¡Si lo sabré yo! Descendiendo de familia numerosa, y hubo uno entre nosotros, mi hermano tercero, que se declaró el favorito de mis padres. Se jactaba de eso ante los demás... «Yo soy el elegido», se vanagloriaba. Y todos lo odiamos. —Los delgados labios de Kao Lien se hicieron más finos—. Lo odio aún ahora. Lo vería morir con alegría. No, no lo mataría. Soy civilizado..., y no mato a nadie. Pero si muriera, no lo sentiría.

En la gran estancia sombría y silenciosa, David contemplaba a Kao Lien con horror.

—¿No somos nosotros los elegidos de Dios? —balbució.

—¿Quién dice eso, excepto nosotros mismos? —replicó Kao Lien.

—Pero el Tora... —balbució David.

—Fue escrito por judíos amargados por la derrota —dijo Kao Lien. Y siguió—: He aquí la verdad..., te la ofrezco entera. Somos un pueblo orgulloso. Hemos perdido a nuestro país. Nuestra única esperanza de regreso era mantenernos como pueblo. La única

esperanza de conservarnos como pueblo era preservar nuestra fe común en un solo Dios, un Dios propio. Ese Dios ha sido nuestro país y nuestra nación. En la aflicción, en el llanto, y en la angustia por todo lo que hemos perdido ha consistido nuestra unión. Y nuestros rabinos nos lo han enseñado así una generación tras otra.

—¿Nada... más que eso? —preguntó David. Su voz era extraña y queda.

—Por ello mueren muchos de buena gana —dijo Kao Lien con firmeza.

—¿Y usted? —exigió David.

—Yo no —dijo Kao Lien.

David no hablaba casi. Su infancia se desmoronaba en torno suyo como una ruina; resonaban en su memoria fragmentos de los días sagrados: su madre encendiendo las velas la víspera del sábado, el dulce festival de las luces; Hanukah, el bello Menorah, sosteniendo sus ocho candelas en la ventana, recordándoles el gran día, aunque derrotados, los judíos habían ganado su lucha por conservar su religión bajo los conquistadores sirios; Purim, el día en que los judíos rememoraban cómo habían luchado contra Hasmás, el antiguo tirano. Y sobre todo, recordaba su día especial, cuando se convirtió en hijo de los mandamientos^[5].

—¿Vamos a olvidar todo lo que somos? —preguntó por último a Kao Lien, solemnemente.

—No —dijo Kao Lien—. Pero vamos a olvidar el pasado y no continuar separados. Tenemos que vivir dondequiera que estemos, y verter la fuerza de nuestras almas en los pueblos del mundo.

Hizo una sombra a sus ojos con su mano larga, estrecha y delgada, como si orara. Se quedaron sentados en silencio durante un rato, y luego, con un ademán, indicó a David que lo dejara. De modo que David se levantó y fue hacia la puerta. Allí la voz de Kao Lien lo detuvo.

—No sé si he hecho mal —dijo—, pero ¿qué verdad he de decir sino la que lo es para mí? Cuéntales a tu padre y a tu madre lo que te he dicho, si quieres. No te pido que guardes el secreto.

—Yo le pedí la verdad —replicó David—, se la agradezco.

Pronunciadas estas palabras, se encamino a su casa.

Cuando Peonía dejó a Leah en el jardín, vio que David entraba atravesando el primer patio, y lo siguió hasta sus habitaciones para averiguar si había comido o si necesitaba algo. Era su deber, y se excedía.

—Ya he comido —dijo él. Luego sacó su gorra del pecho—. Pon eso lejos —añadió.

Cuando lo hubo hecho, volvió otra vez a la habitación donde él estaba, allí lo vio sentado al lado de la mesa, los brazos cruzados sobre la misma y mirando sin ver.

—¿No puedo hacer nada más por ti? —le preguntó con ternura.

—Nada..., excepto dejarme hasta que yo llame —replicó él.

Parecía tan severo, tan grave, que ella no se atrevió a insistir. Allí estaba sentado, rodeado de libros, abiertos sobre la mesa y otros caídos en el suelo. Cuando ella se detuvo para recogerlos, David le dijo severamente:

—Déjalos..., yo los tiré ahí.

No pudo hacer otra cosa que dejarlos, pero sentía una gran pena. Nunca se había negado él a decirle cuál era su disgusto. Pero ¿qué podía ella hacer, excepto seguir amándolo? Se detuvo un momento, sin saber si irse o quedarse. Entonces, con su delicada percepción, sintió el aire frío alrededor de él. Alguna lucha había en su interior, pero ella no la comprendía.

«Tengo que comprender», se dijo. Sin embargo, nada podía forzarse. Sólo podía esperar acontecimientos.

—Hasta mañana —dijo suavemente, y como él no respondiera se fue a su habitación y se preparó para la noche.

«Por lo menos un mismo techo nos cubre a él y a mí —pensaba cuando se acostó en su lecho—. ¡Mi viejo Chang, concédeme mis sueños!», rogó a la luna. Cerró los ojos, y dispuesta, se quedó dormida.

Cuando Ezra se acercó a la habitación de su hijo, vio sólo una vela ardiendo, y, sin que David lo notara, atisbó a través de las celosías. Quedó aterrado, con lo que vio. David estaba sentado en profunda meditación, y su joven cara parecía tan pálida, tan triste, que Ezra se asustó. ¡Esto era lo que sucedía por dejar que las mujeres y los viejos hicieran su gusto! ¿Y si perdía a su querido hijo, a su único vástago, corazón de su corazón, esperanza de su vida y de sus negocios?

Irrumpió en la habitación de David como un oso. Peonía no le había alisado el cabello después de friccionarle la cabeza y él se había olvidado de ponerse la gorra. Su rizado pelo sobresalía formando un círculo y se había mesado la barba, mientras meditaba, hasta quedar como una escoba. Iba descalzo, con sus ropas torcidas, porque tenía la costumbre de rascarse aquí y allá mientras cavilaba y reflexionaba. David lo miró con asombro.

Pero Ezra ya había pensado en lo que tenía que hacer.

—Esta noche, con semejante luna, no puedo dormir —declaró—. Voy a mandar al viejo Wang a ver si Kung Chen está despierto y también tiene insomnio. Invitémosle a él y a sus hijos para que se reúnan con nosotros en el lago. Yo le debo un convite, y esta noche pagaré mi deuda. El viejo Wang alquilara un bote, y pediremos vino, cena y música. Vamos..., vamos...

Tiró de la mano de David, resplandeciente al mirarlo a través de su barba, cabello flotante y espesas cejas. Cuando vio vacilar a David y quedarse en suspenso, lo envolvió en sus brazos.

—Vamos, querido hijo —murmuró—. Eres joven..., eres joven... Bastante tiempo hay para el pesar cuando se es viejo.

El cálido aliento de su padre, su sonora voz amante, el fuerte abrazo afectuoso, conmovieron el corazón de David. Se arrojó entre los brazos de su padre y estalló en sollozo; ya no sentía vergüenza. Aquel padre bondadoso se daría cuenta de lo él sentía. Ezra sostuvo a su hijo estrechamente apretado contra su pecho. Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero eran lágrimas de rabia; rechinaba los dientes y murmuraba a través de ellos:

—Tortura, eso es lo que sufres; ellos se torturan a sí mismos y a todos los demás. Pero ahora se trata de los hijos. No quiero verte torturado... ¿Para qué? Ser joven no es un pecado. Además, ¿qué sabemos nosotros? Esos viejos rabinos...

Escuchando este bramido de enojo escapando de los pulmones de su padre, David se rió de repente en medio de sus sollozos. Ezra lo aparró sin soltarlo y lo miró.

—Eso está bien, hijo mío... ¡Ríete! ¿Por qué no? ¿Quién sabe?

Quizás a Dios le guste la risa, ¿eh? Ahora, ponte tus mejores ropas y vámonos. ¡Despacito, para que nadie se despierte! Despertaré solamente al viejo Wang. Nos encontraremos a la puerta. —Salió exhalando suspiros de alivio.

David entró en su dormitorio. Se admiraba del extraño descanso de su corazón. La triste calma del día se había inflamado de repente hasta llegar a gozo. Ningún pecado había en él, solamente el enorme alivio de que su padre lo hubiera librado de algún modo de su pena. Se mojó y cepilló el pelo hacia atrás y dejó la cabeza descubierta. Se puso una larga túnica de seda azul brillante y la ató a la cintura con un ancho trozo de seda de color rojo suave. Se calzó con calcetines blancos y zapatos chinos de terciopelo negro. En muy pocos minutos estuvo listo y se dirigió a la puerta, donde lo esperaba su padre.

Ezra miró a su hijo con desbordante amor. Se sentía dispuesto a desafiar a cualquiera para proteger su vida...; sí, hasta a Dios mismo. Su hijo era suyo, y no lo cedería a nadie.

—Yo no soy Abrahán —dijo de repente—. ¡No te sacrificaré, oh hijo mío!

Pasó su brazo alrededor de los hombros de David, y juntos salieron a los patios iluminados por la luna, atravesaron varias puertas y llegaron a la calle. Siguieron a pie hacia el lago. La hora era avanzada, pero no demasiado tarde para divertirse. Todas las personas sobrias estaban en calma y dormidas, pero los jóvenes y los viejos amantes de la vida sacaban el mejor partido posible de la luna. El verano estaba terminando, se acercaba el otoño, y las flores de loto que flotaban sobre el agua morían, con las vainas hendidas y sus semillas diseminadas. Era hora de apresar la alegría con ambas manos.

Ezra y David caminaban por las calles, silenciosas a no ser por unas pocas mujeres sentadas todavía en los quicios de las puertas y sin

ganas de irse para adentro de sus casas. Estaban amamantando a sus hijos o soñando a la luz de la luna. Así llegaron al lago los dos hombres, padre e hijo, y allí se les unió Kung Chen con sus dos hijos mayores, jóvenes corteses, ansiosos de divertirse. El mayor se parecía al padre. Tenía la misma cara ancha, los ojos pequeños y bondadosos y los labios suaves. El menor era menudo y bello, y a David le recordó a su hermana Kueilan. ¡La pequeña! Su cara surgió en su memoria, se le aceleró la sangre. Los dos hermanos dieron gritos de vivo placer al ver a David, se estrecharon las manos y discutieron con los boteros, mientras los dos hombres mayores se quedaban en la orilla esperando.

—Tenemos las mismas ideas —le dijo Kung Chen a Ezra—. Yo acaba de enviar un sirviente a preguntarle a usted si quería disfrutar de la luna con nosotros, y encontró a su criado en el umbral.

—Mi hijo ha estado estudiando demasiado últimamente —dijo Ezra con alguna reserva—. Necesita olvidar sus libros.

Kung Chen se dio perfecta cuenta de lo que Ezra quería decir, pero dejó la conversación para más tarde, cuando se hubieran alegrado con el vino. No dio señales siquiera de haber visto a David aquel mismo día. A cada hora lo suyo.

Ya los jóvenes tenían el bote que les pareció mejor y el botero lo sujetaba a la orilla con el bichero; todos pasaron a la cubierta plana de la embarcación y tomaron asiento. Ezra y Kung Chen se sentaron debajo del pabellón de seda; los jóvenes se tendieron sobre la cubierta a pleno cielo. En la popa la esposa del botero, una mujer de mediana edad, aventaba el fuego de un pequeño brasero de barro y calentaba agua para el té.

—¿Adónde quieren ir a celebrar la fiesta los señores? —preguntó el botero.

— ¿Por qué no lo hacemos en el bote? — sugirió Kung Chen.

Así se decidió, y el barquero remó hasta el restaurante llamado la Casa del Pájaro Dorado.

Nunca la noche había parecido tan dulce para David, ni la compañía más agradable. Al principio iba silencioso, tumbado de espaldas, mirando al cielo claro y resplandeciente. Debajo se oía el suave ruido de las grandes hojas de loto rozando los costados del bote. Se volvió, se inclinó de lado, e incrustadas en él estaban las semillas ordenadas en filas. Las sacó de una en una, les quitó la piel verde y las comió; las pepitas, de un blanco lechoso, estaban dulces al saborearlas.

El botero se agachó, volvió la vaina vacía y la incrusto cuidadosamente entre las hojas de loto.

— Este hijo de tortuga del viejo Liu ha comprado el loto este año por anticipado — explicó —, y ordenó que la policía del lago multe a todo el que arranque una vaina. Pero, coma las que quiera, joven amo... ¡Cuantas más coma, menos tendrá el viejo Liu! Sólo le pido que me dé un poco de dinero para ponerlo en manos de la policía.

Todos rieron y ninguno lo censuró. David se acostó boca arriba y contempló la luna. No quería pensar; nada de enigmas, dudas y luchas dentro de su alma. Que lo dejaran vivir y gozar la vida.

El bote iba acercándose a la orilla baja, donde estaba el restaurante, y los jóvenes Kung discutían sobre la comida que elegirían.

— Cangrejos, desde luego — dijo el primero.

— Fritos en aceite, no cocidos — enmendó Kung segundo.

— Asegúrense, jóvenes caballeros, de que piden un buen vino para nuestros cangrejos — aconsejó el barquero —. Son muy fuertes nuestros

cangrejos, porque se alimentan de residuos que los jueguistas tiran de los botes. La buena comida hace sabrosa la carne.

—Mejor cangrejos cocidos —dijo Kung Chen, debajo del pabellón—. El aroma de la carne se conserva así más puro.

De modo que, tras algunas charlas y discusiones, fueron pedidos los cangrejos y luego pato asado, seguido de legumbres y mijo caliente con dátiles y azúcar tan rojo como dulce. Esto ordenó Kung el primero al encargado del restaurante, que corrió escalera abajo hasta el borde del agua cuando le grito el botero, y allí se quedó, con su gruesa cara resplandeciente a la luz de la luna, todo sonrisas y buen humor, exclamando a cada plato:

—Sí, sí. —Luego dijo—: Señores, ¿no desean ustedes música también? Comer cangrejos como yo los preparo, con mi vino y bajo semejante luna, sin música, es como casarse con una esposa sin dote.

Rieron todos, y Kung el segundo dijo audazmente:

—Mándenos tres muchachas cantoras a servir la comida. —Volvió la cabeza para mirar a su padre con malicia—. ¿Tres serán suficientes, padre?

—Suficiente..., suficiente —dijo Kung Chen con su parca sonrisa—. Nosotros miraremos a vuestras muchachas y la escucharemos cantar; eso es bastante para nosotros los viejos, ¿eh, hermano mayor?

—Suficiente —convino Ezra. Se recostó y suspiró con placer—. La vida es buena —dijo de repente.

—Para las gentes como nosotros —enmendó Kung Chen—. Nosotros que somos ricos, poseemos en abundancia, ¿por qué ser

infelices? No hay sufrimiento para nosotros.

Afuera, en la ancha cubierta, los jóvenes iban tendidos sobre cojines de seda que el barquero había puesto para ellos. La luz de la luna, flotando en torno y encima de ellos, los iluminaba hasta darles el aspecto de dioses en reposo. En la orilla, el restaurante resplandecía con tantas linternas, y una luz tamizada llegaba de las ventanas. Las voces se mezclaban con los cantos, el sonido de las flautas y el repiqueteo de los tambores.

Ezra había visto la escena docenas de veces, pero aquella noche penetraba en él su significado. La felicidad estaba esperando ser cogida. En la ciudad existía esa felicidad, pero también la aflicción eterna del rabino recordando el dolor de su pueblo. En verdad, esto no estaba dentro del poder del rabino. Él había elegido la pena, la pena sin fin de un hombre perseguido por Dios. Incluso había transmutado esa pena en un goce extraño y oscuro. Era más feliz cuando más profundamente sufría, como la mariposa que revoloteaba cerca de la llama de la vela. Sí, el parecido era cierto. Aquel hombre abrasaba su propia alma en éxtasis de Dios. Pero ¿tenían todos los hombres que encontrar la felicidad de la misma manera? Que el rabino encontrara su placer dondequiera, pero no tenía por qué empujar a los jóvenes..., y, sobre todo, a aquel que era su hijo.

—Está usted meditando profundamente —dijo Kung Chen de repente—. Lo siento febril.

—Estoy meditando sobre la felicidad —dijo Ezra con franqueza—. ¿Puede existir para todos?

Kung Chen frunció sus gruesos labios suaves.

—Para el pobre, la felicidad es difícil —replicó—. También para el que hace depender enteramente su felicidad de otro ser. La pobreza es

el azar externo; y el amor, el interno. Pero si uno puede superar la pobreza y amar con moderación, no hay obstáculo para la felicidad de nadie.

– Cuando usted dice «ser» – habló Ezra –, ¿quiere decir usted ser humano, o se refiere a Dios?

– A cualquier ser – replicó Kung Chen. Algunos aman a un ser humano demasiado, y se hacen esclavos de ese amor; otros aman a sus dioses demasiado, y se esclavizan con ese amor. El hombre no debe esclavizarse por nada. Sólo entonces somos libres.

Esta charla fue interrumpida por una flauta desde la puerta del restaurante. Tres lindas muchachas bajaban los escalones de piedra llevando laúd, címbalos y un pequeño tambor de mano. Eran como flores en el viento, flotantes sus túnicas rosa, azul y verde; llevaban sus oscuras cabecitas en alto. Detrás de ellas iban los camareros con cestas de comida. El barquero instaló mesas. Se produjo un ajeteo por todas partes, pero al cabo de un rato todo estuvo dispuesto y el botero empujó la embarcación, llevándola de nuevo al centro del lago. La orilla, brillantemente iluminada, se extendía a lo lejos, y pronto las voces fueron ecos solamente.

Entonces Kung Chen los invitó a todos a comer, y el camarero y el cocinero hicieron su parte. Las tres muchachas se sentaron en la proa, de espaldas a la luna y de cara a los comensales; cada una empezó a tocar su instrumento y a cantar al unísono una melodía tan entremezclada y tan encantadora, que los jóvenes no pudieron menos que reír. Las muchachas parecían parte de la noche y de la luna, moribunda y exquisita. Sus altas voces atipladas, llenas de dulzura, vagaban entrando y saliendo en la melodía, pero siempre al unísono, y los jóvenes escuchaban y miraban viéndolas juntas, sus lindas caras blancas parecidas, sus oscuros y grandes ojos insensibles. La excesiva

belleza de la noche, la excelente comida, cada plato sazonado exactamente, ninguno recargado con aceite o azúcar, todo este placer se colgaba dentro del corazón de David. La grosería lo había ofendido después de los largos días pasados con el rabino. Su alma había sido afinada demasiado alta y no habría podido trasladarse tan de repente desde el cielo a la tierra. Pero aquella noche la tierra hablaba de encantamiento y el cielo estaba callado.

VII

— ¡Cómo anciano maestro!

Deseo estar solo — dijo él—. Envíe recado a *madame* Ezra y dígame que no volveré. Y ordene a mi hijo que venga a casa.

El rabino no volvió a casa de Ezra. Cuando se dio cuenta de que estaba solo en la sinagoga y de que David se había ido, se marchó a su casa. Raquel se quedó sorprendida cuando sintió sus pasos, y salió de la cocina.

— ¿Y Leah? — preguntó Raquel.

El rabino meditó.

— Déjela donde está — dijo.

Raquel miró con atención al anciano. Parecía agotado hasta las profundidades del corazón. Tenía el rostro pálido y la barba sin alisar. La mano que asía al cayado estaba temblorosa, y en su cabeza noto una ligera parálisis que no había observado antes. Y enjugó sus ciegos ojos con sus mangas.

— Antes de ir le haré una taza de sopa caliente de mijo: debe tomarla y descansar.

Luego llevó al rabino a su habitación, donde todo estaba dispuesto para él. El viejo se abandonó a ella, dejó caer su cayado y enjugó sus ciegos ojos con sus mangas.

— ¡Ah, aquí se está bien! — suspiró—. No era feliz en los salones de los ricos.

— Usted no es feliz a menos de sentirse miserable, ésa es la verdad — dijo Raquel con energía—. Acuéstese, anciano, y descanse.

Una mirada de indignación dio otra vez fuerza a su cara.

El rabino volvió en sí de repente.

— ¿Qué le ha hecho usted a mi cama? — gritó. Se había recostado en su estrecho canapé de bambú, pero luego se sentó.

Raquel se quedó mirando con las manos en jarras.

— Puse un cobertor más debajo de la estera — dijo con firmeza—. ¡Esas viejos huesos suyos sin nada debajo!

Pero el rabino se puso de pie y volvió hacia ella con sus ojos sin luz:

— ¡Quítalo, mujer! — le ordenó.

Raquel se encogió de hombros, meneó la cabeza e hizo muchos ademanes negativos que él no podía ver; pero su voz fue tan enérgica y tan clara, que no se atrevió a decir en alto que no le obedecía. En último término, no tuvo más que hacer sino quitar el cobertor y extender la estera sobre el duro bambú. Entonces el rabino volvió a acostarse, y suspiró y cruzó las manos sobre su pecho.

— Vete, mujer — le ordenó con voz profunda, tan firme como siempre—. Vete y déjame solo con el Señor.

Cuando Raquel se fue censurándolo todo y murmurando para sus adentros contra el viejo santo tozudo, metió el cobertor en una arca.

Pero estaba enojada y no fue enseguida a llevar el recado a *madame* Ezra. En lugar de hacerlo, lo dejó todo para el día siguiente. Cuando el rabino preguntó si Aarón había regresado, invento una piadosa mentira y le dijo que Leah le había rogado que le permitiera quedarse uno o dos días más con ella. El rabino suspiró al oír esto, pero no dijo nada. Se levantó a la mañana siguiente, tomó su papilla de mijo y se sentó, repitiendo para sí las páginas del Tora.

Cuando ya eran cerca de las doce y comprendió que *madame* Ezra estaría ya arreglada, fue Raquel a llevarle el mensaje. Encontró a *madame* Ezra vigilando la limpieza del estanque para peces al lado de la cocina. Los peces, furiosos, formaban un enjambre en las cubas, mientras dos hombres rastrillaban el fondo cenagoso. *Madame* Ezra estaba regañando a los hombres y a los peces a la vez, no se encontraba de humor para escuchar lo que Raquel tenía que decirle.

—Vamos, ¿qué ha sucedido? —gritó, cuando Raquel se detuvo para tomar aliento—. Ayer iba todo bien... ¿Por qué ha dejado mi casa?

—No sé nada, a no ser que el anciano llegó ayer a casa desde la sinagoga —dijo Raquel.

Entonces *madame* Ezra llamó a Wang Ma y a Peonía. Wang Ma no sabía nada; Peonía sabía solamente que la noche pasada David había vuelto a casa tarde con su padre.

—Deberías haber venido a decírmelo —dijo *madame* Ezra.

—Señora, creí que usted lo sabía —replicó Peonía.

Ya no era posible hacer nada sino decirles que se fueran, y eso fue lo que hizo *madame* Ezra, pero retuvo a Peonía para darle una orden.

—Ve a buscar a Leah, mientras voy a mi habitación y me aseo.

Peonía se fue a buscar a Leah, mientras *madame* Ezra daba las últimas ordenes a los dos hombres y se dirigía a su patio.

En cuanto a Peonía, adoptó un aire servicial y tosió antes de entrar en el cuarto de Leah; cuando oyó la voz de ésta mandando pasar, entró, hizo una inclinación de cabeza y dijo sencillamente:

— Mi señora le ruega que vaya junto a ella.

Luego se inclinó y volvió a marcharse, esta vez a su cuarto, donde se quedó pensando un rato. ¿Qué había pasado entre el rabino y David? ¿Tenía Leah parte en esto?

Esperar era superior a sus fuerzas, de modo que decidió descubrirlo por cualquier modo. Corrió con pies silenciosos y se ocultó detrás de un gran árbol de casia en el patio de *madame* Ezra. El árbol se inclinaba contra una ventana que estaba abierta, porque la mañana era calurosa y tranquila. Allí, oculta, escucho la voz de *madame* Ezra hablándole a Leah con firmeza y claridad estas palabras:

— ¿Cómo puedes decir que no ha sucedido nada entre David y tú? Yo os vi con mis propios ojos, una vez en el jardín de los durazneros. Y por cierto que estabais muy juntos.

La voz de Leah surgió precipitada y suave, llena de agitación:

— ¿Cómo puedes remediarlo, tía, si..., si... no sucedió nada más? Aquella vez..., bueno, sí, estuvimos muy cerca.

— Todos estos días habéis estado juntos ante el Tora —gritó *madame* Ezra.

— Él apenas me ha hablado —la voz de Leah se apagó con esta confesión.

Madame Ezra se dejó arrebatarse por repentina furia.

— ¡La culpa es tuya! Nunca intentaste nada...; te limitaste a esperar.

— ¿Qué puedo hacer sino esperar? — preguntó Leah.

Peonía la escuchaba, sus negros ojos chispeantes, sus labios rojos curvándose. ¡Ah, entonces no estaba decidido! ¡David no amaba a Leah! Pero ¿y si la amaba? Se deslizó de detrás del árbol de casia y corrió a las habitaciones de David. El saloncito estaba vacío; ella apartó a un lado la cortina y atisbó en su dormitorio. Estaba acostado en su cama, profundamente dormido. El sol del mediodía entraba a raudales en la habitación. Peonía había corrido las cortinas de la cama personalmente la noche pasada, cuando arregló la habitación, pero él las había puesto detrás de los ganchos de plata. Estaba allí echado con su ropa de dormir de seda blanca, los brazos abiertos y caídos y la cabeza doblada sobre la almohada.

Su corazón latió de alegría. No era demasiado tarde. El rabino se había ido y no existía compromiso alguno. La alegría corría por sus venas y le bailaba en el cuerpo. Nunca es demasiado tarde para la felicidad.

Atravesó furtivamente el cuarto y se arrodilló al lado de la cama.

— ¡David! — murmuró — . ¡David!

Se despertó él, sonrió, extendió los brazos hacia ella y la cogió por los hombros.

— ¿Cómo te atreves a despertarme? — inquirió todavía medio dormido.

— Es mediodía — murmuró ella — . Vine a decirte una cosa..., ¡algo

admirable!

— ¿Qué es? — preguntó con autoridad.

Pero ella demoraba la contestación por puro goce.

— El sol brilla en tus ojos — le dijo —. Como son negros, ¡tienen oro en el fondo!

— ¿Eso es admirable? — preguntó él, y se rió en alto, terminando de despertarse con su propia risa.

— El sol brilla en tu boca — siguió ella — y es tan dulce como una granada.

— ¿Para eso me despertaste? — inquirió él. Se sentó, ahora bien despierto.

— No — murmuró ella —. ¡David escúchame! — Le cogió una mano y la sostuvo contra su pecho —. David, al mediodía... ella... va a ir al templo budista a rezar y dar gracias. Ha estado enferma.

Sintió que las manos de él se ponían tensas.

— No me lo habías dicho — la recriminó.

— No quería decírtelo — contestó ella —. Pero ya está bien, de veras. Puedes verla personalmente. — Los ojos de él estaban fijos en los suyos, y ella siguió rápidamente —: Si te levantas ahora, yo te traeré algo para comer; puedes entrar por la puerta lateral del templo y encontrarla cuando se dirija al Kwanyin de Plata^[6], al sur del templo.

— Pero se enterara de que he ido para verla — dijo él tímidamente.

Peonía se rió.

— ¡Cómo la complacerá eso! — contestó traviesa. Dejó su mano, se puso en pie y se tocó los dedos con los labios—. Volveré con comida caliente. — Escapó corriendo. ¡Ah, pero aquello requería velocidad!

Se detuvo solamente para buscar su bolsa y luego salió corriendo por la Puerta de la Escapada Pacífica y bajo la callejuela hasta la casa de Kung; allí preguntó por Chu Ma y la encontró ante su comida del mediodía. La gruesa anciana se llevaba una enorme taza de arroz a la boca, pero dejó de comer y escuchó a Peonía.

— Debe usted persuadirla de que vaya allí; fíjese en el patio de Kwanyin de Plata; él estará allí dentro de una hora. — Peonía lo dijo sin tomar aliento siquiera.

— Pero ¿y si su madre se lo prohíbe? — preguntó Chu Ma.

— Dígale a su señorita que llore, que grite, que amenace con algo...; dígale que finja tener un dolor en el pecho y que quiere rezar. Él le envía esto a usted. — Vacío la bolsa en las manos de Chu Ma y luego arrancó de sus propias orejas sus pendientes de jade—. Y yo le doy esto.

Chu Ma dejó la taza sobre la mesa e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, y Peonía volvió a salir volando para casa. En pocos minutos salía de la cocina con una vasija de porcelana llena de puré de arroz caliente, que había siempre sobre las hornillas; un criado la seguía con trocitos de carne y pescado salado para el desayuno de David. Confiaba en que éste se habría retrasado más que de costumbre en vestirse, y estaba en lo cierto. Cuando entró en su saloncito, aún no había llegado él.

— ¡Joven amo! — lo llamó.

— ¿Iré de rojo o azul? — gritó él, en respuesta.

— ¡De rojo vivo! — replicó ella. Azul era el color que llevaba en la sinagoga y nada debía recordárselo. Conocía ella la influencia sutil de los colores: cómo el gris puede subyugar el espíritu de un hombre, cómo el azul lo eleva y lo vuelve errabundo, y cómo el rojo, el rojo vivo, lo apega a la tierra.

Pronto salió tan hermoso que a Peonía le dieron ganas de llorar. Iba destocado; por encima del lino blanco de su túnica lucía su cara morena, sonrosada y llena de salud. Se dominó, sin embargo.

— Vamos — dijo —, hay poco tiempo.

Destapó las vasijas mientras hablaba, y se sentó. Comía en silencio y meditaba. Si no hubiera sido por lo que sucedió la víspera, no habría podido acceder al requerimiento de Peonía. Porque no, ansiaba con gran vehemencia volver a ver a Kueilan. Recordaba a la bella chinita con afectuoso placer, pero no con necesidad apremiante. Sólo quería verla al menos como defensa contra sí mismo. Sabía que Leah estaba allí, creía que el rabino también estaba todavía; además que su madre seguía tan obstinada como siempre. Necesitaba tiempo contra ellos, tiempo para ordenar sus ideas, para ser él mismo sobre todo. La noche pasada, en el lago, se había tranquilizado y ahuyentado la amargura del alma. Por la mañana se sentía descansado, fuerte y solitario.

Comió y después volvió a refrescarse, lavándose las manos en una palangana con agua perfumada y cepillándose el cabello, sin prisa, todo tan lentamente que Peonía estaba casi fuera de sí.

— ¡Ella se habrá ido, no la verás! — se lamentaba —. ¡Oh, cuándo volverá a haber una ocasión tan apropiada!

La hizo rabiarse un rato con su lentitud, haciendo como que tenía hambre aún; por último ella quitó los platos y no quiso dejarle comer más; a él le agradaba tanto la risa y el jugueteo de nuevo, que se fue de

buen humor, mientras dejaba a Peonía recogiendo los platos.

Peonía tenía bastantes razones de amor para hacer todo lo que había hecho, pero lo que sucedió en seguida agregó el odio como una razón más.

Después que Raquel hubo hablado con *madame* Ezra, se dirigió a las habitaciones que había utilizado el rabino, una vez enterado del camino por los sirvientes, y allí encontró a Aarón todavía medio dormido.

Le dijo que su padre le mandaba que fuera para casa en seguida; mientras lo hacía, se decía que era una vergüenza que Aarón, el único hijo del rabino, fuera aquel pelele de piernas torcidas, de cabeza larga y estrecha, con su torva cara delgada y ruines ojos amarillentos.

Aarón oyó la orden de su padre, pero era demasiado tímido para decir que no iría. En lugar de eso, preguntó:

—¿Leah va para casa también?

—Hoy no —replicó Raquel.

Entonces, como esto le incomodaba, murmuró que su padre siempre trataba a Leah con blandura, y le gritó a Raquel:

—¡Vete, vieja asquerosa! ¿Por qué te quedas ahí contemplándome?

Al oír esto, ella se incomodó y le dijo sin ambages:

—Por mí, me alegraría que no volvieras a casa. Será un trabajo pesado cocinar para conservarte la vida.

Dicho esto, se fue. Aarón, al quedar solo, se enterneció y derramó

algunas lágrimas. Estaba poco dispuesto a dejar aquella casa rica, donde le habían dado mejor comida gracias a su padre, y donde ningún criado desobedecía sus órdenes. Le molestaba pensar que tenía que volver a su estrecha vida y a su habitación solitaria. No quería ni a su padre ni a Leah, pero los temía porque eran buenos y él no lo era.

Así, compadeciéndose de sí mismo y enojado por todo, se levantó, se vistió malhumorado y salió luego al salón donde comían los hombres, para buscar su desayuno. Sucedió por casualidad que en su camino se cruzó Peonía, en el patio donde estaba el estanque de los peces. Él la vio antes que ella; constituía un bello espectáculo a la luz del sol de la mañana. Su pelo era de un negro resplandeciente y sus mejillas rosadas; llevaba chaqueta y pantalones de seda amarilla y una gardenia blanca en el pecho.

Aarón miró a derecha e izquierda. No había nadie cerca. La muchacha caminaba con la cabeza baja y sonreía al andar. Entonces sintió su presencia, como podía haber sentido una serpiente cerca de sus pies. Levantó la cabeza, sorprendida, y en aquel momento Aarón corrió hacia ella, la agarró entre sus brazos y apretó su boca contra la suya.

Nunca otros labios habían besado los de Peonía. Sentía la asquerosa boca de Aarón, temblorosa y ardiente, y se sintió desmayar. La cabeza le daba vueltas; gritó, pero tan grande era su malestar, que el grito fue demasiado débil para ser oído. Entonces sintió la mano de él en su cuerpo. El malestar pasó, la ira le hizo recobrar sus fuerzas, y cayó sobre Aarón con toda la indignación de su ser. Le arañó la cara, le arrancó el cabello, le tiró de las orejas y le dio de puntapiés cuando trataba de correr; lo agarró por el pelo con una mano y le dio un puñetazo en la cara con la otra mano cerrada, todo en silencio, a no ser por la respiración agitada de ella. No quería que nadie supiera que la vergüenza de aquel contacto había caído sobre ella.

Al fin, completamente fatigada, gruñó dirigiéndose a él:

— ¡Atrévete a tocarme de nuevo, tú, maldito hijo de una liebre, y te mataré con la espada y morirás como murieron tus antepasados!

Referíase Peonía a la espada que David había escogido de la caravana y que tenía colgada en la pared de su habitación. Esta espada tenía un filo extraordinariamente agudo y fino; Aarón creyó que Peonía era capaz de hacer lo que decía. No podía haber elegido una amenaza más eficaz. Todo el antiguo temor y debilidad que le habían sido transmitidos por sus padres, e impresos sin duda en el Tora mismo cayeron sobre él. El viejo rabino era un hombre fuerte y podía gozar con los truenos de Jehová, pero Aarón era un débil gusano que desde su lastimosa infancia había temido y detestado a Jehová, y deseaba con vehemencia ser cualquier cosa, menos lo que era: el hijo del rabino. Cuando la muchacha invocó a sus antepasados, recogió sus ropas, esparcidas por el suelo, y se escabulló.

Peonía le dirigió una larga mirada de burla. Luego se encaminó con pasos rápidos y firmes a su habitación; allí se lavó y frotó de la cabeza a los pies, cambió sus vestiduras y se cepilló el cabello, se perfumó y se puso sus mejores joyas y colocó una flor fresca en sus cabellos. Pero la rabia ardía en ella aún. Sacaría de la casa todo lo que pertenecía a Aarón. Cuando estuvo limpia de nuevo, se dirigió a las habitaciones de David y permaneció allí con el pretexto de que debía limpiar y quitar polvo y componer un abanico de sándalo que él había roto.

Sus mejillas estaban todavía amoratadas de enojo cuando, una o dos horas más tarde, volvió David. Se hallaba sentada delante de la mesa, componiendo el delicado abanico con una pluma mojada de engrudo. En cuanto lo miró, supo que había visto a Kueilan. Entro el galán satisfecho de sí mismo. Al verlo, pensó para sus adentros: «¡Qué

satisfecho de sí mismo parece un hombre cuando se cree amado!». Pero se dio cuenta que aquello era la amargura de su propio amor oculto, y no le dio importancia. Dejo el abanico con cuidado y, revistiéndose de docilidad, se puso en pie. Los ojos de él encontraron los suyos con la antigua alegría que tanto había echado de menos.

— ¿Qué? — contestó para hacerla rabiar.

— ¿La viste?

— ¿No me dijiste que estaría allí? — replicó él.

— Pero ¿estaba?

— ¿Suponías que no?

Con sorpresa suya, Peonía empezó a sollozar de repente.

— ¿Qué te pasa? — preguntó él.

Ella meneó la cabeza y no pudo hablar. David se acercó más.

— Dime — la instó —, ¿te ha hecho algo alguien?

Asintió ella con la cabeza, todavía sollozando y enjuagándose los ojos con las mangas.

— ¿Mi madre? — preguntó él, enojado.

Meneó la cabeza. Lloraba con una vocecilla traspasada de dolor.

— Fue..., fue... ¡Oh, no puedo pronunciar su nombre!

— ¡Un hombre! — exclamó David.

Ella dijo que sí con la cabeza.

—El hijo del rabino — murmuró.

David la contempló durante un segundo. Luego se volvió bruscamente y echo a andar a grandes pasos hacia la puerta del patio. Pero Peonía corrió tras él.

—No, no —gritó—. Que no sepa nunca que lo sabes. Es demasiada vergüenza para mí.

—¿Qué te hizo? —exigió David.

—No puedo decírtelo —balbuceó ella.

—No te... —empezó David; sus rojas mejillas desprendían llamas.

—¡Oh, no, oh, no! —grito ella. Entonces, para que él no fuera a imaginar las cosas peores de lo que eran, se rió a través de sus lágrimas—. Yo le pegue —confesó—. Lo agarre por los cabellos y... lo abofeteé.

David se rió con un placer brutal.

—¡Me gustaría haberte visto! ¿Le hiciste algún cardenal? ¡Déjame ir!

—No, espera —dijo mimosa—. Por favor, lo que digo es verdad. Él..., él puso su boca en la mía...

—¡Maldito sea! —dijo David de repente.

Peonía puso el pequeño índice de su mano derecha a través de los labios de él, y las lágrimas llenaron hasta los bordes de sus bellos ojos.

—Estoy deshonrada —murmuró.

¿Cómo podía David negarse a consolarla? Colocó las manos sobre

sus hombros y miró sus suaves labios rojos; ella dejó escurrir sus dedos y le dijo con la más suave de las voces:

— ¡Toca mis labios y límpiamelos!

Se inclinó un poco hacia él. David agachó la cabeza, tratando de reírse y tomarlo como un juego; inclinó la cabeza todavía más, hasta que sus labios estuvieron sobre los de ella. Nunca sus labios habían tocado la boca de una mujer. Ésta no era más que Peonía, solamente su pequeña Peonía de siempre, a quien conocía tan bien, pero de repente sus labios le parecieron dulces y extraños.

Ella se retiró y su voz fue rápida y clara.

— Gracias — dijo melindrosamente —. Ahora puedo olvidar. Diga, joven amo, ¿de verdad usted vio a la linda hija tercera de Kung?

Tan veloz fue su cambio, que David apenas supo qué decir. Todo era confusión en él. El dulce efecto que Peonía había provocado en él, lo volvía ella velozmente hacia otra. Sin darse cuenta de que estaba siendo llevado de aquí para allá, engañado, inducido a hacer lo que Peonía deseaba, dejó su imaginación volver al templo y al momento en que había estado oculto detrás del gran Dios Guardián del Oeste. Vio entrar a Kueilan, con la bordada orilla de su larga falda de suave seda verde manzana barriendo el piso de mosaico. Una vieja servidora la llevaba de la mano; al lado de aquella robusta figura, la muchachita parecía un pequeño sauce en primavera. Entonces recordó su cara.

— Sí — dijo lentamente —, la vi. Había olvidado lo hermosa que era.

— ¿Es demasiado bajita? — dijo punzante Peonía.

— Una cosilla pequeña — contesto David —, no más alta que tú.

Pero a mí me gustan las mujeres bajitas.

— ¿Sus ojos... son tan grandes como los míos?

La principal belleza de Peonía estaba en sus ojos. Eran de forma de albaricoque, con pestañas rectas, suaves y largas, y el color del iris era de un profundo castaño cálido, no enteramente negro. Mirando sus ojos, David se vio obligado a recordar a Kueilan, y como había pasado muy cerca de ella, dijo:

— Los de ella son los más hermosos que he visto.

Al oír esto, a Peonía le aparecieron los hoyuelos y se llevó el pañuelo a la cara para ocultar su rápida sonrisa... y sus lágrimas.

— ¿Hablaste con ella? — preguntó enseguida.

— Sí — dijo David —. Me vio cuando se disponía a pasar al templo.

— ¿Y qué le dijiste? — insinuó Peonía.

— Solamente que esperaba que me perdonara por haber ido a verla. — Esto lo dijo David con gran vehemencia; se sentó al lado de la mesa y dejó toda broma a un lado —. Peonía — dijo gravemente —, tú sabes que yo no puedo casarme como los demás hombres. Si la elijo a ella como novia y no a Leah, tengo que zaherir a mi madre y al rabino, e incluso a mi padre.

— Tu padre solamente piensa en ti — intervino Peonía.

— ¡Ah, pero en nuestro pueblo las mujeres son más fuertes que los hombres! — dijo David —. Y yo no sé qué hará mi madre.

— ¿Sabe algo Leah... de esta otra? — preguntó Peonía.

—No —respondió David. Parecía triste—. Y le di motivos para pensar... —Meneó la cabeza.

Peonía, que había estado de pie todo este tiempo, se sentó a la mesa frente a él.

—¿Le diste motivos a Leah para creer... que la amabas? —Preguntó esto con vocecilla aterrada. Y luego se apresuró a añadir—: ¿Cómo puede ser verdad eso? No le has hablado desde que estabais estudiando en el libro. El anciano maestro se sentaba entre vosotros.

—Una vez, en el jardín de los durazneros... —dijo David, sonrojándose intensamente.

—¿En el jardín de los durazneros? —dijo como un eco Peonía—. ¿Qué hiciste?

—Fue al día siguiente de llegar la caravana —dijo David de mala gana—. Estábamos todos un poco excitados.

—¿Se acercó ella a ti en el jardín de los durazneros? —interrogó Peonía. Su clarividente cerebro se adelantaba veloz—. ¿La crees resuelta como para acercarse a ti por propia voluntad? Seguramente fue tu madre quien se lo mandó.

David se quedó contemplándola, y de repente, dándose cuenta de que podía ser verdad, dijo:

—Mi madre... —golpeó la mesa con los puños, Peonía gritó y retiró el recompuesto abanico. David se echó hacia atrás, con los ojos llenos de ira—. Yo le diré a mi madre...

Pero Peonía lo miró por encima del abanico tallado, que tenía contra su cara porque le encantaba el aroma de la madera de sándalo.

—¿Qué necesidad tienes de decir nada? —dijo engatusadora—. Déjame ver a tu padre y le diré lo que sientes. ¡Vamos, haré la casamentera contigo!

Pero David volvió a menear la cabeza.

—De todas maneras no es honorable para mi permitir que Leah siga en esta confusión —dijo—. Tengo que pensar que le diré.

—No le digas nada —le rogó Peonía—. Lo que no se ha dicho, no tiene que rectificarse nunca. Si se expresa con palabras, entonces todo es duro y difícil de borrar. ¡Oh, y ella sentiría mucha amargura y renegaría de ti!

—¿Leah renegar? —repitió David—. ¡Ah, en eso estás equivocada! Es lo que más daño me hace. Es demasiado buena. Por ella..., no por mi madre..., desearía con todo mi corazón poder amarla. —Se interrumpió de nuevo, vaciló, y siguió, como hablando consigo mismo—: Podría haberla amado quizá..., si simplemente hubiese sido una mujer. Pero ella es mucho más.

Creía a Peonía demasiado infantil para comprender lo que quería decir, pero ella entendió y fue lo bastante astuta para guardar silencio. Leah era más que una mujer..., era un pueblo, una tradición y un pasado; si David se casaba con ella, se desposaba con el conjunto y tendría que entregarse a aquello. No podría ser quien era, ni libre, pues tendría que formar parte de su antiguo pueblo y llevar sobre sí el peso de sus antiguas aflicciones. Pero no se lo dijo Peonía. En lugar de hacerlo, saltó ligeramente sobre sus pies, batió palmas y simuló su infantilismo de costumbre.

—¡Déjame decírselo a tu padre! —le rogó.

David con su cara juvenil ensombrecida por una vaga pena,

sonrió un poco tristemente.

—¿Qué puede hacer mi padre por mí? A él lo atraparon de la misma manera.

—¡Ah, pero él no tenía nadie que lo salvara! —dijo Peonía dulcemente—. No había ninguna flor de orquídea en su juventud. Piensa en esta chiquita que está ahora pensando en ti. ¿No sabes que piensa en ti? ¡Ah, sí lo sabes! ¡Déjame decírselo a tu padre!

Al fin, escuchando su dulce voz, asintió con un movimiento de cabeza, y ella se fue rápidamente, temerosa de que volviese a llamarla. Se fue directamente junto a Ezra, y lo encontró durmiendo en la silla, el abanico descansando sobre su estómago y las piernas extendidas. Estaba roncando y durante un rato nada que pudiera hacer ella lo despertaría. Tosió, cantó y lo llamó con voz suave, teniendo cuidado de no despertarlo demasiado intempestivamente, temerosa de que su alma anduviera errante y no volviera a su cuerpo. Al fin se fijó en un grillo que había sobre unas piedras, lo cogió de las patas y lo puso en la barba de Ezra. Estaba tan asustado, que empezó a chillar dolorosamente; Ezra se despertó, volvió la cabeza y luego se atusó la barba con los dedos; encontró el grillo y lo tiró.

—Yo vi al pícaro saltar a su barba, amo —dijo Peonía dulcemente—, pero tuve miedo de despertarle.

—Nunca me había sucedido esto —dijo Ezra con sorpresa. Se enderezó en su asiento, se estiró, bostezó y sacudió la cabeza para despejar su cerebro—. ¿Tiene algún significado? Debo consultar a un quiromántico.

—Eso significa buena suerte, amo —dijo Peonía—. Los grillos sólo vienen a una casa segura y opulenta.

Le sirvió una taza de la tetera que había sobre la mesa, se la entregó con ambas manos, y luego, recogiendo el abanico del suelo, donde había caído, empezó a abanicarlo. Cuando él pareció que volvía a ser el mismo, empezó a darle sus noticias.

– Amo, tengo que confesarle una falta.

– ¿Otra? – preguntó él. Bostezó, se frotó la coronilla y sonrió.

– Mi joven amo..., su hijo, señor... – Aquí se detuvo.

Ezra se alarmó al instante. Peonía parecía demasiado feliz. ¿Sería posible que David hubiera sido tan loco como para responder a su amor? Aquello transformaría la casa como un torbellino. ¡Una esclava! ¿Qué haría *madame* Ezra?

Peonía comprendió el terror que había en sus ojos y trató de sonreír. Bien sabía lo que él estaba pensando, y su corazón se estremeció. Nadie, ni siquiera el buen amo suyo, a quien quería como el único padre que conocía, pensaba en ella más que como una sirvienta amable, una persona educada para el servicio y el placer, pero nada más.

– No tema – dijo dulcemente –. No es a mí a quien ama su hijo.

Dijo esto sabiendo que estaba dentro de su alcance hacer que David la amara. Su corazón había rehusado a Leah y no había aceptado todavía a Kueilan; dentro de aquel vacío podía haber penetrado ella, y su corazón podía haberla encerrado. Pero era demasiado prudente. Nunca le habrían concedido el lugar de una esposa, y aunque lo fuera, la vida de David no tendría paz. Lo amaba demasiado para querer verlo desgraciado, y había sido criada en la obediencia a sus superiores. Nadie podía ser feliz si se desconocían las proporciones. No era su destino ser la nuera de aquella casa. No, ella era como el ratoncillo que

sale de su escondrijo y baila solitario al sol. Debía encontrar su alegría sola, cobijada bajo el basto techo.

– Entonces, ¿a quién ama mi hijo? – preguntó Ezra, severamente.

Peonía levantó la cabeza y lo miró fijamente, con ojos tan dulces que parecían tan francos como los de un niño.

– Todavía ama a la señorita tercera de la casa Kung – dijo.

Ezra miró a lo lejos y no respondió. Se sentó, tirándose de la barba, suspirando y palpándose los labios, pensando en una y otra alternativa, sin ver luz por ninguna parte. Descubrió solamente un ferviente deseo dentro de él: que su hijo pudiera casarse con quien quisiera y para su felicidad. «¿No he sido yo feliz con Naomí?», preguntó a su propio corazón. Había sido feliz. Si no había amado a Naomí cuando se casaron, tampoco había amado mucho a ninguna otra mujer. No, él no había amado a Flor de Jade..., al menos lo bastante como para abandonar el favor de sus padres por causa de ella. Si David hubiera dicho que amaba a Peonía, él le habría regañado y se lo habría prohibido, como había hecho con él su padre en su juventud. Pero una hija de la gran casa china de Kung, no podía ser despreciada. Era igual a David en todo..., excepto en la fe. Sin embargo, muchos judíos se habían casado con mujeres chinas y no habían dejado en absoluto de ser judíos. Se lo diría a Naomí.

Ezra era un hombre que tenía que hacer una cosa tan pronto como pensaba en ella; olvidándose de Peonía, se levantó impetuosamente y fue en busca de la madre de su hijo. Ella lo siguió a corta distancia y ocupó un lugar detrás del árbol de casia. En cuanto a Ezra, encontró a su esposa en sus habitaciones y de muy mal humor. Esto lo vio tan pronto como llegó a la puerta, pero supuso que su disgusto era debido a algún asunto doméstico. *Madame* Ezra era muy perspicaz y buena ama de casa, y podía muy bien abatirse por el robo de un huevo o la rotura

de un plato.

–No fuiste a la tienda hoy – dijo.

Trató de sonreír al entrar y se sentó en una silla frente a la de ella, al otro lado de la mesa.

–No, porque llegué muy tarde anoche – confesó –. Kung Chen me invitó a ver la luna. Llevó a sus dos hijos. Y David fue conmigo.

–¡Qué aspecto tienes! – exclamó ella –. ¡Estás amarillo como el azufre!

–Vamos, vamos – replicó Ezra –, no estoy tan mal.

–Los ojos legañosos – siguió ella severamente –. ¡Tienes el pelo como un nido de cuervos! ¿Bebió demasiado David?

–No lo he visto esta mañana – dijo Ezra.

Ella frunció los labios.

–He estado hablando con Leah – dijo.

Ezra le dirigió una astuta y tierna mirada por debajo de sus espesas cejas.

–¡Ah, Naomí! – suspiró –, ¿por qué no dejar al muchacho?

–No sé lo que quieres decir – dijo ella enojada.

–Él no quiere a Leah – continuó Ezra –. Si se casa con ella, es solamente por complacerte. ¿Y qué felicidad puede haber en ello para ninguno de los dos?

La hermosa cara de *madame* Ezra se puso roja.

—David no sabe nada acerca de las mujeres —declaró—. Es tan tonto como lo eras tú cuando me casé contigo.

—Yo era mucho más tonto —dijo Ezra amablemente—. Fui arcilla en tus manos, querida mía.

Ella no estaba dispuesta a dejar aplacar su enojo.

—Además, Leah lo ama —dijo.

—Entonces la compadezco —repitió Ezra.

—¿Por qué? —volvió la cabeza rápidamente para mirarlo de nuevo—. ¿Por qué has de compadecerla?

—Yo no... amaba a ninguna otra mujer..., lo que se dice amar —dijo Ezra.

Entonces sus ojos se encontraron y cada uno desvió la mirada. Había habido una hora, hacía años, en aquella misma habitación, en que ella, joven y orgullosa, extraordinariamente hermosa y austera en su fe, lo había acusado de entrar a hurtadillas en la habitación de una esclava. Se suponía que ambos lo habían olvidado, pero no era así.

—Si te refieres a Peonía... —dijo *madame* Ezra, en voz baja.

Ezra meneó la cabeza.

—No, no me refiero a la esclava. Me refiero a la hija de Kung Chen.

Madame Ezra se levantó como se había levantado una vez hacía tiempo y bajó la vista hacia él.

—No —gritó—, ¡jamás! No lo permitiré. ¿Por qué vuelves a hablar

de ella?

Pero Ezra no era ya aquel amable joven amigo de la paz. Se había hecho robusto y fuerte, después de tantos años de vivir con ella; habiendo aprendido a amarla, al fin, podía sostener su punto de vista frente a ella.

—¡Ah, Naomí! —dijo con amable crueldad—. ¿Cuándo aprenderás de una vez que la vida no espera tu permiso?

Dichas estas palabras, volvióse y la dejó. Peonía detrás del árbol de casia, meditaba sobre lo que había oído. ¿Volvería junto a David para decírselo? Pero ¿qué había oído excepto la antigua disputa entre dos mayores? Más le valdría esperar hasta que se resolviera la disputa como quisiera el cielo. Se escurrió de detrás del árbol y volvió a su habitación.

Madame Ezra había aguijoneado a Leah hasta la desesperación. No era su intención hacerlo, pero en la exasperación de su propio temor, la había atormentado, culpado y presionado hasta que Leah quedó aterrorizada. ¡Aquella casa, que le había prometido amparo, no era segura, después de todas sus esperanzas! La amiga de su madre, la única cercana a su padre, estaba incomoda con ella. ¿Qué sucedería si *madame* Ezra la despedía? Vio la monotonía de su vida extendiéndose en adelante en la casita de su padre. Cuando él muriera se quedaría sola, sin nada, excepto la regañosa caridad de *madame* Ezra. No, estaría peor que sola. Aarón estaría allí. Con temor y desesperación, abandonó todo intento de defenderse y terminó en un total silencio. Dijera *madame* Era lo que dijese, no respondería. Se quedó allí, con la cabeza inclinada, mientras *madame* Ezra seguía hablando y hablando. Sus manos, cruzadas delante, estaba tan frías que parecían habersele helado juntas. Sentía el cuerpo entero magullado y pesado y tenía el cerebro entorpecido.

Cuando *madame* Ezra le gritó al fin: «Déjame... y que no vea tu cara en un rato», se volvió y salió sin saber adónde iba.

No sentía enojo contra *madame* Ezra. Comprendía demasiado bien la agonía que había hecho caer a aquella mujer afectuosa en semejante furia. *Madame* Ezra estaba llena de desesperación también. Era solamente la desesperación la que hacía su alma tan cruel..., la desesperación y el amor. *Madame* Ezra amaba a David más de lo que había amado a nadie, más aún de lo que amaba a Dios, y por esta razón quería conservar a su hijo, conservarlo en la fe de su pueblo. David se perdería para ella si no lo conservaba en su fe. En sus sueños, él era el conductor que podría algún día llevarlos a todos de nuevo al hogar. Todo esto lo sabía Leah. Veía claramente dentro del corazón de *madame* Ezra, y nada de lo que veía la enojaba, porque lo comprendía todo.

No, no era *madame* Ezra la que había estado mal, sino ella, Leah, la que había fallado. No había sido capaz de hacer que David la amara y la deseara por esposa. ¿Cómo había de culpar a David tampoco?, se preguntaba humildemente. Ella no había hecho nada en su vida, a no ser atender una casa para dos hombres. Levantó las manos y se las miró. Wang Ma le había enseñado cómo frotarlas aplicándoles aceite, y ella había tratado de hacerlo fielmente, pero el trabajo y la pobreza las había hecho grandes y era demasiado tarde para cambiarlas. Había intentado aprender el Tora, pero seguía pensando y soñando en David cuando estaban sentados allí. Ni una vez la había mirado él, ni mostrado por un solo indicio que recordara el día en que ella había conmovido su corazón, el día en que llegó la caravana, cuando Dios la ayudó. Pero después ella no había hecho nada..., ni siquiera había invocado la ayuda de Dios. En lugar de eso, había dejado pasar los días en sueños, con una fe tonta. Ahora, atravesando a ciegas los pasadizos, terrazas y patios, sin ver nada, empezó a orar en alto:

—¡Oh, Jehová, Dios nuestro, el único verdadero, escúchame y

ayúdame!

Y conforme caminaba a ciegas y orando, le pareció oír la voz de Dios mandándole que buscara a David y le abriera su corazón. Elevó la cabeza, y las lágrimas empezaron a inundar sus mejillas. Si Dios volvía a ayudarla, entonces todo sería como *madame* Ezra deseaba..., sí, y como ella lo deseaba también. Amaba a David, ¡y con cuánta alegría sería su esposa!

Sus pies empezaron a recorrer apresurados aquellos caminos que no había pisado desde que era niña. Hacía mucho tiempo, cuando David tenía siete años, lo habían sacado del patio de su madre y puesto en unas habitaciones cerca del de su padre. Leah, de niña, había ido con él un día a verlas; *madame* Ezra se enteró y se lo había prohibido. Ninguna mujer, excepto las sirvientas, debía ir al cuarto de los hombres.

Pero los pies de Leah encontraron la senda olvidada, y, puesto que era la hora en que la servidumbre estaba preparando la comida del mediodía, nadie la vio. Llegó así, sin anunciarse, a la puerta de David.

Éste se hallaba sentado, como lo había dejado Peonía, al lado de la mesa. Se había levantado una vez para coger un libro, pero no lo había leído. No podía fijar su pensamiento en las palabras, aun cuando había pensado que quería encontrarlas, porque con ellas había formado una estrofa por la mañana, cuando vio a Kueilan. No eran sencillos versos de amor. Eran líneas acerca de la elección que debe hacer un hombre entre el amor y el deber.

Y, sin embargo, meditaba, aún antes de abrir el libro, en que él no estaba haciendo una elección entre el amor y el deber. Su elección se refería al deber solamente. Todavía podía dejar de lado a la linda muchacha china a quien no amaba tanto como sabía que podría llegar a amarla si se le daba la oportunidad de elegir. No, lo que debía decidir en el microcosmos de su propio ser era la misma determinación que

afrontaba todo su pueblo. ¿Se mantendría separado, dedicado a una fe que lo haría solitario en medio de cualquier pueblo en que viviera, o vertería la corriente de su vida en el rico océano de toda la vida humana que lo rodeaba? ¿Osaría perderse en aquel océano? ¿Lograría mezclarse? Nada se pierde jamás. Lo que él era, con sus antepasados y los hijos que vinieran, se hundirían en el océano, pero no podría perderse.

En aquel preciso momento anterior a su decisión, vio a Leah en el umbral.

Se puso en pie, asombrado de que ella hubiera llegado hasta allí...

—¡Tú!... ¿Me estabas buscando?

En el momento en que ella lo miró se aclaró su cerebro. No debía haber más confusiones entre ellos. El espíritu debía encontrar al espíritu.

—Sí —dijo—. Tu madre me mandó llamar esta mañana y me acusó de muchas cosas con respecto a ti.

—Hizo muy mal —dijo él amablemente. Pero estaba confuso. ¿Qué significaba la presencia de ella en aquel momento? ¿La enviaba el propio Dios?

Entró ella y se sentó donde un rato antes se había sentado Peonía. David tomó asiento de nuevo. Vio que Leah había estado llorando, pero algo había secado sus lágrimas. Sus grandes ojos estaban brillantes y tenía las mejillas sonrosadas. Estaba tan bella, que se preguntó por qué no la amaba con toda su alma y todo su corazón. Pero éste guardó silencio. Él no podía amar a nadie hasta que su alma hubiera hecho su elección.

En el mismo momento vio las palabras de la tablilla de la sinagoga grabadas en su propio cerebro:

Celebrar el culto es honor al Cielo, y es justo seguir a los antepasados. Pero el cerebro humano ha existido siempre antes del culto y de la justicia.

Aquellas audaces e inflexibles palabras de algún antiguo ser humano fortalecieron el alma de David y le dieron entereza ante Dios y ante los hombres.

—No debes permitir que mi madre te moleste —dijo con brusquedad—. Solía molestarme mucho a mí. Cuando yo era un niño pequeño, me parecía que nunca podría darle gusto. Nunca era bastante bueno. —Sonrió un poco tristemente—. Ella es muy buena, muy llena de celo.

—Tu madre tiene razón —dijo Leah con energía—. Soy yo quien ha obrado mal..., y tú. ¡Tú también, David!

—¿He obrado mal? —Trataba de bromear con estas palabras, porque temía lo que presentía ella, opuesto a su propia determinación de ser libre.

—Si no fuera por mujeres como tu madre y hombres como mi padre —dijo Leah con fervor—, hace mucho que se habría perdido nuestro pueblo. Nos habríamos convertido en lo que son todos los demás pueblos, sin conocimiento del único Dios verdadero. Pues ellos son fieles, son quienes nos han conservado como un pueblo vivo y separado.

Los ojos de David cayeron sobre sus fuertes manos jóvenes, que descansaban cruzadas sobre la mesa. Guardó silencio un momento.

Luego habló muy sosegadamente.

—Sin embargo, yo me pregunto si no son ellos los que vuelven a los demás contra nosotros... todavía.

Los labios de Leah se abrieron. Vio que ella no comprendía lo que quería decir.

—Es difícil para otros pueblos creer que nosotros somos mejores que ellos —siguió—. Y, después de todo, ¿en qué somos mejores, Leah? Nosotros somos buenos comerciantes, nos hacemos ricos, somos inteligentes, amantes de la música, pintamos cuadros y tejemos finos rasos; dondequiera que estemos, hacemos el bien..., y luego despertamos el odio de los hombres y nos matan. ¿Por qué? Esto es lo que me pregunto a mí mismo día y noche, y creo que empiezo a ver por qué.

Leah no pudo soportar estas palabras.

—Los hombres nos odian porque nos envidian —declaró—. Ellos no quieren conocer a Dios. Son malos y no quieren ser buenos.

David meneó la cabeza.

—Nosotros decimos que son malos. Nosotros nos llamamos buenos.

A Leah le ofendieron estas palabras.

—David, ¿cómo puedes tergiversar tan intencionadamente el significado del Tora? —gritó. Toda su joven energía vibraba en la vehemencia de sus voz y sus ojos—. ¿No te lo ha dicho mi padre? No es que nosotros seamos buenos. Es que Dios nos ha elegido para hacer conocer Su voluntad por medio de nuestro Tora. Si nosotros nos perdemos, ¿quién mantendrá entonces vivo el bien? ¿Pertenece la

tierra al mal?

A esto David replicó con cierto ardor personal:

—Yo no conozco hombres malos..., ni mujeres —sostuvo. Se sentía incomodado con Leah porque ella también era testaruda; luego dijo de repente—: Si hubiera de pronunciar el nombre de un hombre malo, diría que es tu hermano Aarón.

Con estas palabras la hirió en el corazón.

—¡Tú..., tú te atreves a decir eso! —gritó—. ¡Debería darte vergüenza, David!

—¿Porque él es tu hermano? —preguntó David con autoridad.

—No..., ¡porque es... uno de los nuestros! —gritó Leah.

David rió con aspereza.

—¡He aquí la prueba, entonces, de lo que digo! Tú no eres justa, Leah, como tampoco lo es mi madre. Para mí un hombre es bueno o malo, sea judío o no.

Ante la indignación de él, ella balbució:

—¿Qué ha hecho Aarón?

David se levantó, fue hasta la abierta puerta y allí se quedó, de espaldas a ella.

—No puedo decirte lo que hizo —dijo altivamente—. No sería adecuado para tus oídos. —Miró hacia el patio, sombreado por los bambúes.

—No hay nada que haga mi hermano que yo no pueda saber

—replicó Leah.

—Óyelo entonces —dijo David—. Procedió asquerosamente contra una mujer.

Leah guardó momentáneo silencio. La prudencia le aconsejaba no decir más, pero estaba llena de ira contra David. Se había escapado de nuevo, y estaba enojada y atemorizada más allá de tosa prudencia.

—¿Qué mujer? —exigió.

—No quiero decírtelo —respondió David. Su espalda estaba todavía vuelta a ella y continuaba mirando al patio.

En aquel momento *Perrita* apareció en la Puerta de la Luna, frente a donde estaba él. Se detuvo en el umbral y lo espió con sus ojos redondos y tristes; la roja lengua le colgaba fuera de un ángulo de la boca. Tenía el hábito de seguir a Peonía, pero como era perezosa y lenta, siempre llegaba tarde. Seguía por el olfato y no por la vista.

Pero Leah sabía que *Perrita* iba siempre detrás de Peonía y comprendió con la misma rapidez con que la llama prende en la seca yesca.

—¡Conozco a esa mujer! —gritó—. ¡Es Peonía!

David maldijo a *Perrita* dentro de su corazón, pero ¿qué podía decir? Volvió a grandes zancadas a su habitación, se sentó y palmoteó con las manos sobre la mesa.

—¡Fue Peonía! —gritó—. ¡Una esclava de la casa en que estaba de huésped!

Sus ojos se encontraron con furia mutua, pero ninguno cedió.

— ¡Si hubiese sido cualquier otra mujer, no te hubiera importado!
— gritó Leah brutalmente. Tenía un solo deseo: herir a David con todas sus fuerzas, y buscaba las palabras que mejor pudieran conseguirlo—. ¡Ya sé porque no me quieres! — gritó—. Peonía te ha corrompido y malcriado y te ha hecho débil hasta los huesos. Ella ha robado tu verdadera alma. — No pudo seguir. Trataba de no llorar, pero empezó a sollozar en alto, odiándose a sí misma por abatirse...

El enojo abandono a David de repente. Mirando su bella cara afligida, se llenó de piedad y de ternura.

— No es a Peonía a quien quiero — dijo—. A otra... quizás..., una que tú no has visto nunca. — Así su corazón se decidió, después de todo, y su alma guardó silencio.

Leah dejó de llorar. Lo contempló, con los ojos en blanco, temblorosos los labios, mientras el significado de estas palabras se filtraba en su cerebro. Lo sentía retumbar en su corazón y verterse a través de su sangre como un veneno. Entonces se le oscureció el cerebro. Se puso en pie de un salto y bajo de golpe la espada colgada de la pared, al alcance de su mano derecha. La empuñó y la volteó a través de la mesa. La aguda hoja afilada golpeó a David en la cabeza. Levantó él la mano, sintió el chorro de sangre, se vidriaron sus ojos y cayó.

Leah se quedó contemplándole, la espada empuñada todavía.

En aquel momento, *Perrita*, que había espiado todo esto, se adelantó y olió su mano. Lamió su sangre con la punta de la lengua, y luego, levantando la cabeza, empezó a aullar.

Cuando oyó el ruido del aullido de la perra, la espada cayó de manos de Leah. Toda su razón, inundándola, volvió a ella. Cayó de rodillas, rasgó la manga de su túnica y la puso en la cabeza de David.

— ¡Oh, Dios! — murmuró —. ¿Cómo pude yo...? — Todo su ser se enterneció —. ¿Qué haré?

Mientras tanto, *Perrita* continuaba gimiendo.

Peonía estaba acostumbrada a la voz de *Perrita*; siempre que la oía, si la perra no acudía, iba ella a buscarla. Oyó el agudo aullido de la perra a través de las abiertas puertas de los patios y se levantó rápidamente y siguió el sonido; así llegó al patio de David. A través de la puerta abierta vio a Leah arrodillada y llorando, y la espada tirada en el suelo.

— Cielos..., ¿cómo se hirió? — chilló Peonía, corriendo dentro de la habitación.

Entonces Leah se levantó; toda su sangre se le agolpó en la cara.

— Yo lo hice — dijo. Sentía la voz estrangulada en la garganta.

— ¡Usted! — murmuró Peonía. Dirigió a Leah una espantosa mirada —. ¡Ayúdeme a llevarlo a su cama! ¡Luego vaya a decírselo a su madre!

Daba órdenes a Leah como si ésta fuera la sirvienta y ella la señora. Leah obedeció temblando. Entre ambas levantaron a David, lo transportaron a la otra habitación y lo acostaron en su cama; su cabeza cayó hacia atrás, mientras la sangre corría por la almohada.

— ¡Oh, está muerto! — chilló Leah.

— No, no lo está — dijo Peonía duramente —. Déjeme a mí. Vaya a decírselo a su madre.

— No puedo, no puedo — gimió Leah.

Peonía se volvió hacia ella.

— ¿Quiere que lo deje morir mientras voy yo? — inquirió.

¿Qué respuesta podía haber a esto? Sollozando, Leah salió corriendo de la habitación y luego se detuvo, llorando ofuscada. Allí estaba la espada, tirada en el suelo, al lado de *Perrita*, que permanecía allí, como guardándola cual pieza de convicción. Leah se quedó quieta al lado de la espada. Inclínose y la recogió; *Perrita* gruñó, pero Leah no prestó atención a la perra. Levantó la espada y de un golpe se atravesó la garganta; la afilada y liviana hoja hizo su trabajo. Cayó ella poco a poco, la espada resonó contra el piso de azulejos y *Perrita* empezó a ladrar fuertemente.

En la habitación contigua, Peonía oyó detenerse los pasos de Leah. Bajo su mano sentía latir el corazón de David, y en esa posición se quedó, escuchando. Se produjo un silencio y luego esperó. Sintió entonces aullar a la perra. Volvió a esperar. Un instante después oyó el estrépito de la espada, y corrió silenciosa a la puerta, oculta con una cortina. Allí estaba Leah estirada, casi seccionado el cuello y el cabello ya empapado en sangre. La espada estaba a su lado, y la perrita aullaba.

— ¡Chist! — dijo Peonía —. ¡Chist, *Perrita*!

Entró en la habitación y huyó como si la persiguieran los fantasmas. Peonía había mandado a Leah que fuera a buscar a buscar a *madame* Ezra, pero en aquel terrible momento ella misma no tuvo bastante valor para llamarla. En lugar de hacerlo, corrió junto a Wang Ma y guardó silencio; no quería que nadie supiera lo que había acontecido.

Antes de encontrar a Wang Ma halló al viejo Wang. Éste se había aprovechado del calor de mediodía, cuando todos dormían, para sacar un melón del pozo del Norte. Había hendido la fruta y estaba gozando

de su dorado frescor, en un tranquilo y poco transitado corredor que daba al patio de la cocina. Peonía había elegido este corredor y allí se encontró con él. Al principio, el viejo Wang quedó aterrado, temeroso de que viese el melón robado; luego se dio cuenta de que ella ni siquiera reparaba en lo que estaba haciendo.

— ¿Dónde está Wang Ma? — preguntó.

— Durmiendo más allá, bajo los bambúes — y señaló con la barbilla.

Apresurose Peonía; pronto vio a Wang Ma sentada en una banqueta y profundamente dormida, con la cara sobre las rodillas.

— ¡Wang Ma! — gritó en voz baja y apremiante.

Wang Ma se despertó inmediatamente del ligero dormitar de un criado vigilante. Aún atontada por el sueño, contempló a Peonía y ésta la sacudió por los hombros.

— ¡Wang Ma..., la muerte está aquí! La judía y nuestro joven amo se pelearon. Ella le dio con la espada en la cabeza.

— ¡Oh, cielos! — murmuró Wang Ma. Se enderezó de un salto—. ¿Dónde? — gritó.

— En sus patios. ¡Espere, Wang Ma! Ella volvió la espada contra sí.

— ¿Los dos... muertos? — la voz de Wang Ma era un murmullo de terror.

— No..., solamente ella.

— ¿Lo saben los mayores?

– ¿Se lo digo yo, o quiere decírselo usted?

Las dos mujeres se miraron una a otra. Ambas discurrían rápidamente.

– Yo iré a preparar las cosas que tienen que ver los mayores – decidió Wang Ma –. Vete tú a decírselo.

Luego se separaron, y Peonía fue en busca de *madame* Ezra. «Es mejor decírselo a ella primero», pero cuando llegó a la puerta, vio que Ezra también estaba, de modo que no había otra cosa sino decírselo a los dos.

Ambos gritaron a la vista de la expresión de su cara.

– ¿Qué te pasa, Peonía? ¿Estás mal? – exclamó *madame* Ezra.

– Silencio, Naomi – ordenó Ezra.

Se levantó, pero Peonía les hizo seña con las manos. Después de todo, no podía decírselo. Debían verlo por sí mismos.

– ¡Vengan..., vengan..., los dos! ¡Oh..., oh!

Empezó a llorar y a correr de nuevo por donde había llegado; ellos se miraron uno al otro y, sin una palabra más, se dieron prisa en ir detrás de ella.

¡Con qué emoción siguieron los padres a Peonía cuando la vieron torcer hacia el patio de David! No dijeron una palabra, pero siguieron a toda prisa. *Madame* Ezra iba delante.

Peonía se detuvo ante la Puerta de la Luna.

– Debo decirles... – empezó.

Pero *madame* Ezra la empujó a un lado y siguió adelante.

Ezra vaciló.

—¿Es David?... —preguntó con los labios secos.

—No —dijo Peonía—. Él no..., pero... ¡Oh, amo, prepárese... Leah se ha quitado la vida... con aquella espada!

Entonces fue Ezra quien gritó y la empujó para pasar adelante también; siguió a *madame* Ezra, y Peonía fue detrás. Pero la habitación donde yacía Leah estaba vacía. Wang Ma había cogido al viejo Wang por el cuello al pasar a su lado y juntos habían acudido a toda prisa. Entre los dos habían levantado a Leah y la transportaron a la habitación del patio siguiente, donde el rabino enseñaba el Tora a David, y allí la dejaron sobre el canapé. Wang Ma arrancó la cortina de una puerta y la cubrió con ella. Mientras hacía esto, el viejo Wang regresó, se quitó la chaqueta, empapó con ella la sangre de los azulejos y, sumergiéndola en el agua de la cisterna, fregó el lugar, dejándolo limpio.

De modo que cuando *madame* Ezra miró hacia dentro lo vio todo vacío; entonces se apresuró a llegar al cuarto de David. Allí yacía sobre la cama. Peonía le había atado su cinta de seda blanca alrededor de la cabeza para detener la sangre de la herida; estaba acostado como si estuviese dormido, pero con la respiración penosa y acelerada. *Madame* Ezra se volvió brutal con el miedo. Pronunció su nombre a gritos, y, al ver que no respondía, maltrató a Peonía.

—Espera, Naomí —le ordenó Ezra—. Debemos mandar por el médico.

—Pero ¿por qué no decirnos que ella lo había herido? —le gritó *madame* Ezra a Peonía; asió a la muchacha por los hombros y la sacudió. Ezra tuvo que interponerse entre ambas. Peonía no dijo una palabra

porque no culpaba a su señora. Sabía que la pena enloquecía a *madame* Ezra y que la aliviaría dar curso a su cólera.

El viejo Wang entró en aquel momento y también Wang Ma. Ezra le ordenó al viejo Wang que fuera en seguida por el médico y a Wang Ma que mezclara hierbas.

Así dejaron en paz a Peonía para que contará lo que sabía. Y ella lo hizo en pocas y sencillas palabras. Ezra y *madame* Ezra escuchaban, latiéndoles los corazones; *madame* Ezra se sentó al lado de David y empezó a restregarle las manos sin decir nada.

—Pero ¿por qué riñeron? —preguntó Ezra, con triste sorpresa.

—No lo sé —dijo Peonía—. Yo solamente pensaba en él cuando lo vi allí tirado; mientras le ataba la cabeza ella...

Madame Ezra estalló en un sonoro y repentino llanto.

—¡Oh, esa malvada, esa malvada muchacha!... ¡Y yo que la trataba como si fuera mi propia hija! ¿Y si ha matado a mi hijo?

—Leah no era una malvada —dijo Ezra con pena—. Alguna cosa la volvió loca..., pero ahora no sabremos jamás lo que fue.

Madame Ezra dejó de llorar de repente.

—No la perdonaré jamás —dijo.

—¿Aunque David viva? —preguntó Ezra.

—Intentó matarlo —replicó ella.

David se movió y abrió los ojos; miró de una cara a otra.

—¿Y Leah? —preguntó desmayadamente.

— ¡Chist! — dijo *madame* Ezra.

— Pero ella... no pretendió nunca... — su voz se desvaneció poco a poco.

— ¡Chist! — dijo *madame* Ezra con fiereza.

— No hables, hijo mío — dijo Ezra. Se acercó y tomó la mano de David; así siguieron esperando. David cerró los ojos de nuevo y no habló más. Entonces Wang Ma llegó con una taza de té de hierbas y una cuchara, y Peonía hizo beber lentamente la infusión a David, hasta que al fin llegó el médico. Era un hombrecillo encorvado y silencioso, que llevaba grandes lentes bordeados de marfil y olía a jengibre y huesos secos.

Todos se levantaron y permanecieron de pie cuando él entró, esperando vigilantes mientras examinaba la herida, le tomaba el pulso y meditaba un rato.

— ¿Vivirá mi hijo? — preguntó Ezra al fin.

— Vivirá — dijo el médico —, pero durante largo tiempo su vida no estará asegurada. La herida no es solamente en el cuerpo. Su espíritu también ha recibido un golpe.

— ¿Qué podemos hacer nosotros? — imploró *madame* Ezra.

— Déjenle hacer su gusto en todo — respondió el médico.

VIII

David se despertó. Estaba en su cama. Era de noche y no había más luz que el resplandor de una lamparilla de aceite que había colocada sobre la mesa fuera de las cortinas de la cama. ¿Noche? ¡Pero si brillaba el sol!

—Leah —llamó desmayadamente.

Peonía le oyó al instante. Estaba sentada en una banqueta dura, incomoda, a propósito para no dormir y poder oír aún el más ligero cambio en la respiración de David. Tocó con los dedos la cama, separó las cortinas y lo miró.

Sus ojos, que despertaban, se levantaron hacia ella.

—Leah —volvió a murmurar.

—Leah está dormida —dijo Peonía.

Tomó su pañuelo de suave seda y le enjugó las mejillas y los labios.

—Me siento... débil —murmuró él.

—Necesitas alimento —replicó ella—. Estate tranquilo. —Dejó caer las cortinas y, acercándose a un pequeño brasero de carbón de madera colocado sobre la mesa, destapó una tetera puesta a hervir sobre los carbones. Con un cucharón sacó sopa de arroz y azúcar rojo y los puso en una taza. Se movía con suave tranquilidad en todo lo que

hacía; luego volvió junto a la cama.

– Yo te daré de comer – dijo con ternura.

Temía que David fuera a preguntarle por qué estaba en cama, pero no preguntó. Tragaba lentamente, bocado a bocado, la dulce mezcla caliente. El azúcar rojo era para dar sangre. Además, él había perdido mucha sangre. Por eso estaba débil. La cabeza le dolía mucho. Recordó el motivo. Leah le había pegado con la espada. Veía su salvaje rostro hermoso, las manos sosteniendo en alto la espada. Mientras viviera la recordaría. Nada que ella pudiera decir ni hacer lo haría olvidar. ¡Y estaba durmiendo!

– Me duele la cabeza – murmuró.

– Te daré un poco de opio – dijo Peonía, volviendo a la mesa. Preparó la pipa de opio, calentando una pastilla hasta que estuvo blanda, y volviendo luego a la cama, puso la boquilla en los labios de David.

– Aspira, joven amo – dijo.

Aspiró él una y otra vez; el humo parecía retorcerse en torno a circunvoluciones de su cerebro. El dolor se fue mitigando; con el paulatino alivio, pudo ver la cara de Peonía rodeada de luz.

– ¡Qué bueno..., qué..., qué bueno..., qué bueno! – empezó y no pudo cesar de murmurar.

Ella le puso la mano en los labios y lo hizo callar.

– Yo te amo – dijo claramente –. No podría herirte nunca... Yo te amo. ¿Me oyes?

Sonrió él con deliciosa somnolencia. Se hundía en una suavidad

de terciopelo, oía música, veía la cara de Peonía repetidamente, llena de ternura, y sus ojos se cerraron.

Cuando Peonía estuvo segura de que dormía, le tomó el pulso. Era ya más fuerte. Podía dejarlo con seguridad durante los pocos momentos que necesitaba para ir a decirle a *madame* Ezra que se había despertado, había comido y se había dormido de nuevo. Silenciosamente, pasó a la otra habitación y pasó al lado del viejo Wang, dormido en una silla junto a la mesa, con la cabeza sobre los brazos cruzados. Ezra le había ordenado que pasara la noche allí, dispuesto a obedecer las órdenes de Peonía. Respetando su sueño, pasó sin despertarlo.

La casa parecía extraña por la noche, silenciosa y envuelta en suave oscuridad. Atravesó sola un patio y el siguiente. Delante de cada puerta estaba colgada una linterna de papel para servirle de guía, de modo que se guiaba por su opaca luz. Cuando pasó por su patio, *Perrita* echó a andar detrás de ella, olfateando y bostezando.

Así llegaron al patio de *madame* Ezra. Una luz ardía en el dormitorio y allí entró Peonía. *Madame* Ezra estaba incorporada en su cama, apoyada en las almohadas, dormida. No había tenido intención de dormir, sin duda, pero la fatiga había sido excesiva para ella. Su cabeza estaba caída hacia atrás, la boca entreabierta, y respiraba profundamente.

Peonía se quedó entre las cortinas separadas; temía despertarla.

—Señora... señora — la llamó. Puso la voz muy suave al principio, luego más alta, arrastrando de pasada a aquella afligida alma errante.

Madame Ezra quedó, de momento, sin respiración; toda su persona se hallaba sobresaltada.

—¡Eh! —gritó, y, abriendo los ojos se inclinó hacia delante y contempló a Peonía. Su alma parecía estar a medio camino de su hogar. Peonía le tomó las manos y las hizo palmotear.

—Nada más que buenas noticias —murmuró—. Nuestro joven señor despertó, comió y durmió de nuevo.

Madame Ezra volvió plenamente en sí.

—¿Pregunta por mí?

Peonía no quiso decirle que no había preguntado por su madre, así que respondió:

—Estaba todavía aturdido con el dolor de cabeza; después que hubo comido, le preparé la pipa, lo que lo alivió. Está otra vez dormido.

—¿No dijo nada? —preguntó *madame* Ezra. Y apartó sus manos de las de Peonía.

—Pronunció el nombre de Leah —replicó ésta.

—¿Qué le dijiste? —interrogó *madame* Ezra.

—Le dije que estaba dormida —dijo Peonía.

Reclinose *madame* Ezra y suspiró.

—Debo volver junto a él —siguió Peonía.

—Cuando se despierte, no le digas que Leah ha muerto —le ordenó *madame* Ezra.

—No se lo diré —prometió Peonía, y volvió a marcharse, deteniéndose sólo para encerrar a *Perrita* en su habitación a fin de evitar que despertarse a David.

David seguía durmiendo cuando entró ella. Peonía también se sentía muy fatigada. Ya que él había comido, no temía tanto que pudiera morir, de modo que se sentó a los pies de su cama y se acurrucó sobre los cobertores, pensando cómo le ocultaría la muerte de Leah durante uno o dos días por lo menos. Tan delicada era la conciencia de David, que se culparía a sí mismo de algún modo por lo que había sucedido. Sin embargo, ¿qué culpa tenía nadie, excepto Leah misma y su alma arrastrada por Dios?

«¿Cómo hacerle creer esto?», se decía Peonía llena de aflicción.

Pero tenía que creerlo, o Leah continuaría ejerciendo su poder sobre él toda su vida. Se apegaría, como hacía toda su gente, al sufrimiento.

«Tenemos que persuadirlo —se dijo Peonía resueltamente—. Debemos divertirlo y hacerle feliz a pesar de sí mismo».

Con esta resolución se quedó dormida.

Sin embargo, ¿cómo podía ocultársele a David la muerte de Leah? Cuando se despertó por la mañana, no preguntó a nadie por ella, pero sus ojos estaban meditabundos. Peonía le sintió moverse; estaba levantada y atendiéndolo cuando llegó Ezra, poco después de la madrugada, antes de lavarse ni vestirse; luego se presentó *madame* Ezra, envuelta en una gran túnica acolchada; en seguida llegaron Wang Ma y el viejo Wang; los sirvientes atisbaban por la puerta para ver a su joven amo y poder llevar noticias. Sin embargo, David no hizo preguntas a nadie. Volvió el anciano doctor y quitó los vendajes de seda que cubrían la herida de David observó los negros emplastos que unían los bordes y declaró que todo marchaba tan bien como era posible; luego ordenó que le dieran budines de la mejor sangre.

—La sangre de cerdo es la mejor —declaró.

Ezra miró a Naomí.

—Nosotros no comemos cerdo, hermano mayor —le dijo amablemente al viejo médico chino—, pero si es necesario para la vida de mi hijo...

—Es joven y fuerte —replicó el chino—; la sangre de pollo bastará. Si fuese muy viejo le recomendaría leche de mujer en lugar de sangre.

De modo que la sangre de pollo fue convertida en jalea y metida dentro de un budín con hígado; cocinaron arroz rojo con raíces de espinaca, mezclado con huevos crudos, todo esto destinado a reparar la pérdida de sangre de David. Su madre se pasó todo el día sentada a su lado y el padre iba y venía incansablemente; sin embargo, David no preguntó a ninguno por Leah.

Pero al día siguiente y al otro, conforme se iba fortaleciendo, su oído percibió ciertos ruidos en la casa. Pies furtivos que iban y venían; una vez escuchó la voz del rabino, que prorrumpió en un grito. Hacia la tarde oyó el golpeteo de un martillo carpintero. Su padre y su madre estaban con él, y Peonía calentaba agua en el brasero de carbón.

—¡Madre! —dijo de pronto.

Madame Ezra se levantó de la silla en que estaba sentada y se acercó a su cama.

—¿Qué, hijo mío? —Su voz era tan triste y todas sus maneras tan suaves, que le pareció extraño.

—¿Dónde está Leah? —preguntó David distintamente.

Madame Ezra se volvió para mirar a Ezra. Éste se hallaba al lado de la mesa, moviendo un pulgar lentamente al lado del otro.

— Mejor será que se lo digamos, Naomi — murmuró.

— ¿Habéis castigado a Leah, madre? — gritó David—. ¡Ah, eso estaría mal!

— Dios la ha castigado, hijo mío — dijo *madame* Ezra. De repente empezó a llorar. Aquella mujer alta, fuerte y valerosa, que toda su vida había seguido su propio camino, se desató en un llanto de agonía. No pudo decir más, y salió apresurada de la habitación; Ezra fue detrás de ella. Quedó solamente Peonía, y fue ella quien tuvo que decírselo a David. Se acercó a él y se lo dijo con palabras suaves, afables y rápidas.

— Leah entró sola en la habitación contigua, mientras yo estaba aquí restañándote la sangre con mi cinta de seda. Levantó la espada, se la hundió en el cuello... y se le escapó la vida.

Él cerró los ojos. ¡Aquella espada, envuelta en la basta tela de los fardos de la caravana, la veía hundirse en la carne de Leah! De repente sintió náuseas, y Peonía gritó y sostuvo la colcha debajo de su boca.

— ¡Aun muerta te hace daño! — gimió.

David cayó exhausto sobre la almohada.

— ¡Chist! — habló jadeante—. Tú no podrás comprender nunca.

Estas palabras cayeron como piedras en el blando corazón de Peonía. No replicó; no podía, desde luego. Levantó la colcha y la llevó para que la limpiaran; antes de volver junto a David, se paró detrás de una puerta y se enjugó los ojos con las mangas, durante un momento. Luego se volvió hacia un lado y entró en la habitación donde el carpintero terminaba su trabajo. El pesado ataúd de madera de alcanforero estaba hecho y la tapa dispuesta, apoyada contra la pared. Dentro de él los criados habían colocado ya el cuerpo de Leah. Habían

terminado su tarea. Peonía no había hecho nada, ni tampoco Wang Ma. Las doncellas inferiores habían trabajado solas. Solamente quedaba una joven doncella para alisar las ropas y poner una vela entre las manos cruzadas, para que alumbrase el alma de la muchacha muerta en su camino.

—Le cubrí el cuello —murmuró la doncella. Había puesto un pliegue de seda a través de la herida.

Peonía se acercó y miró a Leah. La sangre se había agotado y la cara parecía delgada e irreal, como si estuviera hecha de alguna blanca sustancia transparente. Sus ojos estaban hundidos y las largas pestañas oscuras eran espesas sombras sobre sus mejillas. El hermoso cabello negro caía hacia atrás desde la pálida frente y sus labios estaban apretados y duros.

Alguien tropezó en el umbral, y Peonía levantó la vista. Era el rabino, inclinado sobre su cayado. Extendía las manos, palpando el camino en un terreno desacostumbrado.

—¿Quiere conducirme alguien hasta mi hija? —preguntó éste con su profunda voz afligida.

Peonía se acercó, le cogió de la mano, le condujo adentro y estuvo a su lado mientras él parecía mirar la cara de Leah.

—Veo a mi hija —dijo al fin—. La veo con su madre. Su madre bajó a sacarla del infierno. Ella llevará a su hija ante Jehová y le llorará hasta que él la oiga. —Murmuró para sí mismo, el anciano rabino continuó—: La madre llorará..., se golpeará el pecho, y Jehová escuchará su voz. Leah, hija mía, el Señor escudriña todos los corazones y comprende todos los pensamientos. Si tú lo buscas. Él será hallado por ti.

Tan apasionado estaba el anciano en su solitario murmullo, dirigido a la muchacha muerta, que la doncellita sintió miedo y se fue. Peonía quedó sola. Ella también estaba aterrada, pero compadecía al padre.

—Venga y descanse, anciano maestro —dijo dulcemente, y tomó el borde de su manga y tiró de él.

Ante el sonido de su voz el rabino se volvió hacia ella. Sus ciegos ojos se abrieron mucho y la larga barba blanca le temblaba.

—¿Quién eres tú, mujer? —gritó en voz alta.

Peonía se sintió incapaz de moverse. Aquel anciano alto llenaba su alma de terror.

Su poderosa voz gritó de repente, por encima de su cabeza:

—¡Dios ha privado a esta mujer de su sabiduría! ¡No le ha dado conocimiento! Ella busca su presa y sus ojos están muy lejanos. Donde están los asesinos, allí está ella.

Extendía los brazos como para agarrarla, y Peonía, al ver aquellas manos delgadas, bellas y terribles en su fuerza, se volvió y huyó como si en verdad la persiguieran.

El rabino oyó los pasos que huían. Escuchó, y una sonrisa de astuto placer pasó por su cara.

—Alejaos de mí, vosotros, forjadores de la inquietud —murmuró. Levantó los ojos y parecía mirar profundamente en torno suyo. Luego suspiró y con dificultad camino a tientas por la habitación. Dio vueltas y vueltas, y llegó de nuevo, sin darse cuenta, al ataúd; lo palpó cuidadosamente de arriba a abajo, metió la mano dentro y tocó los pies y las rodillas de Leah y sus frías manos. Cuando encontró la vela, la

sacó y la tiró al suelo. Entonces, muy lentamente, temblándole la cara de horror y agonía, con las puntas de los dedos le palpó la herida del cuello y la delgada cara exhausta de sangre. Le habían dicho que Leah había dirigido la espada contra sí misma. Ezra se lo había contado, pero no lo había comprendido entonces. Pero ahora acababa de darse plena cuenta; fue demasiado. Cayó sobre el piso de piedra, inconsciente, y allí lo encontraron, horas más tarde, cuando las mujeres del entierro llegaron, para llenar el ataúd de cal y con ellas el carpintero para cerrarlo. Levantaron entre todas al anciano, lo colocaron en un canapé y fueron a decírselo a Ezra y a *madame* Ezra.

Fue *madame* Ezra la primera en saber el nuevo desastre que había sobrevenido. El anciano rabino volvió en sí. Suspiró, un gemido brotó de sus labios y luchó como si peleara con un espíritu invisible. Wang Ma lo estaba vigilando y corrió a llamar a *madame* Ezra.

Cuando ésta entró en la habitación, él abrió los ojos. *Madame* Ezra le habló dulcemente:

—Padre, estoy aquí.

Pero los ojos sin vista del rabino solamente se mantenían fijos.

—¡Oh, señora, su alma está perdida!

Indudablemente lo estaba. Durante días el rabino no habló en absoluto. Seguía acostado en su canapé, tomaba la comida, pero guardaba silencio. Ni para orar hablaba. Cuando un día, sin motivo, abrió la boca, fue para decir algo sin sentido. Su alma se había ido para siempre. No conocía a nadie y no recordaba nada, excepto la época en que Leah era niña y su madre estaba en la casa con él.

Así entró el rabino en el cielo antes de morir. Ezra, con la gran bondad de su corazón, dijo a los criados:

—Preparad un lugar para él. Yo lo cuidaré mientras viva.

Hablaba sin darse cuenta de su propia voluntad, pero el corazón de *madame* Ezra estaba conmovido. Cuando los sirvientes se hubieron ido, volvióse ella hacia su marido y se humilló como no lo había hecho nunca.

—¡Qué bueno eres! —sollozó. Estaban de pie uno al lado del otro; ella alargó su mano para sentir la de él y se tapó los ojos con la otra—. Desearía haber sido más buena para ti, Ezra.

—Pero si has sido muy buena, querida mía —dijo él con agrado. Le tomó la mano y la retuvo.

—No, con frecuencia he estado de mal humor contigo —sollozó ella.

—Yo sé con cuánta frecuencia he puesto tu paciencia a prueba —replicó Ezra.

—Seré mejor —prometió *madame* Ezra.

—No seas demasiado buena, esposa mía —dijo Ezra, tratando de bromear para consolarla—. Si no, ¿cómo podría yo ser tu pareja? Me gusta tener un poco de mal genio a veces.

—Tú eres bueno... tú eres bueno —insistió ella; como él conocía su estado de ánimo, la dejó hablar. Tomó su mano, la pasó debajo de su brazo y la sacó de la habitación, hablando con animación cuando se iban.

—Ahora, mi Naomí, debemos recordar que nuestro hijo vive, y que es nuestro deber rehacer su vida y hacerlo feliz. Debe haber aquí niños de nuevo, y nosotros tenemos que olvidar el pasado.

Así hablaba él, obligándola a mirar de cara al porvenir; ella se dominaba y trataba de ser sumisa.

—Sí, Ezra —murmuraba—, sí, sí..., tienes razón.

Él estaba alarmado y preocupado ante semejante sumisión; temeroso de que estuviese enferma. Entonces razonó consigo mismo que aquello no duraría. Ella era una mujer de coraje y con el tiempo volvería a recuperar su genio y su salud, así que la dejó decir lo que quisiera. Pero el corazón de *madame* Ezra estaba dolorido con la pena y desorientado con el derrumbe de sus proyectos y la pérdida de todas las esperanzas. Cada vez estaba más débil, por el momento al menos.

—Ezra —dijo con voz trémula cuando él la hubo conducido a sus habitaciones y ayudado a acomodarse en su silla—, ¿qué haremos con nuestro hijo?

Ésta era la pregunta que había estado desgarrando sus pensamientos desde el mismo instante en que vio a Leah muerta.

Ezra se mostraba entero, sobrepuesto a su llorosa mujer; por primera vez en su vida se sintió superior a su esposa, a la que había amado a su modo; comprendió que la amaba de verdad. Tomó su gordezuela mano y la acarició.

—Pensemos solamente en su felicidad, querida mía —dijo zalamero—. Hagamos la boda lo más rápido posible.

Ella alcanzó hasta él unos ojos húmedos y humildes.

—¿Quieres decir...? —balbució.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Me refiero a la linda chica que él ama, a la hija de Kung Chen.

Iré a hablar con su padre y fijaremos el día en que de nuevo tendremos alegría en nuestra casa.

—Pero Leah... —empezó *madame* Ezra.

Ezra habló rápidamente, como si ya lo hubiese decidido todo:

—Será enterrada mañana, y nosotros le dedicaremos un mes de duelo. Para entonces David estará bien.

Madame Ezra no pudo responder a eso. ¡Un mes! Inclino la cabeza y retiró la mano. Ezra se quedó un momento más.

—¿Consientes, esposa mía? —preguntó con voz potente y sonora.

Madame Ezra asintió con la cabeza.

—Sí, consiento. —Su voz estaba llena de fatiga y no se rebeló ya.

Ezra se inclinó, la besó la mejilla y se fue sin decir otra palabra.

El día del entierro de Leah llovió, y Ezra le prohibió a David que dejara la cama. Esto le causó pesar porque David había jurado que estaba en condiciones de levantarse. Leah muerta había hecho presa de sus pensamientos como Leah viva no había sido capaz de hacerlo. Tenía una sensación de culpabilidad que no podía sondear. Se decía que si hubiese sido más paciente aquel último día, ella no habría perdido su razón enteramente y él hubiera podido salvarla. Parecíale, pues, que debía acompañar su cuerpo a la sepultura.

Pero Ezra no quiso acceder, y David se quedó asombrado por la fuerza que había en la fisonomía y en la voz de su padre y por la energía de su determinación. Además, su madre no habló para disentir, David la miraba para que se pusiera de su parte, pero lo que ella dijo le causó más asombro todavía.

—Hijo mío, obedece a tu padre —aconsejó.

Con ambos unidos contra él, David no podía discutir, así que se limitó a levantarse, a ir a la habitación donde estaba el ataúd ya cerrado de Leah. Allí estuvo de pie, apoyado en un sirviente; Peonía a su lado, para vigilar si se desmayaba; allí siguió parado mientras se lo permitieron. Los portadores levantaron el pesado ataúd y los pocos que componían el cortejo fúnebre lo siguieron. El rabino estaba allí, admirado y sonriente, no así Aarón. Hasta aquel día no había sido hallado; Ezra decía que debía haberse escapado de la ciudad.

—Cuando todas nuestras preocupaciones hayan terminado, yo lo encontraré y lo traeré de vuelta —le dijo a *madame* Ezra—. Después de todo, ¿quién lo echa de menos? El rabino lo ha olvidado todo, y Leah se ha ido.

David se quedó observando afligido, mientras la pequeña comitiva atravesaba el patio y salía por la puerta; luego se volvió a su cama. Allá se quedó con los ojos cerrados; Peonía era demasiado prudente para hablarle. Estaba sentada a su lado, dejándole sentir su presencia en silencio. David no hablaba y Peonía no lo molestó. Sabía que la pena debe agotarse antes que la alegría pueda ocupar su lugar, pero bien comprendía que la pena también pasa.

Fuera de la ciudad, en el terreno situado sobre una colina, que era el lugar de descanso de los judíos, Leah fue depositada en tierra, al lado de su madre. El rabino, su padre, estaba entre Ezra y *madame* Ezra, sonriendo ciego bajo el frío sol de otoño. Pero cuando habló Ezra, él obedeció inesperadamente.

—Rece, padre —le ordenó Ezra, en alta voz, al oído.

El anciano rabino alzó la cara al cielo.

— ¡Qué ardoroso está el sol! — murmuró. Y luego, después de un instante, empezó a orar así —: ¡Mira desde el cielo y contempla desde la morada de Tu santidad y Tu gloria! Tú, sin duda, eres el Padre, aunque Abrahán nos ignore e Israel no nos reconozca. Tú, ¡oh, Señor!, eres nuestro Padre. Tu nombre sempiterno. Nosotros somos tuyos...

Y entonces el rabino se imaginó que estaba en la sinagoga y, por costumbre, extendió las manos y gritó:

— ¡Dios, nuestro Señor, Jehová, el único Dios verdadero!

Alrededor, los transeúntes se paraban con curiosidad a observar y miraban con asombro; los chinos portadores del ataúd se quedaron admirados ante la extraña figura de aquel anciano.

Así, sin saberlo, oró el rabino sobre la sepultura de su hija muerta. Ezra vio llorar a *madame* Ezra, se interpuso entre ellos y los sostuvo a los dos; cuando estuvo llena la sepultura y el césped bien apretado sobre la tierra, los sacó de allí y los acompañó hasta la casa.

IX

Para el noveno mes de la luna^[7], en una época en que el calor desaparecía y el frío todavía no había llegado, fue concertado el casamiento de David. Habían pasado treinta y tres días desde la muerte de Leah, y el césped sobre la sepultura aún estaba verde.

Así lo vio David la primera vez que fue a mirar la sepultura. Había asentido en silencio cuando su padre le dijo que la boda estaba decidida y siguió silencioso cuando escuchó que se había hecho cambio de regalos.

— ¿Te agrada esto, hijo mío? — había preguntado Ezra, finalmente.

— Sí, padre, si les agrada a mi madre y a usted — respondió David.

Estaba repuesto de su herida, pero le había dejado una cicatriz en la frente que seguiría allí mientras él tuviera vida. Aunque su carne estaba curada, no había recuperado su espíritu. Pasaba indiferente muchas horas del día, pero de noche dormía mal, y su antigua y sana voracidad por la buena comida no había vuelto a sentirla. Todo esto lo veía Peonía, pero no decía nada. Lo atendía como lo había hecho en otros tiempos, cuando era niño; *madame* Ezra no se lo prohibió ya.

— Dime lo que te agradecería, hijo mío — dijo Ezra ansiosamente.

Puso su mano, grande y afectuosa, sobre la delgada de David, que se encogió, rehuyendo el contacto de su padre. Lo notaba demasiado vehemente, demasiado importuno y excesivamente afectuoso. Sus fuerzas no eran suficientes todavía para afrontar el amor de su padre.

—Ya sé que debo casarme —dijo David.

—No tienes porque hacerlo..., si no quieres —dijo Ezra con expresión abatida.

—Sí, debo hacerlo —contesto David.

—No, si no amas a esa hija de Kung —dijo Ezra.

—Tal vez no ame a nadie todavía —dijo David con una ligera sonrisa.

Ezra se quedó preocupado. Volvió a sentarse y puso las manos sobre las rodillas.

—¿Creía que le escribías poemas! —exclamó.

—Escribía..., pero... —murmuró David.

—¿Dejaste de hacerlo antes...? —preguntó Ezra, y no pudo continuar por no mencionar a Leah.

—¿Antes de que muriera Leah? —terminó David por él—. No..., sí, dejé un poema sin terminar. Y fue porque encontré a Leah... en el jardín de los duraznos.

—¿Sientes pena por ella? —inquirió Ezra.

David meditó antes de hablar. Estaban sentados en la habitación de su padre, porque Ezra lo había mandado llamar para decirle que se habían ultimado los esponsales.

—No —dijo David al fin—. No tengo pena. Pero desearía que no hubiese muerto... como murió. Y si hubiese vivido...

Volvió a hacer otra pausa.

A Ezra se le erizaron los pelos del cráneo, brazos y piernas.

—¿Te habrías casado con ella? —preguntó cuando vio que la pausa de David se prolongaba demasiado.

Meneó la cabeza lentamente. Al hacerlo palpó la cicatriz sobre su cabeza dolorida.

—No —dijo, y luego, con más energía repitió—: No, padre, de seguro que no. Pero si Leah hubiese vivido, me habría casado con más alegría con ésta. ¿Puede usted comprenderlo?

Ezra abrió la boca con asombro, volvió a mirar a su hijo y meneó la cabeza. Aquello era más de lo que podía comprender.

—¡Pobre padre! —dijo David con ternura—. ¿Para qué voy a preocuparlo? Me casaré, tendré hijos e hijas y llevaré una buena vida. Después de la boda volveré a la tienda y todo marchará como antes, si no mejor... mucho mejor.

Se levantó, puso una cara sonriente, hizo una inclinación a su padre y se fue. Detrás de él, Ezra se quedó sentado, lleno de dudas durante mucho rato; luego suspiró y se fue a su tienda, el labio inferior hacia fuera y de mal humor para el resto del día.

En cuanto a David, estuvo intranquilo y tan irritable con Peonía, que ella abandonó todo intento de complacerlo y se quedó sentada tranquilamente con su costura. Ésta solía hacer algún bordado, pero aquel día no estaba trabajando con sedas. Tenía un trozo de fino hilo blanco en forma de la planta de un pie entre sus manos.

David observaba cómo se movían sus deditos de dentro para fuera de la tela, tirando de la aguja hacia arriba, abajo y de través; al fin le preguntó que hacía.

—Tienes los pies delicados por haber estado en cama —le respondió con calma—. Sé que los calcetines que hacen las criadas te hacen daño. Y los estoy haciendo con costuras lisas, de manera que no hay bordes por dentro que puedan molestarte.

No respondió él a esto, sino que continuó sentado en su silla, mientras la miraba tontamente.

—Me voy a casar, Peonía —dijo de repente.

Levantó ella los ojos hasta él, y luego sus párpados volvieron a posarse sobre la costura.

—Ya lo sé —dijo.

—¿Estás contenta ahora conmigo? —preguntó él.

—No me corresponde a mí estar contenta ni descontenta —dijo dulcemente.

—Tú seguirás aquí, Peonía, exactamente como has estado siempre —siguió él.

—Gracias... —dijo ella. Y luego añadió—: joven amo.

No prestó atención a esto.

—Supongo que tú también querrás casarte algún día —dijo bruscamente.

—Cuando eso ocurra ya se lo diré —replicó ella. Entretanto, sus dedos volaban muy rápidos, la aguja penetrando y saliendo. David no estaba pensando en ella, bien lo sabía. Su imaginación vagaba sobre sí misma, pero no estaba preparada para su intempestiva declaración.

—Quiero ir a ver dónde está enterada Leah —dijo.

Dejó Peonía la tela sobre sus rodillas y lo miró, exasperada de amor.

—¿Y por qué ir hoy? —inquirió—. Es mala suerte enlazar la muerte con la vida.

—Si voy a ver su sepultura, me daré cuenta de que está muerta —dijo él de un modo extraño.

Peonía lo miró con interés.

—Pero tú sabes que Leah está muerta —razonó.

—Yo sigo viéndola —replicó David.

Estaban sentados en la habitación donde había muerto Leah; Peonía lo recordaba, pero no quería volver a representárselo en su imaginación.

Anteriormente habían pensado muchas veces que las habitaciones de David deberían trasladarse a cualquier otra parte de la casa, pero en un principio había estado demasiado delicado para cambiarlo, y luego, cuando se habló de ello, se negó, diciendo que aquéllas habían sido sus habitaciones desde la infancia y que le gustaban más que otras. Pero en lo más recóndito de su pensamiento, Peonía tomó la resolución de decirle a *madame* Ezra que David debía iniciar su vida de casado en otros aposentos, en patios más grandes, y que sus actuales habitaciones se deberían clausurar o dejarlas para forasteros.

Dobló la tela y la metió en una caja con incrustaciones de marfil donde guardaba las cosas de costura.

—Si deseas ir a la sepultura, iré contigo —dijo.

— ¿Ahora? — preguntó él.

— Ahora — convino ella.

Así sucedió que en aquel apacible y sereno día de otoño, David fue en su coche de mulas fuera de las murallas de la ciudad, a ver el sitio en que Leah estaba enterrada. Era un lugar tranquilo, cercano a la ribera del río y no lejos de la sinagoga. David lo conocía bien, porque allí estaban enterrados sus abuelos y sus antepasados, entre otros muchos judíos que habían muerto durante los siglos de su residencia en la ciudad. Las sepulturas eran altas, como las sepulturas chinas, y las lápidas pequeñas.

Peonía lo condujo a la sepultura de Leah, pues ella sabía dónde estaba. No había asistido al entierro, puesto que se había quedado con David, pero Wang Ma le había dicho que la sepultura quedaba al Este, separada del río y al lado de la sepultura de su madre.

Allí fueron y David se sentó sobre la chaqueta que Peonía dobló sobre la hierba. El lugar era silencioso, el aire húmedo y frío bajo un cielo gris. Alrededor de ellos se levantaban los altos sepulcros, pero David sólo miraba el de Leah. La tierra estaba fresca bajo el césped que habían colocado encima y que había echado firmes raíces. Unos cuantos asteres silvestres, de color púrpura, crecían sobre la hierba.

— No puedo creer que ella esté aquí — dijo David al cabo.

— Pues ahí está — contestó Peonía con firmeza.

— ¿Tú crees en el espíritu? — preguntó David.

— Yo no pienso en los espíritus — respondió Peonía. Estaba de pie a su lado, pero se inclinó y apretó las mejillas con las palmas de las manos — . ¿Sientes escalofríos? — preguntó.

David meneó la cabeza.

—Déjame solo un rato —le ordenó.

—No quiero —replicó Peonía—. Tengo el deber de quedarme contigo; si no me echarían la culpa de cualquier daño que pueda ocurrirte.

Se quedó de pie, a su lado, erguida su figurilla, de cara hacia la sepultura, pero sus ojos miraban más allá. Sobre la baja muralla veía los campos y las villas, y más lejos, la brillante superficie plana del río y la vela de un bote que se izaba en el mástil. Lo que David tenía en la cabeza no lo sabía, pero no se lo cedería al espíritu de Leah. Creía profundamente en los espíritus, y sabía que el espíritu de los muertos se adueña siempre de los vivos. Resistiría al espíritu de Leah con todas las fuerzas de su ser.

«Quédate en tu sepultura —decía en silencio, y oponía su voluntad a la de Leah—. Lo has perdido y no le harás daño nunca más».

Así se mantenía firme ante el espíritu de Leah y todo lo que ella había significado, por último, David suspiró y se puso en pie.

—Está muerta —dijo tristemente.

—Déjame ponerte esta chaqueta —dijo Peonía—. Tienes el cuerpo frío.

David se estremeció.

—Tengo frío... —dijo—; vámonos a casa.

—Sí, sí —convino ella haciéndole apresurarse para llegar al coche de mulas. Cuando éste los dejó sobre el áspero camino de guijarros ante la puerta de la casa, lo hizo bajar de prisa del coche, lo llevó a sus

habitaciones, hízole meterse en la cama y fue a buscar una piedra caliente para los pies y caldo para que bebiera; luego se sentó a su lado hasta que se durmió: Después le contó fielmente a *madame* Ezra lo que había sucedido. *Madame* Ezra la escuchaba, sus oscuros y trágicos ojos fijos en la cara de Peonía, que se hacía fuerte, precavida ante su mal genio. Pero *madame* Ezra no estaba incomodada. Oyó, suspiró y luego dijo sosegadamente:

—Ahora que ha visto la sepultura, olvidaremos el pasado y nos prepararemos para el porvenir.

Era la primera vez en su vida que Peonía le había oído semejantes palabras a *madame* Ezra, para quien el pasado había sido siempre lo más caro, compadeció a aquella mujer de edad y sintió un nuevo cariño por ella.

—Mi querida señora —dijo dulcemente—, le prometo que el porvenir será bueno también para usted.

Madame Ezra meneó la cabeza y dos lágrimas cayeron de sus ojos.

—Si Dios quiere —murmuró.

Peonía hizo una inclinación y no respondió a esto, pero conforme iba para su habitación pensaba para sí que los dioses tienen poco que ver con la felicidad de los mortales.

El día de la boda de David amaneció despejado y frío. Era un día aislado en el calendario, a principios de invierno. No quedaba cerca de ningún día de fiesta, ni evocaba recuerdos de por sí. Era sencillamente un día elegido por el quiromántico a instancias de Kung Chen, un día afortunado en que los horóscopos del hombre y la mujer se encontraban bajo la estrella de la fortuna.

Puesto que era joven, habiendo recuperado plenamente su fuerza y salud, y como su corazón estaba ansioso e impaciente de volver a vivir, David se levantó con cierta excitación e incluso con alegría. Había dejado que sus pensamientos acerca de la linda muchacha que iba a ser su esposa fueran adueñándose poco a poco de su mente. Era inevitable, se decía. Aunque su madre hubiera deseado poner a una muchacha de su raza en el lugar de Leah, no la había. Entre su pueblo los pobres abundaban más que los ricos, y no había familia equiparable a la de Ezra. A pesar de su celo, sabía que su madre era demasiado prudente para llevar a la casa una nuera con demasiados parientes pobres y voraces. Ya que no Leah, ¿por qué no iba a ser la linda muchacha que él había visto y a quien sabía que podría amar?

Pensando así, aflojó David los brazos que habían atado su corazón y recibió con alegría el día de su boda.

Nunca lo había encontrado Peonía tan antojadizo ni tan voluntarioso. Se levantó temprano y se dio tres baños, el último perfumado; no le satisfizo la forma en que tenía rizado el cabello, y tuvo ella que cepillárselo lo más que pudo con aceites aromáticos. Había querido nuevas prendas de vestir, las cuales habían sido hechas en seda amarilla, pero ahora deseaba que fueran verdes. El amarillo, decía, lo hacía parecer demasiado moreno.

Peonía, al final, perdió la paciencia.

— ¡Pero si tú mismo las encargaste amarillas! — gritó.

— Debiste haberme aconsejado lo contrario — dijo él con desagrado.

— Quédate tranquilo — insistió ella—. No hay tiempo de hacer otras.

De suerte que se vistió de amarillo; luego le gustó, después de todo, porque sus trajes chinos eran de un azul brillante y la ropa interior amarilla hacía un agradable contraste. Sobre el brocado de seda azul llevaba una chaqueta de terciopelo negro abrochada por delante con botones de jade. Para que su pequeña novia no se asustara, David había decidido llevar atavíos enteramente chinos aquel día; sobre la cabeza se puso un gorro redondo de raso negro rematado con un redondo botón rojo.

Cuando estuvo listo, se paró delante de Peonía para su inspección y cuando ella lo vio allí, alto y sonriente, con la cabeza erguida y los pies juntos, las lágrimas inundaron sus ojos.

Dio él un paso hacia delante rápidamente y la rodeó con sus brazos.

—¡Peonía! —dijo dulcemente—. ¿Por qué lloras?

Ella apoyó su mejilla un momento sobre él. Luego se rió y se deslizó de entre sus brazos.

—¡Estás demasiado hermoso! —declaró. Quiso arreglar algunos detalles—. Permíteme que te ponga bien el cuello. ¿Has frotado almizcle en las manos como te mande? Serás muy feliz, lo sé..., David... ¡Me lo dice el corazón!

—Pero ¿tú serás feliz? —insistió él.

Volvióse ella, grave entonces, le tomó una mano y la puso en su mejilla.

—Soy feliz —dijo dulcemente—. Ahora sé que viviré en esta casa... hasta que muera.

Con estas palabras salió corriendo tan veloz como una

golondrina. Pero él recogió sus palabras y las consideró. ¿Lo amaba tanto? Se estremeció al pensar en ella. Peonía no le pediría nada. Podría vivir allí enteramente feliz, contenta con lo que la vida daba, sin ninguna violencia del corazón o del espíritu, ni nada que estuviera en desproporción con lo que ella era. Cuidaría de su bienestar y lo conservaría a su lado mientras viviera, no enteramente como su hermana, pero sí algo más que como una sirvienta. Sería bueno con ella.

Se acercaban su padre y su madre. Los vio entrar por la puerta, uno al lado del otro, vestidos con las ropas para la boda. Ambos se habían comprado trajes nuevos; el de Ezra era de raso castaño, y el de *madame* Ezra tenía el color profundo de las uvas purpúreas, bordado de oro. Ezra se había quitado su gorrito; el cabello gris de *madame* Ezra estaba libre. Llegaban con pasos medidos, en silencio; él salió a su encuentro y se inclinó ante ellos. Vio que su madre había estado llorando, porque tenía los ojos hinchados y le temblaban los labios todavía; sin embargo, no habló. Fue Ezra quien dijo lo de rigor:

— ¿Estás contento, hijo mío? — preguntó.

— Muy contento — replicó David, con firmeza.

Se inclinó, y ellos se inclinaron ante él; luego se fueron todos al gran salón, y allí esperaron.

En otra habitación Wang Ma y Peonía también esperaban a la novia. Las sirvientas y las criadas inferiores, expectantes y excitadas murmuraban y atisbaban por cada rincón y ventana. ¿Era linda la nueva novia? ¿Sería buena para ellas? Había rumores de que era la muchacha más bonita de la ciudad, pero esos eran los rumores corrientes siempre antes de que se viera a una novia.

Al mediodía, exactamente, la silla de manos de la novia, cubierta con cortinas de raso rojo, y una pequeña silla de manos para Chu Ma,

llegaron a la puerta principal; con ellas llegaron los coches de mulas, con armas, que traían a la familia de la novia y a sus ayudantes. La silla de manos fue conducida a los patios y de allí al lugar donde estaba Peonía y Wang Ma. Chu Ma bajo primero de su silla. Pero Peonía en persona, con una palabra de cortesía, abrió las cortinas de la litera de la novia, y le ofreció sus brazos. De todos los ámbitos del patio surgieron suspiros y exclamaciones.

— ¡Ah, es muy linda!

— ¡Ah, era todo verdad!

— ¡Mira qué ojos tan grandes!

— ¡Qué pies tan pequeños!

Si la novia lo oyó, no dio señales de ello. Se detuvo delicadamente en el umbral de la puerta, una mano en el brazo de Peonía y la otra apoyada en Chu Ma.

— ¡Con cuidado, señora mía! —le dijo Chu Ma en voz alta. No le parecía digna de ella la presencia de las otras sirvientas, y siguió adelante para acomodar el almohadón de la silla preparada para la novia y ver si era bastante blando. Luego gritó imperiosamente—: ¿Dónde está el té? ¿Es del mejor? ¡Mi señora bebe solamente té del que está preparado con las hojas arrancadas antes de la lluvia!

Pero Peonía lo tenía todo preparado.

Después de estar sentada un rato, la curiosidad de la pequeña novia fue en aumento, y ya que sólo había mujeres en la habitación, se levantó el velo y miró alrededor con sus grandes ojos negros.

— ¿Va a ser esta mi habitación? —preguntó con su voz dulce y atiplada.

—¡Chist! —dijo Chu Ma. Frunció los labios—. ¡Las novias no tienen que hablar..., ya te lo dije, niña desobediente!

—Yo quiero hablar —dijo voluntariosa la novia—. Además, tú dijiste que eso era sólo si había un hombre en la habitación.

Todas se rieron al oír esto y ella ríó también. Entonces vio a Peonía de pie allí cerca.

—¡Me alegro de que estés en esta casa! —exclamó—. Tú no eres mayor que yo, ¿verdad?

—Tengo dieciocho años, señora —dijo Peonía.

—Lo mismo que yo —dijo la novia, y batió palmas; todo el mundo volvió a reírse. Entonces se inclinó hacia Peonía—. Dime..., ¿es muy extraña esta madre?

Peonía negó con la cabeza y se puso la mano sobre la boca para ocultar su sonrisa.

—Pero ¿es extranjera? —insistió Kueilan.

—Sí..., pero no tanto como era —dijo Peonía.

Madame Ezra, desde luego, había cambiado mucho. Se había vuelto muy callada y no siempre hacía prevalecer su voluntad. Cuando Leah murió, algo murió en ella también. Esto lo habían notado todos, sin comprender lo que era. Pero Peonía se daba cuenta.

En aquel instante se sintieron pisadas en el patio. Levantaron la vista; allí estaba David. Se produjo un revuelo, porque aquél no era el momento en que había de aparecer.

Chu Ma gritó alarmada.

— ¡El velo, chiquita!

Pero Kueilan no levantó la mano hasta su velo. En lugar de hacerlo, miró a David, y éste a ella. Todos los presentes se quedaron asombrados ante lo que veían, y lo tomaron por una costumbre extranjera.

— Sé que estoy haciendo algo que puede considerarse incorrecto —le dijo David a Kueilan, con la mayor dulzura. La miraba sin vergüenza y, desde luego, con el mayor placer.

Ella no respondió, pero le devolvió la mirada como si hubiera olvidado que debía bajar los ojos. Se miraron mutuamente, y luego dijo ella con vocecilla entrecortada:

— ¡Creo que no es malo!

— Entonces estamos de acuerdo —respondió David, y después de otra larga mirada, hizo una inclinación y se fue.

Cuando se hubo ido, se sentó sonriente, como una pequeña diosa, y no escuchó una palabra del regaño de Chu Ma ni las sofocadas risas de las demás. De suerte que dejó a Chu Ma que desprendiera el velo y se quedó sentada bajo él, con los ojos brillantes y la boca gazmoña.

Pero Chu Ma continuaba regañando y decía frenética:

— No está bien que el novio vea a la novia demasiado pronto... Eso da mala suerte al matrimonio.

Nadie le prestó atención, porque Peonía las apremiaba para la ceremonia.

— Permítame que la conduzca al salón —le dijo a la novia.

La figurilla de tieso ropaje bordado de raso rojo escarlata se apoyo sobre su brazo; Chu Ma iba al otro lado. Todas las sirvientas las siguieron. En el gran salón esperaba Kung Chen, con su esposa y sus hijos a su lado. Al otro lado de la habitación, Ezra, *madame* Ezra y Kao Lien estaban de pie. Se había hablado de que el rabino estuviera presente; pero aquella mañana, cuando Ezra fue a ver al anciano a las habitaciones que ocupaba, lo encontró tan ofuscado y nervioso, que temió presentarlo ante los invitados, dejándolo al cuidado del viejo Elí, a quien habían traído para servirlo. En cuanto a Aarón, nadie sabía de él.

La familia de Kung no echo de menos ni al rabino ni a su hija. Observaron la entrada de su hija con sentimientos contradictorios y naturales en ellos. Los hijos sentían temor por su hermana, sobre todo el más joven. El mayor compartía con su padre la prudencia en los negocios y las ideas sobre la unidad dentro de la nación. Por intermedio de su hermana, la casa de Ezra dejaba en gran parte de ser extranjera, y puesto que Ezra era conocido como un buen hombre, y rico además, eso era bastante. *Madame* Kung estaba serena; no se complicaba jamás con precauciones ni exceso de pensamiento. Veía que la muchacha tenía el aspecto debido y pensaba que el matrimonio era bastante bueno para una hija tercera, aunque estaba íntimamente complacida por el hecho de que las dos chicas mayores estuvieran ligadas con acaudaladas familias chinas. Contuvo un bostezo, contempló a *madame* Ezra, y la compadeció por ser tan alta y tener una nariz tan grande.

Solamente Kung Chen experimentaba los íntimos sentimientos de amor, duda y ternura que hacían de él un padre. ¡Su pequeña tercera! Se había criado en su casa sin que le hubiera prestado mayor atención que a cualquiera de sus hijas; pero ahora, mientras la veía deslizarse con pasitos lentos por la habitación, recordaba cuán rosada y sonriente había sido de chiquita; las pocas veces que había llorado; cómo cuando empezó a caminar había tenido terribles rabietas, afirmando los pies y

apretando los puños, y cómo se había reído siempre de ella hasta que desaparecía su enojo. Recordaba que una vez se había caído en el estanque de los peces y que él la había sacado y dejado llorar contra su hombro, mojándose con sus ropas empapadas; cómo le había comprado compota de manzanas ácidas para alegrarla cuando volvió con ropas secas.

—¿Cómo viniste a caer en el estanque de mis peces? —le había preguntado riéndose.

—Los peces tiraron de mí —había insistido ella, y él había vuelto a reírse.

Era una criatura atractiva, con cerebro de mariposa y alma de gatita; pero su cuerpo, esbelto y redondeado, era hermoso. Esperaba que el joven fuera bondadoso y paciente; le dirigió una mirada a hurtadillas. David estaba de pie, sus ojos convenientemente desviados de la novia. Kung Chen analizó su fisonomía. «Hermoso, de espíritu elevado, inteligente..., sí, y quizá, para un joven, muy bueno —se dijo. Entonces suspiró—: ¡Esperemos que el joven no se canse de mariposas y gatitas!». Su cerebro volvió casualmente al día de su boda y recordó el placer y las esperanzas que había alimentado, y luego la larga y lenta desilusión. Pero había tenido hijos y aprendió a comprender que la vida está hecha de un conjunto y no de un solo amor. Era bastante, quizá, con que el hombre fuera bueno y la mujer bonita.

Kao Lien se adelantó como amigo común que iba a presidir la ceremonia y dio instrucciones a la joven pareja. Bajo sus órdenes se inclinaron ellos por turno ante las dos familias y luego ante la inscripción de la pared que ocupaba en aquella casa el lugar de las tablas de la ley; luego bebieron el vino mezclado y partieron una sola hogaza. Los ritos eran mixtos, basados en los chinos, pero con concesiones recíprocas, distintos de los establecidos.

Fueron breves y se realizaron pronto; luego la novia fue instalada en su asiento, donde podía ser vista y observada por todos, pero no debía levantar la vista ni hablar, ni parecer prestar atención a nadie. Ni podía David, por delicadeza, prestarle atención, pero la miraba furtivamente y su sangre empezaba a acelerarse. Era muy hermosa, sin duda alguna. Detrás de las hebras de su velo bordado con abalorios, las líneas de su carita eran suaves y encantadoras, y su boca era roja. La compadecía por tener que estar sentada tanto tiempo bajo el pesado tocado de su cabeza, cargado de ornamentos de plata y oro, y se prometió que por la noche, cuando se lo quitara, la consolaría y le preguntaría si le dolía la cabeza. Pero otros vieron sus miradas y empezaron a hacerle bromas por impaciente; David se avergonzó y se dejó llevar a los juegos de beber vino y servirse exquisitos bocados.

Las grandes puertas que daban a la calle fueron abiertas de par en par, de modo que todos los que quisieran pudiesen entrar y comer en las mesas puestas en los diferentes patios; entraron centenares a comer vorazmente y con ruidosas expresiones de agradecimiento. Ezra, en su ir y venir, vio grandes cuencos de carne de cerdo entre el pescado, carne de ternera y aves, pero nada dijo. «También hay carnero para los mahometanos –pensaba–; dejadlos que coman de acuerdo con su religión».

Así pasó el día de bodas, entre fiestas, música y risas. Kung Chen y Ezra se dedicaron a brindar con vino una y otra vez. *Madame* Ezra invitó a *madame* Kung. Ambas señoras se veían por primera vez; cada una encontraba extraña a la otra y les era difícil conversar; pero estaban resueltas a ser lo más consecuentes posibles. *Madame* Kung pensaba para sí que *madame* Ezra era demasiado enérgica como mujer y esperaba que no tuviera muy mal genio. Pero daba por descontado que *madame* Ezra procuraba con empeño serle agradable. Y así, aunque el día fue tedioso para las dos damas, de algún modo transcurrió.

Cuando se hizo de noche y la joven pareja fue conducida ante la puerta, llegó el momento de las despedidas y la casa fue quedando en silencio. La tranquilidad reinó en todas partes. Los sirvientes, fatigados y hartos de la comida de la fiesta, se quedaron todos dormidos rápidamente. Wang Ma gruñó una o dos veces en su cama. Cuando el viejo Wang le preguntó si le dolía algo, ella dijo:

—Sólo la barriga. Comí tres veces más dulces y carpa en vinagre de lo que debía.

—Pues yo comí de todo lo que me gustó y desafío a mi barriga a que diga algo —replicó el viejo Wang.

—¡Oh, no me cabe duda de que eres admirable! —respondió Wang Ma amargamente. Pero el viejo Wang ya estaba dormido.

La habitación de Peonía estaba muy tranquila. Había dejado temprano la compañía de los demás y había ido a la cámara nupcial. Dio allí los toques finales, colocando algunas flores en los vasos, velas nuevas y las pipas de plata, un plato con pastelillos, té caliente y un plato con los últimos duraznos de otoño, rosados y amarillos. Había perfumado las cortinas de la cama con almizcle y extendido una cubierta de terciopelo sobre la banqueta colocada delante de la alta cama. Luego, cuando no se le ocurrió nada más, encendió las velas y se quedó mirando entorno de la habitación. No sentía aflicción. No sabía cuál era su suerte ni para lo que había nacido; estaba agradecida de que su vida transcurriera allí y de poder ir a la habitación cada día, aunque fuera solamente para servir.

El silencio continuó en la habitación, después que se hubo ido. Chu Ma lo interrumpió por unos pocos minutos cuando, soplando con ansiedad, introdujo a la pequeña novia. Pero no era lo propio que ella se quedara, porque ya venía el novio.

—Siéntate, chiquita — murmuró imperiosamente, dirigiéndose a la novia—. Cuando él entre, no levantes la vista. Déjalo alzar el velo, pero no levantes la vista. Cuando te mande que lo mires y te ponga la mano en la barbilla, o si se queda de pie esperando, entonces levántate lentamente..., como te enseñe. Las pestañas son lo único que debe levantarse, y muy lentamente, chiquita. ¡Oh, cielos, ayudad a mi nena! —Y Chu Ma empezó a sollozar y a enjugarse los ojos con las mangas. Pero a la novia no le agradó nada aquello. Golpeó con un pie en el suelo y le dio un empujón a su vieja niñera.

—Vete, estúpida — dijo con demasiada claridad; las lágrimas de Chu Ma se secaron enseguida y su compasión se fue con ellas.

—¡Niña mala! — gritó en voz baja—. Espero que él tendrá fuerza bastante para apalearte. —Y revolviendo los ojos y frunciendo los labios, se marchó alborotada.

Silenciosa estaba la habitación cuando entró David. Esperó hasta que la última carcajada se hubo convertido solamente en un eco tras la puerta cerrada. Entonces se volvió hasta su novia. Kueilan estaba sentada sobre la cama entre las separadas cortinas, con los pies juntos sobre la banqueta, las manos cruzadas sobre el regazo y el velo todavía sobre la cara. Lentamente y en silencio cruzó él la habitación, levantó el velo y lo dejó sobre la mesa. Se quedó de pie al lado de ella, vacilante, el corazón latiéndole de prisa.

—¿Te duele la cabeza? — preguntó amablemente.

Ella no levantó la cara.

—Sí..., un poco. —Su voz era dulce y débil.

Él permanecía de pie, y ella esperaba, mirando fijamente sus pies. Ya que estaba sola tenía miedo, después de todo, y obedecía a Chu Ma

cuidadosamente. Pero si él no la tocaba ni le hablaba mandándole que levantara la vista, ¿tendría bastante valor para alzar la cabeza? ¿Y cuándo, si lo hacía, debería mirarlo?

Antes de que pudiera responderle, David se inclinó y le tomó la cara entre las manos.

—No hablemos esta noche —dijo—. Habrá tiempo para hablar mañana... y todos los días.

—Sí —murmuró ella, y sintió sus mejillas ardientes entre sus palmas.

—Seremos felices —murmuró él.

—Seremos felices —contestó ella, como un eco.

La noche transcurrió en silencio hasta después de las doce. Entonces Ezra se despertó al sentir ruido de sollozos. Había comido demasiado y bebido tanto, que se había hundido en un sueño sin fondo en el momento mismo de meterse en la cama. Pero le parecía que estaba siendo arrastrado fuera de la paz por algo penoso y lleno de dolor. Se despertó gruñendo y no fue capaz durante un momento de distinguir lo que oía. Entonces reconoció el ruido. ¡Naomí estaba sollozando! Para consolarla había dormido cerca de ella aquella noche. Salió tambaleándose de la cama y se dirigió a la habitación contigua, donde estaba la cama de ella. La oscuridad palpitaba con el ruido de sus sofocados llantos.

—¡Naomí! —gritó, y buscó a tientas la cama—. ¿Qué te pasa?

Ella no respondió y siguió sollozando. Encontró la mesa y encendió la vela. La luz cayó sobre la turbada cara de su mujer. Le era difícil creer que aquélla era la mujer hermosa que había cumplido su

deber tan valientemente en la boda de su hijo.

—Naomí, ¿estás enferma? —gritó.

—No —jadeó ella—. ¡No..., pero... estoy pensando... en que todo ha terminado! ¡Oh, desearía haberme muerto! Y tú también lo desearías, Ezra...; ¡lo sé! Pero quieres olvidarlo todo.

Sentose a su lado sobre la cama, le tomó una mano y empezó a darle golpecitos pacientemente. No sabía por qué, pero comprendía que aquél era el comienzo de otras muchas noches en que debería sentarse a su lado con paciencia y amor, esperando que pasase su pena.

—Vamos, Naomí —dijo soñoliento—, bien sabes que vamos a ser felices. David tendrá hijos... Piensa en esta casa llena de nietos.

Ella volvió la cara sin dejarse consolar.

—Yo siempre me he dicho... que cuando muriera... sería enterrada en nuestra tierra prometida.

—¡Así que realmente es por eso por lo que estás llorando ahora! —exclamó Ezra. Entonces se acordó de que debía tener paciencia—. Bueno, querida esposa, ¿quieres que te haga una promesa? Si lo deseas, te prometeré que cuando mueras llevaremos tu cuerpo a la tierra prometida. Yo me las arreglaré de algún modo.

Ella siguió acostada y en silencio durante un rato.

—Pero ¿tú te quedaras conmigo? —preguntó.

Suspiró Ezra.

—¡Ah, Naomí, tú quieres seguir con tus cosas, y no quieres dejarme a mí con las mías! No, mi vida, yo volveré solo para casa y aquí

moriré y aquí seré enterrado..., aquí donde yacen mis padres y donde están mis hijos.

Madame Ezra volvió a llorar.

— ¡Pero, Ezra, tú eres judío!

— Por esa misma razón — respondió él con firmeza —. Aquí hasta el suelo es bueno.

Y continuó dándole golpecitos en la mano con paciencia y amor.

Donde reinaba el silencio más profundo era en la habitación de Peonía. Cuando se acostó, sabía ya que no sería posible dormir. Durante toda aquella noche de bodas estaría acostada y en vela, con su espíritu en aquella otra habitación, revoloteando sobre David. Pero hizo todos sus preparativos de costumbre para dormir. Se lavó cuidadosamente, perfumó el cuerpo, limpióse los dientes, cepillóse el cabello y se puso ropas frescas para la noche. En todo el día no había sido capaz de comer, y había querido suponer que era porque estaba demasiado ocupada. Ahora, con la cabeza sobre la almohada de raso, se permitió recordar todos los detalles. No se le ocurría nada que hubiera estado mal y se alababa de ello. Cada plato estaba frío o caliente, en su punto, y los vinos fueron calentados hasta el grado necesario y nada más. La plata y el peltre brillaban, el marfil estaba claro, la madera pulida y limpia, y ni siquiera detrás de una puerta había polvo. En el momento exacto en que la novia estaba cansada, ella lo había visto y secretamente le había servido una taza de arroz caliente y se las había arreglado para que nadie la viera comer. Sabía que su felicidad dependía de ganarse el corazón de la esposa de David. Su nueva señora debía aprender a quererla y apoyarse en ella. Sí; más aún, debía permanecer entre marido y mujer y unirlos. Con ningún acto ni palabra debía separarlos, porque en su felicidad reposaba su propia seguridad..., en su felicidad y en su necesidad de ella.

Peonía era demasiado perspicaz para no ver claramente en qué podía consistir el porvenir. Conocía la medida de la mujer, su altura, anchura y su pequeñez, y conocía a David como a su propia alma. Ambos la necesitarían con frecuencia para restaurar la fábrica de su matrimonio, pero no debía dejarles saber nunca que conocía su necesidad.

Así, estaba acostada pensando, mientras pasaban las horas, pensando y tratando de evitar ver con los ojos de su imaginación aquella otra habitación donde el matrimonio estaba consumándose. Aquella noche no debía preocuparse, se decía..., ni aquella noche ni las muchas noches que la seguirían; no era un acto ni muchos, sino el conjunto, las vidas de todos en relación con la única que seguía siéndole más querida, lo que debía interesarle.

Esto siguió repitiéndose a sí misma durante muchas horas, mientras estaba acostada y miraba con resolución la oscuridad. Luego, de repente, oyó cantar un gallo. La noche había terminado y la madrugada estaba cerca. Su ánimo decayó y exhaló un suspiro. Las lágrimas se agolparon bajo sus párpados; tenía un nudo en la garganta, pero no dejaría estallar el llanto.

«Se ha terminado – se dijo –. Ahora puedo dormir».

X

La casa de Ezra despertaba apaciblemente a su nueva vida. Exteriormente persistían las antiguas costumbres. *Madame* Ezra podía llorar por la noche, pero al llegar la mañana se despertaba como siempre, con la diferencia de que perdía la paciencia con menos frecuencia y no hablaba con tanta ligereza como en otro tiempo. Con la esposa de su hijo era escrupulosamente amable y cortés, y la joven no daba quejas de su suegra. Esto fue una sorpresa y un placer para Kueilan porque temía a *madame* Ezra. Todas las jóvenes esposas temen a la madres de sus maridos, pero Kueilan la temió menos que la mayoría. Era una criatura perezosa y fácil de querer, acostumbrada a que la sirvieran y malcriaran, y no tenía la menor intención de someterse a disciplina y deberes. Pero *madame* Ezra no pedía nada de ella y procedía como si Kueilan no estuviera en casa. Cuando se encontraban, *madame* Ezra le preguntaba cómo se encontraba y si todo era de su gusto; Kueilan sonreía, bajaba la vista y respondía que le gustaba todo. Cuando veía que *madame* Ezra no se sentía inclinada a dominarla, se le quitaba un peso del corazón; conforme pasaba el tiempo, volvía a ser tan atrevida y descuidada como había sido en su propia casa.

Al principio, Peonía no podía creer que todo siguiera igual en la casa después del casamiento. Luego, día a día, vio que estaba equivocada, que los mayores hacían lo mismo, y, luego, que David también se comportaba normalmente. Éste había vuelto a su propia vida. La conversación que había desechado la primera noche de la boda, la descartó para siempre. No habían hecho falta muchos días de matrimonio para demostrarle que aquella linda esposa suya no podía

hablar de nada, fuera de sus necesidades y deseos diarios. Pero era propensa a la risa y conocía muchos juegos, y las horas más felices que pasaban juntos transcurrían en esos juegos que ella le enseñaba, riéndose mucho al hacerlo. Cuando ganaba, se excitaba como una niña, batía palmas y daba vueltas alrededor de la habitación sobre sus vendados piecillos. Sus pies daban compasión a David. No había visto nunca los pies de una muchacha tan atados, ya que en su casa habían dejado libres los pies de Peonía. Los piecitos de Kueilan, con sus zapatitos de seda, podía cogerlos juntos en la palma de su mano, y una noche así lo hizo, con exclamaciones de pena de que pudiera ser verdad.

—Cosita —le dijo, porque llamaba así a su esposa—, ¿cómo pudiste permitir que te mutilaran?

Con sorpresa de su parte, ella empezó a llorar, medio con enojo y medio en correspondencia a su compasión; retiró sus pies y los ocultó bajo la falda.

—¡A ti no te gustan! —lloró.

—Me ponen triste —replicó amablemente—. ¡Cómo deben de haberte hecho padecer!

—Ahora no padezco —declaró ella.

—¿Por qué no los dejas libres? —preguntó David.

—No quiero tenerlos grandes —contestó ella con petulancia—. ¿Por qué he de perder todas mis molestias?

—Déjame ver qué puede hacerse —rogó él, adivinando su orgullo y timidez.

—¡No, no... no! —chilló ella. Y luego volvió a sollozar de nuevo,

llamó a gritos a Peonía, tan alto, que Peonía llegó corriendo.

Al verla, Kueilan le tendió las manos, mientras la lágrimas corrían por su cara.

— ¡Quiere verme los pies! — sollozaba.

Nada podía hacer Peonía sino sentarse en la cama a su lado, acicalarle las manos y cubrir sus pies con una colcha de seda.

— ¡Chist..., chist! Él no tenía esa intención — consolaba Peonía a la niña llorosa.

David, manteniéndose de pie al lado de la cama, las miraba a las dos.

— Explícale que solamente quiero ayudarla — le dijo a Peonía—. Además, es cierto que no me gustan los pies tan estropeados.

Dicho esto salió de la habitación. Kueilan se colgó de Peonía y lloró desconsoladamente, pero ésta la dejó llorar. Cuando los sollozos empezaron a calmarse, le habló con amabilidad y firmeza.

— Yo le explicaré a mi joven amo que nuestro pueblo venda los pies a las mujeres. No debe usted acusarlo porque no lo sepa. Su pueblo deja los pies libres. Sus mujeres llevan incluso sandalias con los pies desnudos.

— ¡Como las labradoras! — gritó Kueilan, en medio de sus lágrimas.

— A veces las sandalias son de oro o de plata y con joyas incrustadas — siguió Peonía—. Vamos, deje de llorar, mi amita. Él es amable y bueno... una vez que comprenda...

— ¡Pero hay demasiadas cosas que él no comprende! — se quejó la joven esposa.

Peonía era muy paciente.

— Cada vez que él no comprenda, mándeme llamar, amita, y yo le explicaré a él sus sentimientos. — Así aplacándola y engatusándola, consoló a Kueilan; cuando logró devolverle su tranquilidad, le dijo —: Una esposa debe complacer a su marido, amita. ¿A qué otro hombre verá usted excepto a él? Permítame cuidarle los pies entonces, señora. Yo aflojaré los vendajes tan poco cada día, que usted no se dará cuenta, y él quedará satisfecho cuando vea que usted es obediente. Estando él satisfecho, ¡cuán feliz será usted!

Kueilan parecía dudosa. Levantó las pestañas húmedas y miró a Peonía.

— Soy completamente feliz ahora — declaró.

— Perderá usted su felicidad, señora, si no obedece a su marido — insistió Peonía.

Las largas pestañas volvieron a caer, y Kueilan dijo con débil vocecilla:

— ¡Pero tengo quince pares de zapatos nuevos... y son tan lindos!

Peonía se rió.

— Señora, si eso es lo único que la preocupa, yo copiaré cada par de los que tiene y se los haré nuevos para sus pies.

Kueilan guardó silencio durante un rato y Peonía se quedó esperando.

—¿No quiere que se lo diga a él? —preguntó sonriendo, como si tratara de una niña.

Después de largo rato, Kueilan asintió con la cabeza lentamente, pero se renovaron sus lágrimas. Sin embargo, no se quejó mientras Peonía buscaba una palangana con agua caliente, le sacaba los zapatitos bordados con pasamanería, luego las apretadas medias blancas y desenvolvía después los largos vendajes. Hasta Peonía se puso triste cuando vio los estrechos pies reposar desnudos en sus manos. Examinó cada pie cuidadosamente para ver el alcance del daño. Chu Ma, celosa e impaciente porque la niña a su cargo hiciera un buen matrimonio, le había vendado los pies demasiado pronto. Los huesos estaban doblados y constreñidos, pero no rotos. Aquellos pies nunca podrían ser completos, pero podían ser libres.

Sin embargo, la tarea debía emprenderse con mucho cuidado, cada día un poco; si no, el dolor de la libertad sería tan amargo como lo había sido el vendaje.

—Me alegro de que Chu Ma no esté aquí —dijo Kueilan, de repente.

A Chu Ma no le habían permitido quedarse con la joven, para evitar que fuera a pelearse con las otras sirvientas de la casa. Kung Chen le había mandado que volviera y cuidara a Lili, su última hija.

—Y yo también estoy contenta —convino Peonía—. Si ella estuviera aquí, sin duda le resultaría penoso ver deshecho su trabajo. Cuando venga a visitarla, amita, dígame que su señor se lo ordenó.

Cuando Peonía hubo enjugado los pies y vuelto a atarlos en los vendajes más flojos, jugó una partida con su señora, y luego, viéndola bostezar, la llevó con mimos para la cama y la dejó dormir. Solamente entonces fue al encuentro de David. Había cedido él a lo decretado por

su madre —que Peonía le había sugerido en secreto a *madame* Ezra—, y la víspera de su matrimonio se había trasladado a aquellas habitaciones, nuevas y más grandes. Ahora estaba sentado, pensativo, en su biblioteca, una gran habitación de techo elevado y con todas las paredes llenas de estantes estrechos, sobre los cuales estaban los rollos de sus libros. Era ya su habitación favorita, y por allí no aparecía Kueilan. Ella sabía leer..., de eso se había enterado..., pero lo consideraba inútil. Jugar, charlar, hacer rabiar a *Perrita*, observar el pez dorado, hacer un gran bullicio cuando pretendía ponerse a bordar, probar muchas golosinas, morderlas y dejarlas; éstas eran sus ocupaciones. Él lo sabía, y, sin embargo, se rendía a la fascinación del encanto con que lo hacía todo.

Su cerebro le decía que ella era infantil y que su alma dormía; pero sus ojos, la redondez de su carne suave, sus huesecillos cubiertos de una manera tan tierna, su cintura y muñecas estrechas, lo delicioso de su nuca y la fragancia de su aliento, la gracia infinita de los movimientos que ella hacía..., todo esto era precioso y grato a su corazón. Ella lo atraía por lo tierno de sus manecitas y el patetismo de sus pies tullidos con la misma fuerza que lo encantaba con sus ojos, carcajadas y docilidad de su cuerpo. Aquello no erra amor..., ¡qué pronto comprendió que no era amor! Pero era algo, con todo, algo dulce y lleno de placer.

Sobre ello meditaba cuando entró Peonía. Vio ella de qué humor estaba e hizo como que había ido a llenar la tetera y ver si estaba caliente.

—Tengo que traerle té nuevo..., éste está frío —dijo, como había dicho todas las noches de su vida. Él apenas la oyó y no respondió. Peonía lo miró y siguió—: Mi amita me pide que le explique cómo están atados sus pies —dijo.

—Ya sé que es una costumbre china —respondió él, sin levantar la vista.

—Una costumbre tonta —concedió ella—. Cómo se llegó a formar no lo sé. Leí una vez que un emperador estaba encantado con los pequeños pies de una que amaba, y otras mujeres al oírlo, empezaron por todas partes a hacer pequeños sus pies. Y he oído también que esto empezó hace mucho tiempo, cuando los hombres deseaban guardar a sus esposas dentro de casa. ¿Quién lo sabe? Pero ahora es una costumbre, y los pies pequeños tienen su precio en los matrimonios. No podemos criticar a mi amita porque cediera ante sus mayores.

—No la critico —replicó él.

Peonía siguió:

—Ella me pide que le diga que lamenta haber llorado y que me permitirá que suelte un poco sus pies cada día hasta que estén todo lo libres que sea posible.

David levantó la vista.

—Peonía, eso es obra tuya, no de ella.

—Ella lo quiso —replicó Peonía y desvió la vista.

—¡Ah, Peonía! —dijo David—. ¡Peonía! —Se sentía extrañamente solo y tomó la mano de Peonía y la retuvo. Ella le dejó por un momento. Luego volvió la cabeza y notó la franca mirada afectuosa de sus ojos. Al ver la mirada, retiró la mano afablemente y con la otra levantó la tetera.

—Voy a buscar té caliente, joven amo —dijo con voz fría y dulce, y se fue.

David se quedó allí sentado, esperando su vuelta y

preguntándose por qué no se sentía tan feliz como deseaba. Peonía, en cierto modo, podía ayudarlo, como siempre lo había hecho, y sin embargo, no sabía qué quería de ella. ¿Cómo podría expresarle con palabras la tristeza que sentía y hacerle comprender que, no obstante, su pequeña esposa era en cierto modo un tesoro también? Mientras meditaba así llegó el viejo Wang con la tetera.

—Peonía me mandó traer el té, joven amo —dijo. Lo colocó sobre la mesa—. ¿Quiere que le sirva una taza?

—Déjalo —dijo David—. Me serviré cuando tenga sed.

Observó cómo se iba el viejo y se quedó intrigado durante un rato. ¿Por qué no había vuelto Peonía? No podía ser porque le hubiera tomado la mano. Con frecuencia lo había hecho. Permaneció sentado un rato más y, sintiendo que ni su tristeza se disipaba ni su vaga soledad desaparecía, suspiró, se levantó y entró en el dormitorio donde estaba su pequeño tesoro.

La casa de Ezra se adaptaba a su nueva vida. Se habría dicho que una mujercita en la casa no podría cambiar las leyes generacionales, pero hubo un cambio: *madame* Ezra determinó no encontrar defectos en la esposa de su hijo, como tampoco en su hijo. Pero David sabía que su madre conservaba todas sus antiguas costumbres. Cuando los días de fiesta volvían en su rodar, la casa se recogía sutilmente en el pasado. Se celebraban los antiguos ritos, se preparaban y comían los alimentos tradicionales, pero no había viajes a la sinagoga. Ningún rabino permanecía en pie, ante la silla de Moisés, para leer el sagrado Tora. La gran sombrilla de raso rojo colocada sobre la plataforma donde se encontraba la silla, estaba plegada y apartada a un lado. De las paredes occidentales pendían aún las tablillas sobre las que estaban grabados en letras de oro puro los diez mandamientos, pero nadie iba allí para oírlos leer. Las puertas de la sinagoga tenían corrido el cerrojo y nadie iba a

ella. *Madame* Ezra no podía soportar ir sola, y Ezra estaba muy ocupado. Los contratos con Kung Chen habían sido firmados y sus nombres figuraban juntos, en enormes letras de terciopelo negro, sobre las rojas banderolas de seda que colgaban de las puertas de la tienda.

Una segunda caravana había sido añadida a aquella que Kao Lien conducía cada año a Occidente; además de éstas, Ezra compraba el producto de los barcos de la India, algodones y marfiles, plata y joyas, y los conducía por tierra desde el Sur. En cambio, enviaba a la India seda china de las tiendas de Kung Chen, y se tejían con ellas gasas que encantaban a las damas indias y que ningún telar chino podía elaborar.

No había nadie que vigilase las puertas de la sinagoga. Elí, el portero, cuidaba al sonriente anciano loco en que se había convertido el rabino, el cual no hacía caso de nadie más. Elí pasaba con él día y noche, porque no se le podía permitir al rabino vagar por toda la casa espantando a los criados.

El remanente de judíos de la ciudad, menos de doscientas almas ahora, atendía a sus negocios, olvidados de quiénes eran. Pero *madame* Ezra celebraba en su casa los días de fiesta de su pueblo. Era un festejo solitario, porque solamente ella, Ezra y David comían el pan, sin fermentar, de Pascua.

La primera Pascua después del matrimonio de su hijo, había ordenado que pusieran un lugar en la mesa para su esposa. Cuando David se presentó solo, su madre lo miró con algo de su antiguo genio tempestuoso.

— ¿No va a venir mi nuera? — interrogó.

David ocupó su lugar con tranquilidad.

— Tiene miedo de venir — replicó.

— ¿Miedo? — exclamó *madame* Ezra —. ¿Qué disparate es éste?

— Teme que nuestros alimentos sagrados sean un hechizo para su alma — replicó David. Luego añadió, algo extraño —: No la obligues, madre. Quizás ella tenga razón.

Algo en su austera mirada tranquila heló el corazón de *madame* Ezra, que no dijo más. Su orgullosa cabeza se abatió, enjugose las lágrimas de sus ojos, pero no se quejó de viva voz. ¡Hasta qué profundidad había caído su pueblo!, se decía. Quizás en unas cuantas casas algunas familias adoraban a Jehová de un modo solitario, y siguieran haciéndolo durante unos cuantos años más, pero en la mayoría de ellas, bien lo sabía, hasta el simulacro de adoración había sido olvidado y los días santos pasaban, como otros cualesquiera, en negocios y placeres.

Mientras vivió su madre, David no mostró descontento con su esposa. Su primer hijo había nacido un año después del día de su casamiento, y Kueilan, que se sentía antojadiza antes de que hubiera nacido el niño, dio a luz fácilmente, aunque con muchos gritos y quejidos. Cuando vio que era varón cesó en su alboroto y exigió sus comidas favoritas. Luego se negó a criar al niño, y hubo que buscar un ama de cría. Esto sublevó a *madame* Ezra por un momento.

— ¿Debe este nieto tomar leche china? — le preguntó a Ezra.

Ezra sonrió suplicante.

— La leche de su madre también sería china, querida mía — dijo.

Madame Ezra se sintió lastimada por su propia tontería y guardó silencio; Ezra no tuvo valor para recordarle que él también se había alimentado con leche de su madre china. Desde entonces pudo observar que *madame* Ezra ni siquiera quería a su nieto; al año siguiente, como

Kueilan tuvo otro hijo, se limitó a hacer un movimiento de cabeza cuando Wang Ma le comunico su nacimiento.

Desde luego, a *madame* Ezra no le interesaba ya vivir. Todos lo veían, y cada uno sentía pena a su modo. Aquella mujer fuerte y buena era el pilar central de la casa, y se estaba desmoronando. Empezaba a perder el gusto por la comida y se quejaba de que no dormía bien. Cuando estaba sola con Ezra, le preguntaba con frecuencia qué mal había hecho ella en su vida para no tener el final que había esperado.

—No es que hayas hecho ningún mal, mi querida Naomí —le decía Ezra—. Quizá solamente hayas tenido sueños equivocados.

—Yo siempre he obedecido la voluntad de Dios —replicó ella con cierta pena.

Ezra no tuvo valor para decirle con cuánta frecuencia la voluntad de ella era la voluntad de Dios, de suerte que dijo solamente:

—¡Ah!, ¿quién puede decir cuál es la voluntad de Dios?

En medio del declinar de *madame* Ezra, murió el rabino inesperadamente, de una manera infantil. Conforme su cerebro decaía, había pasado de hombre a niño, y luego de niño a ser menos que humano, cuando el viejo Elí no lo vigilaba constantemente, recogía y comía cualquier cosa con que tropezaba. Así una vez comió una porquería, no por hambre, porque Ezra lo mantenía bien alimentado, abrigado en el invierno y fresco en verano, sino debido tal vez a algún recuerdo de hambres pasadas. La porquería lo envenenó. Fue atacado por la cólera y murió en un día, aterrado por sus dolores y pidiendo clemencias a *madame* Ezra, a quien temía como el ser más poderoso que había conocido.

Madame Ezra sintió gran dolor a verlo así; se habría quedado a su

lado para consolarlo, pero Ezra tuvo temor a la enfermedad y se lo prohibió. El anciano rabino murió solo con Elí a su lado, y fue enterrado junto a la sepultura de su esposa, la madre de Leah. La colectividad de su pueblo en la ciudad sintió su muerte, y acompañaron su ataúd gimiendo y llorando, vestidos con ropas de saco, y agachándose, y tomando polvo del camino conforme caminaban, se lo echaban en la cabeza. Todos sabían que con la muerte del rabino algo de su propia muerte había sobrevenido también; recordaban cómo había sido en sus tiempos de joven, cuánto bien había hecho, lo fuerte que era, y cómo les había tomado juramento de recordar a su Dios, el único Dios verdadero. Ahora que se había ido, ¿quién se lo recordaría? No hubo uno siquiera capaz de leer el Tora sobre su sepultura. Su hijo, aquel Aarón, continuaba perdido, y el rabino fue enterrado sin ningún pariente que lo llorara ni sucesor que hiciera su trabajo. David estaba allí de pie, aislado y silencioso. Tenía el corazón sombrío, pero no lloraba. No se había inclinado para tomar el polvo ni llevaba ropas de saco.

Un día después del entierro, *madame* Ezra se sintió solitaria y triste y tuvo el capricho de ir sola a visitar la sinagoga. Elí había vuelto a vigilar las puertas, y ella entró en su litera, acompañada solamente por Wang Ma. Cuando Elí vio a *madame* Ezra, se sintió confuso y le pidió que no entrara a la sinagoga.

—Espere hasta darme tiempo a barrer los suelos, señora —le rogó—. Hay polvo espeso sobre la silla de Moisés, y a mí me da vergüenza que usted lo vea.

Pero *madame* Ezra se obstinó. Había ido hasta allí y seguiría su camino. De mala gana, Elí introdujo la llave en la gran cerradura.

—No me culpe a mí, señora —le rogó—. Estaba así cuando volví.

Abrió la puerta, evidentemente contra su voluntad, y *madame* Ezra

entró en el patio, seguida por Elí. Al principio no notó ella ningún cambio, excepto el polvo que el viento había introducido y las hojas caídas que se pudrían bajo los árboles. Pero cuando hubo cruzado el último patio, subió a la terraza y entró en la sinagoga, vio el cambio operado. Los leones de piedra que custodiaban el gran corredor habían desaparecido, al igual que las urnas de hierro; faltaban también las cortinas que cubrían las puertas; cuando pasó al interior, vio que los candelabros no estaban sobre la gran mesa, ni el lavabo de plata para el lavatorio de manos. Las mesas separadas que habían sostenido las doce tablas de la ley habían desaparecido; las finas cortinas de seda que colgaban sobre el rollo de la ley de Moisés habían sido quitadas de un tirón.

Madame Ezra contemplaba pérdida tras pérdida. No podía hablar. Se quedó de pie en medio de la sinagoga, buscando con la mirada un objeto bien conocido y luego otro. Sus ojos cayeron después sobre la pared occidental, y pudo percibir el robo más vil de todos. El oro había sido excavado de las letras, profundamente gravadas, de los diez mandamientos que el propio Jehová había dado a Moisés. Después de esto, se volvió a Elí; su voz surgió como un grito sofocado:

– ¿Quién ha hecho esto?

Elí agachó la cabeza.

– Señora, temo decirle la verdad – murmuró.

– ¿Hay más? – inquirió ella.

En silencio, Elí señaló la puerta. Volvió a conducirla fuera; a lo largo de las paredes vio ella que no solamente el interior de la sinagoga había sido despojado, sino que los ladrones habían sacado los ladrillos de las paredes. Eran aquellos ladrillos de una clase especial, hechos de nuevo después de la gran inundación que había cubierto la ciudad

doscientos años atrás. Eran más finos que ninguno de los ladrillos que se hacían entonces, porque los antiguos tenían el secreto de su fabricación desde el tiempo en que sus antepasados habían sido esclavos en Egipto.

— Pronto quedará solamente el esqueleto de la sinagoga — dijo Elí lúgubrementemente — ; cualquier día en que sople una tormenta del Sur caerá en ruinas y cascotes.

Madame Ezra no pudo articular una palabra durante largo tiempo. Pasaba de un espectáculo a otro, y Wang Ma, que la esperaba fuera, se asustó cada vez más y fue a buscarla.

— ¡Señora, no se atormente! — exclamó — . Hay ladrones en todos los templos.

Madame Ezra se volvió a Elí.

— Señora, no lo sabía — se defendió el viejo — . No podía dejar a mi amo ni de día ni de noche, y ninguno de los nuestros vino a decirme lo que estaba sucediendo.

— ¡No puedo creer que ellos se hubieran atrevido a robar en la casa de Jehová, a no ser que alguno los guiara! — exclamó ella.

Un extraño presentimiento le acudió a la imaginación, pero no quiso hablar de ello delante de aquellos que no eran sus iguales.

— Me iré para casa — dijo — , y usted vigile, Elí. Sepa que entablaré una demanda ante los magistrados chinos para que azoten a los ladrones y los lleven al potro del tormento, para que mueran de hambre delante del populacho.

Diciendo esto, se volvió a casa, con el corazón lleno de pesares pero no pudo esperar hasta que volvieran Ezra y David. Envió al viejo

Wang a buscarlos y éste añadió por su cuenta que debían ir porque temía que su señora estuviese enferma. Al oír esto, Ezra mandó llamar a David a su despacho, pues tenía uno para él solo en la tienda, y se dirigieron a su casa. Encontraron a *madame* Ezra esperándolos, estallando en sollozos al verlos, de manera que les fue muy difícil entender, en medio de sus sollozos, cuál era el mal; si no hubiera sido por Wang Ma, que estaba allí con el té caliente en una taza para llevarlo a los labios de su señora, nada se habría esclarecido.

Cuando pudo explicarlo todo, *madame* Ezra dejó súbitamente de llorar. Había llegado el momento de explicar sus temores.

— Bien sé en qué gente vil se ha convertido nuestro pueblo, pero no se habrían atrevido a robar al propio Jehová — declaró.

Los dos hombres esperaron para oír lo que vendría después.

— Os diré — siguió *madame* Ezra — que no hay más que uno capaz de lo que se ha cometido. Ése es Aarón. Hay que encontrarlo, Ezra. Se esconde en algún lugar de esta ciudad y dirige a los ladrones. ¡Qué la maldición de Dios caiga sobre él!

— ¿Cómo puedo yo encontrarlo? — gruñó Ezra.

— Los chinos pueden encontrar a los ladrones — instó *madame* Ezra.

— Hay un rey de los ladrones en la ciudad — dijo David—. Su nombre es conocido en los tribunales, donde paga tributo anualmente; por medio de él se puede encontrar a Aarón.

— ¿Puedes encargarte tú de eso, hijo mío? — preguntó Ezra.

David inclinó la cabeza.

—Una triste tarea —dijo brevemente—, pero puedo hacerla.

Pronto visitó David al magistrado y pagó el dinero para ver al rey de los ladrones de aquella ciudad. Un día determinado, el hombre acudiría a una apartada casa de té, en los límites de la ciudad; sería reconocido por un cordón rojo que llevaría retorcido en un ojal y se sentaría en un rincón poco visible de la casa. Decretó que David debía ir solo. Cuando *madame* Ezra oyó esto, se quedó aterrada e insistió en que fuera Elí y se sentara cerca de la puerta, sin ser visto. Ninguno de los chinos de la casa se enteró de lo que pasaba porque Ezra estaba avergonzado, como sin duda lo estaban David y su madre.

El día en que David fue al lugar de la cita, el hombre estaba esperando; tenía una cara larga, estrecha y lampiña; vestía un traje de seda negra y estaba sentado con una taza de té en la mano. Esta mano la vio David tan pronto se sentó y se saludaron. Parecía un ferrete: tan estrecha, delgada y larga era. Al verla, David detestó al hombre entero, y fue a su asunto en seguida.

—Actuó en nombre de mi padre —dijo David—, queremos encontrar a los ladrones que sacaron los ladrillos de nuestro templo, los vasos sagrados y las cortinas de seda; en fin, todo lo que ha desaparecido. Si se pueden restituir estas cosas, pagaremos bien. Pero pagaremos algo solamente por saber qué ha sido de ellas y quién es el que se atreve a robar en nuestro templo.

El hombre esbozó una fría sonrisa maligna.

—Es uno de los vuestros —dijo.

Entonces David comprendió que su madre tenía razón.

—¿Su nombre es Aarón? —dijo.

—No sé cuál es su nombre —replicó el hombre—. Nosotros le llamamos Li el Extranjero.

—Pero él solo no pudo haberse llevado los pesados ladrillos ni los grandes vasos —exclamó David.

—No, pero infunde valor a los que le ayudan —replicó el hombre con risa burlona—. Temen que el Dios extranjero tome venganza, pero este tipo les promete que ningún castigo recaerá sobre ellos. Dice ser hijo del sacerdote, y conoce todas las oraciones.

—¿Dónde está? —preguntó David.

El hombre parecía muy astuto.

—Si yo se lo entrego —dijo—, ¿cuánto dinero pondrá usted en mi mano? Es una pérdida para mí, comprenda usted.

Con repugnancia en toda su sangre, David se dominó para estar a la altura de su astucia.

—No nos interesa ver su cara maligna —replicó—. Guárdese lo que desea. Pero desde ahora la sinagoga estará vigilada, de modo que está decretada su pérdida.

Regateando así, David le prometió treinta piezas de plata, con las cuales compró la ayuda del traidor.

—Vive escondido en una cueva dentro de una casa de seis puertas de aquí —dijo el hombre—. Si usted me sigue, se la mostraré. Pero primero tengo que ver el dinero.

—No traje dinero —dijo David—. Usted conoce la casa de mi padre y sabe que estamos en sociedad con el comerciante Kung Chen. Puede usted fiarse de mí.

Después de algunos reparos convino en ello con el hombre y se levantó; salieron ambos a la calle y le señaló la puerta.

– Siempre está ahí durante el día – dijo a David.

– La plata llegará a sus manos esta noche – le aseguró David.

Se despidió, cruzó luego la calle, entró sin miedo por la cancela y de repente abrió la puerta de una covacha; allí dentro de una pequeña habitación miserable, estaba acostado Aarón, arrebujado en una cama de tablas.

David se acercó y lo sacudió; cuando lo vio Aarón, despertó de su sueño y se movió malhumorado.

– ¿Qué quieres? – preguntó.

David bajó la vista hasta él, mirándolo con desprecio; sin embargo, no podía golpearlo ni maldecirlo.

– Debo entregarte al magistrado para que te azoten – murmuró –. ¡Y tú eres de nuestro pueblo! Aarón, ¿cómo pudiste hacer lo que has hecho?

– No sé lo que quieres decir – replicó el miserable.

– Sí lo sabes – suspiró David. Se sentó en una banqueta y apoyó la cabeza entre las manos –. Me alegra que tu padre no pueda saberlo – dijo –. Me alegro de que Leah esté muerta.

Aarón se rascó la cabeza y bostezó, pero nada dijo.

David se puso otra vez de pie.

– ¡Vamos, te ofrezco una oportunidad! Tendrás un puesto en

cualquiera de las tiendas, algún trabajo donde estés siempre vigilado. Si no aceptas, entonces me veré obligado a mandarte a la cárcel.

El resultado fue que, después de unos minutos, Aarón decidió irse con él. Con aversión contra él por todos sus poros, desde aquel día comió el pan de Ezra, usó sus ropas viejas y llevaba mandatos de una tienda a otra entre Ezra y Kung Chen. Nadie le confiaba mercaderías ni efectivos, y su vida fue cayendo cada vez más abajo en casa de Ezra.

En cuanto a *madame* Ezra abandonó toda esperanza, sabiendo que nunca se podría reconstruir la sinagoga, y no encontraba placer en nada de cuanto decía Ezra para consolarla.

—Mira, Naomí —le decía con frecuencia—, tienes todo lo que pueda regocijar a una mujer. Nuestro hijo figura entre los comerciantes jóvenes más respetados de la ciudad. Hace solamente unos días que Kung Chen me dijo: «Hermano mayor, su hijo me ha salvado la cuarta parte de los beneficios de un año». «¿Cómo?», pregunté yo. «Porque —dijo— durante los últimos diez años ha habido una grieta por alguna parte de mis negocios: por más que mis hijos y yo hicimos investigaciones, no podíamos encontrar dónde estaba. El año pasado envié a mi hijo mayor a la capital del norte para que hiciera un balance de todas las mercaderías compradas y vendidas. Cuando volvió, no encontró nada, y, sin embargo, allí estaba la pérdida. Pero le di la copia a su hijo...».

Ella le interrumpió medio enojada:

—Cuéntame la cosa directamente y no ese lío de su hijo y mi hijo. ¿Qué hizo David?

Ezra trató de conservar su buen humor.

—Bueno, el quid de asunto está en que David pudo decir por las

cifras solamente dónde había cambiado el traficante los precios de las mercaderías.

Madame Ezra sonrió opacamente al oír esto, y la ansiedad de Ezra aumentó.

– Dime donde está tu enfermedad, querida mía – dijo.

Ella meneó la cabeza. Después abrió sus tristes ojos oscuros, lo miró y se llevó las manos al pecho.

– Siento un peso aquí día y noche.

Ezra se sentó en silencio un rato y luego ofreció un gran sacrificio.

– ¿Quieres que te lleve al Oeste, Naomí..., adonde siempre has querido ir? – Fue incapaz de decir «tierra prometida», porque él no deseaba ir.

Ella conocía bien su corazón, y volvió a menear la cabeza.

– Ya es demasiado tarde – dijo, pero no diría nada más, de suerte que, por último, Ezra la dejó, aunque con el corazón muy afligido.

Trató de encontrar la ocasión de ver a David solo aquel día, y le dijo:

– Ayúdame a alegrar el corazón de tu madre, hijo mío.

David levantó la vista de sus libros de contabilidad.

– Padre, usted saber que no se la puede alegrar – declaró. Volvió a tomar su pluma y siguió trabajando. Luego dijo lentamente, sin apartar los ojos del libro – : Si usted lo desea, la llevaré a Palestina para que vea su tierra. Después quizá esté contenta... de quedarse o de

volver conmigo.

Ezra oyó esto y abrió la boca con asombro.

– ¿Dejarme aquí? – exclamó.

– Usted puede venir si gusta, padre – dijo David con una sonrisita.

– ¿Y los negocios? – gritó Ezra.

David se encogió de hombros y no respondió. Ezra lo miraba. Se había desarrollado David desde su matrimonio. Era más alto y más fuerte, y en cierto modo más duro. Tenía una rizada barba corta y ya no era muy joven. Incluso estaba pasando su temprana virilidad.

– ¿Y si no volvéis los dos? – dijo Ezra de un modo extraño.

David no levantó la vista. Terminó la línea, limpió el pincel de pelo de camello y le puso la funda de cobre. Luego se arrellanó en su silla y miró a su padre de frente.

– Estando usted aquí y mis hijos, ¿por qué no habría de volver? – replicó, sonriendo entre su barba.

No habló de su esposa, Ezra lo notó pero no dijo nada.

– Todavía continua esa guerra en el Sur – gruñó –. Los ingleses no están contentos... Nos hacen tomar a la fuerza su opio^[8]. Puede ser que tengáis algunas dificultades si pasáis a través de la India.

– Les diré que somos chinos – dijo David.

– Bueno, pero os preguntaran qué sois – prosiguió Ezra. Luego dijo – : ¿Qué sé yo si les agrada descubrir que sois judíos?

A esto, David no pudo contestar nada. Ezra se levantó con fatiga, sintiendo por primera vez que, puesto que su hijo ya no era muy joven, él debía estar envejeciendo.

—Habla de ello con tu madre, hijo mío —dijo—. Que sea lo que vosotros dos decidáis. Os parecéis en vuestra tozudez.

David habló con su madre y durante unas semanas ésta pareció revivir, volviendo a parecerse algo a la de antes. No quería decir que iría, y, sin embargo, hacía proyectos como si pensara hacerlo. David seguía dispuesto. Solamente Kao Lien se opuso al proyecto.

—Mi hermana mayor jamás será capaz de resistir el viaje —le dijo a Ezra—. Aun cuando vayamos por la India y el mar, hay tifones en el océano y transcurren muchos días hasta que el mar vuelve a estar en calma. Por tierra será peor. Los musulmanes son cautelosos y fieros, y yo no puedo responder de su vida.

—Déjala ir si lo desea —dijo Ezra.

—¿Y si muere allí? —preguntó Kao Lien.

—Mi hijo puede enterrar a su madre —respondió Ezra; pero su corazón estaba muy afligido.

Sin embargo, el viaje no se hizo nunca. Una noche *madame* Ezra, acostada, muy despierta y sola, abandonó su proyecto. David podía llevarla, pero él debía volver. Eso lo sabía. Aquel mismo día había dicho Peonía que su joven señora estaba esperando el tercer hijo y que lloraba mucho porque su marido la iba a dejar para emprender tan largo viaje.

—Mi pequeña señora ha tenido sus hijos demasiado pronto —dijo Peonía a *madame* Ezra—. Necesita reposo después de éste, y por esa razón le dije que nuestro joven señor no estaría fuera más de un año, y

que cuando él volviera, ella ya estaría fuerte y bien de nuevo. En este momento está enferma y enfadada. Pero no quiere que la consuelen. Yo no deseo disgustarla a usted, señora, pero le digo esto por sus nietos.

Madame Ezra despidió a Peonía con un blando ademán de su mano derecha y no respondió. Pero, por la noche, se dio cuenta de que no debía apartar a David de sus hijos y comprendió que ella tampoco deseaba morir fuera de su casa. Presentía que iba a morir pronto. Dentro de su pecho derecho crecía un nudo duro y sentía que de él salían tentáculos que le empujaban las costillas y pulmones, y llegaban hasta un hombro. Hacía tiempo que lo había notado por primera vez. Y el nudo crecía y consumía su carne, observándose más delgada cada día. Suspiró en la oscuridad y abandonó su sueño. ¿Qué importaba todo ya? La sinagoga había desaparecido y ¿de qué servía una anciana arrastrándose para morir en su tierra? No podía llevar a sus hijos con ella.

Dentro del mismo año cedió a su enemigo interno y, con muchos dolores y torturas del cuerpo, murió en su propia cama.

Ezra sintió destrozarse su corazón y ordenó un entierro tan importante como nunca se había visto en la ciudad. En larga procesión todos los judíos residentes caminaban vestidos con tela de saco; Kung Chen persuadió a los chinos ricos para que fueran en coche de mulas con ornamentos de tela blanca; Ezra fue a pie vestido de blanco de pies a cabeza; David, a su lado, vestía igual; detrás de ellos iba la esposa de David con sus hijos, incluso el recién nacido, un tercer hijo, al que llevaba Peonía. Por último todos los sirvientes conducidos por Wang Ma. El pueblo se amontonaba a lo largo de las calles para contemplar el espectáculo, y todos convenían en que nunca había habido un funeral tan imponente, a no ser porque no había imágenes de papel de la casa, la litera y los sirvientes, para ser quemados por el espíritu del mundo. Entonces, alguien dijo:

—Este pueblo no cree en imágenes. Ni siquiera en su templo hay una imagen.

Todos estaban conformes con esto. La pared occidental del templo se había venido abajo con un viento fuerte que soplaba del Sur, y el pueblo, curioso, fue a mirar el templo extranjero por dentro, lo que hasta entonces había estado prohibido. Era verdad que no había imágenes.

La comitiva continuó lentamente hacia la puerta de la ciudad, pasó a través de la misma y llegó al cementerio de los judíos. Allí se detuvo. David y Ezra permanecieron al lado de la sepultura. Detrás de David estaba su esposa, y a su lado Peonía, teniendo en brazos al tercer hijo del matrimonio. El pequeño lloró sin parar hasta que el acto terminó.

Así fue enterrada *madame* Ezra; no hubo nadie que leyera una oración en su sepultura.

XI

Peonía no sabía cómo vivir en la casa de Ezra sin su antigua señora. Volvió a ella después del entierro, acarició al niño que lloraba y se lo entregó a su ama de cría. Luego, su primer pensamiento fue para David y su padre. Kueilan estaba cansada y se quejaba de que los pies le dolían mucho, de que tenía hambre y se sentía débil, mientras los dos pequeños lloraban. Peonía mandó a las criadas inferiores que le atendieran, y ella y Wang Ma prestaron sus cuidados a los hombres.

Cada uno se había ido a su habitación; al enterarse, Peonía mandó a Wang Ma a la habitación de Ezra, y ella se fue a la de David. No sabía cómo lo encontraría, si llorando o no, pero no estaba preparada para su serenidad cuando, después de toser ante la puerta, oyó que la mandaba que entrase. Estaba allí de pie, quitándose el vestido exterior de tela de saco que había llevado para el funeral. Debajo tenía sus ropas de seda natural, que eran de un color azul oscuro, en señal de la solemnidad que acababa de verificarse. Cuando volvió la cabeza, vio ella su cara grave, pero no llorosa.

—Entra, Peonía —dijo sosegadamente—; estaba a punto de mandarte llamar.

Sentose y la miró con sentida bondad.

—No esperes a que te mande para sentarte —dijo—. Bien sabes lo importante que has llegado a ser en esta casa.

Se sentó ella y esperó.

—Si yo supiera cómo podría arreglármelas sin ti, no permitiría que la conciencia me inquietase —siguió—. Debería buscarte un marido, Peonía. Todos somos egoístas con respecto a ti, y yo más que ninguno. Pero la verdad es que sin ti estaríamos como una barca sin timón. Ahora que mi pobre madre se ha ido... —Hizo una pausa y apretó los labios.

—Yo no deseo casarme, joven amo —dijo Peonía.

—Siempre lo dices —replicó David—, pero eso no me absuelve de haber faltado a mi deber.

Peonía decidió dejar de lado ese asunto.

—¿Qué deseaba usted decirme? —preguntó.

David se levantó de repente, fue hasta la puerta y se quedó allí mirando hacia afuera. El invierno había terminado y la primavera estaba cerca. El aire era apacible aquel atardecer y la puerta que daba al patio estaba abierta.

—Quiero hacer un viaje —dijo.

—¿Un viaje? —repitió Peonía—. ¿Adónde?

—Tú sabes que mi madre y yo proyectamos hacer un viaje hacia el Oeste, a la tierra de nuestros antepasados. Ahora tengo la intención de hacer ese viaje solo. —Hizo una pausa y luego bruscamente—: Hay algo que me inquieta.

—¿Hay algo que le inquieta? —repitió Peonía. Sentíase torpe con la sorpresa y, sin embargo, comprendía que necesitaba de todos sus sentidos.

—Noto cierta íntima sensación de culpabilidad —siguió David—.

He tenido esta sensación desde que murió Leah. Ahora mi madre ha muerto. Ese viaje sería en cierto modo por ella.

—¿Quiere usted dejar a su padre? —preguntó Peonía. Notaba que le faltaba el aliento, pero se mostraba serena.

—Él no me necesita —dijo David—. Tiene sus amigos... y sus nietos. A veces pienso que está más cerca de ellos que de mí. Y tú estarás aquí, Peonía..., Wang Ma.

—¡Pero sus hijos... y su mujer! —le apremió Peonía—. ¿Cómo puedo yo asumir esa responsabilidad?

—La asumirás, Peonía, esté yo aquí o no —le dijo.

Ella no pudo disimular sus temores.

—¿Y si muere usted en el camino? —gritó—. ¿Y si... si lo mataran?

Recordaba la espada de hoja fina que había hecho semejante mal a su pueblo en otros países, e incluso había hecho mal en aquella casa, pero de eso no podía hablar. El viejo Wang había llevado la espada al río y la había arrojado, todo lo lejos que sus fuerzas le permitieron, dentro de los remolinos amarillos.

—Han matado a muchos —dijo David tranquilamente—. No hay razón para que yo no afronte el mismo peligro.

¿Qué podía aducir Peonía? Ansiaba pedirle a gritos que se quedara por ella, porque él era su vida; y que si no volvía ella tampoco podría vivir, pero tenía miedo de asirse a tal consuelo. Su imaginación estaba muy lejos. Sentía unos celos extraños que no había conocido desde la muerte de Leah. La había olvidado durante meses y meses, incluso años, pero Leah volvió con toda su belleza. ¿Recordaba él

aquella belleza? Consideró ella si tendría sentido mencionar su nombre, y decidió que no debería hacerlo. Si él pensaba en Leah, hablar de ella sería como acercarla a la habitación en que estaban ellos dos solos. ¡Qué siguiera muerta! Sin embargo, ¿qué lazo era aquel que unía más allá del sepulcro? ¿Qué era lo que él tenía en su conciencia? No supo responder a su propia pregunta y se levantó graciosamente, tranquila en apariencia, a pesar de su agitación interior.

—Que todo se haga según vuestro deseo, joven amo —dijo por fin.

Con sorpresa suya, David se volvió a ella enojado.

—¡No me llames así, Peonía! —dijo con impaciencia—. Al menos cuando estemos solos, llámame por mi nombre. ¿No hemos sido hermano y hermana durante toda nuestra vida?

¿Qué palabras podrían hierla más que aquéllas? Pero no se permitió mostrar la herida y respondió sencillamente:

—Trataré de recordarlo. No haga el viaje, a no ser que sea imprescindible. Pero si lo cree su deber, trataré de hacer todo lo que deba mientras esté fuera usted.

Dicho esto salió, habiendo evitado hábilmente pronunciar su nombre. Quizá lo pronunciará algún día, pero no mientras él recordará a Leah.

Se fue a su habitación y se sentó un largo rato, meditando qué haría. Oyó que la llamaban por su nombre y se metió en su dormitorio, se ocultó detrás de las cortinas de la cama y allí agachada caviló un rato más, hasta que aclaró sus pensamientos. Iría a ver a Kung Chen y éste la ayudaría. Él no permitiría, por cierto, que el marido de su hija vagará por los países del Oeste para no volver por lo menos en un año y acaso

para no regresar. Pensarlo y hacerlo fue todo uno, y una vez más se deslizó por la Puerta de la Escapada Pacífica, que no había necesitado utilizar durante los últimos años, desde el casamiento de David.

Kung Chen estaba en casa porque se había fatigado con los largos funerales; se hallaba sentado en sus habitaciones particulares, tomando vino caliente y contemplando un braserillo de carbón que había mandado preparar más por gusto que por falta de calor. La llevaron inmediatamente a su presencia, puesto que todo el mundo estaba enterado de que servía a su hija.

—Honorable señor —dijo Peonía con vocecilla dulce.

Levantó él la vista bondadosamente hasta su figura esbelta vestida de gris y recordó que la había visto parar al lado de su hija, sosteniendo a un niño llorón.

—No se quede en pie en mi presencia —le mandó—. Nosotros somos viejos conocidos. ¿Recuerda aquella mañana junto al estanque de los peces?

No le dijo lo que pensaba: que se había vuelto muy hermosa desde aquella mañana. Entonces era una muchacha en capullo, pero ahora ya era una mujer, graciosa y dueña de sí misma. Si la antigua mirada alegre había desaparecido de sus ojos, una encantadora quietud ocupaba su lugar. Nadie imaginaría que era ella una esclava. Había sobrepasado en mucho aquella situación.

—¿Qué tiene usted que decirme? —preguntó él.

Peonía se sentó con delicadeza y cruzó las manos. No le dijo tampoco lo que pensaba: que había envejecido mucho desde aquella mañana en que lo vio junto al estanque de los peces. Desde aquel día sólo lo había visto a distancia. Ahora lo encontraba mucho más delgado

de lo que había sido. Su llena cara estaba flácida, y la barba rala, que se estaba volviendo blanca, le había crecido, pero se mantenía erguido y los hombros todavía eran anchos. Sabía ella que todas sus hijas estaban casadas aunque para Lili, la hija de la concubina, sólo había sido capaz de darle al hijo de un ferretero. Las familias ricas no deseaban casar a sus hijos con la hija de una concubina que se había escapado con un mayordomo. Esto había sido un pesar para Kung Chen, porque quería a la pequeña Lili más que a todos sus hijos.

— Señor, he venido por causa de mi joven señora — dijo Peonía —. Después que regresamos de los funerales fui a servir comida caliente a mi joven amo, como es mi obligación, y lo encontré turbado; cuando traté de averiguar por qué, me contó que tenía la intención de hacer solo el viaje a la tierra de sus antepasados que una vez había proyectado hacer con su madre. No le dije nada, pero vengo a contárselo a usted, señor, porque el viaje llevará un año entero. Y esto no es lo peor. Los musulmanes que hay en el camino son muy fieros, como Kao Lien le dijo a mi señora, antes de que ésta muriera. Mi joven amo tendrá la vida en constante peligro si se va. Yo pienso en nuestra señora, su hija, y en los niños.

Kung Chen oyó esto con gran asombro.

— ¿Cómo es que el hijo quiere hacer una peregrinación cuando su padre no la hace? — inquirió —. ¿No tiene esto el sabor de una impiedad filial? ¿No llegaría a sentirse el padre culpable ante el cielo?

Peonía reunió todo su valor. Tenía una tela muy delicada que tejer.

— Señor — dijo —, nuestro joven amo es hijo de nuestra anciana señora. Nuestro anciano señor es hijo de nuestro pueblo. El alma de la madre está en el hijo.

Kung Chen comenzó a comprender. Asintió con un lento movimiento de cabeza y se mesó la barba.

– Continúa – dijo.

Peonía inclinó la cabeza modestamente. La tela estaba bien empezada, pero no concluida.

– Señor, hay algo más que esto. Yo no deseo ofender a nadie..., pero puede ser que usted recuerde a la señorita con quien nuestro joven señor estuvo prometido una vez..., o casi prometido.

– Aquella que... – Kung Chen pasó su largo índice a través de la garganta.

– Aquélla.

– ¿Él..., ¡jem!... la amaba? – inquirió en seguida Kung Chen. Sentía ciertos celos por su hija, pero no los manifestó en alta voz.

Peonía pudo apreciarlo bastante bien.

– Yo no diría que la amaba – dijo con vacilación –. Incluso diría que no, pues por ese mismo tiempo amaba a nuestra joven señora..., su hija. Pero en cierto extraño sentido, las dos señoritas lucharon en su corazón una contra otra, de manera que la extranjera le impedía amar enteramente a nuestra señora, ahora madre de sus hijos; y nuestra señora lo incapacitaba para amar a la extranjera, a quien su madre deseaba como nuera. Una desplazaba a la otra en él.

Kung Chen meditó sobre esto un rato.

– ¿Era la otra más hermosa que mi hija? – preguntó entonces.

Peonía reflexionó.

—No —dijo, y luego añadió—: Pero tenía algún poder oculto sobre él. Era el mismo poder que tenía su madre, cosa que él amaba y detestaba al mismo tiempo. Mientras vivió su madre se rebeló y se sostuvo como era. Pero ahora que ella está muerta, recuerda también a la otra y tiene la sensación de que en alguna parte tiene un deber que cumplir y está intranquilo.

—¿Qué tiene que ver el viaje con todo esto? —investigó Kung Chen.

—Las dos querían dejar nuestra tierra e ir a aquella de la que procedían sus antepasados —replicó Peonía.

Kung Chen meditó más largamente. Recordaba todo lo que sabía acerca de los judíos y del imán de la fe que los arrastraba de vuelta a la árida faja de terreno que una vez había sido suya. Ciertamente su pequeña tercera no debía sufrir ni quedarse viuda con tantos hijos y en la cúspide de su joven feminidad. Y se dispuso a proteger lo suyo.

—El joven está intranquilo —dijo mesándose la barba—. Es bastante natural. No ha viajado nunca. Los hombres suelen ponerse inquietos después de los primeros años de matrimonio. Conocen todo lo que tienen y piensan en panoramas nuevos. Muy bien, viajará; pero mi hija, los niños y usted deben ir con él. Yo les prestaré mis coches de mulas y mis cocheros para que los recojan cuando dejen el río; también irán mis cocineros y todos harán un viaje hasta la capital del Norte. Le pediré al gobernador de nuestra provincia, además, que los haga acompañar por algunos de sus guardias como precaución contra los ladrones y los piratas del río. La primavera empieza precisamente pasado mañana; el viaje será agradable. Le pediré a su padre que decida que el viaje es necesario para los negocios, como bien podría ser desde luego.

Kung Chen estaba muy complacido consigo mismo y meneaba su

gran cabeza de aquí para allí. Su imaginación vivía sus proyectos por adelantado.

—Sí; veré el modo de tener un fino regalo que deberá ser entregado en mi nombre a las dos nuevas emperatrices; mandaré aviso a mis dos amigos para que den fiestas en honor de mi yerno; daré órdenes al Teatro del Jardín del Peral para que represente comedias para él y los amigos a quienes deba agasajar en retribución. ¿A quién no entusiasma la capital del Norte? Es la ciudad más bella del mundo. —Se frotaba las manos sobre los carbones—. Todo es como debe ser —dijo—. La corte imperial ahora ha vuelto del exilio, ha regresado de Johon a Pekín, y la capital está llena de alegría. Se ha convenido una tregua sobre el opio con los hombres blancos de la India, y los rebeldes se encuentran derrotados en las provincias orientales. Retorna el tiempo del placer y los negocios.

Golpeaba con las manos sobre sus rodillas, resplandeciente de animación, Peonía, desde luego, estaba encantada. Se levantó, con su cara también brillante.

—Es un proyecto del cielo —declaró—. Esperaré entonces, señor, hasta que llegue la orden. —Luego, con una inclinación de cabeza, se volvió para la casa.

Al salir ella, Kung Chen se quedó solo mesándose la barba, y fruncido el ceño delante del fuego. Su pequeña tercera... ¿era feliz? Había dado por sentado que lo era, puesto que cada año había dado a luz un hijo. Una o dos veces había preguntado a su madre qué pensaba, pero *madame* Kung raras veces pensaba en las hijas salidas de su casa para pertenecer a otra familia.

Su imaginación pasó con agrado a Peonía. Donde ella estuviera, sin duda todo marcharía bien.

Así aconteció que un hermoso día, a fines de la primavera David, persuadido por Peonía, se puso en camino hacia el Norte. Él, su esposa, sus hijos y Peonía embarcaron en un gran junco^[9] sobre el río y navegaron hacia la capital del Norte. Con ellos iban criadas y sirvientas inferiores y los dos cocineros que había escogido Kung Chen porque provenían del Norte y le suplicaron que les ofreciera la oportunidad de volver a ver su hogar. Delante de ellos, en un bote más pequeño, iban los guardias.

Ezra los vio marchar con el corazón tembloroso. Temía a la soledad durante el tiempo que estuvieran ausentes. Sin embargo, no se atrevió a dejar sus negocios, porque Kao Lien estaba a punto de cargar sus camellos otra vez para el Oeste, y para los cargamentos se debían escoger las mejores mercaderías chinas. Además, puesto que se había hecho la paz con los blancos en la India, Ezra tenía la idea de enviar dos hombres dignos de confianza con mercaderías chinas para vender allá. Kung Chen acabó de convencerlo afirmando que su propia pérdida sería grave si Ezra no enviaba los cargamentos bastante pronto, para traer de vuelta las mercaderías del Oeste por lo menos a principios del invierno. De suerte que Ezra se resignó lo mejor que pudo a su suerte; Wang Ma y el viejo Wang se quedaron, y Kao Lien se trasladó a casa de Ezra durante las últimas semanas, antes de emprender su marcha. David hizo promesas de volver pronto, en cuanto que Kung Chen aseguró que comería con Ezra todos los días. Así se produjo la separación.

En el junco, todo era confusión al principio. Los niños lloraban con extrañeza aterrorizados cuando, cuando con muchos gritos y maldiciones, los boteros soltaron la enorme embarcación de la orilla y enfilaron hacia el centro del río, empujando con las largas pértigas de bambú, remando hasta que en medio de la corriente el viento hinchó sus velas. Cada niñera consolaba al niño que tenía a su cargo; el menor se apegaba al pecho del ama cría; luego vino la calma. Peonía atendió a

su joven ama y cuidado de que se sentara en un canapé y tuviera té y golosinas; saco del equipaje cojines y abanicos, ropas de cama y braseros de carbón y todo cuanto podía utilizarse para mayor comodidad. Hecho esto, les preguntó a los cocineros qué iban a preparar para las comidas del día, puesto que habían llegado por la mañana temprano; solamente cuando estuvo satisfecha con sus proyectos dejó reposar su corazón y miró alrededor para ver dónde iban a vivir.

El junco era poderoso para el río; proa y popa sobresalían bastante del agua. En la proa había pintados dos ojos grandes, y en la popa, la cola de un pez. Los barqueros vivían en dos pequeños camarotes en la popa; con ellos estaban sus esposas e hijos; unas puertas los separaban de los demás, y los mantenía aparte. Cada niño tenía una cuerda atada a la cintura, de manera que si alguno caía al agua, pudiera la madre volver a izarlo. Peonía reclamó que las cuerdas se deberían poner a los niños a su cargo. Tomó dos rollos de suave cuerda de cáñamo que le dio un barquero, pero cuando las ató alrededor de la cintura de los hijos de David, éstos gritaron rabiosos y no quisieron consentirlo. Peonía no pudo sino mandar a las doncellas que los sujetaran por sus fajas y que no les permitieran quedar solos ni por un momento. Así las doncellas estuvieron atareadas todo el día, en tanto que Peonía agradeció al cielo que el niño pequeño no caminara aún.

Las cocinas venían inmediatamente después de los camarotes de los boteros, y los cocineros dormían en ellas por la noche. Eran pequeñas, pero había en ellas todo lo necesario para preparar una buena comida, y pronto los cocineros estaban atendiendo a sus obligaciones. Enfrente de las cocinas estaban los dormitorios de la familia y el gran salón central, donde pasaban el día. Allí debía dormir Peonía por la noche, porque los niños y sus niñeras tenían que ocupar un dormitorio, y David y su esposa el otro, así que no había lugar para Peonía. Esto era molesto, sin duda, pero se decía que cuando necesitara

mucha soledad podría sentarse fuera de las ventanas del gran salón, donde la cubierta era tan estrecha, que los niños no se atreverían a ir y por donde su señora no se atrevería a pasear. Este lugar se convirtió, pues, en el suyo. Enfrente del salón había una cubierta amplia con suelo de fina madera barnizada que ni el sol ni la lluvia podrían deteriorar. Este barniz provenía de Ningpo, cuyos pobladores son famosos por sus juncos y sus barcos.

Así empezó un viaje que iba a durar días. En cuanto a Peonía, personalmente, contemplaba con placer los días que tenía delante. Tenía que trabajar bastante para cuidar solícitamente de todos; pero quedaban horas para sentarse en su lugarcito, sólo molestada por un barquero cuando pasaba de proa a popa, y viceversa, o cuando faltaba el viento y había que usar los remos hasta que los cabos de remolque estuvieran fuera. A pesar de todo, temía mucho que aumentara la intranquilidad de David. Estaba acostumbrado al espacio y a los muchos patios, ¿y tendría paciencia para estar encerrado en aquel velero con niños gritones y con una esposa a veces impaciente? Al principio tuvo miedo; luego encontró que no tenía qué temer, porque David se encontraba absorto con los paisajes que pasaban ante sus ojos. A veces la marcha era bastante lenta, de manera que podía ir a pie por la orilla y caminar muchas leguas por un país nuevo y a través de las provincias que no había visto jamás. En todas partes era tratado con cortesía; cuando los hombres del remolcador se detenían a descansar, comer y tomar té, entonces comía también en tierra y la gente de la región le hablaba cortésmente, preguntándole con curiosidad de que país venía.

Cuando pronunciaba el nombre de la ciudad, admirábanse ellos.

—Nosotros no sabíamos que allí vivían extranjeros —le decían.

—No soy extranjero —replicaba él, y ellos asentían con un

movimiento de cabeza, satisfecho su interés.

No hablaba con frecuencia con Peonía, pues había pocas oportunidades para ello; pero ambos, sin hablar, sabían que a Kueilan no le agradaba ver a su marido hablando con una esclava más de lo necesario. Sin embargo, a veces, cuando Peonía dejaba a su señora en cama e iba a la cubierta de proa para advertirle a David que todo estaba dispuesto para la noche, éste se detenía unos minutos, sobre todo si brillaba la luna.

Una noche de aquéllas le dijo a Peonía:

—Mi padre siempre ha dicho que vuestro pueblo es bueno con el nuestro, pero la profundidad de esta bondad solamente ahora la veo por mí mismo. Estas gentes de las aldeas del río y a lo largo de las orillas no me conocen, y, sin embargo, me hablan cortésmente y me dan la bienvenida en las posadas. Me asombra esta gentileza.

—¿No son todos los hombres hermanos bajo el cielo? —respondió Peonía con las palabras de los sabios.

David meneó la cabeza.

—Esas buenas palabras están en todas partes —replicó—, pero no siempre las buenas acciones.

Se fue a descansar, y Peonía se quedó sola a la luz de la luna.

Era, desde luego, un hermoso país. La tierra, a lo largo de las márgenes del río, verdeaba con el arroz nuevo, y en torno a cada pequeña villa los durazneros se hallaban en plena florecencia, rosados de día y perlinos por la noche. Colinas distantes se elevaban contra el cielo y el agua corría dorada bajo la luna. Era una buena tierra y las gentes también lo eran. Había ladrones, es cierto, y piratas en el río,

pero roban en todas partes, cualesquiera que sean su figura y su color. Con los guardianes, la familia estaba segura, y el gobernador le había dado al barquero una bandera que proclamaba que llevaban obsequios para la corte imperial, y nadie hubiera osado robarles nada.

Cuando todo estuvo tranquilo, Peonía entró en el vacío salón, sacó las colchas que durante el día se ocultaban debajo de los canapés y se dispuso a dormir. Durmió bien; un viento fresco llegaba hasta ella.

Al salir de una provincia entraban en otra, hasta que por último llegaron cerca del puerto donde el río se encuentra con el Gran Canal. No deseaban llegar al mar ni trasladarse a los pequeños botes que había. En un lugar dado, por lo tanto, dejaron la embarcación, que se había convertido en un hogar para ellos; allí estaban los coches de mulas que los llevarían al norte.

Con frecuencia Peonía sintió deseos de volver al junco, porque ahora tenían que viajar todo el día por caminos de toscos guijarros, parándose para servir comidas improvisadas, excepto por la noche, cuando dormían en posadas. Peonía estaba impaciente, desde luego, porque encontrar una posada buena y limpia, era casi imposible. Todas las tardes el posadero principal, donde quiera que estuvieran, saldría abanicándose y prodigando alabanzas al ver cuán larga escolta tenían, chillaría y gritaría a sus hombres que prepararan la comida y el té, jurando que tenía habitaciones limpias y de todo lo mejor. Pero cuando Peonía inspeccionaba las habitaciones, con frecuencia las hallaba asquerosas. Si veía que había pulgas y chinches en las camas, no permitía que fuesen abiertos los paquetes de las ropas hasta que hervía agua y la vertía sobre las tablas de la cama. Todo esto se hacía bajo su vigilancia, porque su señora era incapaz y David estaba impaciente por ver cada nuevo panorama, de suerte que cuando llegaban a una villa o ciudad nueva, dejaba a su familia y se iba a visitarla.

Finalmente llegaron a Pekín. Los niños se quedaron mudos de admiración al mirar las grandes murallas que se alzaban gradualmente, grises y elevadas, de las llanuras circundantes. Todos había oído hablar de las maravillas de esta capital, pero ni siquiera David estaba preparado para la vastedad de lo que veía. Pasaron a través de la puerta de la ciudad; las murallas eran tan macizas, que había tinieblas entre la luz del sol de ambos extremos. Kung Chen había escrito a sus tiendas que preparasen una casa para el hijo de Ezra y su familia, y hubieron de atravesar calles tan anchas todas pavimentadas con piedras, que hasta Peonía no se le ocurría que decir y solamente podía expresar su admiración con la mirada. Así llegaron a una puerta inserta en un muro; al trasponerla encontraron a los hombres de Kung Chen esperando para recibirlos, David se quedó con ellos en la sala de recibo, y Peonía condujo a la familia a los patios interiores, mientras los sirvientes se apresuraron para que pronto todo estuviese dispuesto.

Los pequeños estaban contentos con la novedad y Kueilan andaba de un lado para otro por los jardines, profiriendo exclamaciones ante las rosas y los ciruelos enanos. La fiesta había empezado, pero Peonía observaba sobre todo a David. ¿Sería fiesta para él también? Se sintió consolada cuando, una vez despedidas las visitas, pudo ver a su familia. Tenía la cara alegre y los ojos brillantes de excitación.

—Quedémonos aquí mucho tiempo, ¿eh, madre de mis hijos? —le dijo a su esposa, y ella le sonrió en respuesta, contagiada por su alegría. Él se enterneció de repente —. ¡Chiquita —exclamó—, tienes el mismo aspecto que la primera vez que te vi!

Al oír estas palabras Peonía salió silenciosamente, para evitar que su presencia coartara la renovación de su amor. Su antigua y profunda tristeza seguía en el fondo de su corazón, y ella sabía que estaba allí, pero no se permitiría abismarse en ella. Fuera de la oscuridad y el sombrío fondo del lago, brotan sobre su superficie las flores de loto. Ella

arrancaría las flores.

Pekín estaba en su mejor momento aquella primavera. La gente, liberada de los temores y esfuerzos de la guerra, se regocijaba con el regreso de la corte imperial a la ciudad. Las dos emperatrices, la más vieja del Este y la más joven del Oeste, actuaban en calidad de regentes, ya que el joven emperador era todavía un niño. Ambas eran hermosas, pero la emperatriz del Occidente, enriquecida por el amor a la vida y al poder, hacía fácil prever que bajo su reinado prosperaría la nación y que todas las artes y el comercio se robustecerían.

El aire era lo que más le agradaba a David. Su antigua tristeza se desprendía de él y hasta la misma mirada de sus ojos estaba cambiada. El tinte de melancolía que se había vuelto natural en él lo abandonaba, y la vitalidad, que solamente la rebelión había encendido hasta ahora, se convertía en su energía diaria.

— Amo esta ciudad — le dijo un día a Peonía —. Observa a la gente; los hombres, altos; las mujeres, hermosas. Aquí pareces una niña.

Peonía no estaba segura de que le agradara aquella comparación. Verdad que la mayoría de las mujeres la sobrepasaban en estatura, tenían pómulos sobresalientes y figura maciza. Se enfurruñó, y David se echó a reír.

— ¡Hablemos de otra cosa entonces! De sus calles anchas... A mí me gusta el espacio.

En esto Peonía estuvo de acuerdo. Había por todas partes espacio suficiente para que corrieran diez coches de frente, entre las tiendas abarrotadas de finas mercaderías. La gente era, más que hermosa, amable y de espíritu noble. La nobleza del Norte estaba en la ciudad, donde la gente acompañaba la comida con pan de trigo en lugar de arroz.

Había muchas reuniones, y David encontraba gran placer en celebrar banquetes en las posadas elegantes con los amigos que Kung Chen le había proporcionado. Comer cordero asado en una posada mahometana, pasar la mitad de la noche ante un pato asado en otra y declarar que ambas constituían la más fina de las comidas era bastante fácil. El cordero tierno y aromatizado se descuartizaba y asaba en espetones sobre carbón de madera y se llevaba caliente a la mesa para ser comido con bollitos de pan humeante.

Y sin embargo, el pato de Pekín podía considerarse el mejor bocado. Noche tras noche se las pasaba David en una posada o en otra con hombres tan libres de cuidados y tan llenos de buen humor, que se habría dicho que sólo trabajaban por placer, si no los hubiera visto como perspicaces comerciantes durante el día. Sentábanse alrededor de una gran mesa redonda, comiendo platitos, pequeños primero, hasta que el hostelero introducía para su aprobación los patos muertos y desplumados, pero sin asar todavía. Cuando había escogido un par de ellos, apreciado el tamaño, la gordura y la contextura de la piel, eran metidos en el espetón y se los hacía girar sobre los carbones hasta que la piel se tornaba crujiente, dorada y brillante con la grasa. Pronto el primer plato era servido, consistente en bollos de exquisita corteza tostada, acompañados de pasteles de harina de trigo y de jalea roja, dulce, hecha de bayas. Estos pasteles se ponían alrededor de la piel del pato asado y dentro de cada uno se vaciaba una cucharada de jalea; así se comían pan y bollos todos juntos, calientes y dulces, con vino tibio servido en tazas pequeñas. Luego eran servidos otros platos: carne de pato asado aromatizada y mezclada con repollo tierno; luego con hongos, después con pimientos de bambú; en seguida con castañas, cada plato diferente de los demás y cada uno tan bueno como el siguiente, hasta culminar en la delicadeza final. Consistía ésta en la cabeza del pato, abierta de un tajo de manera que los sesos pudieran picarse con palillos y ser gustados en todo su fino sabor y ahora.

¿Quién podría cansarse de semejantes viandas? Y todavía estaban las posadas vegetarianas donde los devotos budistas, aquellos que renunciaban a comer carne en beneficio de sus almas, podían darse un festín. En estas posadas se daba a los vegetales una forma y aroma tales, que los festejantes podían haber jurado que eran carne, si no fuera porque no contenían la de ningún animal. Los ojos de los devotos quedaban satisfechos y sus paladares gustaban la semblanza de las carnes que se habían negado, mientras sus almas quedaban a salvo.

— ¡Qué inteligentes son estas personas! — exclamaba David, cada día, cuando descubría tantas cosas nuevas. Indudablemente, los placeres de que él había disfrutado en su juventud resultaban pequeños en comparación con la variedad que encontraba en Pekín. Los más hermosos teatros, las mejores representaciones de magia y juegos de manos, los más famosos cantantes, músicos y hombres doctos estaban allí.

Mientras esperaba una audiencia de las dos emperatrices dejaba David su alma en libertad y gozaba de todos los placeres que la ciudad ofrecía. No era egoísta ni solitario. Todas las mañanas las empleaba en los negocios de su padre y de Kung Chen, visitaba a los comerciantes ricos de la ciudad y convenía nuevos contratos para la expedición de mercaderías y recibía encargos para importar fabulosos artículos de Europa y de la India, porque los mercaderes conocían las maquinas, telas, lámparas y las chucherías hechas en el extranjero, y les gustaban aquellas cosas para ellos y para la venta. Especialmente querían relojes. El gran reloj dorado que años atrás había ofrecido Kao Lien como obsequio para el emperador, competía ahora con muchos otros en el palacio. En una habitación, según oyó David, había más de cien relojes. Lo que había sido un regalo real se convertía ahora en algo codiciado por el hombre corriente, y David le escribió a su padre:

Aquí se pueden vender muchos miles de relojes, a mi parecer, sobre todo

esos de precio no demasiado elevado, pero ornamentados con figuras doradas. A todas las mercaderías extranjeras se les concede valor. Estas gentes tienen lo mejor de todo: las sedas, rasos y bordados más valiosos, y, sin embargo, su amor por la novedad es tal que comprarían cualquier engañifa siempre que fuera extranjera.

Finiquitados los negocios de la mañana, David pasaba la tarde con su familia, a no ser que el día fuera lluvioso o, peor que eso, oscurecido por el polvo que los vientos altos traían a la ciudad desde distantes desiertos. Con sus hijos de la mano, paseaba David por los parques de los templos, asistía a los teatros y visitaba los bazares y lugares en que representaban los faquires; con él iba con frecuencia su esposa, temerosa de ser vista fuera de casa, pero a quien la curiosidad hacía audaz. Fuera Kueilan o no — a veces se quejaba de que le dolían los pies y no podía caminar —, Peonía iba siempre con dos niños. Entonces disfrutó ella también de los momentos más felices de su vida. Reía con David y sus hijos, observaba y se quedaba pasmada ante muchos espectáculos. Nunca se cansaba, siempre estaba amable, y conforme transcurrían las semanas, insensiblemente cada vez era ella quien salía y no su esposa.

Porque Kueilan había hecho amistad con algunas señoras de los comerciantes y se aficionó a jugar con ellas. De una casa en otra iban estas damas, un día aquí y otro allá, viajando en sus literas encortinadas; así pasaban toda la tarde y primeras horas de la noche, con el *mah-jong*, hasta que este juego se convirtió en su pasión. En esto las alentaban las sirvientas, puesto que antes de que cada señora diera las buenas noches a las demás, debía, por cortesía, poner plata en un cuenco sobre la mesa que luego se repartían las criadas entre ellas. Peonía no participaba porque se consideraba por encima de aquello; pero siempre cuidadosa de no herir susceptibilidades, se excusaba con

las demás diciendo:

—Puesto que tengo que quedarme con los pequeños señores y su padre, y no puedo ayudarlas a ustedes a atender a las señoras, sería de todo punto injusto que yo compartiera el dinero del servicio.

Nada se hablaba de un próximo regreso al antiguo hogar. Por algún motivo, la presentación de los obsequios que David había llevado para las emperatrices fue retrasada hasta que ellas estuvieran dispuestas a recibirlos, pero ya se prolongaba meses, porque estaban ocupadas con las reparaciones que necesitaba el palacio. Mientras la corte había estado en el exilio, muchas partes se habían derruido, de modo que debían ser reparadas. Pero de mucho mayor alcance eran los vastos planes que tenía la emperatriz de Occidente: construir un nuevo palacio y añadir patios, estanque, puentes, rocas y jardines. El tesoro imperial se hallaba empobrecido por las guerras con los blancos y las luchas con los cristianos del Sur. La emperatriz de Occidente exigía, por lo tanto, nuevos impuestos y tributos, especialmente para la construcción del palacio de verano y el embellecimiento de su lago. Soñaba con construir un hotel de mármol que fuera lo bastante grande como para comer con todas sus damas y ver luego una representación cuyos actores pudieran contarse por centenares. Sus ministros gruñían al pensar en semejante gasto y se rumoreaba en la ciudad acerca de sus ambiciones y su obstinación. Los ministros le suplicaban que recordase que las guerras con los blancos se habían perdido por falta de un buen ejército y que las espadas no eran suficientes en una época en que las naciones extranjeras tenían armas de fuego. Pero la emperatriz de Occidente respondía con arrogancia: «Cuando la corte imperial es gloriosa, la nación comparte su gloria», y este rumor corría también por la ciudad.

Sin embargo, el pueblo reía cuando oía hablar del orgullo y la energía de la joven emperatriz, y los tomaban como una buena señal. La

debilidad y la languidez del gobernante eran temidas, pero carecía de ellas la emperatriz de Occidente. Incluso los rumores de sus disputas con la emperatriz del Este eran materia de bromas y canciones; el atrevimiento y la terquedad entraban en el espíritu del pueblo porque estaban presentes en la joven emperatriz.

A principios del verano recibió David, por fin, las citaciones para la corte y se dispuso a comparecer. La hora había sido fijada poco después del amanecer, cuando la audiencia con los ministros terminaba y la emperatriz estaba dispuesta a recibir proposiciones de nuevas rentas públicas y obsequios.

Peonía se levantó temprano, desde luego; ayudó a David a vestirse y se ocupó en darle de comer y de que todo estuviera en orden. Fue con él hasta la puerta; detrás de ella estaban los criados, asombrados de saber que su amo iba a ser recibido en la corte. Todos contemplaban a David, muy elegante con sus nuevos atavíos de seda azul y terciopelo negro, su sombrero con borlas en la cabeza y sortijas de jade en los pulgares, cuando entró en su gran silla de manos.

Peonía se quedó mirando hasta que desapareció la silla, y luego volvió a su dormitorio. No podía dormir —eso era superior a ella—, dentro de una hora o dos horas debía levantarse y ver que los niños estuvieran alimentados, cuidados y felices; más tarde debía procurar que la reunión de su señora estuviera preparada para la noche, porque las damas iban a jugar al *mah-jong*. No sabía cuándo regresaría David, pero la casa debía estar arreglada y su señora levantada, vestida y dispuesta para oír la historia que él tendría que contarle, porque Peonía tenía siempre cuidado de preparar a su señora para cumplir con sus deberes de esposa perfecta. No le permitía a Kueilan presentarse delante de su marido con el cabello sin peinar ni los trajes arrugados. Kueilan gruñía con frecuencia, diciendo:

—Ya soy una vieja mujer casada, Peonía. ¿No puedes dejarme en paz? Primero me desate los pies para complacerte; ahora es el cabello el que tiene que ser una preocupación para mí; luego mis cejas, que deben ser depiladas y las uñas pintadas; me tienes perfumada como una muchacha en flor. ¿Cuándo voy a disfrutar un poco de paz?

Al oír esto, Peonía se limitaba a sonreír y decía:

—Eso le procura placer a su señor, ¿no es cierto, señora mía?

Un día que Peonía había respondido así, Kueilan le dirigió una astuta mirada y dijo:

—¿Es solamente por complacerle a él entonces? Tú no te preocupas por mí.

Peonía sintió que se le paralizaba el corazón. Luego dijo inocentemente:

—Supongo que lo que le agrada a él, también le proporciona placer a usted. Pero si estoy equivocada, señora, sírvase instruirme.

Esto puso a Kueilan en una dificultad, porque, ¿cómo podía decir que no deseaba complacer a su marido? Guardó silencio, pero después de esto Peonía tuvo cuidado de no volver a mencionar a David. Aprendió a tener mayor prudencia y su alma se hizo profunda como la vida misma.

Cuando regresó David a media mañana, con aspecto fatigado, pero triunfante, toda la casa estaba esperando para recibirlo, su esposa vestida y bella, los niños limpios e impacientes, los sirvientes respetuosos, aunque llenos de curiosidad.

Peonía lo recibió en la puerta.

—¿Sería demasiado pedirle que nos refiera lo que ha sucedido? Ansiamos saberlo, de modo que puede referirlo de una vez para todos.

—Primero dejadme comer y beber, porque me desvanezco —replicó David—. No se nos permitió sentarnos y tuve que estar de rodillas hasta que éstas me quedaron doloridas.

Ella lo siguió dentro de la casa y a sus habitaciones particulares y le sacó el pesado sombrero de la cabeza; la tiesa túnica de brocado la puso él después a un lado, al igual que sus altas botas de terciopelo. Luego Peonía le dio la cómoda bata de seda de verano y los zapatos bajos de raso; él comió y bebió las cosas que ella pidió que le sirvieran y durmió una hora. Después estuvo dispuesto.

Peonía los reunió a todos en el gran salón de la casa; David se sentó en el asiento más alto y contempló a su familia y sirvientes alrededor de él. El día era hermoso y los rayos de sol de verano caían en el patio y brillaban a través de las puertas, abiertas de par en par. David pensaba para sí que lo que tenía era suficiente para enorgullecer a cualquier hombre. Su esposa, sentada al otro lado de la mesa, frente a él, vestida con una túnica de raso verde pálido, con jade en las orejas y en el nudo del cabello, llevando oro en sus manos y muñecas, estaba tan bella como la muchacha que había visto por primera vez en casa de Kung Che. Cerca de ella, de pie, estaban sus dos hermosos hijos, vestidos como hombrecitos, con largas túnicas de seda, el cabello trenzado y atado con una cinta roja. Su tercer hijo estaba ahora empezando a caminar; la niñera lo sujetaba por una ancha faja de seda y lo seguía en su andar vacilante por todas partes. Peonía estaba sentada cerca de la puerta; ya conocía su cara hermosa y apacible. Los sirvientes reunidos de pie, estaban limpios y expectantes. Levantó su taza de té, bebió un sorbo, la dejó, y empezó luego:

—Debéis comprender que no es cosa fácil comparecer ante

emperatrices. Esperé durante más de dos horas en la antecámara con otros a quienes se les había concedido audiencia para hoy, pero no nos ofrecieron asiento ni té. Un eunuco nos condujo allí y nos mandó esperar, diciendo que el mayordomo jefe nos llamaría personalmente. Pero cuando éste llegó tuvo que enseñarnos primero a esperar y cómo proceder. «La emperatriz del Este – nos dijo – está enferma; solamente los recibirá la emperatriz del Occidente». No teníamos que mirar hacia la Mampara Imperial, detrás de la cual estábamos...

En este punto el hijo mayor de David gritó:

–Papá, ¿no la viste?

David meneó la cabeza.

–A nadie se le permite verla, hijo mayor. Es emperatriz, pero también es mujer... una mujer hermosa y viuda. Su proceder es correcto. Bueno –agregó–, todos entramos; a mí me dieron el tercer lugar...

–¿Por qué el tercer lugar? – volvió a preguntar su hijo.

A todo esto, David parecía impaciente; Peonía se levantó con suavidad, llevó al pequeño a su lado y lo tomó en brazos. Entonces David prosiguió:

–Que yo haya sido el tercero se debió a que no tengo categoría oficial; había dos delante de mí que la tenían. Fui el primero de los que carecían de jerarquía, esto es porque Kung Chen goza de favor especial en nuestra provincia y ha sido mencionado en la corte por nuestro gobernador.

Así prosiguió David. Contó cómo entró y cómo inclinó la cabeza hasta el suelo; cómo tuvo que quedarse en esta posición hasta que fue

pronunciado su nombre; cómo se levantó luego con la cabeza inclinada y presentó los obsequios, que le habían sido retirados en la puerta cuando entró. Explicó que los regalos provenían de Europa, y que no eran en modo alguno superiores a los que había visto allí; pero que esperaba, sin embargo, que Su Majestad encontraría un momento de vano placer en su curiosidad. Entonces habló de la casa de Ezra y de sus contratos con la casa de Kung, y dio las gracias a la emperatriz porque, aunque sus antepasados provenían de tierras extranjeras, ellos, sin embargo, habían vivido en paz allí. En este punto David se detuvo y miró con cierto orgullo.

– Cuando dije esto, la emperatriz me habló.

– ¿Qué dijo ella? – preguntó Kueilan.

– Me preguntó si tú también eras extranjera, pero yo le respondí que no. Entonces me preguntó si tenía hijos; dije que sí, que tenía tres hijos. Ahora escúchame: ¡ella me ordenó que le llevara a mis hijos y se los dejara ver, porque nunca había visto niños de sangre extranjera!

¡Qué consternación, orgullo y excitación sobrevinieron sobre la familia de David!

– ¿Fijó un día? – exclamó su esposa.

– Mañana, a las cuatro de la tarde, vamos a ir todos. Yo esperaré en la antecámara, pero tú, los niños y sus niñeras debéis pasar al jardín, donde las damas de la corte estarán juntando flores. El mayordomo jefe os llevará allí; tenéis que quedaros solamente hasta que él diga y luego volver.

– Peonía tiene que venir conmigo – dijo Kueilan.

– ¡Oh, no! – exclamó Peonía.

—Sí, debes ir —dijo David con autoridad—. Eres la única que puede hacer callar a un niño cuando llora.

Así se decidió. Aquella tarde, Kueilan estuvo distraída jugando su *mah-jong*, y por la noche estuvo muy impertinente cuando fue Peonía a ayudarla a acostarse, pues había perdido mucho dinero.

—Su señor es rico y poderoso —le recordó Peonía—. No se lo reprochará, señora.

Pero Kueilan no quería dejarse consolar y continuó de mal humor hasta que Peonía la dejó en la cama y fue a decirle a David que estaba dispuesta para irse a dormir. Encontró a éste muy meditabundo en su jardín, sentado bajo un retorcido pino en una silla de bambú. Oyó su recado e inclinó la cabeza, pero no se levantó inmediatamente. Peonía esperó, dándose cuenta de que había estado pensando y que tal vez deseara decirle en qué pensaba. Como no hablara, le hizo una pregunta para excusar su permanencia allí:

—¿Cómo sonaba la voz de la emperatriz del Oeste en vuestros oídos?

—Fuerte y fresca, pero sin dulzura —respondió él. Entonces dijo lo que tenía en la cabeza—: Peonía, jamás sentí tan claramente la clemencia imperial dispensada a mi pueblo. Ella sabía que yo era extranjero, me oyó darle las gracias..., y su único deseo fue ver a mis hijos.

—Curiosidad de mujer en una emperatriz —dijo Peonía, sonriendo.

—¡Pero no desagrado! —exclamó él.

—¿Por qué ha de haber aquí desagrado, si vuestro pueblo nunca

hizo la guerra ni tomó lo que no era suyo, ni en tierras ni en mercancías? —respondió Peonía, afectuosamente—. Vosotros habéis sido un buen pueblo..., y usted y su padre, buenos hombres.

David la miró de un modo extraño.

—Nuestra bondad no nos ha salvado en otras partes del mundo —dijo.

—Esos otros pueblos extranjeros no son razonables —replicó Peonía—. Nosotros hemos aprendido a razonar con la leche de nuestras madres.

Después de esto se fue, pero cuanto más meditaba sobre lo que David había dicho, más insegura estaba con la conveniencia de estarle agradecido a la emperatriz o si no habría sido mejor señal que ella lo hubiera hecho sentirse de nuevo extranjero. Peonía suspiró y por primera vez deseó que se fijara el día para el regreso a su ciudad.

No hubo tiempo de pensar ni de desear nada por la mañana. Todo el día lo invirtió Kueilan en bañarse, empolvase y vestirse; la línea de cabellos de su frente debía quedar bien recta y cada pelito rebelde había de ser arrancado, pero solamente Peonía podía hacer esto sin lastimarla. La larga uña del dedo anular de su derecha se rompió y esto la hizo verter lágrimas de ira.

—¿Cómo ocultaré esto? —le preguntó a Peonía, y tendía su manita, todavía tan pequeña como un capullo de loto.

—Pondremos el broquel de plata sobre ella —replicó Peonía—. ¿Quién notará que la uña ha desaparecido debajo? Siéntese tranquila, señora, por favor, y deje que la atiendan si no quiere romperse otra uña.

Luego fueron los pies los que disgustaron a Kueilan. Miraba con

mucho desagrado sus zapatos, de mayor tamaño que lo que habían sido primitivamente.

—Estoy avergonzada de mostrar estos enormes pies de campesina —declaró a Peonía—. Quisiera no haber escuchado nunca lo que me dijiste.

—Su señor estaba muy complacido —le recordó Peonía, olvidando que no debía hablar de él.

—Solamente un día o dos —dijo Kueilan enfurruñada—. Ahora nunca se fija en mis pies. Ha olvidado todos mis sufrimientos. Pero yo tengo que verlos todos los días y ahora me harán caer en desgracia delante de la emperatriz. ¡Estoy segura de que sus pies son muy pequeños!

Peonía recordó sus lecturas.

—No, señora, en eso está usted equivocada. La emperatrices son manchúes, no chinas, y nunca han visto vendados sus pies. ¡Por lo tanto, deben ser más grandes que los suyos!

Kueilan prorrumpió en exclamaciones al oír esto, pero quedó consolada; por último, vestida y hermosa, se sentó inmóvil en una silla para no estropear su aspecto, mientras Peonía vigilaba la operación de vestir a sus hijos delante de sus ojos. Ésta también era una tarea que necesitaba mucha paciencia; porque a Kueilan no le gustaba la túnica de su hijo mayor; cuando al fin estuvieron todos listos, el tercer hijo fue dominado por la excitación y el deseo de ruido, tiró la comida, se manchó las ropas y hubo que arreglarlo de nuevo.

—¡Desearía que hubiera pasado todo ya y estar en la cama! —exclamó Kueilan, cuando se levantó finalmente y se dirigió a la cancela, donde la esperaba la silla de manos.

—Señora, un día podrá contarles a sus nietos lo acontecido hoy — dijo Peonía, sonriendo para tranquilizarla.

Así, David delante y toda su familia detrás, se pusieron en marcha y se acercaron a las grandes paredes cuadrangulares del palacio. En la cancela se detuvieron para sobornar a los guardianes, que luego permitieron entrar a los portadores de las sillas. Entonces las cancelas se cerraron de nuevo detrás de ellos y las sillas fueron depositadas en el suelo. David salió el primero y esperó a que salieran todos. Los contempló y sintió despertar su orgullo a la vista de su linda esposa y sus hermosos hijos. Luego se volvió ansiosamente a Peonía:

—¡Quédate cerca de todos, Peonía! No dejes que los pequeños corran de aquí para allá... Ayuda a su madre a responder bien cuando le hablen.

—Estad tranquilo —respondió Peonía, pero su corazón distaba de estarlo.

De manera que lo dejaron a él allí, mientras un eunuco los conducía a una puerta interior; luego el mayordomo jefe les salió al encuentro. Era un hombre alto y fuerte, un eunuco como todos los hombres que vivían dentro de aquellas paredes, excepto el emperador. A Peonía le desagradaron al instante sus miradas. Era hermoso, de cara llena y lampiña, voz alta y suave, aunque fría. Pero sus ojos no eran los de un eunuco. La miró con instantánea e insolente admiración, y ella apartó la vista. Contra su voluntad se sintió ruborizada y luego se quedó fría. ¿Y si él tomaba el rubor como señal de que la impresionaba su mirada? Se quedó junto a su señora, tomó una mano de cada niño, y juntos caminaron detrás del mayordomo jefe hacia los jardines. En la puerta se detuvo éste un momento, y de nuevo sus ojos insolentes se fijaron en Peonía, mientras les daba órdenes con voz alta y cruel.

—Sus majestades imperiales están examinando ahora los lirios

acuáticos – dijo –. Ustedes tienen que pararse junto al gran pino dentro de la cancela. Cuando ellas pasen, deben inclinar todos la cabeza, incluso los niños. No hablen, a no ser que sus majestades se dirijan a ustedes. Si les hacen una pregunta, yo la repetiré; ustedes tienen que responderme, y yo transmitiré la respuesta a sus majestades.

Luego las introdujo y esperaron junto al gran pino, mientras aguardaba con ellas. A distancia, entre las flores, a la luz del sol, podían ver a las emperatrices seguidas por más de una veintena de damas, todas con hermosas túnicas de varios colores. Era un bello espectáculo y Peonía deseaba disfrutarlo, pero no podía por causa del mayordomo jefe. ¿Qué hacía él sino tomar lugar directamente detrás de ella? Se colocó tan cerca, que podía sentir su cálido aliento sobre la nuca; ella sabía que esto significaba que le estaba contemplando el cabello, el cuello y los hombros. Dio un paso hacia delante y él lo dio también; de repente se sintió desmayar. El cuadro soleado que tenía delante se borraba, convirtiéndose en una bruma, y todos los colores brillantes se mezclaban en un nebuloso arco iris. Si daba un paso más, sería impropio para su señora, y, sin embargo, no podía soportar el terror que le causaba este hombre a sus espaldas. Mientras vacilaba, lo sintió más cerca todavía y tuvo la audacia de decir en voz alta:

–La alta es la emperatriz de Occidente. Ella hablará, si habla alguna; la emperatriz del Este no habla nunca delante de ella.

Mientras decía esto, atisbaba por encima de la cabeza de Peonía; ésta sintió su enorme cuerpo apretarse de un modo asqueroso contra ella. No pudo soportarlo más, se escurrió hacia un lado y puso a la niñera del tercer pequeño en su lugar. Peonía no levantó la vista mientras hizo esto, pero él la reprendió.

–No perturbe, mujer. ¡Sus majestades están ceca!

–¡Permanece quieta, Peonía! – le dijo Kueilan en voz alta.

¿Qué podía hacer Peonía sino quedarse donde estaba? Sintió enrojecer su cara de nuevo y perdió toda su alegría. Casi no se dio cuenta de lo que sucedió después y apenas pudo contener el llanto. La emperatriz de Occidente se había parado y luego la emperatriz del Este y todas las damas.

—¿Quiénes son éstas? —preguntó la emperatriz de Occidente al mayordomo principal.

Respondió éste y ellas permanecieron quietas mientras la emperatriz las miraba. Peonía no levantó los ojos, sabiendo que estaba prohibido mirarla, pero vio las reales manos, una sosteniendo un abanico de jade, la otra colgando vacía. Eran manos fuertes para una mujer; no pequeñas, pero de bella forma. Sobre cada dedo había un broquel de oro para las uñas, con relieves y joyas incrustadas. Sus pies, debajo de la larga túnica, estaban calzados con zapatos bordados, los cuales llevaban suelas de raso acolchado de quince centímetros de espesor, para darle la estatura de emperatriz.

La emperatriz del Este no habló, pero la emperatriz de Occidente miraba a su satisfacción a los niños.

—Parecen extranjeros —declaró a sus damas—. Sin embargo, son hermosos y de aspecto saludable. Desearía que nuestro real hijo tuviera una apariencia tan sana.

Suspiró y ordenó que les dieran dulces; Peonía dio las gracias al cielo de que no llorase el pequeñito. Luego oyó a la emperatriz de Occidente hacer otra pregunta:

—¿Quién es esta linda muchacha?

Comprendió que la pregunta se refería a ella, y bajó aún más la cabeza.

– Es nuestra esclava – replicó Kueilan al mayordomo principal.

– ¡Una esclava! – transmitió éste.

– Demasiado bonita para esclava – dijo la emperatriz de Occidente.

No hubo más. La emperatriz de Occidente siguió pomposamente su marcha y con ella la emperatriz del Este y sus damas; el mayordomo principal volvió a conducir las fuera. Se mostraba muy afable y abrumó de dulces a los chicos; luego metió las manos en su pecho y sacó algún dinero.

– Aquí hay algo para usted – le dijo a Peonía –. Su Majestad nunca repara en una mujer; fue algo extraordinario que hablara de usted. Una palabra mía la traería a usted a estos patios y tendría todo lo que necesitase durante toda su vida.

Mientras hablaba sostenía el dinero en su gran palma abierta, pero Peonía no lo tomó. Se dio prisa en seguir con los niños y meneó la cabeza, pero no le fue posible hablar. Nunca le había agradado ver tanto a David como entonces. Él se adelantó a su encuentro y ella contestó rápidamente a sus preguntas mientras se cuidaba de todo.

– Sí, los niños se portaron bien. Nuestra señora estaba muy hermosa. Su Majestad habló de la salud de los niños.

Durante todo este tiempo se daba prisa para ocultarse detrás de las cortinas de su silla, porque el mayordomo jefe seguía mirándola. Cuando las cortinas fueron corridas y sintió levantar la silla en hombros de los portadores, sacó el pañuelo y lloró desconsoladamente y de todo corazón. Había estado completamente aterrada y por fin se sentía segura. Nunca volvería a dejar las paredes de la casa hasta que volvieran a su hogar. Un hombre tan poderoso como el mayordomo

principal del palacio imperial podía extender las manos y agarrarla por las calles en cualquier lado. Persuadiría a David de que volvieran para casa tan pronto como pudiera. Pero ¿cómo podría decírselo?

Lloró todo el camino de vuelta, enjuagándose los ojos solamente cuando vieron su calle. Una vez dentro de casa, volvió a los trajines; con la fatiga de todos, el enfado de su señora y los gritos de los niños, pasó inadvertida; en cuanto a David, se retiró a sus habitaciones, como hacía siempre cuando los niños estaban impertinentes. Así terminó el día. Cuando todos se fueron a reposar, Peonía se dirigió a su dormitorio, sin haber visto a David. Volvió a llorar y se preguntó si debía contárselo; pero, fatigada por el temor y la excitación, quedose también dormida antes de poder responder a sus propias preguntas.

David no descubrió su estado de ánimo hasta la mañana siguiente, antes de que Peonía lo hubiera visto siquiera. Había terminado su desayuno y estaba a punto de salir para hacer una visita a una nueva tienda del extremo sur de la ciudad, donde se estaban tejiendo alfombras con nuevos diseños, cuando llegó un mensajero a la puerta con el atavío amarillo del palacio imperial. Era muy altanero, y aterró al portero y a los criados con su voz fuerte y sus altivas maneras diciendo que traía una carta dirigida «Al extranjero, Chao de sobrenombre, de la ciudad de Kai-feng, ahora residente en el Caballo de Plata».

Chao era el sobrenombre chino de la familia de Ezra y la carta era para David. El portero la recibió, y, rogando al mensajero imperial que se sentara, corrió con la carta al jefe de los sirvientes, quien se la llevó a David cuando estaba a punto de salir por su puerta.

— ¡Amo..., del palacio! —jadeó el sirviente.

David tomó la carta con sorpresa y la abrió. Fue cambiando su cara conforme leía las palabras que contenía. Parecía asombrado y

luego severo.

— ¿Todavía espera el mensajero? — preguntó.

— En la cancela, amo — replicó el sirviente.

— Págle bien y dile que enviaré una respuesta cuando haya considerado la proposición.

Se fue el hombre, pagó al mensajero y luego difundió por toda la casa el rumor de que le habían ofrecido al amo un gran puesto en la corte imperial. Este rumor llegó a Peonía e inmediatamente aumentó su temor. Si David se sentía tentado de vivir cerca de la corte, ¿cómo podría quedarse con él? Nunca podría estar cerca de aquel eunuco malvado. Su vida se derrumbaba en pedazos ante sus ojos; sintió tal desánimo, que apenas pudo continuar con su tarea de arreglar lirios en un cuenco. Desde luego, debía hablarle a David y contarle todo lo que le había acontecido.

Pero David la mandó buscar antes de que ella pudiera hablarle. No era usual que hiciera esto, puesto que cuando tenía algo que decirle recorría toda la casa hasta que la encontraba. Peonía comprendió, por lo tanto, que deseaba hablar reservadamente con ella; inclinó la cabeza cuando el sirviente fue a llamarla, dejó las flores dentro del agua y se encaminó adonde estaba David.

Al llegar, éste se hallaba de pie en medio de su gabinete. En una mano tenía un gran sobre amarillo. Cuando vio a Peonía se lo entregó.

— ¿Qué significa esto? — preguntó.

Tomó ella la carta y la leyó. Era una oferta del mayordomo principal de comprarla como doncella para una de las damas de la corte. Dictada en frases arrogantes, no era más que una orden. Dobló

ella la carta, la metió en el sobre y miró a David, incapaz de hablar. Las lágrimas inundaron de nuevo sus ojos. David se sentó.

– Siéntate, Peonía – dijo.

Sentose ella con la cabeza inclinada y enjugándose los ojos con el borde de la manga.

– ¿Conoces el motivo de esto? – le preguntó bondadosamente.

Con desmayo vio que David imaginaba que ella había previsto que se iba a hacer la oferta. Meneó la cabeza y el llanto no la dejó hablar.

– Vamos, Peonía – dijo David, al fin, enojándose con ella –. ¡Ten valor de decírmelo si quieres dejar mi casa!

Su enojo secó sus lágrimas inmediatamente.

– ¡Atrévete a decir que no tengo valor! – replicó.

– Así eres más tú – dijo –. Ahora cuéntamelo todo.

De manera que Peonía le contó lo sucedido la víspera; cuanto más oía David, más enojado y desanimado estaba.

– ¡Qué incertidumbre! – exclamó –. No podemos permanecer aquí; si no el mayordomo principal nos arruinará la vida. Una palabra de él y todos los comerciantes temerán tratar con nosotros.

– ¡Y todo por causa mía! – dijo Peonía, con gran dolor –. Déjeme ir.

– ¿Venderte? – dijo David. Su voz era tan afectuosa que a Peonía le llegó al corazón.

– Podría escaparme.

— ¡Tú escaparte! — replicó —. ¿Y qué sería de mí, Peonía? ¿Podría perdonarme a mí mismo?

— Si me escapo, podría encontrar el camino de vuelta hasta usted — murmuró Peonía.

Se miraron uno al otro y fue la suya una mirada larga y extraña. Peonía, humilde, temblorosa y aterrada, y David con miedo no solamente por lo que veía en la cara de Peonía, sino por el que sentía ahora en su propio corazón. No podía permitirle que lo dejara. Estaba celoso de que el mayordomo principal la hubiera visto siquiera y se culpaba a sí mismo.

— ¿Cómo me atrevo a dejarte salir fuera de mis puertas? — exclamó.

Peonía bajó la vista y no respondió. Vio él sus largas pestañas rectas caídas sobre sus mejillas y se levantó bruscamente.

— Prepáralo todo — ordenó —. Nos vamos a casa esta noche.

Ella se levantó lentamente y alzó los ojos hasta su cara.

— David — murmuró, y no se dio cuenta de que pronunciaba su nombre —, ¡no pienses en mí!

— Pienso en ti — dijo él, brevemente —. ¡Obedéceme, Peonía! Es una orden que te doy.

— Te obedezco, David. — Su voz era tan suave como su aliento.

Aquella noche, poco después de las doce, David y su familia salían de la ciudad en coches de mulas alquilados. A su amigo, el principal de las tiendas de Kung Chen en la ciudad, le explicó sinceramente porque tenía que irse.

—La joven ha sido como una hermana para mi esposa, más que una esclava, y eso no se puede permitir —dijo.

—Ese mayordomo principal es muy malo —convino el mercader—. ¡Cuántas familias de esta ciudad han perdido a sus hijas por causa de él! Hace usted bien en marcharse.

También a su esposa le contó la verdad en pocas palabras. Kueilan se quedó aterrada; sin embargo, no quería ceder al temor.

—Tal vez sea bueno para Peonía estar en el palacio —razonaba—. Tendríamos una amiga allí y ella es muy inteligente... ¡Quién sabe!, ¡podría incluso llegar a ser una servidora de la emperatriz!

Esto David no lo escuchó.

—Peonía ha estado siempre en nuestra casa; no estaría bien que yo la vendiera como esclava. —Si Kueilan lo miró con suspicacia, no quiso verlo—. Vamos —dijo—. ¡Date prisa, cosita! Nos vamos esta misma noche, estés dispuesta o no.

Fue una marcha silenciosa. La puerta de la ciudad estaba cerrada y David tuvo que sobornar al centinela antes que recorriera los grandes cerrojos. Pero una vez estuvieron descorridos, los carros atravesaron la puerta velozmente. Por la mañana estaban bastante lejos, en su camino hacia el canal.

XII

Durante el viaje de vuelta a casa, David, desde luego, habló poco. El placer que había hallado en las regiones nuevas de la ribera cuando iban hacia el Norte, apenas lo sentía ya. La campiña estaba tan hermosa como siempre, y quizá más aún, porque cada árbol y cada campo estaban en la plenitud de su madurez. El trigo había sido cosechado y el sorgo se erguía alto hacia el Norte. Era la estación propicia para el bandidaje, porque la mies estaba tan crecida que los ladrones podían ocultarse fácilmente en ella. David estuvo intranquilo hasta que llegaron al canal. Pero la buena fortuna los acompañaba, porque aunque supieron de salteadores de camino a su paso, ninguno se acercó en los días que ellos pasaron.

La razón de esto estuvo en que por alguna estupidez, los ladrones no se enteraron de que el gobernador de la provincia iba de viaje hacia la capital y lo habían tomado por un hombre rico cualquiera. Cuando sus soldados les hicieron frente, quedaron tan confundidos, que tras una corta batalla se retiraron desalentados y se ocultaron en sus cuevas y colinas durante algunos días. Se reputaba como crimen atacar al gobernador o a algún oficial; el rey de los bandidos envió tributo rápidamente al gobernador maldiciéndose de todo corazón por molestar a tan augusto personaje, prometiendo que cortaría las cabezas a aquellos que habían dirigido el ataque y que se las enviaría al gobernador el día que estuviera dispuesto a recibirlas. A esto respondió el gobernador que los hombres fueran perdonados. Impuso el castigo, no obstante, de que durante un mes no hubiera robos en ninguna parte, a lo largo de los caminos de la capital al río. Tocolos en suerte a David y

su familia dirigirse durante aquel mes hacia el Sur, camino del río, donde tomaron un junco para regresar. Había piratas en el río, pero David le ordenó al barquero que utilizara las mismas banderas que habían empleado antes, con el nombre de la corte imperial, ya que bajo ellas estaban seguros.

El viaje fue lento, porque en medio del verano los vientos son suaves y moderados, y conforme marchaban hacia el Este, la corriente del río era contraria a los viajeros. Había tiempo para que David estuviera solo con sus pensamientos, ya que pasaba muchas horas solitario sobre la cubierta, contemplando el paisaje de las orillas, que se cambiaba lentamente a cada lado del junco. El sol era ardiente, de suerte que los barqueros levantaron, para hacer sombra, un ancho toldo debajo del cual se sentaba él en ocasiones sobre almohadones, cómodo en cuanto al cuerpo, pero con la mente agitada. Esta turbación lo hacía muy amable con su esposa e hijos, a quienes prestaba más atención que de costumbre, escuchando su parloteo y mostrándose cortés ante cualquier nuevo capricho de Kueilan. Con el correr de los años, había desarrollado un poco el hábito de la impaciencia, pero lograba contenerse y respondía con amabilidad, aunque lo que ella dijera fuese una tontería. A sus hijos les daba explicaciones interminables en respuesta a sus muchas preguntas; a veces incluso sostenía el extremo de la faja que rodeaba a la cintura del más pequeño, para que el niño no cayera al agua. Claramente se advertía en David un cambio con respecto a su personalidad.

Peonía notaba todo esto, pero luego descubrió con pena que la nueva amabilidad no la alcanzaba a ella. David la esquivaba; esto lo vio claramente conforme pasaban los días en la obligada intimidad del junco. Tenía cuidado de no estar solo con ella, y si Peonía salía a la puerta al atardecer, después que las personas a su cargo estaban acomodadas para la noche, David no estaba nunca allá, aunque la luz de la luna brillase esplendida sobre el río. Transcurrían los días, pero

David nunca le hablaba a solas; raras veces le dirigía la palabra, excepto para darle una orden concerniente a sus hijos o a la madre. Peonía estaba sinceramente dolida al principio, pero pensaba que este cambio podría deberse a que por causa de ella había tenido que dejar la capital, cuando le habría gustado quedarse más tiempo. Suspiró al pensar que él era como los demás hombres en esto, ya que amaba menos a aquel por quien tenía que sacrificarse. Empezó a culparse por haberle permitido abandonarlo todo por ella; su orgullo se arrastraba en su pecho con desesperación, luego se hizo el propósito de que si este cambio duraba, se mostraría más reservada en lo sucesivo y aun quizá dejara su casa. Pero ¿adónde iría? No tenía respuesta a esta pregunta. «Todavía debo permanecer escondida en su casa, como el ratón y los grillos», se decía.

Si David notaba su silencio y orgullo, no daba señales de ello. Los días pasaban uno tras otro en medio del verano, mientras se acercaban a su casa. Envió emisarios por delante para comunicarle a su padre que si había vientos favorables llegarían a casa dentro de siete días, y si los vientos se retardaban o les sorprendía una tormenta de verano, que se retrasarían a lo sumo siete días más. Estaba ansioso de volver a casa antes de la estación de las tormentas de fines de verano, en que toda embarcación de río debe estar dispuesta a buscar puerto.

Los vientos fueron favorables durante unos cuantos días, e hicieron a remolque el resto del viaje; al final de décimo día vieron las murallas de la ciudad sobre las llanuras. Todos se alegraron de ver los márgenes que conocían tan bien. Ezra se encontraba en la ribera para recibirle, lo mismo que Kung Chen y sus hijos. Había allí coches de mulas, sillas de mano y conductores.

— ¡Bien, hijo mío! — gritó Ezra con alegría. Tomó a David en sus brazos y apretó su mejilla contra el alto hombro de su hijo—. No te esperaba hasta dentro de medio año, pero ¡con cuánta ansia te recibo!

Kung Chen estrechó sus manos, las cruzó y meneó la cabeza. Saludó a su hija y a sus nietos y también a Peonía; luego entraron en los coches, las sillas y se dirigieron a casa. Las autoridades de la ciudad habían ordenado que se dispararan cohetes en la puerta de la ciudad y frente a la casa de Ezra. El viejo Wang y Wang Ma sostenían unos cuantos metros de cinta de cohetes y les prendieron fuego. Así, en medio del ruido y el regocijo, se reunió la familia.

¡Qué contenta estaba Peonía de volver a encontrarse segura dentro de aquellas puertas!

—¿Todo está lo mismo? —le dijo en voz baja a Wang Ma cuando hubo entrado en el patio.

—Ha habido una pequeña muerte —dijo Wang Ma—. Por lo demás todo está bien.

Ya Peonía había echado de menos la voz de *Perrita*, pero se había imaginado que el animalito estaría durmiendo en alguna parte, porque era vieja y perezosa.

—¿*Perrita*? —preguntó.

Wang Ma asintió con un movimiento de cabeza.

—El animalito languideció cuando tú te fuiste y no quiso comer. Yo la tentaba con raspaduras finas de carne para que no gastara sus dientes y le compraba hígado de cerdo fresco, pero no quería comer nada.

—¡Cuánto siento no haberla llevado conmigo! —gimió Peonía, apenada.

—Habría extrañado el lugar —replicó Wang Ma—. De cualquier manera, estaba condenada a morir.

Peonía no dijo nada más pero echaba mucho de menos a *Perrita*. Cuando hubo acomodado a su señora y a los niños en sus habitaciones se fue a su patio, pero la quietud le resulto demasiado pesada para soportarla. Se sentía separada de todos; se sentó y lloró un rato en silencio, suspirando de vez en cuando. El cojín de *Perrita* estaba todavía debajo de la mesa; al mirarlo se preguntaba con dolor si debería adquirir otro perrito. Perros había muchos, podían reemplazarse fácilmente y a nadie le importaría si vivían o morían. Pero sin saber por qué, ella no quería ningún perro, excepto el que conocía y había perdido, y se maldecía por ser tan exclusiva en sus afectos.

—Soy una estúpida —murmuraba en voz alta—. Quiero demasiado exclusivamente.

Pensaba en *Perrita*, pero su cerebro fue más allá, maldiciendo que el mismo egoísmo de su corazón la hiciera apegarse a David, cuando otra mujer lo habría abandonado y elegido un buen marido, esperando sus hijos con alegría, contenta aun cuando no pudiera conquistar al hombre que amaba. Pero todas sus maldiciones no podían cambiar su tozudo corazón. «Tengo que aguantarme tal como soy», pensaba con pena; luego, cuando hubo llorado un rato, se lavó la cara, se cepilló el pelo, se cambió sus ropas y salió a cumplir su deber con su señora y los niños.

Aquella noche, David se quedó hasta tarde con su padre. Habían comido los dos solos y prometió hacerlo al día siguiente con Kung Chen. Cada uno tenía noticias que darle al otro. Ezra le dijo que se encontraba bien, pero delgado, y David, al verlo, de nuevo notó que su padre estaba envejeciendo. Las mejillas de Ezra se veían arrugadas bajo la barba y el párpado izquierdo le caía un poco. Se quejaba de rigidez en el lado izquierdo y de que el pie izquierdo le pesaba cuando caminaba. Sin embargo, los ojos eran todavía audaces y brillantes, y su voz era tan potente como siempre.

—¿La rigidez se manifestó poco a poco o rápidamente?
—preguntó David.

—Me desperté así una mañana hace dos meses —respondió Ezra—. Durante unos días tuve la lengua hinchada y no podía pronunciar claramente. Wang Ma fue a buscar al médico, el cual me dio una bebida de hierbas y me puse mejor.

—Padre, debe usted permitirme que le ayude más —dijo David.

A esto Ezra respondió.

—Ya lo he hecho así, hijo mío. Mientras estabas fuera te nombré jefe de los negocios; desde ahora tú eres el único para decir sí o no y hacer todos los proyectos. Los jóvenes sois los socios; y nosotros, dos abuelos que estaremos en casa, a menos que nos agrade daros un consejo.

David se sintió conmovido y orgulloso; sin embargo, una vaga pena lo abrumaba. Aquél era el comienzo del fin de la vida de su padre. Conforme él alcanzaba su cenit, su padre debía declinar. Era la marcha inevitable de las generaciones y nadie podía detener su curso, pero se decía que desde aquel momento hasta el día que su padre muriera, siempre sería amable con él y cedería en todos sus deseos.

—Echo mucho de menos a tu madre, hijo mío —dijo Ezra de repente.

Miró a David y sus ojos se humedecieron; luego borró sus lágrimas con el puño. Era una hora avanzada, la casa estaba silenciosa y las grandes velas oscilaban con el soplo del viento de verano a través de las puertas abiertas a la suave oscuridad del patio.

—Todos la echamos de menos —dijo David sosegadamente—. La

casa nunca ha sido la misma para ninguno de nosotros desde que ella se fue...

Ezra apenas parecía oírlo. Se inclinó contra el respaldo y sus manos gruesas agarraron los brazos de la butaca.

—Yo pienso en nuestra vida en común; la de ella y la mía —continuó—. No fue un matrimonio fácil, hijo mío. Ella era inflexible..., hasta que aprendí a conocerla. No pude tratarla dos veces de la misma manera. Era una mujer con muchas facetas. A veces yo afrontaba su enojo con el enojo; otras, el enojo con amor y luego con risas... Tenía que elegir mis armas. Siempre debía afrontar alguna novedad. Sin embargo, en todos sus cambios había una pureza insuperable. Su corazón era la bondad misma. Podía fiarme de ella. A Dios no lo traicionó nunca, y a mí no podía traicionarme. Era una verdadera esposa.

David no hablaba. Para él sus padres habían sido sencillamente padres, pero empezaba a verlos oscuramente como hombre y mujer. Se avergonzó de pensar en ellos así, de contemplar a aquellos dos seres de quienes había nacido, tan distintos de él, pero realizando la vida vigorosa e íntima de un hombre y una mujer.

—Ella no fue jamás estúpida —añadió Ezra—. Bueno, a veces era casi demasiado, ¡porque yo comprendía en cuántos sentidos era más inteligente que yo! Cuando joven, esto a veces provocaba mi hastío, pero conforme me iba haciendo más viejo comprendía lo afortunado que era. ¡Mira a Kung Chen! Un hombre solitario, ¿eh, hijo mío? No me habla nunca de la madre de sus hijos, pero las pocas veces que la he visto... me ha parecido un poquito estúpida, ¿eh, David? Y él es un hombre melindroso... No puede salir y arrancar flores a lo largo del camino. Yo tampoco pude. Cuando un hombre ha conocido a una mujer como tu madre, en cuerpo y alma... —Ezra se interrumpió,

suspiró y siguió luego—: Mientras vosotros estabais fuera, hijo mío, después que Kao Lien me dejó para irse hacia el Oeste con las caravanas, como yo disponía de tiempo sobrado, recordé toda mi vida con tu madre. Mucho consuelo se llevó consigo cuando me dejó, pero aquí hay algo extraño: y no he sido devoto nunca, como tú bien lo sabes, David; pero mientras ella estaba en casa, yo tenía la sensación de que todo marchaba bien en mi casa ante Dios. Ella era la conciencia... que me punzaba a veces y contra la cual yo andaba a tientas, pero a la que le daba su valor. Ahora me siento perdido. Dios está lejos de mí...

David no supo qué decir. Siguió guardando silencio.

Al ver que no contestaba, Ezra empezó a hablar de nuevo.

—Ni tú ni yo podemos responder a esa pregunta. Por eso muchos de nosotros ya no somos judíos. Yo hice mi elección; haz tú la tuya. ¿Volveré atrás? ¡Ah!, yo soy lo que soy, y si volviera atrás haría la misma elección, y tú igual.

—Yo no estoy tan seguro como usted —dijo David entonces—. Pude haber sido un hombre... u otro. Si Leah hubiera vivido... —se interrumpió.

—¡Si Leah hubiera vivido! —repitió Ezra. Dio vueltas a esto en su cabeza. Luego dijo—: Si Leah hubiera vivido, tal vez tu madre estaría viva también. Todo habría sido diferente. Pero, del mismo modo, nosotros habríamos tenido que ser diferentes.

—No estaríamos ahora aquí —dijo David.

Ezra lo miró sorprendido a través de la mesa.

—Quieres decir...

—Que no podríamos vivir aquí, entre este pueblo, y continuar

separados, padre – arguyó David –. En los países de Europa sí, porque allí los pueblos nos obligan a separarnos de ellos con sus persecuciones. Nosotros nos adherimos a nuestro propio pueblo porque ningún otro nos aceptaría, y somos martirizados y glorificados por el martirio. No tenemos otro país que el dolor. Pero aquí, donde todos somos amigos, ¿cuál es la recompensa por mantenerse aparte?

– Desde luego..., desde luego, así es – dijo Ezra –. Todo lo que nos ha sucedido es inevitable.

– Inevitable – convino David.

– Y tus hijos, mis nietos, llevarán más allá todavía esta mezcla – siguió Ezra.

– Así será – dijo David.

– ¿Desapareceremos entonces? – meditó Ezra.

David no contestó. Era inevitable, como ya había dicho, cuando un pueblo era bondadoso y justo con el otro, que desaparecieran las murallas entre ellos y se convirtieran en una sola humanidad. Sin embargo, él no podía prever el lejano futuro, cuando sus descendientes no lo conocieran ya, cuando quizás hubieran olvidado hasta el nombre de Ezra, cuando sin duda estarían tan perdidos como un puñado de arena arrojado en el desierto y una taza de agua en el mar. Contemplaba la larga línea de aquellos que vendrían de su sangre y de la sangre de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Veía las caras vueltas hacia él, y eran caras de chinos.

– Nos estamos poniendo demasiado fúnebres – dijo Ezra de repente –. Lo que ha sucedido es un hecho, y no se puede evitar. Háblame de tu viaje, hijo mío.

David se sosegó y se lo contó todo a su padre. Le habló de la belleza de la capital del Norte, del aspecto de la gente y de cuán noble era su natural; de lo que había comido y bebido y en qué consistían las alegrías que había disfrutado y cómo le había sido concedida una audiencia ante la emperatriz de Occidente; le habló de los rumores que corrían acerca de ella; y así llegó a la razón íntima de por qué habían dejado la ciudad tan precipitadamente, por causa de Peonía.

Ezra escuchaba atentamente, riéndose a veces y brillándole los ojos otras, astuto y cauto cuando David hablaba de negocios. Cuando oyó lo de Peonía, se mostró muy grave.

—¡Qué desgracia! —exclamó—. El largo brazo del mayordomo principal puede alcanzar a todas partes; deberemos contarle esto a Kung Chen mañana.

—Yo no podía haber obrado de otra manera, padre —dijo David.

—No..., no —vaciló Ezra, y luego dijo con firmeza—: ¡No, hijo mío, no! Desde luego, si ella hubiese sido como otras mujeres y hubiese recibido con entusiasmo la oportunidad de entrar en el palacio..., bien..., entonces, habría sido una fortuna para nuestra casa. Habríamos tenido una amiga en los puestos más elevados. Pero siendo como ella es..., no, verdaderamente no. Sin embargo, debemos aprovechar todas las oportunidades para evitar los malos resultados. Sería un sacrificio hacerlo por una sola mujer, permitiendo que nuestros negocios se arruinasen a causa de un rencor en la corte. Tu madre siempre decía que le dábamos demasiada importancia a Peonía.

Al oír esto, David sintió que una especie de calor con mezcla de ira se gestaba en su interior, y para defenderse a sí mismo habló con firmeza:

—Bien, padre mío, si he obrado con poca prudencia, debo ver la

manera de buscar la solución, porque Peonía ha sido como una hermana. No podría ponerla en manos de ese malvado mayordomo a ningún precio; de eso estoy seguro.

—Mientras ella no sea para ti más que una hermana, no me quejaré —dijo Ezra.

Esta frase era tan clara, que David quedó confundido. Escudriñaba demasiado profundamente, más allá de lo que él mismo quería saber, y no respondió. Miró las velas y las vio goteando, lo que tomó como excusa para levantarse y utilizar los despabiladores.

—¡Es tarde! —exclamó—. Mañana tengo que estar temprano en las tiendas, padre; así que le deseo buenas noches.

Wang Ma estaba esperando fuera, de modo que cuando oyó esto, entró con té nuevo y el caldo espeso de arroz que Ezra tomaba antes de dormir.

Así terminó el día.

Pero David no tenía sueño ni se dirigió en busca de su esposa. En lugar de hacerlo, se quedó en su habitación, donde en cada detalle pudo notar las señales de las atenciones que Peonía le prodigaba: el embozo de la cama doblado, su pipa preparada, las velas despabiladas. Pero ella ya se había retirado.

Preparose para acostarse, apagó las velas, separó las cortinas y se acostó. Sin embargo, no podía dormir. La conversación de su padre había removido todo lo que había ocupado su imaginación durante aquellas semanas de viaje. Su madre, Leah, Peonía, Kueilan, aquellas cuatro mujeres que de algún modo habían moldeado su vida, influían en ella. Anhelaba liberarse de todas, y, sin embargo, sabía que ningún hombre está libre jamás de las mujeres que lo han hecho ser como es.

Suspiró y se movió bruscamente, deseando que llegara el día en que pudiera volver a las tiendas, junto a aquellos hombres que nada tenían que ver con su corazón ni con su alma.

Peonía también estaba intranquila aquella noche. Sabía que David había pasado mucho tiempo con su padre, porque Wang Ma le había comunicado que los dos conversaban gravemente desde hacía horas, no atreviéndose ella a entrar, aun cuando era con mucho pasada medianoche. Luego había esperado afuera con Wang Ma, a pretexto de hacerle compañía, pero en realidad, porque deseaba ver la cara de David, por lo menos al pasar. Sin embargo, él no la había visto, y ella no se había atrevido a llamarlo. Estaba sentada a oscuras en el patio, fuera del alcance de la débil luz de las velas, que desbordaba a través de la puerta abierta, escuchando desde allí sus voces; él había pasado tan cerca de su lado, que pudo haberlo tocado, pero no alargó la mano. Indudablemente le había contado a su padre el motivo de su regreso de Pekín y quizás Ezra se lo hubiese reprochado. Bien sabía ella que el peligro de nuevos disgustos por parte del mayordomo principal no había pasado, y se estremecía al pensar que podía ser la causa de ellos.

Cuando David hubo salido, ella se dirigió a su alcoba; ya sola en la cama, en aquella noche de verano sin luna, consideró su situación. Las gentes ricas pueden ser buenas, como la familia de Ezra lo había sido siempre con ella; pero si uno de los inferiores, a quienes favorecieron, se convierte también en un motivo de disgusto, sus corazones pueden enfriarse rápidamente. Recordaba cómo había creído que David la amaba, y pensaba en la mirada que a veces había en sus ojos. Luego recordó lo indiferente que había estado todas aquellas semanas. «Indudablemente se arrepiente ya de lo que le he obligado a hacer», se dijo.

El orgullo acudió de nuevo en su ayuda, diciendo que en el primer momento favorable se presentaría ante David y le diría que

deseaba entrar en un convento budista que había dentro de las puertas de la ciudad. Allí estaría segura contra cualquier hombre, y él podría mandar recado de alguna manera al mayordomo principal avisándole que ella hacía mucho que había hecho los votos, esperando solamente que terminara el viaje al Norte para entrar de monja. Dentro de aquel tranquilo abrigo, donde solamente vivían mujeres, estaría segura, lo que le parecía dulcemente comfortable.

Cuanto más pensaba en el proyecto, mejor le parecía, y se asió a él en su imaginación durante unos cuantos días, hasta que el primer ímpetu de los negocios de David hubiera pasado. Sin embargo, no se atrevía a guardar silencio mucho tiempo, temerosa de que la poderosa mano fofa del palacio imperial acarreará disgustos con su puño.

Al quinto día vio a David descansando después de la comida del mediodía, como si no tuviera prisa en regresar a las tiendas. Ezra dormía sobre el largo canapé, que en tiempos de verano se instalaba al lado de los bambúes, y Wang Ma, sentada su lado, espantaba las moscas. Los niños, los sirvientes y su señora también dormían la siesta. Peonía se había encargado de vigilar la comida del mediodía, y, mientras las criadas inferiores secaban los platos, entregó ella a David los palillos de bambú y le dijo:

— ¿No quieres ir a dormir un rato también? El aire está pesado y hay nubes de tormenta hacia el Sur.

— Dormiré una hora en mi patio — respondió él.

A aquel lugar se dirigió ella para colocar un canapé de bambú bajo un antiguo pino que allí había; mientras estaba extendiendo una cubierta suave sobre él, entró David.

Se había quitado las túnicas y llevaba sus ropas interiores de seda verde pálido.

— Todo está listo — dijo Peonía, preparándose a dejarlo. El día era tan caluroso, que claros hilillos de sudor corrían por sus mejillas; se las enjugó riéndose.

— ¡Me estoy derritiendo! — exclamó.

Sus ojos encontraron los de David inconscientemente, y súbitamente desapareció su risa. Nunca lo había visto mirándola así. Sus ojos se posaban en ella apasionadamente, graves y afectuosos. Sus mejillas se encendieron y temblaron las rodillas. Empezó a hablar sin sentido, sin intervención del cerebro, repitiendo, sin embargo, lo que su mente había pensado.

— Yo he... he estado... buscando el momento... para decir algo — empezó.

— Este momento — dijo David.

Ella cruzó las manos delante.

— He... he llorado mucho...

— ¿Por qué? — preguntó él.

— Por lo que sucedió en la capital. — Sus palabras se precipitaron, en su prisa por desahogarse—. Yo quería pedirte..., rogarle... Me moriría si le hubiese causado algún daño, ni siquiera un pequeño disgusto. Yo puedo..., quiero... entrar en el convento de budistas. Se está segura allí; puedo decirle... al mayordomo principal... que voy a ser monja.

— ¡Monja tú! — exclamó David, en voz baja. Se rió silenciosamente, como si no quisiera que lo oyese nadie.

Pero ¿quién había allí para oírlo? La casa estaba durmiendo y

alrededor de ellos resplandecía el cálido sol de la tarde. No llegaba un ruido ni desde fuera de las murallas siquiera. La ciudad dormía y las mismas cigarras estaban silenciosas. Y Peonía de pie delante de David, parecía como cogida en una tela de araña. No intentó hablar de nuevo.

No podía, desde luego.

No se podía explicar que le había llevado a él en aquel momento. Estaba asombrada y temerosa, y el amor enardecía su sangre, agitaba su corazón. Él, a quien había creído tan frío todas aquellas semanas, de pronto parecía todo fuego.

—Sígueme, Peonía — le ordenó.

Se volvió y Peonía lo siguió al gabinete. Se apoyó él contra la mesa y la miró de frente.

—Voy a decirte algo que debes tener presente mientras dure nuestra vida. Si te lo digo, ¿lo recordarás?

—Sí — murmuró ella, y sus ojos parpadearon.

—Me he engañado a mí mismo todos estos años diciéndome que eras como una hermana — dijo—. He sido estúpido. Tú no has sido nunca una hermana. Nunca podría haber amado a una hermana como te amé a ti cuando éramos niños... y como te amo ahora.

La miraba con firmeza y ella sostuvo su mirada. Éste era el regalo que le hacía la vida: el momento en que él pronunciaba aquellas palabras. Habría sido fácil extender ambas manos y tomar el obsequio, olvidando todo lo demás. Pero esto no era posible para Peonía. Demasiados años lo había cuidado, amparado, animado y amado y hecho proyectos para él. No podía pensar en sí misma ahora.

Intentó reír.

— ¡Razón de más para que yo sea monja, me parece!

Desdeñó David su fingida alegría.

— No te escapes con risas — dijo severamente — . Sé tan bien como tú lo que significa para mí... decir lo que he dicho. Sin embargo, tenía que decirlo para que sepas porque no pude dejarte en el palacio. Mientras yo viva, tú debes quedarte en mi casa, Peonía, porque no me sería posible vivir sin ti. Al fin no sé.

— ¿Por eso estuviste tan frío conmigo todas las semanas del viaje?
— preguntó ella.

— No estaba frío contigo. Pensaba en ti día y noche — respondió David.

No podía hacer ya como que reía. Estaba apenada y resuelta; no podía soportar el saber que su amor por ella le acarrearía disgustos.

— Agradézcole que me haya dicho lo que tiene en el corazón. — Su voz era clara y suave — . Guardaré sus palabras para siempre en el mío. Serán mi consuelo y constituirán mi hogar.

Cruzó las manos, hizo una inclinación y se volvió para dejarlo. En la puerta la retuvo su voz.

— Más allá de esto no he pensado nada. Sin embargo, ¿qué va a ser de nosotros?

Ella se detuvo, con un pie en el umbral y una mano en el marco de la puerta.

— El tiempo lo dirá — contestó gentilmente, y luego, temiendo que fuera él a iniciar un paso para cogerle la mano o tocarle un hombro, y temiendo también la debilidad de su corazón, se fue rápidamente.

Aquella noche le era imposible dormir. Estaba contenta de que la brillante luna que los había acompañado durante su viaje hubiera desaparecido. Se deslizó a través de la oscuridad hasta el jardín de los duraznos, y allí se sentó solitaria bajo los árboles. Las estrellas estaban ocultas por las nubes y el aire era húmedo y anunciaba lluvia. Sin embargo, no pudo estar sentada mucho tiempo, porque pronto los mosquitos empezaron a zumbar a su alrededor. Levantó sus anchas mangas y las hizo ondular como alas; luego se levantó y caminó de acá para allá. Era lo que Leah solía hacer, hora tras hora. Al pensar en esto, de repente tuvo la aguda sensación de su presencia, siéndole imposible liberarse de ella. Sin embargo, ¿por qué había de sentirse ya temerosa de Leah? Tenía el arma para silenciar su espíritu para siempre. Si quisiera, podía ir donde David y sellar su amor con su cuerpo. ¿Qué podía hacer Leah..., Leah, cuya carne era ya polvo? Levantó la cara hacia el oscuro cielo; el éxtasis llenaba hasta los bordes su corazón. ¿Y si fuera de puntillas, mientras la casa dormía, y gozara del amor de David? La victoria sería suya.

Se paró sola en la oscuridad, con un dedo en los labios, sonriendo para sí. En su vida secreta entraría él, y ya no estaría sola. Meneó la cabeza, cayó su mano y desapareció su ligera sonrisa. Su corazón latía fuerte. ¿Por qué habría de ser secreto? No había ley que castigara a un hombre que tomase para sí a la mujer amada. Por toda la ciudad los hombres lo hacían; incluso Kung Chen había tenido una linda muchacha cantora, que después lo traicionó. Nadie levantaría la voz contra David. Sin duda, sería lo más conveniente, porque lo haría más íntimo de sus amigos. Allí no se necesitaba ceremonia. Se abandonaría a su corazón e iría a su lado; por la mañana se lo contaría a Wang Ma, y pronto lo sabrían todos; su señora podría aceptarlo y concederle el segundo lugar, o negarse a saberlo y todo seguiría como antes.

Así razonaba el tierno corazón de Peonía. Luego su imaginación, tanto tiempo solitaria, cobró claridad y dureza. ¿Era David como los

demás hombres? Su cerebro interrogaba sin cesar a su corazón.

En aquel momento, antes de que se respondiera, la sobresaltó un extraño grito sordo. Levantó la cabeza para escuchar y sus pensamientos se detuvieron. No hubo un segundo ruido, pero sintiéndose siempre responsable ante la familia, se dirigió en seguida, atravesando el oscuro jardín, hacia el salón, débilmente iluminado, y escuchó atenta. Las habitaciones de Ezra se abrían hacia el Este desde el salón y sus ventanas daban al jardín; Peonía se puso a escuchar junto a la cerrada puerta. Oyó su respiración entrecortada por gemidos, pesada y lenta, y abrió la puerta con suavidad.

—¡Soy yo, Peonía! —dijo con dulzura—. ¿Está usted enfermo, señor mayor?

Él no respondió, pero su ruidosa respiración subía y bajaba, como si arrancara con esfuerzo del pecho. Corrió entonces al dormitorio y avivó un soplo del fósforo de papel humeante siempre en su urna de cenizas, prendió la lámpara de aceite y la sostuvo en alto con la mano derecha, mientras que la otra separaba las cortinas. Allí yacía Ezra, la almohada tirada a un lado, echada hacia atrás la cabeza, hasta quedar la barba levantada en el aire. Tenía los ojos abiertos y vidriosos, pálida la cara, la espalda arqueada y rígida. No la veía ni la oía, porque toda su atención estaba fija en aspirar el aire y volver a expulsarlo.

—¡Oh, cielos! —gritó Peonía. Soltó la cortina, corrió al cuarto de David, golpeó la puerta. Luego trató de abrirla. ¡Estaba cerrada por dentro! Se detuvo en medio de su terror. ¿Por qué había cerrado la puerta... a no ser por ella? ¡O quizá contra sí mismo! Él la oyó y preguntó:

—¿Quién es?

—¡Soy yo, Peonía! —gritó—. ¡Tu padre se encuentra mal!

Él salió casi en seguida, con sus pálidas ropas de noche, asegurándose el cinturón de seda al salir y pasar delante.

—Oí gritar a tu padre..., entré... Estaba yo en el jardín de los duraznos... —balbució ella, mientras le seguía y entraban ambos en el cuarto de Ezra.

No había ruido de respiración. Cuando David separó las cortinas y Peonía miró por un lado de su hombro, vio al anciano tendido, con los brazos y piernas muy separados, como si hubiera batallado contra la muerte. Pero había perdido. Estaba muerto. Le caía la barba sobre el pecho y sus ojos miraban severos y fríos. Empujó ella a David hacia un lado cuando vio aquellos ojos y con sus dedos le cerró los párpados, temerosa de que se pusieran rígidos con aquella mirada, hasta caer deshechos; luego le colocó los brazos a los costados, juntó sus pies y los cubrió.

—Para que parezca dormido —murmuró.

Todo este tiempo David había permanecido de pie, inmóvil. Cayó entonces de rodillas, tomó una de las manos de su padre y la levantó. No cabía duda de la muerte de Ezra. Supo en el momento de verlo que no cabría albergar esperanzas. Debía despertar a toda la casa, llamar a Kung Chen, hacer difundir su muerte por la ciudad. Todo tenía que hacerse. Pero se retrasaba en su incredulidad.

—Estuvimos hablando hace sólo unas horas —murmuró.

—Es una buena manera de morir —dijo Peonía, suavemente. Pero de repente se quedó aterrada. Sin Ezra en la casa..., ¿desaparecería de ella el espíritu de la bondad? ¿Por qué..., por qué había cerrado David la puerta contra ella? Se arrodilló y, colocando la cabeza sobre la cama, empezó a llorar.

— ¡Era tan bueno! — sollozó —. ¡Era tan bueno... conmigo!

Esperó, preguntándose, con el corazón destrozado, si David la rodearía con su brazo para consolarla. Pero no lo hizo. En lugar de ello empezó a acariciar la mano de su padre suavemente, como si Ezra viviera todavía.

XIII

Así murió Ezra ben Israel. Fue enterrado al lado de su padre poco más arriba del lugar donde el polvo de *madame* Ezra se mezclaba con la tierra china.

Éste era el pensamiento dominante en la imaginación de David mientras estaba frente a la abierta sepultura de su padre. Pensaba en su madre y en el ser fuerte que había sido. Había terminado la lucha que había sostenido toda su vida para mantenerse ella y toda su familia incontaminados. La muerte le había vencido. El aire del temprano atardecer era apacible sobre la colina, y David no dejaba de darse cuenta de la gran multitud que lo rodeaba para despedir a su padre. Casi se alegraba de que su madre no estuviera viva para ver cómo la amabilidad de los muchos amigos de Ezra había hecho de la ceremonia algo tan parecido al funeral de un dignatario chino, que habría sido difícil descubrir en él algo de su propio pueblo. Solamente en el corazón de David estaba presente el recuerdo de su origen. Comprendía por primera vez en su vida, por qué su madre había anhelado tan hondamente regresar a su tierra y ser enterrada allí. Ella sabía indudablemente — como sabía mucho más de lo que decía nunca —, que si moría en China, hasta sus mismas cenizas se perderían en el polvo de una tierra extraña. A cinco capas de profundidad yacían ciudades muertas bajo la tierra que pisaba; generación tras generación habían sido construidas en el antiguo país, y ninguna sepultura podía ser cavada bastante hondo como para escapar a aquella muerte antigua. Su padre y su madre estaban inexorablemente unidos al común suelo humano: ya nunca podrían pertenecer a un pueblo predestinado.

El canto de los sacerdotes budistas lo sobresaltó un momento. David intentó fervientemente negarse cuando el abad del Templo del Buda Dorado acudió a rendir sus respetos al muerto, y trató de reunir todo su valor para decirle que el budismo no era la religión de su padre. Con la mayor cortesía que pudo, trató de explicar al anciano sacerdote que no era adecuado permitir música budista ante la sepultura. Pero el abad replicó con gran dignidad:

—Vuestro padre, aunque extranjero, tenía un gran corazón y jamás se separó de ningún hombre. Nosotros deseamos honrarle con lo que tenemos, y no poseemos nada, excepto nuestra religión.

El lamento bajo y suave de los cantos rodaba sobre la ladera de la colina y se elevaba hacia el cielo. David meditaba, inclinada la cabeza y las manos cruzadas delante, mientras escuchaba. A su lado estaban sus hijos, vestidos, lo mismo que él, con tosca tela de saco. Hasta el más pequeño vestía igual. Detrás, su esposa lloraba respetuosamente, pero él sabía que se apoyaba en Peonía.

¡Peonía! De todos a cuantos quiso en su infancia, sólo quedaba ella. Pensaba en la hora, hacía tres días, en que le había dicho que la amaba. Lo que no se había atrevido decirle era cómo deseaba poseerla por entero. Se sentía incómodo al pensar en su anhelo, recordando la indignación de *madame* Ezra siempre que su padre la traía a la memoria que su propia madre había sido una concubina. Sin embargo, entre sus amigos, aquella gente que tan afectuosamente le trataba, ni una voz se elevaría contra él si quisiera hacer de Peonía su concubina. Lo felicitarían por su belleza y lo acogerían como uno de los suyos. Aun puede que ni su esposa se quejara... No lo haría, desde luego, porque Peonía era demasiado delicada y sus maneras no cambiarían nunca hacia su señora.

Sin embargo, aquella noche, cuando su corazón y su carne

reclamaban con ansia a Peonía, había echado el cerrojo a la puerta de su dormitorio. Luego se obligó a sí mismo a leer un libro... ¿Qué casualidad hizo que su mano cayera sobre el Tora? Quedó espantado ante semejante coincidencia, permaneciendo sentado hora tras hora, leyendo, hasta que el grito de Peonía lo sobresaltó.

Su imaginación retrocedió rauda a la época en que Leah estaba viva y su corazón había temblado entre el amor y el miedo. Si Leah y él se hubiesen encontrado más tarde en la vida, después que el flujo de rebelión juvenil contra su madre hubiera pasado, quizá hubiera podido amarla. Pensaba en ella con un extraño pesar, recordando su belleza, su sencillez, la elevación de su espíritu orgulloso. Su muerte desesperada, de la que se acusaba, le había otorgado una fuerza en su memoria que no podía negar. Algo de Leah aún vivía en él, aunque no fuera sino un sueño de lo que no había sido jamás.

Sin embargo, le era difícil imaginar su vida sin Kueilan, y solamente con Leah... y Peonía... ¡Ah, pero Leah nunca habría tolerado a Peonía! Kueilan habría sido más generosa, y a él le agradaba esta generosidad. Sabía que si su madre hubiera estado viva en este momento, no habría reconocido ante ella su desilusión con respecto a su esposa. Se había casado con Kueilan por su linda cara y su redondeada carne lechosa, por sus ojos oscuros y sus manecitas, por su corazón tan libre, como el de un niño, del temor de Dios. Si tenía defectos de otro orden... Levantó la cabeza de repente y enderezó los hombros. ¡Quería reconocer la verdad! Con Peonía en su casa no había notado desidia alguna. Ella satisfacía plenamente su espíritu. Habían discutido acerca de sus hijos, sus negocios y todos sus problemas, y ella había cuidado de su comodidad y sus asuntos domésticos, evitándole preocupaciones. Su vida había sido buena.

Terminó el canto y oyó caer las primeras paletadas sobre el ataúd de su padre. El magistrado había hecho el presente de aquel ataúd,

construido con un enorme leño de madera de ciprés, y tallado dorado. Kung Chen, de piel al otro lado de la sepultura, con las ropas de púrpura propias del luto secundario, se enjugaba los ojos. No había llorado en alto, como habían hecho los menos afectados, y aun ahora guardaba silencio, mientras la lágrimas seguían corriendo por sus mejillas. Había querido mucho a Ezra; el hecho de que no se hubiera fiado nunca enteramente de él no disminuía su cariño. Ningún hombre era perfecto, y a él le había divertido descubrir que ni siquiera la reunión entre sus familiares había logrado asegurarlo contra su amor al dinero. Pero en otros sentidos, Ezra había sido muy afectuoso. «Pudo verse tentado a engañarme, pero al menos no habría permitido jamás que otro me engañara», pensaba Kung Chen con dolor. Le apenaba sinceramente la idea de no volver a ver el rostro barbudo y de vivo color de su amigo. Sintió unos ojos fijos en él; levantó la vista y encontró la mirada de David a través de la sepultura.

David volvió a bajar la vista, y pensó que Kung Chen sería en lo sucesivo para él casi como un padre. Quería mucho al buen comerciante chino, y, sin embargo, la conciencia de su nueva aproximación lo sobresaltó. Quedaba cortada la última raíz con el pueblo de su madre. Allí estaba para siempre; pero, por desgracia, el recuerdo de aquella antigua conciencia se agitaba dentro de él.

Cuando al fin terminó el largo funeral, David volvió para casa, llevando esta punzada de la conciencia dentro de sí... Permanecía en él sólo para mantener vivos los vestigios de la antigua fe... o dejarlos morir.

Peonía se las había arreglado para llegar a casa temprano, y fue su cara lo primero que vio David cuando cruzó la puerta. Ella notó su consuelo.

— ¡Ah, Peonía, vela por la casa! — murmuró —. Yo tengo que estar

un momento solo.

—Déjalo todo a mí —respondió ella, con firmeza.

Se lo agradeció él con una afectuosa sonrisa en los ojos y asomándose a los labios. Pasó por su lado y se fue a sus habitaciones. Peonía tenía bastante quehacer con los niños; el más pequeño estaba llorando ruidosamente porque se sentía incómodo. Tomó al niño de brazos de la fatigada niñera y lo acalló en los suyos.

—Ve a cambiarte de ropa —le mandó a la mujer—. Cuando estés con la de siempre no tendrá tanto miedo.

Lo sostuvo ella y mimó con suaves palabras. Así había tenido que consolar a todo los hijos de David, porque eran sus únicos hijos. Todos sabían que no era su madre, y, sin embargo, en cierto modo era más fuerte que ella, una voz decisiva en su vida y un consuelo cuando su padre estaba de mal humor o durmiendo. Peonía no cambiaba jamás. Kueilan podía querer a sus hijos de un modo extravagante y hartarlos de dulces y caricias, apretones de manos y aspirar el olor de sus mejillas, pero también podía darles una manotada y regañarlos a gritos. Peonía estaba siempre amable, nunca demasiado afectuosa ni demasiado fría. Era la roca fundamental de sus vidas. El niño dejó de gritar y ella le quitó las ropas exteriores, lo secó y abrigó y le dio un poco de té fresco en una taza; cuando volvió la niñera, ya estaba alegre de nuevo.

Así iba Peonía de uno a otro, cuidando que cada niño quedara contento con alguna pequeña atención y entretenido en sus juegos. Guardaba un pequeño almacén de juguetes escondidos, bagatelas que compraba aquí y allá, siempre nuevos para los niños. Sacó alguno nuevo para cada uno a fin de ahuyentar la idea de la muerte.

—¿No volveremos a ver nunca al abuelo? —preguntó el mayor.

Peonía había sido la institutriz de los niños. Sentose, abrió un libro y los dos mayores apoyaron los codos sobre sus rodillas e intentaron leer. Se enorgullecía de su precocidad y los alababa sinceramente; así olvidaban la tristeza de la casa. El libro era uno que había encontrado en la estantería de *madame* Ezra. Hacía mucho tiempo que Peonía había clasificado estos libros y puesto algunos en la biblioteca y otros en el arca de las cosas íntimas de *madame* Ezra, con los chales, las joyas y emblemas sagrados que ya no le servían a nadie. Peonía se había dejado un librito escrito en sencillas palabras chinas que contaban la historia del pueblo de *madame* Ezra, cómo habían sido sometidos una vez en Egipto y luego puestos en libertad por un favorito de la reina, la cual tenía en sus venas algo de sangre extranjera. Esta misma historia la leían ahora con admiración los hijos de David.

—¿Dónde está Egipto? —preguntó uno.

—¿Por qué fue esclavo aquel pueblo? —preguntó el mayor, y volvió a insistir—: ¿Quién era ese Moisés que los puso en libertad?

A ninguna de aquellas preguntas podía contestar Peonía, así que les dijo:

—No es más que una historia que sucedió hace mucho tiempo.

Después que hubo guardado el libro y vigilado que los niños tomaran su cena y quedaran jugando, meditó íntimamente sobre estas cuestiones. Desde luego, alguien de la casa debería responder más adelante; de lo contrario cuando crecieran, no sabrían nada de sus antepasados, lo que estaría mal. Los antepasados son las raíces de toda casa y los niños son las flores; ambas no deben ser cortadas por separado. Tomó la resolución de sondear, cuando tuviera tiempo, los libros de *madame* Ezra con el objeto de descubrir por sí misma lo suficiente como para responder a las preguntas de los pequeños.

Debía acudir inmediatamente junto a su señora y ver si estaba conforme y con el espíritu sereno. Caía el crepúsculo y el aire era suave y agradable cuando cruzó los patios. La casa estaba muy tranquila y ella echaba de menos, con una especie de opresión, a quienes habían desaparecido. Pero las generaciones se suceden, y ahora David era el jefe y el mayor de la generación viva. De repente pensó en la puerta cerrada. Se había encerrado para defenderse de ella por primera vez en su vida. ¿Y si hubiera sido para precaverse de sí mismo? Sin embargo, era por ella. Nunca iría hacia él ahora. La puerta permanecería cerrada para siempre..., a no ser que él mismo descorriera el cerrojo.

Sin embargo, ella no había cambiado. Debía hacer mucho por él, más que nunca. Las comodidades y distracciones ya no eran suficientes. Debía estudiar qué añadiría para su provecho y pleno desarrollo. Su vida debía revestirse de la mayor dignidad, para que él pudiera encontrar fuerza y paz dentro de sí mismo. Levantó la cabeza al cielo por un momento. No había rezado una oración en su vida y no reconocía a su Dios, pero su corazón buscaba el cielo y se fijó en el pueblo de David, cuyo nombre recordaba que era Jehová.

«Dígnate oír la voz de uno que desconoces —oraba para sus adentros—. Ilumina mi espíritu, para que pueda servir con sabiduría al hombre que amo».

Se quedó quieta un momento esperando, pero no percibió ninguna señal. Los bambúes susurraban ligeramente en el aire casi silencioso, y en alguna parte de la ciudad la voz afligida de una mujer gritaba en la lejanía, llamando al hogar el espíritu de su hijo moribundo.

Dentro de la casa, Kueilan estaba sentada con gran dignidad. Era ya dueña, la señora mayor de la generación reinante. Se había repuesto de las incomodidades inherentes al funeral de la colina y estaba comiendo dulces y bebiendo té caliente con deleite. Incluso sus ojos ya

no estaban rojos de llorar.

No obstante, cuando vio entrar a Peonía, inició un sollozo y dejó el pastel que estaba a punto de servirse.

–Echaré mucho de menos a nuestro querido señor mayor –dijo.

–Y lo mismo todos nosotros, señora –respondió serenamente Peonía. Vio que su señora estaba dispuesta a hablar, y se sentó a su lado, cruzando las manos.

–Era muy amable conmigo –se lamentó Kueilan–. Nunca le note aspereza ni mal humor alguno.

–No los tenía –convino Peonía.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Kueilan.

–Era mejor que mi señor –declaró.

–Su señor es muy bueno, señora –dijo Peonía amablemente.

Las lágrimas de Kueilan se secaron de repente.

–Hay algo duro en el fondo de su corazón –replicó con energía–. Yo lo siento, y tú también lo notarías, Peonía, si no lo creyeras tan perfecto. Pero tú no estás casada con él y yo sí. Te digo que hay algo muy duro en su corazón...; lo veo a veces en sus ojos cuando me mira.

Peonía suspiró.

–Ya le he dicho señora, que a él le gusta verla siempre fresca y bella; a veces no quiere usted permitirme que la vista para cuando él llega, ni siquiera que le cepille el cabello. Y hay noches en que usted está

cansada y no me deja que la bañe antes de irse a dormir. Esos dulces, señora... Usted sabe que a él nunca le ha gustado el olor de la grasa de cerdo, y éstos tienen mezcla de ella. ¿Por qué los come?

Con los años había aprendido Peonía a hablarle muy honradamente a la hermosa criaturilla que estaba sentada frunciendo el ceño delante de ella. Kueilan todavía era hermosa, aunque era cierto que una capa de suave gordura se estaba extendiendo sobre su elegante esqueleto, y se quejaba siempre de que le dolían los pies desde que Peonía le quitó los vendajes. Raras veces se movía si no era necesario, y le encantaban los dulces y los alimentos delicados.

Peonía se reía de su enojo.

—No me odie, señora, porque yo la quiero demasiado.

Kueilan se aferró a su disgusto todo lo que pudo, hasta que su propia risa le obligó a olvidarlo.

—Me reprendes demasiado —declaró—. Te digo, Peonía, que debes dejar de hacerlo. Yo soy la señora mayor ahora y debes obedecerme. No tienes ya derecho a decirme qué debo hacer.

La pequeña se enderezó y miró a Peonía con algo más que risa brillando en sus ojos negros.

Peonía vio esto con asombro y sorpresa. Caprichosa había sido siempre su ama, pero se la podía engatusar, embromar y hacerla reír. Si se volvía orgullosa y altanera, sin duda David perdería la paciencia con ella. El lazo que los unía era solamente corporal, y eso se podía romper fácilmente. David no era un hombre dominado por la sensualidad. Tenía pasión, pero mezclada con espíritu y cerebro; no podía separar en partes lo que constituía todo su ser. Mientras su mujer fuera bonita, afectuosa y de buen carácter en su presencia, podría retenerlo por los

hilos que llegaban a su corazón. Pero que lo ofendiera en algo, y éstos serían muy débiles para sujetarlo. Ella no lo poseía.

Estas cosas las sabía Peonía. Disponía de bastante tiempo para meditar, y puesto que toda su vida estaba concentrada en aquella casa, había meditado acerca de cada una de las almas cobijadas bajo su techo, pero sobre todo había cavilado acerca de David. Se decía que ya había superado los celos y la esperanza, y que solamente le preocupaba que él recibiera de todas las fuentes lo que pudiera proporcionarle felicidad y bienestar.

Dominó su asombro ante el nuevo orgullo que descubrió en su ama.

—Usted sabe muy bien que lo hice todo por su señor y para darle gusto, señora —dijo tranquilamente. Paseose entonces por la habitación para ver si todo estaba preparado para la noche. Era la habitación de una dama, hecha para su señor, pero ella sabía cuando David la visitaba. Siempre había señales de su presencia por la mañana: su pipa, sus zapatillas, su pañuelo de seda blanco, un libro. Tales libros los examinaba con frecuencia. Al principio eran libros de poesía, pero después eran siempre libros de historia o de filosofía, páginas abstrusas que seguramente no podía leerle a su esposa. Desde que habían vuelto a casa, los libros procedían de la biblioteca de su madre, la que por primera vez estaba empezando a leer. El motivo, Peonía no lo comprendía, aunque cavilaba mucho acerca de qué cambio se habría operado en David para que en los últimos tiempos tuviera que recordar a sus antepasados.

Cuando hubo examinado la lámpara, quitado el polvo de la mesa, soltado las pesadas cortinas de sus ganchos de plata, cerrado las celosías de las ventanas para precaverse de las mariposas nocturnas y mosquitos, y quemado incienso para esparcir fragancia en el aire, salió

silenciosamente de la habitación. Su señora todavía estaba sentada perezosamente al lado de la mesa.

— ¿Quiere que la ayude a desnudarse, señora? — preguntó Peonía, al retirarse.

Kueilan meneó la cabeza.

— Es demasiado temprano para dormir — declaró imperiosamente — . Déjame sola un rato.

Peonía obedeció la orden y se retiró. Indudablemente la casa cambiaría mucho si su señora dirigía la vida diaria. Se detuvo en el tercer patio y quedose meditando. ¿Iría junto a David? Si no lo hacía, le parecería extraño. ¿Y si no la necesitaba? No, no debía ir. El recuerdo de la puerta cerrada se hizo presente. En lugar de hacerlo, se fue a un patio lateral en busca de Wang Ma; la encontró sentada en la cama, y al viejo Wang, cerca de ella, en una banqueta de bambú. Ambos estaban llorando.

Ella los había olvidado, en medio de sus obligaciones, porque conforme habían pasado los años, ellos habían ido atendiendo casi exclusivamente a Ezra, mientras que Peonía había servido a la generación siguiente. Estaban desolados. No trató de consolarlos, sino que tomó sus mangas y les enjugó los ojos, hasta que Wang Ma habló.

— Hermana, quiero pedirte un favor — dijo sollozando.

— Píde lo que quieras, hermana mayor — respondió Peonía.

— No tengo valor para quedarme más en esta casa, ni yo ni mi viejo. Iremos a la aldea a vivir con nuestro hijo mayor y con nuestros nietos. Háblale en nuestro nombre al nuevo amo.

Estaban tan desechos por la pena, que Peonía no tuvo valor para

decir que había estado a punto de pedirles que fueran a servir a David en su lugar.

—Le hablaré tan pronto como él sea capaz de olvidar su pena durante una hora —prometió—; y consolaos vosotros dos, porque él no os negara nada. Pero ¿cómo me las arreglaré yo sola, hermana mayor? Siempre me he apoyado en usted.

—Ya no tengo interés por esta casa —replicó Wang Ma, y empezó a llorar de nuevo.

Peonía los dejó apesadumbrada y, llamando a un criado, lo mandó a ver si el amo quería comida o necesitaba algo, mientras ella se retiraba a sus habitaciones.

Era de noche, se sentía muy fatigada, y, desde luego, no veía claro el porvenir.

Ezra no había tenido tiempo para contarle a Kung Chen por qué razón David y su familia habían dejado tan de improviso la capital del Norte y luego, como si el duelo no fuese bastante, los barcos cargados con mercaderías de la India mandaron aviso de que habían llegado a puerto y que las mercaderías serían acarreadas por tierra. Pero como las guerras habían terminado hacía poco y los pueblos en todas partes sufrían pobreza, había muchos ladrones, por lo que David debía disponer de guardias y soldados en cada provincia a través de las cuales pasaban los cargamentos. No tuvo tiempo siquiera para entregarse al dolor que le causaba la pérdida de su padre. Inmediatamente tuvo que reincorporarse a sus negocios. En medio de todas estas molestias, olvidó contarle a Kung Chen lo que había sucedido con respecto a Peonía. Tenía preocupaciones externas e íntimas, porque pronto notó que Peonía se había separado de él, aun cuando se daba cuenta que obraba con prudencia al hacerlo. Se decía que cuando se resolvieran sus preocupaciones y las mercaderías

estuvieran seguras en las tiendas, cuando el continuo dolor de no ver más a su padre hubiera pasado, volvería a enfrentarse con su corazón y sabría que hacer con Peonía.

No estaba armado de prudencia, por lo tanto, para afrontar a Kung Chen, el cual llegó una mañana con mirada de consternación. David estaba en su oficina de la tienda computando la cantidad de mercaderías que llegaba cada día y apreciando la calidad de las finas telas de algodón provenientes de la India. Con él se hallaba su socio, el hijo mayor de Kung Chen; ambos estaban tan absortos en su trabajo, que quedaron sorprendidos cuando entró Kung Chen.

—David, ven conmigo un momento, y tú también, hijo —dijo Kung Chen con gravedad.

Los dos lo siguieron a una pequeña habitación, cerrando Kung Chen la puerta tras sí. Su cara estaba alarmantemente gris y tenía los labios pálidos.

—Ha llegado un mensajero de nuestras tiendas de la capital del Norte —dijo con una voz que era apenas un murmullo—. Me informa que hay un disgusto en el palacio contra nosotros, David. El mayordomo principal ha hecho circular el rumor de que una de tus esclavas se portó groseramente con la emperatriz de Occidente. ¿Qué significa esto?

El corazón de David latía aceleradamente. Éste lo vio claro en un instante, y con dificultades les contó la historia a los dos, que lo escucharon en silencio.

—No cabe duda de que el mayordomo exigirá que le sea enviada Peonía so pretexto de un castigo —dijo Kung Chen, cuando David hubo terminado—. Si nos negamos a entregársela debemos perder toda esperanza de volver a hacer buenos negocios. El brazo del favorito

principal es largo.

— Yo volveré solo a la capital — dijo David —. Procuraré conseguir audiencia con la emperatriz y le diré la verdad.

Ambos chinos gritaron al oír esto.

— ¡Qué disparate! — declaró Kung Chen—. ¿Esperas prevalecer contra el mayordomo principal? Él goza de la confianza imperial, tú sólo lograrías hundir tu propia vida. No, no queda otra esperanza que inducirla a ir.

— Yo no puedo hacer eso — dijo David.

Los dos hombres lo miraron de un modo extraño y les fue difícil que sus ojos no parpadearan. Luego padre e hijo se miraron mutuamente. Recordaban lo hermosa que era Peonía. Desde luego, Kung Chen ya había hecho notar una o dos veces a su hijo que sería difícil para cualquier hombre permanecer incommovible ante tan hermosa esclava, inteligente e instruida además.

Para David la situación resultaba intolerable.

— Me miran ustedes con asombro — dijo rígidamente —, pero les aseguro que lo que piensan no es posible. En mi religión..., la religión de mi pueblo..., a un hombre solamente se le permite una esposa. Yo siento... gratitud hacia la esclava..., que ha sido una hija en nuestra casa. No puedo entregarla a un eunuco.

Kung Chen se aferró a una esperanza.

— ¿Y si ella quiere ir por su propia voluntad?

David no pudo decir la verdad ni supo por qué no pudo. Aquellos hombres no lo hubieran criticado si hubiera dicho abiertamente que

amaba a Peonía y que la quería para sí. Se habrían reído y meditado cómo salvarla. Pero no pudo decirlo e inclinó la cabeza.

—Si ella por su propia voluntad desea ir... —balbució—, sea.

Volvieron ellos a sus negocios entonces, y también David trató de aplicarse. Pero ¿cómo podía pensar en números y mercaderías, ni siquiera beneficios? Kung Chen citaría a Peonía y la forzaría, la presionaría para que comprendiera qué daño tan grande haría a David y a las dos casas, y ella, con su bondad y su falta de egoísmo, podría ceder. Se le oscureció el pensamiento y no pudo seguir.

—Me siento enfermo —le dijo a Kung Chen el primero—. Me voy a casa y dormiré un rato; volveré mañana.

Su socio se lo quedó mirando y nada dijo, pero David vio lo penetrante de sus ojillos y se marchó apresurado. No podía retrasarse un instante. Tan pronto como llegó a casa, mandó llamar a Peonía y esperó intranquilo hasta que ella acudió corriendo a sus habitaciones, todavía enjugándose las manos.

—Estaba en las cocinas —confesó—. Me dijeron que la vasija con la salsa de sorgo no se espesaba como era debido y fui a ver.

No prestó atención a esto, pero la vio hermosa y fuerte: el pilar de su casa. No podría vivir sin ella.

—Siéntate, Peonía —le ordenó bruscamente.

Sentose ella en el borde de una silla, alarmada por su mirada y el sonido de su voz.

—¿Qué ha sucedido?

Se lo contó a grandes rasgos y rápidamente, ansioso de librar a su

corazón de esta carga y sabiéndola capaz de soportarlo todo. Pero se quedó horrorizado cuando vio desaparecer el color rosado de sus mejillas y la fortaleza de su figura.

—Ya le dije que debía hacerme monja —murmuró—. No podré salvarlo de otra manera. —Se levantó y empezó a desatarse el delantal azul, que había olvidado quitarse.

—Espera —le mandó él—. Hay un medio de que te quedes conmigo.

Peonía sabía bien lo que quería decir, pero su corazón había terminado por endurecerse y no se lo perdonaría.

—¿Qué medio? —dijo.

—Tú lo sabes —dijo David, en voz baja y sin querer mirarla.

A ella le molestó que volviera la cabeza, y habló con firmeza por él.

—¿Se refiere... a tomarme como concubina?

—Sí —dijo él, y siguió sin mirarla.

Peonía vio su rostro fijo y tenso. No había alegría en sus ojos. El delantal cayó de sus manos.

—Usted cerró su puerta contra mí —dijo—. ¿Por qué?

—¿Qué sé yo!

—Lo sabe —replicó ella—. Temía lo mismo que ahora pide. Tenía miedo de sí mismo..., ¡de lo que lleva oculto dentro y que llevará mientras viva!

— ¡Lo niego! — dijo David en voz alta.

— No vale negarlo — respondió ella —. Le ha nacido dentro.

Inclinó la cabeza sobre una mano y no respondió. Tan claramente como si viviera, vio a Leah y oyó su voz; era la voz de su madre y la de todos aquellos hombres y mujeres que habían vivido antes que él. Era la voz del propio Jehová.

— Si acepto — dijo Peonía, con su manera gentil y ligera —, su conciencia le será cada vez más exigente conforme menos me ame. No, David, no me atrevo, déjeme ir. Sí, me iré por propia y libre voluntad..., ¡pero no al palacio!

Salió corriendo de la habitación y David no pudo perseguirla. Lo que había dicho era verdad. Aquello que su madre hizo penetrar a la fuerza en su alma rebelde había echado raíces. Él lo había desafiado y crucificado, pero no estaba muerto. Aún vivía en el espíritu de la fe de su pueblo. Se había levantado de entre los muertos y lo reclamaba. No podía liberarse. Cayó de rodillas, los brazos doblados sobre la mesa, apoyando en ellos su cabeza.

— ¡Oh, Jehová, el único Dios verdadero, escúchame... y perdóname!

A través de la ciudad iba Peonía a pie, de prisa, la cabeza baja, las manos vacías. La puerta del convento estaba abierta. Los patios estaban silenciosos cuando entró, pero ella gritó:

— ¡Eh, madre abadesa, aquí estoy!

Una anciana amable, vestida con ropas grises, salió y extendió las manos para recibirla.

— Ven, pobre alma — dijo.

—Estoy en peligro —jadeó Peonía.

—Aquí los dioses nos protegen de todos los hombres —respondió la madre abadesa.

—¡Ah, cierre la puerta! —suplicó Peonía. Ya que estaba allí se hallaba aterrada por lo que había hecho. Tomó la mano de la anciana—. ¡Si le pido que me deje salir... no me lo permita! —imploró.

—No te lo permitiré —prometió la madre abadesa, y colocó la barra de hierro sobre la puerta.

¿Cómo iba a suponer David que Peonía no volvería a casa? Esperó durante varias horas, con el cerebro embotado por la confusión. Luego, demasiado intranquilo para esperar más, hizo llamar a Wang Ma y le mandó que fuera al convento y se enterase si Peonía estaba allí. Tan temblorosa era su mirada, que Wang Ma no se atrevió a hacerle una pregunta, y salió consternada y en silencio.

En lo más recóndito de su corazón, David temía que Peonía se hubiera arrojado al río: se alivió su espíritu cuando volvió Wang Ma al cabo de una hora y le dijo que Peonía estaba, desde luego, en el convento. Oyó estas noticias en silencio; en seguida, sabiendo que pronto se extendería por la casa, comprendió que debía contarle a Kueilan inmediatamente lo que había sucedido. Esto es, le diría que Peonía había temido que el jefe eunuco la alcanzara con su brazo y la agarrara, a pesar de todo lo que pudiera hacerse. No le hablaría de la confusión que sentía en su corazón, ni de la extraña calma que sentía desde que se había cerrado la puerta entre él y Peonía. Sin embargo, ¿no lo había dejado ella? En cierto modo le dolía que pudiera dejarlo y huyera de su casa como una esclava maltratada, aunque él la había querido tanto en su infancia que no sabía cuándo el amor infantil se había convertido en algo más. Temía enfrentarse con este amor; se hubiera convertido en lo que fuera; pero huir ahora, se apartaba de él y

su corazón se lo reprochaba. «No tiene derecho a dejarme tan bruscamente», se decía, y al sentirse así tratado, dio curso a su enojo contra ella; con este sentimiento fue al encuentro de su mujer.

Daba la casualidad de que Kueilan estaba aquel día de excelente humor. Gozaba con ser la señora de la casa y sabiendo que su marido era el amo y que no había mayores por encima de ellos. Todo lo que era extraño había desaparecido; sonreía con facilidad y se sentía complaciente con los criados y los niños. Cuando llegó David a la puerta de su patio, vio un cuadro que podría alegrar el corazón de cualquier hombre. La linda mujer que era su esposa estaba sentada, rodeada de sus hijos, que jugaban en torno a ella. Los niños habían tenido un día de fiesta, puesto que Peonía no había acudido a darles clase; el mayor estaba jugando al volante, y el segundo lo hacía con una vilorta sobre un cordel; Kueilan tenía al tercero en su regazo. Los crisantemos florecían en las terrazas junto a las paredes, y el sol de la tarde brillaba sobre las flores y los niños. David volvió a ver lo que a veces olvidaba: cuánta era la belleza de Kueilan. Su lechosa piel era tan suave a la luz como la del bebé; tenía los labios rojos y el cabello —bajo el largo cuidado de Peonía— de un negro resplandeciente y aceitoso. Aquella misma mañana le había ella colocado alfileres de jade en el moño de abundante cabello para hacer juego con los pendientes de la misma piedra y una chaqueta verde manzana.

«¿Por qué no he de ser feliz?», interrogó David a su propio corazón.

Se paró en la puerta y todos lo vieron entonces. Kueilan se levantó y los chicos corrieron hacia su padre. Las doncellas estaban ocupadas en otra parte y Kueilan lo siguió. El sol había sido favorable para David como para ella; hacia el mismo momento en que él había entrevisto cuán hermosa era, Kueilan había observado a su marido de pie en la puerta, alto y en plenitud de su virilidad. Nunca se había dejado crecer

demasiado la barba, como hacían algunos extranjeros; su cara lisa, de grandes ojos oscuros y firmes labios, y, sobre todo, su fuerte figura conmovieron su corazón. Amaba a su marido, pero en el transcurso de los días había olvidado cuánto. Se sentó cerca de él y las miradas de ambos se inflamaron. David retiró de sus brazos al más pequeño de los niños.

—Déjame ver cuán alto está — dijo.

Kueilan se dio prisa en poner debajo del niño la tela acolchada.

— ¡No tan crecido el pícaro que no pueda mojarte! — exclamó.

David se ríó. Los dos niños mayores, al oírlo, se acercaron y apoyaron los codos sobre su rodillas. Por encima de los tres pequeñuelos, los ojos de los padres volvieron a encontrarse y sonrieron.

— ¿Cómo es que estás en casa a esta hora? — preguntó Kueilan.

— Ha sucedido una cosa muy extraña — dijo David —. ¿Recuerdas al jefe eunuco que quería a Peonía? — ¡Con qué facilidad le dijo esto a su esposa! Estaba asombrado de su propia calma.

— ¡No me digas que todavía la quiere! — exclamó Kueilan con vivo interés.

David asintió con la cabeza.

— Puesto que Peonía no quiere ir, hay solamente un camino de escapar sin peligro de nuestra casa.

Kueilan estaba observando su cara muy atentamente. Sintió... — ¡ah, no, lo sabía!... — que no podría nunca explicarle a ella las profundidades de su corazón. Pero ¿conocía él mismo aquellas profundidades? ¿Qué hombre sabe lo que es más querido, cuando pesa

y mide todo lo que tiene, oponiendo un amor a otro?

– Se ha ido al convento – dijo sosegadamente.

– ¿Para quedarse? – preguntó Kueilan, con los ojos muy abiertos.

– ¿En qué otro lugar puede estar más segura? – replicó él.

Entonces los niños empezaron a hacer preguntas.

– ¿Peonía no vivirá más con nosotros? – le interrogó el mayor.

– Si es monja tiene que vivir en el templo – dijo Kueilan.

El hijo más joven empezó a sollozar:

– Yo quiero volver a ver a Peonía.

– ¡Tranquilízate! – le dijo su madre—. Ella podrá venir a vernos tan pronto sea monja.

David seguía silencioso, jugando con la mano del hijo mayor. Sobre su palma abierta sostenía la mano del nene y sentía la palma del niño caliente sobre la suya.

Kueilan formaba su opinión y ataba cabos sueltos. También pensaba y media bien contra mal. Echaría de menos a Peonía... y bastante, pero pensaba que podía ir con la frecuencia que quisiera después de haber terminado el noviciado. Verdad era que debería regresar al templo por la noche, aunque tal vez fuera agradable no tenerla siempre presente. No la necesitaba ya tanto como antes de que murieran los mayores. No importaba ya que todo no se hiciera de acuerdo con las reglas y tradiciones. Sí, quizá fuera mejor no retenerla allí. A veces parecía como si Peonía fuera la señora. Secretos celos dormidos renacían en ella al recordar su indispensable presencia.

Peonía era demasiado bella, podía leer libros y a David le gustaba hablar con ella.

—Es una buena cosa para Peonía ser religiosa —declaró Kueilan de repente—. Ella no se casaría, ¿y qué puede hacer una mujer en ese caso excepto ser monja? Muchas veces le dije a Peonía que debería escoger un marido, pero no quería oírme. Una mujer no vuelve a ser muchacha. Habría tenido que hacerse monja cualquier día..., es decir, si no deseaba entrar en el palacio imperial. Si hubiese ido allí, entonces, desde luego...

—No podía irse —dijo David, bruscamente, sin levantar la vista.

Kueilan sintió la punzada de los celos.

—Podría haber ido si nos hubiera querido tanto como decía —gritó—. ¿Qué mejor garantía para la familia que tenerla en el palacio imperial? Podría haber hablado allí por ti, y cuando nuestros hijos fueran mayores, la habrían visitado, como yo también lo hubiese hecho. Habríamos disfrutado de toda clase de favores provenientes de allí.

David no respondió. Los dedos del nene se retorcieron en su palma y cerró la mano sobre su puñito. De repente se puso en pie, y dejó al niño en el regazo de su madre.

—Parecerá extraño esto sin Peonía —dijo tranquilamente—. Pero ella ha tomado una decisión prudente. Ahora tengo que volver a la tienda por una hora.

Acarició la redonda mejilla de su esposa y se fue. Había tranquilidad en su corazón. Cierta parte de su vida había concluido. Había hecho una elección sin declararse siquiera a sí mismo en qué consistía, pero la lucha había terminado. Era dueño de su corazón, lo mismo que de su casa.

Cuando Wang Ma fue a buscar a Peonía, la monja de la puerta se negó a dejarla entrar hasta no tener permiso de la madre abadesa. Los claustros estaban llenos de murmullos con la excitación de las monjas y las novicias con motivo de la llegada de la hermosa mujer de la casa de Ezra. Todas sabían que el señor mayor de la casa había muerto hacía poco tiempo. ¿Quién en la ciudad no había oído hablar de sus espléndidos funerales? La madre abadesa sentía rumores pero aún no había interrogado a Peonía. Había que dejar tiempo al tiempo para que la pena se consumiera sola. Ordenó que dieran a Peonía una habitación grande y tranquila que daba a una pequeña espesura de bambúes. Le fue llevada agua caliente por las novicias para que pudiera bañarse y le dejaron sobre una silla ropas frescas y suaves de lisa tela verde gris. Cuando las novicias le informaron de que Peonía se había bañado y vestido con las ropas grises, la madre abadesa dispuso que se retiraran los otros atavíos de Peonía y se guardaran en un arca, y luego que le ofrecieran las comidas vegetarianas y un bote del más delicado té. Todo esto se hizo.

Cuando le avisaron que una anciana estaba en la puerta, fue personalmente junto a Peonía. La encontró sentada al lado de la ventana, con las manos cruzadas. Con las ropas grises se le veía tan bella, que la madre abadesa sintió dolor en su corazón. Hacía mucho, cuando murió su joven esposo, casi un mes después de la boda, había llegado ella a aquel lugar. Esperó hasta asegurarse de que su matriz no contenía fruto, y luego se había consagrado al Cielo. Comprendía entonces la mirada de una mujer que sabe que debe vivir sola.

—Hay en la puerta una anciana sirvienta, Wang de apellido, que desea verla —dijo amablemente—. ¿Quiere que la haga pasar?

Peonía se levantó y volvió sus grandes ojos llenos de pena a la bondadosa cara de la madre abadesa. Estaba a punto de menear la cabeza, pero no pudo. Comprendía que su decisión había sido

precipitada. Era indudable que David había enviado a Wang Ma para saber de ella.

— Es mejor que entre — dijo Peonía.

Así que Wang Ma entró y vio a Peonía con ropas grises, se quedó sin habla y las lágrimas empezaron a correrle por sus arrugadas mejillas. Estiró los brazos y Peonía no pudo contenerse. Corrió hacia Wang Ma y lloraron juntas ruidosamente; la abadesa inclinó la cabeza indecisa.

Fue Wang Ma quien enjugó los ojos primero y se sentó.

— Me tiemblan las piernas — murmuró.

Con lágrimas en las mejillas, Peonía seguía en pie.

— ¿Qué te hizo? — preguntó Wang Ma.

Peonía meneó la cabeza y enjugó los ojos con las mangas.

— Nada — respondió con débil vocecilla.

— Así que él no hizo nada — replicó Wang Ma. Continuaba contemplando a Peonía.

Ésta miraba al suelo.

— El eunuco me mandó buscar de nuevo — dijo con la misma vocecilla.

— Y no siendo tú esposa ni concubina... — siguió Wang Ma.

— ... no tengo a nadie que me proteja — convino Peonía.

Wang Ma suspiró ruidosamente.

– ¿Es demasiado tarde para que vuelvas a atrás?

– ¿Qué hay allí para mí excepto penas? – respondió Peonía.

– Si al menos hubieras hecho lo que hice yo... – se lamentó Wang Ma—. Acepté el hombre que ellos me dieron, seguía viviendo con la familia y serví a mi amo hasta que se nos fue a los Manantiales Amarillos. Ahora incluso mi viejo es un consuelo para mí.

¿Cómo podía Peonía explicarle que David era distinto de su padre, y ella diferente de Wang Ma? Sonrió con los labios, mientras sus ojos seguían llenos de lágrimas.

– ¿Recuerda cuando una vez me dijo que la vida era triste?

Dijo esto con voz tan dulce y tan distante, que Wang Ma no respondió. Gruñó dos o tres veces, las manos plantadas sobre sus rodillas, mientras miraba a Peonía; luego contempló a la madre abadesa.

– ¿Le afeitaban la cabeza? – preguntó a ésta.

– Obedeceré las reglas – intervino Peonía antes de que la abadesa pudiera contestar.

Wang Ma suspiró y se levantó.

– Si tienes el corazón puesto en el Cielo, es inútil que me quede aquí – dijo agudamente—. ¿No tienes ningún mensaje para nuestro amo?

La madre abadesa, al observar a Peonía, comprendió la historia sin dificultad. Un tinte rosado, pleno y encantador, se extendió por la cara y el cuello de Peonía. Sus rojos labios temblaron y gruesas lágrimas pendían de sus pestañas.

—No puedo verlo más —murmuró.

Al oír esto, la madre abadesa tuvo compasión de Peonía. Hacía mucho que ella había llorado noches enteras, pensando que no podía verse nunca libre del amor y las ansias de su corazón. Pero, sin saber cómo, su corazón había curado y la agonía quedó perdida en lo remoto. Lo que recordaba ahora, cuando recordaba algo, era la dulzura de los días en que vivía su marido; la pena de su pérdida se había desvanecido.

—No es necesario hablar de eso ahora —le dijo a Peonía—. Veremos cómo cura el corazón.

Wang Ma asintió a esto con un perspicaz movimiento de cabeza y se fue.

Después que se hubo ido, la madre abadesa se sentó, mientras Peonía continuaba de pie. Las palabras de la madre abadesa habían sido pronunciadas con gran sosiego, pero resonaron como campanas en el corazón de Peonía. Levantó la vista.

—¿Quiere usted decir, madre, que dejaré de amarlo?

La madre abadesa sonrió.

—El amor cambia —respondió—. Cuando muere la llama, continúa el resplandor, pero no se concentra ya en una criatura humana e inunda el alma entera. Entonces el espíritu contempla a todos los seres con un amor difuso.

Peonía escuchó esto y guardó silencio. Estaba allí, de pie, flotantes sus ropas y la madre abadesa sintió de nuevo renacer su compasión y envolvió en ella a la joven.

—¿Tengo que decirle por qué vine aquí? —preguntó Peonía,

después de un momento.

—Sólo si te sirve de consuelo —respondió la abadesa.

—¿No hay regla que me obligue a decir por qué escapé?
—preguntó Peonía.

—Ninguna —respondió la abadesa—. Todas nosotras estamos aquí por una pena u otra. Lo que fue nuestra vida nos parece monstruoso; aquí encontramos refugio. La única cosa que debo saber es si tiene el poder de un marido sobre usted, para poder hacer un convenio con él y conseguir la libertad.

—He dicho la verdad, madre, no tengo marido —respondió Peonía.

—Viva aquí en paz entonces —dijo la abadesa—. El cielo está encima y la tierra debajo de todos nosotros.

Dicho esto, se levantó y se fue. Peonía permaneció de pie un buen rato sin sentir fatiga ni dolor. Una profunda tranquilidad se deslizaba en su ser.

Durante tres años vivió Peonía tras la puerta del claustro. Tanto tiempo tardó la llama de su corazón en convertirse en aquel resplandor de que había hablado la madre abadesa. En todo aquel tiempo no vio a David. A ningún hombre le era permitido traspasar la puerta, y a ella le estaba vedado salir. Al día siguiente de haberla dejado Wang Ma, abrazó la vida del claustro. Cuando hubo estudiado los libros sagrados, aprendido las oraciones de ritual y tomado su parte de labor en el cuidado de los dioses, en atender el jardín y el servicio de cocina; cuando las monjas más viejas le cortaron su largo cabello negro y le afeitaron la cabeza, terminó su vida de novicia. Hizo los votos y se convirtió en monja. La vida secreta de su corazón había concluido. La

madre abadesa le dio un nombre; Ching An, o Clara Paz.

Pero durante aquellos tres años Kueilan había ido con frecuencia a ver a Peonía. El primer año lo hizo dos veces solamente. Peonía había estado sentada casi en silencio, mientras Kueilan, como de costumbre, había charlado con viveza y mostrado su curiosidad por todo lo que veía, contándole todos los chismes de la casa. Así se enteró que Wang Ma y el viejo Wang habían regresado a su aldea y vivían con sus hijos. Así supo también que Aarón después de la muerte de Ezra, había vuelto a sus malas costumbres, hasta que David, furioso, había mandado a los hijos de Kao Lien que lo llevaran con la caravana en su viaje, porque ya Kao Lien estaba demasiado viejo. Esto habían hecho, dejándolo después en algún país al oeste de las montañas, donde vivían gentes judías que podrían enseñarle a enmendarse de corazón. Nunca más se hablo de él.

Pero después del primer año Kueilan la visito con más frecuencia. Había dado a luz otro niño, el cuarto, y cuando tuvo un mes lo llevó a Peonía para que lo viera. Kueilan estaba orgullosa de tener tantos hijos, pero cuando salieron las monjas y se quedaron solas, dejó escapar su desagrado.

— ¡Míralo! — exclamó, mientras la niñera, de pie, se inclinaba con él en sus brazos —. ¿Es hijo mío Peonía?

Nunca pudo Kueilan acordarse de llamarla sino por su antiguo nombre.

— Usted fue la que lo dio a luz — dijo Peonía, sonriendo. El cielo la había hecho igual que Kueilan, y no necesitaba, por lo tanto, llamarla ya señora.

Kueilan frunció el ceño.

—Se parece a su abuela extranjera.

Peonía no pudo menos que reírse. Desde luego, el pequeñito se parecía de un modo curioso a *madame* Ezra. Sus grandes facciones fuertes no se ajustaban a su carita. Le indicó a la niñera con un movimiento que la dejara tomar al niño. Cuando estuvo en su regazo, le miró las manos y los pies. Eran grandes también.

—Será un hombre grande —declaró—. Mírele las orejas, qué largos lóbulos tienen... Eso significa abundancia y prudencia. Tendrá suerte.

Así consoló a Kueilan, y ésta, que sentía afecto por Peonía, la adulaba ingenuamente:

—Ven a visitarnos... ¿Por qué no? Las doncellas no me atienden tan bien como lo hacías tú, Peonía. Mi hijo mayor es perezoso con los libros y su padre le pegó ayer por eso; yo lloré, y entonces se enojó conmigo. Si tú vienes, todos te escucharán, Peonía, como lo hicieron siempre.

Pero Peonía, sonriendo aún, meneó la cabeza y devolvió el nene a su niñera.

—Aunque tengas la cabeza afeitada eres la misma... —la halagaba Kueilan.

Peonía sintió un sobresalto. ¿Descubrirían aquellas palabras su corazón? ¿Era porque estaba afeitada y era una monja por lo que no quería que David la viera? Se puso grave, y por su silencio Kueilan pensó que había triunfado. Cuando aquel día volvió a casa, le dijo a David que había convencido a Peonía para que fuera a visitarlos un día. Entonces también él se quedó grave y silencioso.

De nuevo en su celda, Peonía examinó cruelmente su corazón. «Es verdad — pensaba — ; temo que sus ojos me vean».

No había espejo en el cuarto de ninguna monja, pero ella llenó su palangana de agua clara y se inclinó sobre ella a la débil luz del sol del atardecer. Se vio borrosamente. Contempló por primera vez su desaparecida cabellera y se encontró fea. No pudo distinguir otra cosa, ni sus oscuros ojos serenos, ni los rojos labios, ni el suave contorno de su cara. Toda su belleza le parecía que había estado en sus cabellos. Durante un largo rato se miró. Luego levantó la palangana y vertió el agua por la ventana abierta, sobre un macizo de lirios que crecían al lado de la pared.

«Será mi castigo dejar que él me vea», se dijo.

Sin embargo, durante dos años completos no fue a la casa de David. Kueilan dio a luz un quinto hijo; esta vez una niña, y había concebido el sexto cuando un día la sirvienta llegó presurosa al convento para suplicar a Peonía que fuera, porque el hijo mayor de la casa se estaba muriendo. Le entregó un papel doblado, que Peonía abrió, en el cual David había escrito unas pocas palabras.

Ven. ¡Por mi hijo!

— Iré — le dijo a la criada, y se presentó ante la madre abadesa para que le concediera permiso. La abadesa se había vuelto anciana y débil en los últimos años y nunca dejaba su celda. Era buena con todas, pero a Peonía la quería extraordinariamente, como si fuese la hija que nunca había tenido. Estrechó su mano y se la retuvo un momento.

— ¿Tu fuego se ha extinguido? — preguntó.

—Sí, madre — dijo Peonía.

—Entonces ve, hija mía — respondió la abadesa — : mientras estés fuera yo rogaré por la vida del muchacho.

Así salió Peonía aquel día del refugio que era su hogar; mientras caminaba por las calles, aquietaba los latidos de su corazón con rápidas oraciones, con el rosario de palo de águila castaño retorcido entre sus dedos. Cuando entró por la familiar puerta, David estaba esperándola; al verlo se le aceleró el corazón, pero su voluntad le impuso calma. Lo miró sin temor, decidida a que sus ojos no expresaran nada más que fría amistad.

—¡Peonía! — gritó David.

Sintió que sus ojos buscaban las transformaciones operadas en ella.

—Mi nombre es Clara Paz —le dijo sonriendo. No, no tendría miedo de sonreír.

—Yo pienso en ti siempre como Peonía — respondió David.

No contestó a esto.

—¿Dónde está tu hijo? — preguntó.

Iban caminando uno al lado del otro, ella tratando de sosegar su corazón, los dedos siempre ocupados con el rosario. Había olvidado lo alto y fuerte que era. Su aire de juventud había desaparecido; era un hombre poderoso y grave. Se enorgulleció de él sin sensación de pecado; levantó los ojos y encontró los suyos de nuevo.

—No has cambiado mucho — dijo él bruscamente — . Bueno... a no ser por el cabello.

—He cambiado mucho —dijo ella alegremente—. Ahora llévame junto al niño.

—¡Ah, mi hijo! —suspiró él.

Apresuraron sus pasos y entraron en las habitaciones donde David y sus dos hijos mayores vivían ahora. Cada muchacho al llegar a la edad de siete años, había dejado los patios de su madre para ir a vivir con su padre. David guió a Peonía a su habitación; allí, en su propia cama, estaba acostado el muchacho enfermo. Ya no era un niño..., Peonía lo vio enseguida. Su figura alta y esbelta yacía extendida sobre la cama. Respiraba, pero se ahogaba a cada instante, y tenía la cara congestionada y los ojos cerrados. Peonía le cogió la muñeca entre sus dedos y le tomó el pulso, que era demasiado rápido para poder contarlo.

—¡No hay tiempo que perder! —exclamó—. Tiene mucosidad maligna en la garganta.

Peonía, como era deber en todas las monjas, había estado mucho con enfermos y conocía una enfermedad que había caído sobre la ciudad aquel año, impelida por los malos vientos del Norte. Ordenó a una sirvienta que fuera por una lámpara de mecha fuerte, y otra que cortara un trozo de bambú nuevo y se lo llevase. Mientras esperaba sumergió telas en agua caliente y las ató alrededor de la garganta del chico para calentar sus músculos. Tan pronto como tuvo en sus manos la delgada caña de bambú, mandó a David que sujetara al muchacho con fuerza y ordenó a un criado que le inmovilizara los pies. Entonces, apretando delicadamente el pulgar y el índice de su mano derecha contra la mandíbula del muchacho, le obligó a abrir la boca, le metió el tubo hacia abajo y succionó lentamente. El muchacho se ahogaba y defendía, pero ella persistió hasta que subió un coágulo por el tubo y él cayó hacia atrás con una gran boqueada.

—Echen ese tubo al fuego —dijo al sirviente—. Está lleno de veneno. Tráigame vino para darle.

Siguió de pie inmóvil y observando, hasta que trajeron el vino y vertió un poco por la garganta del muchacho; luego se lavó la boca también con vino y lo escupió.

—¡Está mejor! —exclamó David con alegría.

—Vivirá —dijo Peonía.

No obstante, no se separó de la cama hasta cerca del oscurecer, hora en que según las leyes del convento debía regresar. Volvió al día siguiente, y todos los días, hasta que el rapaz volvió a estar bien.

Comprendió que debía seguir yendo con frecuencia. David la necesitaba muchísimo, porque estaba perplejo ante los hijos que crecían, la impetuosidad de los varones mayores y numerosos criados perezosos y desobedientes. Se encontraba fatigado, porque sus prósperos negocios le robaban mucho tiempo fuera de casa. Peonía vio claramente los años venideros cuando hijos e hijas debieran prometerse, se planearan los casamientos y toda la vida de aquella casa grande y agitada pasara a otras generaciones. Podía ir con toda seguridad, porque David amaba a su esposa, aunque vio esto con cierta melancolía. Se preguntó, desde luego, por qué había de tener pena. ¿No había llevado ella a Kueilan a la casa? No había sido Kueilan quien la había echado fuera. El matrimonio que ella había fomentado, había florecido y producido simiente. Entre David y Kueilan había ahora el estrecho lazo de la carne, la casa, el hogar, los hijos y la prosperidad; toda su vida estaba unida y entrelazada. ¿No era esto lo que ella había querido?

La inquietud de David había desaparecido. Olvidaba, o así lo parecía, que hubiera habido jamás en aquella casa una vida diferente de

la suya. Hasta los vestigios de su madre fueron retirados. El rollo de pergamino de encima de la mesa del gran salón había desaparecido; en su lugar colgaba un cuadro de peñascos, nubes y pinos. Por orden de quien se hizo aquello, no lo preguntó Peonía; pero allí estaba; eso simbolizaba el cambio de la casa..., sí, y el de David también. Y él estaba contento.

Así durante años, Peonía iba y venía; trataba a David y a Kueilan como sus iguales, y conforme el tiempo pasaba, como algo más que iguales. Ellos se apoyaban en ella y esperaban su consejo, y ella hablaba con autoridad en la casa.

Cuando Peonía llevaba diez años de monja con el nombre de Clara Paz, murió la madre abadesa. Durante aquel lapso se había conquistado tal respeto y reverencia, que cuando fue enterrada la anciana abadesa, fue elegida por las monjas para ocupar su lugar. Tuvo entonces menos tiempo para visitar la casa de David, porque tenía su propia casa de mujeres que gobernar, y lo hacía con sabiduría, sin abatir el espíritu de nadie ni herir el corazón de ninguna criatura, ni siquiera de la monja más humilde de la cocina.

Siguieron luego unos años, en los que Peonía y David llegaron a una comprensión perfecta. Ella, como madre abadesa, era libre para salir cuando quisiera, y nadie podía empañar su nombre. No era joven ya, por lo demás. Los dos hijos mayores de David estaban casados y sus esposas e hijos vivían en la casa; el tercero estaba comprometido. Su hija mayor se casó joven en el seno de una familia china, las esposas de sus hijos eran chinas todas.

Pudo haberse olvidado que la casa era algo más que china de no ser porque el cuarto hijo de David creció tan diferente de los demás, que le recordaba constantemente lo que habían sido sus antepasados. De corazón ardiente, impetuoso, excitable, este hijo cuarto tenía la casa

en constante barahúnda. Peonía se reía con él y lo quería más que a todos; en cierto modo vino a ser como el hijo de su corazón infecundo.

—Déjemelo a mí —le dijo a David un día en que el padre y el hijo habían vuelto a discutir como con frecuencia sucedía—. Yo lo comprendo mejor que usted... porque se le parece más de lo que usted mismo se figura.

—¡Yo no fui nunca como este joven loco! —protestó David.

Ante esto, Peonía se limitó a sonreír.

Así pasaron los años, y conforme los tres, Peonía, David y Kueilan, se hacían viejos, cada año era mejor que el anterior. Los dos, más sabios, trataban a Kueilan como una niña vieja muy querida, y hacían de ella lo que querían y se reían un poco de su mala cabeza. Ella se dejaba mimar y a veces usaba su lengua para zaherirlos; a veces se enfurruñaba cuando se reían de ella, pero se apoyaba en su amor.

Era una casa próspera, y David era uno de los honorables de la ciudad, y Peonía llegó a ser su mejor consejera. Los años cayeron amablemente sobre todos ellos.

En la ciudad, la sinagoga era un montón de polvo. Ladrillo por ladrillo, los pobres habían contribuido a la ruina definitiva del templo. Los tallados habían desaparecido también; quedaron solamente tres grandes tablas de piedra, que luego fueron sólo dos. Éstas se mantuvieron firmes y fuertes bajo el cielo durante mucho tiempo. El hijo del cuarto hijo de David, Chao de nombre, vendió las piedras. Sobre su cabeza cayó la ira del gobernador de la ciudad.

—¿Cómo es que tú, mal hijo, has vendido las piedras de tus antepasados a un extranjero? —lo amenazó el gobernador—. Debes devolverlas, no vaya a ser que las saque de nuestro país y los muertos

de tu casa se levanten para reprochártelo. —Y ordenó a los guardias que pusieran a Chao en prisión.

Pero Chao tenía la sangre de *madame* Ezra, potente todavía en sus venas, y gritó a través de las barras:

—Aunque acumules una fortuna sobre mí, no le pediré a ese extranjero que devuelva las piedras. Ellas pertenecieron a nuestra religión, que se ha extinguido en esta tierra; pero su religión brotó de la nuestra; déjalo, pues, que las guarde.

Chao fue apoyado por toda su familia, que tenía su origen en las entrañas de David ben Ezra, y ellos hicieron ver al gobernador de la ciudad que durante una veintena de años habían permanecido las piedras bajo el sol y la lluvia y nadie las había protegido. ¿Por qué habían de quejarse entonces porque fueran vendidas?

No había nadie que pudiera hacerse tercero en discordia, hasta que se recordó en la ciudad que la madre abadesa había conocido a fondo a la familia. El gobernador le envió a sus mensajeros y ella los recibió a la puerta del convento, puesto que las reglas no permitían que ningún hombre traspasase el umbral.

Peonía estaba muy anciana, pero conservaba el cerebro despejado y frío y escuchó a los mensajeros. Entonces, con convincente calma, se expresó con sabiduría y pronunció estas palabras:

—Chao fue un niño muy vivaz y se convirtió en el hombre que conocéis. Su naturaleza le haría pasar la vida en la cárcel, a no ser que se encuentre un camino de salida sin dejar su orgullo en prenda. Yo conocía a su padre antes que a él y a su abuelo antes aún. Os daré la fórmula: el extranjero conservará las piedras sagradas que ha comprado, pero no las sacará de nuestra ciudad. Dejad que las instale en su templo, y dejadle construir el pabellón sobre ellas, que las

preserve para las generaciones venideras.

Los hombres se miraron, rascándose las mandíbulas y reconocieron que la madre abadesa era sabia. Le dieron las gracias y se fueron.

Tal como dijo Peonía, así se hizo. Allí, en el nuevo templo, permanecen las piedras hasta el día de hoy, bajo el amparo de un pabellón. Sobre ellas están grabadas las antiguas palabras: «Templo de la pureza y la verdad». Y debajo está grabada la historia de los judíos y su camino, y allí dice: «El camino no tiene forma ni figura, pero está hecho a imagen del camino del cielo, que está en lo alto».

Cuando Peonía regresó a su celda, meditó largo tiempo. Su memoria volvió a traer a la vida toda la historia de la casa de Ezra, a la cual había estado entrelazada por casualidad la suya, con algún propósito que ella no comprendía, excepto su convencimiento de que todo cuanto sucede es voluntad del cielo. ¿Aquella fuerte y poderosa familia, la semilla de Israel y de Ezra, y de David, iba un día a desaparecer, como había desaparecido la sinagoga, que sus antepasados habían erigido como templo? ¿Había hecho mal ella cuando indujo a David a separarse de Leah para casarse con Kueilan?

Meditó mucho tiempo, y como le sucedía con frecuencia en su avanzada edad, le llegó la respuesta. No había hecho mal, porque nada se había perdido.

—Nada se pierde. Él vive y se repite entre nuestro pueblo —murmuró—. Donde hay una frente más audaz, unos ojos más brillantes, hay uno como él; donde una voz canta más claramente, hay uno; donde se dibuja una línea con más inteligencia para esclarecer una pintura, una talla más fuerte, hay uno; donde un estadista se mantiene más honorable, un juez más justo, hay uno; donde un estudiante es más instruido, hay uno; donde una mujer es a la vez hermosa y sabia, hay

uno. Su sangre está llena de vida por cualquier molde que corra, y cuando ha desaparecido la forma, su polvo mismo enriquece el todavía bondadoso suelo. El espíritu de ellos renace con cada generación. Ellos ya no existen, y, sin embargo, perduran.



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente,

como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con

resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] La tradición de los judíos de la China señala que tenían siete apellidos que les habían sido dados por el emperador Song de la dinastía Ming, que tenía dificultades para pronunciar sus apellidos originales. Los nuevos apellidos (Zhao o Chao, Zhang o Chang, Shi, Li, Jin, Lao y Ai) fueron preservados por las familias judías y existen hasta el presente en los descendientes de judíos-chinos. (N. de la E. D.). <<

[2] Puerta de luna llena: también conocida como puerta de marzo o puerta de abril, es una apertura circular en el muro que rodea a un jardín que sirve para el acceso de personas, y es un elemento tradicional en la arquitectura de los jardines chinos. (N. de la E. D.). <<

[3] «Shema»: son las primeras palabras y el nombre de una de las principales plegarias de la religión judía en la que se manifiesta su credo en un solo Dios. (N. de la E. D.). <<

[4] Fiesta de los tabernáculos: conocida como Sucot, es una festividad de origen bíblico que rememora las vicisitudes del pueblo judío durante su deambular por el desierto, y la precariedad de sus condiciones materiales simbolizada por el precepto de morar en una cabaña provisoria o *sucá*, luego de la salida de la esclavitud en Egipto. (N. de la E. D.). <<

[5] Hijo de los mandamientos: Bar Mitzvá; dentro de la religión judía, los varones que han alcanzado la madurez personal y frente a su comunidad; para las mujeres, se llama Bat Mitzvá. (N. de la E. D.). <<

[6] Kwanyin o Guan Yin es el nombre dado en China a

Avalokitesvara bodhisattva venerada en el budismo. El valor asociado a este bodhisattva es la Compasión. El nombre Guan Yin es una contracción de Guan Shi Yin que significa «quien oye los lamentos del mundo». (N. de la E. D.). <<

^[7] Hace referencia al calendario lunar chino que establece los meses a partir de las fases lunares; es decir, cada mes comienza el día de luna nueva y termina el día anterior al siguiente novilunio. (N. de la E. D.). <<

^[8] Se refiere a las Guerras del Opio o Guerras Anglo-Chinas (1839-1842 y 1856-1860). (N. de la E. D.). <<

^[9] El junco es posiblemente una de las embarcaciones a vela más antiguas que se conocen, ya que su aparición se documenta en el año 600 a. C. y todavía está en uso en muchas partes del sudeste asiático. (N. de la E. D.). <<